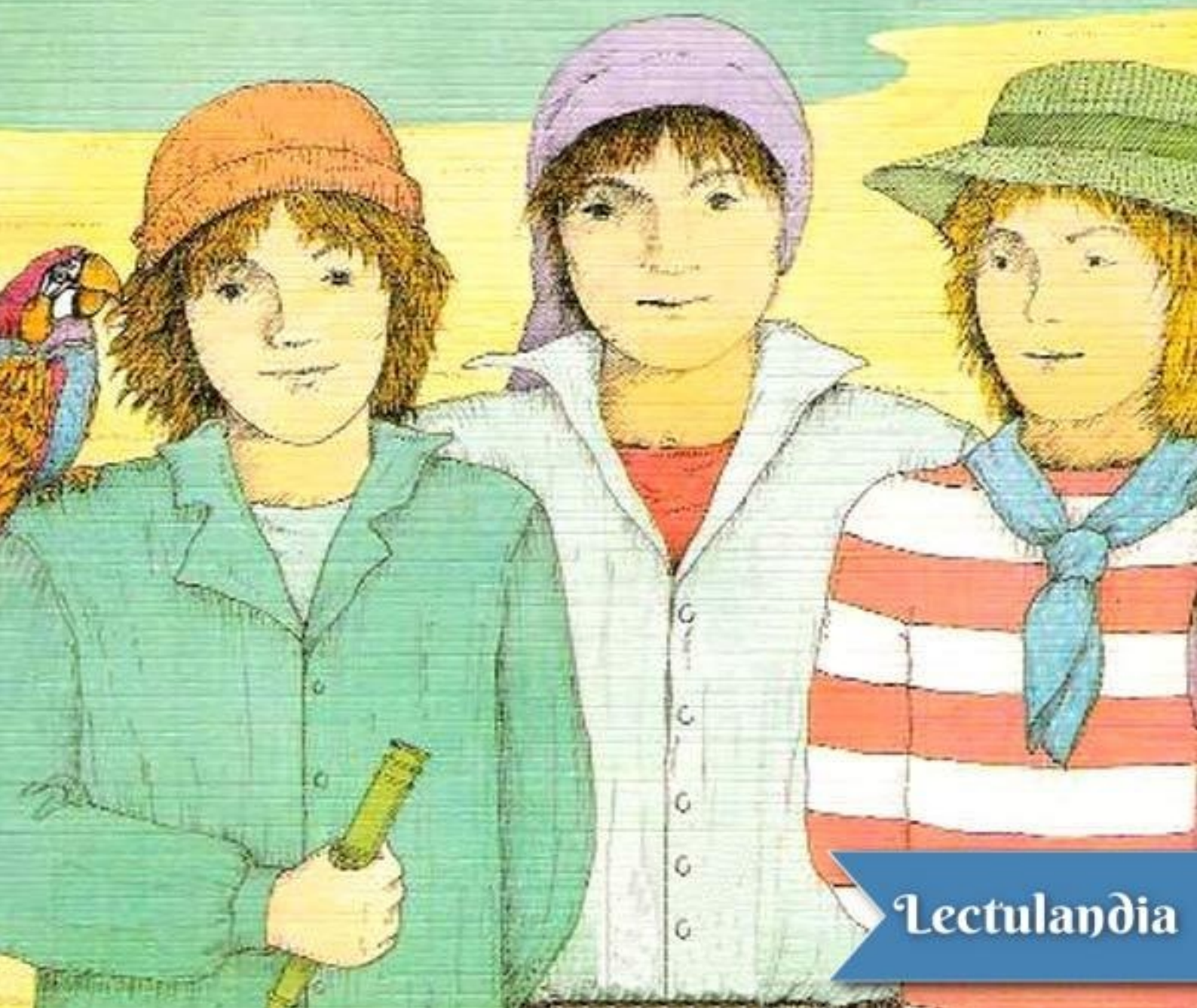


La Isla de Coral

R.M. Ballantyne



Lectulandia

Tres muchachos ingleses, Ralph Roker, de quince años, Jack Martín, de dieciocho y Peterkin Gay, de catorce, son los únicos supervivientes de un naufragio en los arrecifes de una isla polinesia. Durante unos meses llevan una vida apacible. Estrechan su amistad; van aprendiendo a procurarse comida en abundancia (en forma de frutas, pescado y cerdos salvajes). También se construyen un refugio y un pequeño bote empleando las pocas posesiones que rescatan del naufragio.

Lectulandia

R. M. Ballantyne

La Isla de Coral

ePub r1.0

Titivillus 13.01.16

Título original: *The Coral Island A Tale of the Pacific Ocean*

R. M. Ballantyne, 1857

Traducción: Editorial Molino

Ilustraciones: Dalziel

Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



CAPÍTULO PRIMERO

Recorrer mundo fue y continúa siendo mi pasión dominante, la alegría de mi corazón, la razón de mi existencia. Lo mismo en la niñez que en la adolescencia y que en la edad viril, he sido siempre un trotamundos; pero mis correrías no se han limitado a los arbolados valles y las cumbres de los montes de mi tierra, sino que mis entusiastas ambiciones han abarcado siempre el mundo entero.

Vine al mundo entre los aullidos de la tempestad en el espumoso regazo del vasto océano Atlántico y en una noche negra y espantosa. Mi padre fue capitán mercante, mi abuelo había sido, asimismo, capitán y mi bisabuelo fue también marino. No me ha sido posible averiguar de un modo positivo la ocupación de mi tatarabuelo, pero mi adorada madre solía afirmar que había sido guardia marina y que su abuelo, por parte de padre, había sido almirante de la Marina real. Como quiera que fuere, lo cierto es que toda nuestra genealogía, hasta donde alcanzaban nuestras noticias, había estado unida íntimamente con el inmenso desierto acuático. Mi propia madre había acompañado siempre a mi padre en sus largos viajes; de suerte que una gran parte de su existencia, habíase deslizado sobre el agua.

Creo que a eso debo el haber heredado esta disposición para los viajes. Poco después de venir yo al mundo, mi padre, que ya era viejo, abandonó el mar, compro una casita en un pueblo de pescadores de la costa occidental de Inglaterra y se dispuso a pasar el final de su vida a orillas de aquel mar que durante tantos años había sido su patria y su casa.

Poquísimo después de vivir en aquella casita, comencé a dar muestras del espíritu aventurero que me animaba. Mis infantiles piernecillas tenían ya suficiente fuerza, como ya estaba harto de arañarme las rodillas por andar a gatas, hice muchas tentativas para ponerme en pie y caminar como un hombre, pero todas terminaban dejándome sentado violentamente y además sorprendido. Un día aproveché la ausencia de mi madre para realizar un nuevo esfuerzo, y con gran satisfacción logré llegar al escalón de la puerta, mas de allí fui a parar a un charco de agua cenagosa que había ante aquélla.

¡Recuerdo, como si lo estuviera viendo, el horror de mi madre al encontrarme medio ahogándome en el barro, entre un grupo de vocingleros patos, y la ternura con que me quitó la ropita mojada para lavar mi sucio cuerpecillo! Desde entonces, mis escapatorias se hicieron más frecuentes y más lejanas, a medida que crecía, hasta que por fin, hube recorrido la costa y el bosque de alrededor de nuestra humilde morada y no estuve satisfecho hasta que mi padre me hubo dejado entrar de aprendiz en un barco de cabotaje y me hice a la mar.

Así pasé varios años, muy satisfecho, visitando los puertos y costeando las orillas de mi país. Mi nombre de pila era Ralph, y a consecuencia de la pasión que siempre había demostrado por los viajes, mis compañeros me pusieron Rover, que en el idioma inglés quiere decir correteador. Así, pues, mi verdadero nombre no es Rover,

pero como no me daban otro, concluí por responder a él, tan naturalmente, como si fuera el mío propio, y como no es malo, no tengo ningún motivo para no presentarme al lector como Ralph Rover.

Mis compañeros de a bordo eran gente buena y cariñosa, y nos llevábamos muy bien todos. Cierto es que algunas veces me gastaban bromas, pero nunca en mal sentido, y también les oí decir de mí que era un chico raro y a la antigua. Debo reconocer que esto me sorprendió no poco y me hacía meditar bastante, y por muchas vueltas que di al asunto, no logré llegar a una conclusión satisfactoria en cuanto al punto o puntos donde radicaba mi condición de anticuado. Es verdad que era un muchacho muy tranquilo y que rara vez hablaba, como no me dirigiesen la palabra. Además, no acertaba a comprender las bromas de mis compañeros aun cuando me las explicasen, torpeza de comprensión que me disgustaba bastante.

Sin embargo, procuraba disimularlo sonriendo y mostrándome muy satisfecho cuando observaba que se reían de algún chiste, cuyo sentido no comprendía yo. También era muy aficionado a averiguar la naturaleza y causa de las cosas, y muchas veces caía en verdaderos accesos de abstracción, mientras mi imaginación permanecía preocupada por algún asunto. Pero en todo esto no descubría nada que no me pareciese completamente natural, y así, me era imposible comprender por qué decían mis compañeros que era un chico a la antigua.

En el curso de mis viajes costeros, conocí mucha gente de mar que había viajado por casi todas las regiones del globo, y confieso francamente que mi corazón se enardecía al oírles referir las extrañas aventuras corridas en lejanas tierras: las espantosas tempestades que habían soportado, los tremendos peligros de que habían escapado, los maravillosos seres que habían visto en la tierra y en el mar y los interesantes países y los curiosos pueblos que habían visitado. Pero de todos los lugares de que me hablaban, ninguno cautivaba tanto mi imaginación como las Islas de Coral de los mares del Sur. Me hablaban de millares de bellísimas y fértiles islas que habían sido formadas por un animalillo llamado el insecto de coral, donde reinaba el verano casi todo el año, donde los árboles aparecían cargados de constante cosecha de lujuriantes frutos, donde el clima era delicioso casi perpetuamente y donde, por extraño que parezca, los hombres eran sanguinarios salvajes, excepto en aquellas islas favorecidas, donde había sido llevada la Doctrina de nuestro Salvador. Estos incitantes relatos ejercieron un efecto tan grande en mi imaginación, que al cumplir los quince años resolví hacer un viaje a los mares del Sur.

Al principio tropecé con grandes dificultades para convencer a mis amantes padres y conseguir su permiso, pero cuando dije que mi padre no habría llegado a ser un excelente capitán si hubiese permanecido en la navegación de cabotaje, se dieron cuenta de la verdad del razonamiento y me dieron el permiso apetecido y, desde entonces, mi amadísima madre no hizo resistencia a mis deseos. Lo único que me dijo al despedirme de ella fue:

—Ralph, hijo mío, vuelve pronto a nuestro lado, porque ya somos viejos y no

podemos vivir mucho.

No he de entretener al lector con un relato detallado de lo que ocurrió hasta que me despedí definitivamente de mis padres. Baste decir que mi padre me recomendó a un viejo compañero suyo, capitán mercante, que estaba a punto de hacerse a la vela hacia los mares del Sur, en un barco de su propiedad llamado el *Arrow*. Mi madre me echó la bendición y me dio una pequeña Biblia, diciéndome su última recomendación, que fue no dejase de leer un capítulo cada día y que no olvidase mis oraciones, cosa que le prometí con lágrimas en los ojos.

Poco después, ya a bordo del *Arrow*, que era un barco grande y bueno, emprendí mi primer viaje hacia las islas del océano Pacífico.

CAPÍTULO II

Hermoso día y muy lleno de luz y calor fue aquel en que nuestro barco desplegó sus velas a la brisa y zarpó para las tierras del Sur. ¡Cómo brincaba de alegría mi corazón oyendo el alegre coro de los marineros en tanto tiraban de las cuerdas y levaban el ancla!

El capitán daba órdenes con grandes voces, que la tripulación cumplía corriendo, mientras el noble barco avanzaba a impulsos de la brisa y la costa se desvanecía gradualmente ante mi vista. Yo permanecía contemplándola, pareciéndome que todo aquello no era sino un sueño delicioso.

Lo primero que noté distinto de todo lo que había visto en mi corta carrera marina, fue ver cómo colocaban el ancla sobre el puente y la ataban cuidadosamente con cuerdas, como si se despidiesen de la tierra para siempre y no volvieran a ser necesarios sus servicios.

—¡Anda, muchacha! —dijo un marino de anchas espaldas dando una cariñosa palmada al ancla, al terminarse la maniobra—. ¡Ya puedes echarte un buen sueño, porque tienen que pasar muchos días antes de que te pidamos que beses el barro otra vez!

Así había de ser. ¡El ancla tardó muchos y largos días en besar el barro, y cuando, al fin, lo besó, fue por última vez!

Iban a bordo varios muchachos, pero dos de ellos fueron mis amigos predilectos. Jack Martín era un mocetón de diez y ocho años, alto, fornido y ancho de espaldas, de semblante firme, alegre y guapo. Había recibido buena educación; era listo y franco; un león en sus actos, pero de condición apacible y cariñosa.

A Jack le querían todos y él sentía una especial predilección por mí. Mi otro compañero se llamaba Peterkin Gay. Era éste, pequeño, vivo, divertido y revoltoso; tendría unos catorce años de edad. Pero las travesuras de Peterkin eran casi siempre inofensivas, pues de lo contrario no hubiera sido estimado como era.

—¡Hola, mozalbete! —dijo Jack Martín, dándome una palmada en el hombro el día que me incorporé al buque—. Baja y te enseñaré tu litera. Tú y yo vamos a ser compañeros de mesa y creo que seremos también buenos amigos, porque pareces simpático.

Jack no se equivocó. Él, yo, y después Peterkin, llegamos a ser los mejores y más fieles amigos que se han visto zarandeados por las tempestuosas olas.

Poco he de contar de la primera parte de nuestro viaje; pasamos lo corriente por lo que se refiere al tiempo malo y al tiempo bueno; vimos muchos peces curiosos, y un día me quedé encantado contemplando los saltos y evoluciones de un banco de peces voladores que se salían del agua y surcaban el aire a un palmo de la superficie. Iban perseguidos por unos delfines, a quienes sirven de comida, y uno de los peces, en su terror, voló por encima del barco, chocó con el aparejo y cayó sobre cubierta. Sus alas eran sencillamente aletas alargadas y vimos que no podía volar mucho tiempo

seguido y que no se remontaba en el aire como las aves, sino que se deslizaba sobre la superficie del mar. Jack y yo nos lo comimos y nos supo muy bien.

Al acercarnos al cabo de Hornos, en el extremo Sur de América, el tiempo se tornó muy frío y tempestuoso y los marineros comenzaron a contar historias acerca de los furiosos huracanes y de los peligros de aquel terrible cabo.

—El cabo de Hornos —decía uno—, es la punta de tierra más horrible que he doblado en mi vida. Ya la he pasado dos veces y las dos estuvo el barco a punto de verse destrozado.

—Yo no lo he doblado más que una vez —decía otro—, y las velas se rompieron, se helaron las cuerdas en las poleas, y como no podían funcionar, estuvimos a punto de perecer.

—Pues yo lo he doblado cinco veces —apoyaba un tercero—, y cada vez fue peor que la anterior. Los huracanes eran tremendos.

—Pues yo no lo he doblado jamás —exclamó Peterkin, guiñando descaradamente un ojo—, y esa vez no me pasó nada.

A pesar de los siniestros augurios doblamos el temido cabo sin tener que aguantar tiempos demasiado duros, y a las pocas semanas navegábamos tranquilamente con una cálida brisa tropical por el océano Pacífico. Así continuamos nuestro viaje, unas veces saltando alegremente ante la brisa fresca, y otras flotando en calma sobre la tersa superficie y pescando curiosos habitantes de las profundidades, todos los cuales, aun cuando los marineros no les hacían caso, eran para mí tan extraños como interesantes y maravillosos.

Finalmente, llegamos a las Islas de Coral del Pacífico, y no olvidaré jamás la alegría con que contemplaba, cuando pasábamos a la vista de alguna, las puras, blancas y deslumbradoras orillas y las verdes palmeras que parecían más bellas y más brillantes a la luz del sol. ¡Cuántas veces ansiamos los tres compañeros desembarcar en una de ellas, imaginándonos que encontraríamos allí la felicidad perfecta! Y nuestro deseo se vio realizado más pronto de lo que esperábamos.

Una noche, a poco de entrar en los trópicos, se desencadenó una tempestad espantosa. La primera ráfaga de aire se llevó dos mástiles, dejando de pie nada más que el palo trinquete y aun éste nos sobraba, porque no nos atrevíamos a colgar de él ni un cacho de vela. La tempestad descargó su furia durante varios días, barriendo todo lo que había en los puentes, excepto un bote pequeño. El timonel iba atado a la rueda por temor a que se lo llevase el agua y todos nos dimos por perdidos. El capitán declaró que no tenía idea del punto en que nos hallábamos, porque habíamos sido arrastrados muy lejos de nuestro derrotero y temimos hallarnos entre los peligrosos arrecifes de coral, tan numerosos en el Pacífico. Al amanecer el sexto día de huracán, vimos tierra a proa. Era una isla rodeada de un arrecife de coral, contra el cual se estrellaban furiosas las olas. Dentro del arrecife el agua estaba en calma, pero no se distinguía más que una estrecha abertura para penetrar en el interior. Nos dirigimos hacia aquella abertura, pero al llegar a ella rompió contra la popa una ola tremenda

que arrancó de cuajo el timón, dejándonos a merced de los vientos y de las olas.

—Todo ha concluido, muchachos —dijo el capitán a la tripulación—. Preparad el bote para echarlo al agua, porque antes de media hora estaremos sobre las rocas.

Los marineros obedecieron en tétrico silencio, porque comprendían que ofrecía muy pocas esperanzas de resistencia un bote tan pequeño en mar semejante.

—Venid, muchachos —dijo, de pronto, Jack Martín, con tono grave, mientras estábamos en el alcázar aguardando nuestro destino—. No nos separemos. Ya veis que es imposible que ese botecito pueda llegar a la costa tan cargado de hombres. Seguramente zozobraré, y por lo tanto yo prefiero valerme de un remo grande. Estoy viendo con el telescopio que el barco va a chocar con la cola del arrecife donde rompen las olas. Por eso, si logramos permanecer montados en el remo hasta que las aguas lo arrojen sobre los rompientes, quizá podamos ganar la costa, y por eso os pregunto si queréis uniros conmigo.

De muy buen grado accedimos a seguir a Jack, porque nos inspiraba confianza, aunque por el triste tono de su voz se comprendía que abrigaba muy pocas esperanzas. Y ciertamente, al contemplar las blancas olas que azotaban el arrecife y hervían furiosamente junto a las rocas, se comprendía que no había más que un paso entre nosotros y la muerte.

El barco se hallaba ya muy próximo a las rocas. La tripulación estaba ya preparada con el bote y el capitán junto a ellos dando órdenes, cuando se abalanzó hacia nosotros una ola tremenda. Mis dos compañeros y yo corrimos a asirnos a nuestro remo, y apenas lo habíamos alcanzado cuando cayó la ola sobre el puente con el retemblar de un trueno. En el mismo instante, el buque chocó y el palo trinquete se rompió al ras del puente y rodó a un costado arrastrando al bote y a los hombres. Nuestro remo se enredó en el aparejo y Jack cogió un hacha para dejarlo libre; mas por efecto del movimiento del buque, en vez de dar a la jarcia, clavó profundamente el hacha en el remo. Por fortuna, otra ola vino a libertarnos, y un instante después luchábamos en el revuelto mar, agarrados al remo. La última cosa que vi fue el bote dando vueltas en el agua y a todos los marineros a merced de las espumosas olas. Después, perdí el conocimiento.

Al recobrar los sentidos, me encontré tendido sobre un banco de mullida hierba, al abrigo de una roca salediza. Peterkin, de rodillas a mi lado, me mojaba las sienes con agua y trataba de contener la sangre que se escapaba de una herida que tenía en la frente.

CAPÍTULO III

Es difícil describir la extraña y peculiar sensación que se experimenta al volver de un estado de insensibilidad; es una especie de conciencia confusa y somnolienta; algo así entre el sueño y la vigilia, acompañada de un cansancio que no resulta desagradable.

Al retornar yo lentamente y oír la voz de Peterkin preguntándome si me sentía mejor, creí que me había dormido más de lo debido y que me iban a enviar al tope de un mastelero por perezoso; sin embargo, antes de incorporarme precipitadamente, se desvaneció de repente aquella idea y me imaginé que debía de haber estado enfermo. Pero en tal momento, abanicó mis mejillas una embalsamada brisa y me acordé de mi pueblo y del jardín que había a espaldas de la casita de mi padre con sus lujuriantes flores, y de la madre selva de suave aroma que mi amada madre cuidaba con tanta solicitud en el enrejado pórtico. Pero el bramido de las olas disipó estas deliciosas ideas volví a verme en el mar, contemplando los delfines y los peces voladores, y tomando rizos en las velas menores al pasar por el tormentoso cabo de Hornos. Gradualmente se tornó más fuerte y más claro el ruido del oleaje. Entonces pensé que había naufragado lejos, muy lejos de mi tierra, y abrí lentamente los ojos, encontrándome con los de mi compañero Jack, que me contemplaba con expresión de intensa ansiedad.

—Háblanos, Ralph —murmuró Jack con ternura—. ¿Estás ya mejor?

Yo me sonreí y alcé la vista, diciendo:

—¿Mejor? ¿Pero qué quieres decir, Jack? ¡Estoy perfectamente!

—Entonces, ¿por qué lo finges y nos asustas? —repuso Peterkin sonriéndose entre lágrimas, porque el pobre chico había creído realmente que me moría.

Me incorporé, apoyándome en un codo, y al llevarme la mano a la frente, me encontré con que me había hecho una cortadura bastante grande y que había perdido mucha sangre.

—Vamos, vamos, Ralph —dijo Jack, echándome nuevamente hacia atrás—; échate, muchacho; todavía no estás bien. Humedécete los labios con este poco de agua fresca y clara como el cristal. La he traído de un manantial que hay al lado. Cállate, hombre; no hables —agregó al ver que iba a decir algo—. Yo te lo contaré todo, pero tú no pronuncies ni una sílaba hasta que no hayas descansado bien.

—¡Bueno!... ¡Ya está bien!... No le prohíbas que hable —dijo Peterkin, que, pasados ya sus temores por mi vida, se dedicaba a armar una especie de refugio de ramas rotas para ponerme al abrigo del viento, aunque era casi innecesario, porque la roca junto a la cual me habían colocado cortaba casi completamente la fuerza del huracán—. Déjale hablar, Jack; es una satisfacción oírle que está vivo, después de haberse pasado una hora larga rígido, pálido y callado como una momia egipcia. No he conocido otro chico como tú, Ralph; siempre estás haciendo diabluras. Casi me has echado fuera la dentadura, me has tenido medio ahogado, ¡y para final, te haces el

muerto! Eres un mal amigo.

Mientras Peterkin se expresaba así, recobré mis facultades y empecé a comprender mi situación.

—¿Qué quieren decir con eso de que te he tenido medio ahogado, Peterkin? — Dije.

—¿Que qué quiero decir? ¿Deseas que te lo repita en chino para mayor claridad? ¿No recuerdas que...?

—No recuerdo nada —dije interrumpiéndole—; no recuerdo nada absolutamente desde que nos tiramos al mar.



—¡Cállate, Peterkin! —dijo Jack—. Estás excitando a Ralph con tus disparates. Yo te lo explicaré todo. Tú recuerdas que después de chocar el barco nos arrojamos los tres al mar; pues bien, al caer te diste en la cabeza con el remo, produciéndote esta descalabradura que casi te atontó, y te agarraste al cuello de Peterkin sin saber lo que

nacías, y al agarrarte, le diste un fuerte golpe en la boca con el catalejo que llevabas en la mano y que sujetabas como si en ello fuera tu vida...

—¿Que me dio en la boca? —interrumpió Peterkin—. Más vale que digas que me lo metió hasta la garganta. Si me mirarais el gaznate, de seguro que veríais claramente la huella del borde metálico del instrumento.

—Bueno, bueno —continuó Jack—; sea como fuere, lo cierto es que te agarraste a Peterkin de tal manera, que temí que lo estrangularas; pero al ver que Peterkin estaba bien asido al remo, hice cuanto pude para que alcanzáramos la costa, a la cual llegamos sin grandes contratiempos, porque el agua está en calma dentro del arrecife.

—¿Y qué ha sido del capitán y de la tripulación? —pregunté con ansiedad.

Jack movió la cabeza.

—¿Se han perdido?

—No, espero que no se hayan perdido, pero me temo que existan pocas probabilidades de que se salven. El buque chocó contra la cola misma de la isla donde fuimos arrojados. Cuando el bote fue arrojado al mar, no zozobró afortunadamente aunque embarcó bastante agua y los hombres pudieron meterse en él, pero antes de que lograsen empuñar los remos, el huracán los arrastró a sotavento de la isla. Cuando tomamos tierra nosotros, los vimos haciendo esfuerzos por llegar adonde estábamos, pero como no tenían más que un par de remos los ocho que pertenecen al bote y como el viento les era contrario, perdían terreno gradualmente. Entonces los vi aparejar y desplegar una especie de vela, una manta me parece, porque era demasiado pequeña para el bote, y en menos de media hora los perdí de vista.

—¡Infelices! —murmuré apenado.

—Sin embargo, cuanto más pienso en ellos, más esperanzas tengo —continuó Jack, en tono más animado—. Porque, mira, Ralph, yo he leído mucho acerca de estas islas del mar del Sur y sé que hay millares de ellas, por lo cual espero que caigan en alguna sin tardar mucho.

—Yo también lo creo así —dijo Peterkin con vehemencia—. Pero ¿y el barco, Jack? Mientras cuidaba de Ralph lo vi en lo alto de las rocas. ¿Dices que se ha hecho pedazos?

—No, pedazos no se ha hecho, pero se ha ido al fondo —repuso Jack—. Como ya he dicho, chocó con la cola de la isla y encallo por la parte de proa, pero el segundo embate lo desencalló y flotaba hacia sotavento. Los pobres tripulantes del bote hicieron desesperadas maniobras para llegar hasta él, pero mucho antes de haber conseguido acercarse, el barco se llenó de agua y se hundió. Después de haberse hundido el *Arrow*, fue cuando vi a la tripulación tratando de llegar a la isla.

Cuando Jack dejó de hablar hubo un largo silencio, sin duda porque cada cual meditaba sobre nuestra extraña situación. Por mi parte, no puedo decir que eran agradables mis reflexiones. Sabía que estábamos en una isla porque lo había dicho Jack, pero ignoraba si estaba habitada o no. En el primer caso y teniendo en cuenta

todo lo que había oído acerca de los isleños del mar del Sur, era seguro que acabaríamos tostados vivos y corridos por los caníbales, y en el segundo caso, es decir, si la isla estaba desierta, me imaginaba que nos moriríamos de hambre.

—¡Ay! —pensé—. Si el buque hubiera permanecido encallado en las rocas, no hubiésemos escapado mal, porque hubiéramos sacado de él las provisiones necesarias y las herramientas para construir un refugio, pero así, ¡ay! ¡estamos perdidos!

Estas últimas palabras las pronuncié en alta voz por la vehemencia de mis sentimientos.

—¿Perdidos, dices, Ralph? —exclamó Jack animando su franco semblante con una sonrisa—. Más vale que digas que estamos salvados. Me parece que tus reflexiones han ido por mal camino, para conducirte a una conclusión errónea.

—¿Sabes la conclusión que yo he sacado? —dijo Peterkin—. Pues me he convencido de que esto es magnífico, de primera... la mejor cosa que podía habernos ocurrido y que jamás han tenido un porvenir mas espléndido tres alegres lobos de mar como nosotros. ¡Tenemos toda una isla para nosotros solos! Tomaremos posesión de ella en nombre del rey. Empezaremos por entrar al servicio de sus negros habitantes, y no hay que decir que nos pondremos al frente de todos los negocios. Los blancos siempre lo hacen así en los países salvajes. Tú serás rey, Jack; Ralph, presidente del Consejo de ministros, y yo seré...

—El bufón de la corte —interrumpió Jack.

—No —replicó Peterkin—; yo no tendré título ninguno; me limitaré a ocupar un alto cargo a las órdenes del Gobierno, porque ya sabes, Jack, que me gusta mucho ganar un sueldo enorme y no tener nada que hacer.

—Pero suponte que no hay indígenas...

—Pues entonces construiremos una casita deliciosa, plantaremos en torno suyo flores tropicales, labraremos la tierra, plantaremos, sembraremos, recolectaremos, comeremos, dormiremos y estaremos contentos.

—Hablando en serio —dijo Jack dando a su semblante una expresión grave, que según había yo observado ya en otras ocasiones, conseguía reprimir la inclinación de Peterkin a tomarlo todo a broma—, estamos realmente en una situación embarazosa. Si esto es una isla desierta tendremos que hacer una vida muy semejante a la de las bestias salvajes, porque no tenemos herramientas de ninguna clase, ni un cuchillo siquiera.

—Eso sí lo tenemos —dijo Peterkin echando mano a los bolsillos de los pantalones y sacando un cortaplumas de una sola hoja y además rota.

—Bueno; mejor es esto que nada —dijo Jack levantándose—; pero vámonos de aquí, porque estamos perdiendo el tiempo hablando, en lugar de estar haciendo algo. Tú ya parece que puedes andar, Ralph. Examinemos lo que traemos en los bolsillos y subamos luego a lo alto de un cerro para descubrir en qué clase de isla hemos caído, porque buena o mala, me parece que va a ser nuestra residencia durante cierto tiempo.

CAPÍTULO IV

De acuerdo con las palabras de Jack, luego de sentarnos en una roca, empezamos a examinar los objetos que poseíamos.

Al llegar a tierra después del naufragio, mis compañeros se habían despojado de parte de la ropa y la habían tendido al sol para que se secase, pues aun cuando el huracán soplaba con toda su furia, habían desaparecido todas las nubes del cielo. A mí también me habían dejado medio desnudo para poner mi ropa a secar. Por eso lo primero que hicimos fue vestirnos, tras lo cual nos registramos los bolsillos con el mayor detenimiento, extrayendo todo lo que contenían y poniéndolo en una piedra blanca que teníamos delante. Como nos dábamos perfecta cuenta de nuestra situación, sacamos con no poca ansiedad hasta el forro de los bolsillos para que no se nos escapase nada. Cuando todo estuvo reunido, vimos que el inventario de nuestros bienes arrojaba las siguientes partidas: Un cortaplumas pequeño de una sola hoja, rota por la mitad y muy oxidada y que además tenía dos o tres mellas en el filo (Peterkin, que todo lo tomaba a broma, dijo que así podía servir de sierra y de navaja, lo cual era una gran ventaja); un lapicero viejo de latón, sin barra; un trozo de cuerda de unos seis metros de largo; una aguja de coser redes de tamaño mediano; un catalejo marino, el mismo que tenía, yo en la mano al chocar el barco y que conservé fuertemente asido todo el tiempo que estuve en el agua. A Jack le había costado mucho trabajo quitármelo de la mano mientras permanecía sin conocimiento en el suelo. Dicen que los que se ahogan se agarran a una paja. Quizá me pasase a mí algo de eso, porque no sabía lo que tenía en la mano cuando naufragamos. Ahora me alegraba de tenerlo en nuestro poder, aunque no veía claro su utilidad, puesto que estaba roto el vidrio más pequeño.

Otra riqueza la constituía un anillo de latón que Jack llevaba puesto siempre en el dedo meñique. Yo no me explicaba por qué se lo ponía, pues Jack no era presumido, ni al parecer le interesaban los ornamentos de ninguna clase. Peterkin decía que era recuerdo de una muchacha, pero jamás nos habló de ella a ninguno de los dos. Me figuro que Peterkin lo decía en broma o estaba equivocado.

Además de estos artículos teníamos un poco de yesca y la ropa de cada cual, que era la siguiente:

Unos calzones de lona cada uno y unos zapatos gruesos de marino. Jack llevaba una camisa de franela roja, una blusa azul, un gorro de grumete, unos calcetines y un pañuelo de algodón con dieciséis retratos del almirante Nelson estampados en él y la bandera inglesa en el centro. Peterkin llevaba una camisa de franela rayada y un sombrero redondo de paja negra. Carecía de chaqueta y de blusa, porque se la había quitado antes de ser arrojado al mar; pero esto tenía poca importancia, porque el clima de la isla era extremadamente templado; tanto que Jack y yo solíamos ir muchas veces sin blusa. Peterkin tenía también un par de calcetines blancos de algodón y un pañuelo azul moteado de Blanco.

Mis vestidos consistían en una camisa de franela azul, una blusa azul, una gorra negra y un par de calcetines de punto, aparte de los zapatos y los calzones ya mencionados. Esto era todo lo que poseíamos, pero cuando pensábamos en el peligro que habíamos corrido y en lo mucho peor que hubiera sido que el buque hubiese chocado de noche, nos dábamos por satisfechos con lo poco que teníamos, aunque confieso que a veces deseábamos que hubiese sido algo más.

Mientras examinábamos estas cosas y hablábamos de ellas, Jack hizo un brusco ademán exclamando:

—¡El remo! ¡Se nos ha olvidado el remo!

—¿Qué falta nos hace? —replicó Peterkin—. Hay en la isla madera suficiente para hacer mil remos.

—Sí, pero el nuestro tiene un fleje de hierro en la pala que puede resultarnos muy útil.

—Tienes razón; vamos a buscarlo.

Los tres nos levantamos para dirigirnos a la orilla del mar, y como yo estaba débil por la pérdida de sangre, mis compañeros empezaron a dejarme atrás; pero Jack, que lo notó, se volvió para ayudarme a andar, con su bondad característica. Ésta era la primera vez que me daba cuenta del lugar donde nos hallábamos, porque al recobrar el conocimiento estaba en un sitio rodeado de espesa vegetación, que ocultaba casi el panorama. Pero ahora, al salir al terreno descubierto de la arenosa playa y descubrir la belleza del paisaje, se me alegró el corazón y se levantaron mis ánimos. El huracán había cesado bruscamente, como si hubiera soplado fuertemente hasta estrellar nuestro buque y no le quedase más que hacer después de realizada tal hazaña. La isla era montañosa y estaba casi completamente cubierta de árboles, plantas y arbustos de los más bellos y vistosos. Por entonces no sabía el nombre de ninguno de ellos, excepto el de los cocoteros, que reconocí en seguida por los muchos grabados que había visto en mi tierra. Una playa arenosa, de blancura deslumbradora, bordeaba la verde costa, sobre la que se agitaba suavemente el agua, lo cual me sorprendió mucho, porque recordaba que en mi país el oleaje duraba hasta mucho después de cesar el temporal. Pero al dirigir la mirada al mar vi en seguida la causa. A cosa de una milla mar adentro veíanse grandes olas, como una verde pared, que se estrellaban y deshacían en el bajo arrecife de coral, levantando blanca espuma que saltaba formando como nubes, a veces muy altas, en la que lucía por instantes, acá y allá, un hermoso arco iris. Después vimos que el arrecife de coral rodeaba por completo la isla y formaba un rompeolas natural.

Fuera de este rompeolas, el mar se agitaba violentamente por los efectos de la pasada galerna, pero entre el arrecife y la orilla de la isla el agua aparecía tan serena como en un lago.

Me es imposible expresar la alegría que experimentaba ante la belleza de todo lo que nos rodeaba, y por la expresión del semblante de mi compañero comprendí que también disfrutaba con la esplendidez del paisaje, mucho más agradable después de

un largo viaje por mar. La brisa era fresca, pero la temperatura era deliciosamente templada y las ráfagas de la parte de tierra venían saturadas de los más exquisitos aromas que pueden imaginarse. Mientras nos deleitábamos en la contemplación de tantas bellezas, fuimos sorprendidos por un estrepitoso «¡Hurra!» de Peterkin, y al dirigir la vista a la orilla del mar vimos a nuestro compañero dando brincos y volteretas como un mono y tirando de vez en cuando, con todas sus fuerzas, de algo que había en el suelo.

—¡Qué chico más extravagante! —dijo Jack, tomándome del brazo para correr—. Vamos a ver qué le sucede.

—¡Venid, muchachos, venid! ¡Hurra! Tenemos lo que nos hacía falta —gritó Peterkin cuando estuvimos más cerca, y tirando de algo con todas sus fuerzas—. ¡De primera! ¡La fija!

Creo casi innecesario decir a mis lectores que mi compañero Peterkin tenía la costumbre de usar frases tan notables como peculiares, y confieso que, por mi parte, me quedaba muchas veces en ayunas en cuanto a su significado, como, por ejemplo, en el de ésta, «¡La fija!»; pero como considero que debo referir todo lo relativo a mis aventuras ciñéndome a la verdad en cuanto la memoria me ayude, escribo con la mayor aproximación posible las palabras mismas que mi compañero pronunciaba. Muchas veces pregunté a Peterkin el significado de «la fija», y siempre me contestaba riéndose a carcajadas. Sin embargo, observando las ocasiones en que la empleaba, llegué a comprender que indicaba que algo era muy bueno o afortunado.

Al llegar donde estaba, encontramos a Peterkin tratando inútilmente de arrancar el hacha que tenía clavado el remo, y con el cual, como se recordará, Jack había querido cortar las cuerdas en que estaba enredado el remo. Por fortuna para nosotros, el hacha había quedado clavada, y ahora ni aun Peterkin, con la fuerza que tenía, podía arrancarla.

—¡Vaya si es suerte! —exclamó Jack dando un tirón al hacha y separándola del remo—. Esto vale para nosotros más que mil navajas. Y tiene el filo perfectamente nuevo y afilado.

—Por mi parte respondo de la fortaleza del mango —dijo Peterkin—. Casi me he arrancado los brazos de tanto tirar de él. ¡Pero qué suerte tenemos! ¡Tiene hierro la pala! —Y al decir esto, señalaba un trozo de fleje de hierro que había sido clavado todo alrededor de la palma del remo para que no se abriese.

El descubrimiento era también afortunado. Jack se puso de rodillas, y con el filo del hacha empezó a sacar los clavos cuidadosamente. Pero como éstos estaban muy bien clavados, y la operación embotaba el filo del hacha, nos llevamos el remo al lugar donde habíamos dejado nuestras demás cosas, con idea de quemar la madera para dejar suelto el hierro en la ocasión oportuna.

—Ahora, compañeros —dijo Jack después de dejar el remo en la piedra que contenía nuestros bienes—, propongo que vayamos al punto donde chocó el buque, que sólo dista un cuarto de milla, a ver si el agua ha arrojado algo a la costa. No

aguardo nada, pero bueno es verlo. Cuando volvamos será hora de preparar la cena y las camas.

—¡Convenido! —Exclamamos Peterkin y yo al unísono, y lo mismo hubiéramos contestado a cualquier otra proposición de Jack, porque además de ser mayor y más fuerte y alto que nosotros, era un muchacho muy listo y creo que aun personas de más edad se hubieran dejado guiar por él, especialmente si se trataba de realizar alguna empresa arriesgada.

En el camino de la blanca playa, que bajo los rayos del sol poniente relucía hasta el punto de hacer daño a la vista, Peterkin dióse cuenta bruscamente de que no teníamos nada que comer, como no fueran las bayas silvestres que crecían profusamente a nuestros pies.

—¿Qué haremos, Jack? —dijo con un gesto de contrariedad—. ¡Tal vez sean venenosas!

—No tengas miedo —repuso Jack con confianza—: he observado que algunas son muy parecidas a las que se comen en nuestros país. Además he visto uno o dos pájaros muy raros comiéndolas, y de no matar a las aves, tampoco nos matará a nosotros. ¡Además, mira, Peterkin! —continuó Jack señalando la copa de un cocotero—. Hay cocos en todos los estados de madurez.

—¡Es verdad! —exclamó Peterkin, que, por ser muy poco observador, se había distraído con otras cosas y no había visto lo que se criaba en las alturas.

Mas por muchas faltas que pudiera tener nuestro compañero, no podía tachársele que no fuese activo. Apenas se hubieron mostrado los cocos trepó por el alto tronco del árbol como una ardilla, y a los pocos minutos descendió con tres cocos del tamaño del puño de un hombre.

—Mejor será que los guardemos para el regreso —dijo Jack—. Acabemos nuestro trabajo antes de comer.

—Como gustéis, capitán. ¡Avante! —exclamó Peterkin metiéndose los cocos en los bolsillos de los pantalones—. Realmente ahora no tengo ganas de comer, pero daría cualquier cosa por beber. ¡Ojalá topáramos con una fuente! Pero no veo rastro de ninguna. Dime, Jack, ¿cómo te las arreglas para saberlo todo? Ya nos has dicho el nombre de media docena de árboles y, sin embargo, afirmas que no has estado nunca en los mares del Sur.

—Yo no lo sé todo, Peterkin; de eso no tardarás en convencerte —repuso Jack sonriéndose—; pero he leído muchos libros de viajes y aventuras, y eso me ha hecho conocer muchas cosas que acaso no sepas tú.

—Todo eso es conversación, Jack. Si te da por atribuir todo a los libros, voy a olvidar el buen concepto que tengo de ti —exclamó Peterkin con gesto de desdén—. He conocido a muchos tipos que siempre estaban devorando libros, y en cuanto se trataba de hacer algo eran más inútiles que un mono.

—Tienes razón —repuso Jack—. Y yo he visto muchos individuos que jamás habían mirado un libro y que no sabían nada de nada, aparte de las cosas que habían

visto, y aun de éstas sabían muy poco. ¡Tan ignorantes eran, que desconocían que los cocos se crían en un árbol que se llama cocotero!

No pude menos de reírme de la réplica, porque había mucho de verdad en ella en cuanto a la ignorancia de Peterkin.

—¡Bah!, tal vez tengas razón —repuso Peterkin—; pero yo no daría dos cuartos por un hombre de libros, sino tenía otras cualidades.

—Ni yo tampoco —dijo Jack—; pero esa no es una razón para menospreciar los libros ni para censurarme a mí por haberlos leído. Suponte que ahora desearas construir un barco y que yo te diera una larga y detallada explicación del modo de hacerlo. ¿No te sería muy útil?

—¡Indudablemente! —respondió Peterkin riéndose.

—Y suponte que escribía la explicación, en vez de dártela de palabra. ¿Tendría menos utilidad?

—Hombre... no, quizá no.

—Bueno; sigue suponiendo que imprimiera lo escrito y que te lo enviara en forma de libro. ¿No seguiría siendo tan buena y tan útil la lección como hablada y como escrita?

—¡Vaya, vaya! ¡Eres un filósofo, y eso es peor que nada! —exclamó Peterkin con gesto de fingido horror.

—Vamos a ver una cosa, Peterkin —dijo Jack deteniéndose a la sombra de un cocotero—. Hace un momento dijiste que tenías sed. Bien, sube a este árbol y trae un coco que esté verde.

Peterkin se mostró sorprendido, pero viendo que Jack hablaba en serio, le obedeció.

—Ahora hazle un agujero en la cáscara con el cortaplumas y pónitelo en la boca —dijo Jack.

Peterkin hizo lo que se le indicaba, y Jack y yo echamos a reír al ver el cambio que se operó en su expresiva fisonomía. Apenas se hubo puesto el coco en la boca y echó hacia atrás la cabeza para beber lo que salía por el agujero, abrió extraordinariamente los ojos de puro asombro, mientras que su garganta se movía vigorosamente tragando. Luego se dibujo en su semblante una sonrisa y un gesto de gran satisfacción. La única que no cambiaba de gesto era la boca, porque seguía firmemente adherida al agujero del fruto. En cambio los ojos parecía que nos hablaban. Al fin se detuvo, y, lanzando un resoplido, exclamó:

—¡Esto es néctar! ¡Qué cosa más rica! Te digo, Jack, que eres el mozo más simpático y mejor que he conocido. ¡Pruébalo! —agregó, volviéndose hacia mí y poniéndome el coco ante la boca.

Bebí inmediatamente y, en efecto, quedé sorprendido de lo delicioso del líquido que caía en mi garganta. Estaba muy fresco, y tenía un gusto entre dulce y ácido: era lo más parecido a la limonada, agradable y refrescante.

Entregué el coco a Jack, quien después de haberlo probado dijo a Peterkin:

—Ahí tienes, niño incrédulo. En mi vida he visto ni probado más cocos que los que se venden en las fruterías; pero una vez leí que los cocos verdes contienen esta bebida tan agradable, y ya ves si es verdad.

—¿Y qué es lo que contiene el coco maduro? —preguntó Peterkin.

—Viene a ser como una almendra hueca llena de un líquido parecido a la leche, pero no quita la sed tan bien como el hambre. Creo que es un alimento muy sano.

—¡Comida y bebida en un mismo árbol! —exclamó Peterkin—. Y luego el mar para bañarnos y el suelo para dormir... ¡Y todo sin tener que pagar nada! ¡Vamos a estar al pelo, compañeros! Este debe ser el antiguo Paraíso. ¡Hurra! —Y Peterkin tiró a lo alto su sombrero y echo a correr por la playa como un loco, dando gritos de alegría.

Más adelante vimos que aquellas bellísimas islas eran muy distintas del Paraíso, en muchas cosas. Pero ya hablaremos de esto a su debido tiempo.

Habíamos llegado al punto de las rocas donde había chocado el buque, pero no descubrimos ni un solo objeto, por más que buscamos detenidamente entre las rocas de coral, que en aquel sitio avanzaban hasta juntarse Casi con el arrecife que rodeaba la isla. Pero cuando íbamos a retirarnos vimos algo negro flotando en una pequeña ensenada en la que no nos habíamos fijado hasta entonces. Corrimos a ver lo que era, y sacamos del agua una larga y gruesa bota de cuero, como las que usan los pescadores, y un poco más allá encontramos la compañera. En seguida conocimos que eran las del capitán, porque las había tenido puestas durante la tempestad para protegerse los pies contras las olas que barrían la cubierta. Lo primero que se nos ocurrió al verlas, fue que se había ahogado nuestro querido capitán, pero Jack me tranquilizó diciéndome que si el capitán se hubiera ahogado con las botas puestas, seguramente el mar le hubiera arrojado a la playa con ellas. Lo probable era que se las hubiera quitado en el agua para nadar con más soltura.

Peterkin se las puso inmediatamente; pero le estaban tan grandes que, como dijo Jack, le podían servir de botas, pantalones y chaqueta. Yo me las calcé también, pero aunque me estaban bien en lo tocante a la caña, dada la longitud de mis piernas, me estaba muy anchas en el pie. Después se las entregué a Jack, el cual quería que me quedase con ellas, pero no lo consentí, porque a él fe estaban como hechas a la medida. Por eso se quedó con ellas al fin, pero se las puso pocas veces, porque eran muy pesadas.

Andaba ya el sol muy cerca del ocaso cuando regresamos a nuestro campamento, por lo cual aplazamos hasta el día siguiente nuestra visita a lo alto del monte, y empleamos la luz que quedaba en cortar palos y unas hojas muy anchas de un árbol, cuyo nombre ignorábamos. Con estos elementos construimos una especie de choza para pasar la noche. No era de imperiosa necesidad el refugio, porque el ambiente de nuestra isla era delicioso, pero como no estábamos acostumbrados a pasar la noche al raso, no nos agradaba la idea de dormir al descubierto. Además, nuestra choza nos libraría del rocío o de la lluvia, si caía alguna durante la noche. El suelo lo cubrimos

de hojas y hierbas secas, y empezamos a pensar en la cena.

Entonces caímos en la cuenta de que no teníamos medios de encender lumbre.

—¡Esta sí que es buena! ¿Qué hacemos? —dijo Peterkin volviendo los ojos, tanto él como yo, a Jack, a quien mirábamos siempre en nuestras dificultades.

Nuestro jefe se mostraba bastante perplejo.

—Indudablemente, en la playa hay pedernales de sobra —dijo—, pero no nos sirven de nada sin eslabón. Sin embargo, haremos una prueba —y así diciendo, se dirigió a la playa y regresó en seguida con dos pedernales. Puso encima de uno de ellos la yesca y trató de encenderla, pero no pudo arrancar más que chispas muy pequeñas, y como la yesca era mala y dura, no se prendió. Entonces trató de encender con el hierro, que no arrancó chispa ninguna al pedernal, y después ensayó el lomo del hacha, fracasando también. Durante estos ensayos, Peterkin permanecía con las manos en los bolsillos, sin apartar los ojos del semblante, cada vez más melancólico, de nuestro camarada ante los sucesivos fracasos.

—A mí me tiene sin cuidado que la comida esté cocida o no... quizá no necesita cocerse siquiera; lo que no me agrada es cenar a oscuras después de haber tenido un día tan espléndido. ¡Oh! ¡Ya tengo el remedio! —exclamó, animándose—. ¡El cristal de aumento del catalejo!

—Pero olvidas que no hace sol —le dije.

Peterkin se quedó silencioso. En su brusco recuerdo del catalejo se había olvidado por completo de la ausencia del sol.

—¡Ahora sí que lo tengo! —exclamó Jack, levantándose y cortando una rama de un arbusto, a la que quitó las hojas—. Recuerdo haberlo visto hacer una vez en nuestro país. Dame la cuerda.

Con la cuerda y la rama hizo un arco, luego cortó un trozo de más de ocho centímetros de largo de una rama seca, cuyos extremos aguzó. En tomo de esta ramita pasó la cuerda del arco, y apoyó en el pecho uno de los extremos aguzados, poniéndose previamente un tarugo para que no le hiriese, y la otra parte aguzada la puso sobre la yesca. Entonces hizo un vigoroso movimiento de vaivén con el arco, como hacen los herreros para abrir agujeros en el hierro. En pocos segundos la yesca comenzó a humear; en menos de un cuarto de hora estábamos bebiendo nuestra limonada y comiendo cocos, sentados junto a una hoguera suficiente para asar un cordero, mientras que el humo, las llamas y las chispas se elevaban a través de las anchas hojas de las palmeras y proyectaba un cálido resplandor sobre nuestra cabaña de hojarasca.

Nuestro sueño fue velado aquella noche por el estrellado cielo, que nos miraba a través de las copas de los árboles, y también estuvo arrullado por el lejano ruido de la resaca que se rompía en el arrecife de coral.

CAPÍTULO V

¡Cuán alegre nos resultó despertarnos en la fresca mañana y encontramos el sol ante los ojos con un brillo deslumbrador! ¡Y cuán hermoso oír cantar a las aves en las ramas y el ruido de las olas que morían en la playa! Desde luego, que a cualquier hora y en cualquier sitio son encantadores estos ruidos y estas vistas, pero aún lo resultan más cuando al despertarse se encuentra y se ve uno por primera vez en una situación nueva y romántica, con el suave y embalsamado aire de un clima tropical, que se mezcla con el fresco aroma del mar, agitando las hojas exóticas que se estremecen en lo alto y alrededor nuestro o escarolando el plumaje de las extrañas aves que vuelan ansiosas, como preguntando qué asunto nos obliga a introducirnos allí sin haber sido invitados. Cuando me desperté a la mañana siguiente del día del naufragio, me encontraba maravillosamente bien y mientras que, echado boca arriba en mi cama de hojas, contemplaba el cielo azul claro que se distinguía entre el ramaje de los cocoteros y observaba las nítidas y blancas nubecillas que pasaban lentamente, mi corazón se henchía más y más de una alegría que jamás he vuelto a sentirla semejante.

De pronto recordé mi Biblia. Había cumplido fielmente la promesa que al embarcar diera a mi madre, no dejando de leer un capítulo todas las mañanas. La recordé con pena porque me la había dejado a bordo. Esto me disgustó; pero me consolé reflexionando que podía seguir cumpliendo la segunda parte. Era mi promesa no olvidarme nunca de rezar.

Con este propósito, me levanté silenciosamente, para no despertar a mis compañeros, que aún dormían, y me interne entre los arbustos para cumplir mis deberes religiosos.

A mi regreso aún seguían durmiendo mis amigos, y yo me eché otra vez a meditar sobre nuestra situación. En aquel momento me llamó la atención un papagayo muy pequeño, que estaba encaramado en una rama que caía por encima de la cabeza de Peterkin, y me quedé absorto de admiración ante el plumaje verde brillante de la avecilla, en el que se mezclaban otros vistosos colores. Al contemplarlo, observé que el ave volvía lentamente la cabeza de un lado a otro y miraba hacia abajo, primero con un ojo y luego con el otro. Entonces me fijé en que Peterkin tenía abierta la boca, y que esto era lo que miraba el pájaro.

Peterkin solía decir que en la composición de mi ser no había un átomo de espíritu cómico y que jamás entendía una broma. En esto último quizá tuviese razón, aunque me parece que, una vez explicadas, entendía las burlas como otro cualquiera; pero en cuanto a lo primero debía estar equivocado, porque aquella ave me parecía extraordinariamente cómica, y no pude menos de pensar que si se escurría el ave o se partía la rama y caía en la boca de Peterkin, también a él le resultaría divertido.

De repente, el papagayo bajó la cabeza y lanzó un estrepitoso graznido ante la cara del durmiente. Esto le despertó, y haciendo un gesto de sorpresa se incorporó,

espantando a la traviesa ave.

—¡Quítate de ahí, monstruo! —exclamó Peterkin amenazando al ave con el puño cerrado.

Luego bostezó, se frotó los ojos y preguntó qué hora era.

Me reí de la pregunta, y le respondí que lo ignoraba porque nuestros relojes estaban en el fondo de mar, pero que era un poco más tarde de la hora de salir el sol.

Peterkin empezó a recordar dónde estábamos. Contempló el despejado cielo, aspiró el embalsamado aire, sus ojos brillaron de alegría, lanzó un débil «¡hurra!» y volvió a bostezar. Luego miró lentamente alrededor, hasta que vio el plácido mar por un claro de los arbustos. Entonces se levantó bruscamente, como si hubiera recibido una sacudida eléctrica, dio un vehemente grito, se quitó la ropa, y corriendo por la blanca arena se tiró al agua. El grito despertó a Jack, que se incorporó, apoyándose en un codo, con expresión de grave sorpresa; pero a ésta siguió una tranquila sonrisa de inteligencia al ver a Peterkin en el agua. Con una energía que no demostraba en los momentos de excitación, Jack se puso en pie de un salto, se desnudó, se echó hacia atrás el pelo y con saltos de león, corrió por la arena y se zambulló en el mar, tan impetuosamente que envolvió a Peterkin en una nube de agua. Jack era un nadador y un buceador excelente, y después de la zambullida no volvimos a verle hasta unos minutos después, en que asomó a muchos metros de la orilla gritando de alegría. Al ver todo esto me animé también, y quitándome tranquilamente la ropa quise imitar los vigorosos saltos de Jack, pero fui tan torpe que tropecé con el tacón de un árbol y me caí; luego me escurrí en una piedra y volví a besar el suelo, con gran regocijo de Peterkin, que se reía a carcajadas y me llamaba «carromato», mientras que Jack gritaba:

—Ven, Ralph, yo te ayudaré.

Pero una vez en el agua me porté muy bien, porque realmente era un buen nadador y también sabía bucear. No igualaba, ni mucho menos, a Jack que era el mejor nadador que he visto en mi vida, pero sobrepujaba infinitamente a Peterkin, que sabía nadar poco y que no buceaba nada.

Mientras Peterkin jugaba en el agua poco profunda o corriendo por la playa, Jack y yo buscamos las aguas profundas y de vez en cuando buceábamos para sacar piedras. No olvidaré la sorpresa y admiración que me causó el fondo de aquellas aguas. Como ya he dicho antes, el agua, dentro del arrecife, aparecía tan serena como un lago, y como no había viento estaba tan transparente que se veía perfectamente el fondo a veinte o veinticinco metros de profundidad. Al bucear Jack y yo en las aguas poco profundas, esperábamos encontrar arenas y piedras, pero en vez de ser así, nos hallamos con lo que realmente parecía un jardín encantado. Todo el fondo del lago, como habíamos empezado a llamar a las serenas aguas del fondo del arrecife, estaba cubierto de corales de todos tamaños, formas y colores. Unos semejaban grandes hongos, otros semejaban la cabeza de un hombre con su cuello; pero la especie más común era un coral que formaba ramas de preciosos colores rosa pálido unas, y otras

de blanco puro. Entre éstos crecían grandes cantidades de algas de los matices más preciosos que se pueden imaginar y de formas encantadoras, y entre los floridos lechos de este jardín submarino nadaban incontables peces azules, rojos, amarillos, verdes y rayados, que no se espantaban al vemos.

Al volver a la superficie para respirar, después de nuestra primera zambullida, salimos juntos Jack y yo.

—¿Has visto en tu vida algo más bonito que esto, Ralph? —me preguntó, sacudiéndose el agua del cabello.

—Nunca —respondí—. Parece un cuento de hadas. Me cuesta trabajo creer que no estoy soñando.

—¡Soñando! —exclamó Jack—. Por mi parte casi estoy por creer que soñamos realmente. Pero si es así, voy a sacar partido de la situación soñando otra vez. ¡Abajo, muchacho!

Nos zambullimos por segunda vez, permaneciendo juntos mientras estuvimos bajo el agua, y me quedé muy sorprendido al notar que podía permanecer sumergido mucho más tiempo que cuando buceaba en los mares de mi país. Me figuro que esto se debía al calor del agua, la cual hallábase tan templada que llegamos a poder permanecer en ella dos o tres horas sin sentir los desagradables efectos que solíamos experimentar en Europa cuando prolongábamos los juegos acuáticos. Al llegar al fondo, Jack se asió a los tallos del coral y luego anduvo a gatas mirando las algas y examinando los intersticios de las rocas. Observé también que cogía una o dos ostras grandes y que las conservaba en la mano como si se propusiese sacarlas, y yo le imité cogiendo otras cuantas. Repentinamente, intentó coger un pez con rayas amarillas y azules, y llegó a tocarle la cola, pero se le escapó. Entonces se volvió hacia mi y trato de reírse, pero apenas lo hubo hecho saltó como una flecha a la superficie; y le seguí y le encontré muy sofocado, tosiendo y echando agua por la boca, pero a los pocos minutos se tranquilizó y emprendimos el regreso a la orilla.

—¡Pues no he querido reírme bajo el agua, Ralph! —exclamó.

—Ya lo he visto —repuse—, y también he visto que has estado a punto de pescar el pez por la cola. Hubiera resultado un excelente plato, si lo hubieses conseguido.

—Ya llevamos bastante desayuno —repuso, alzando las ostras al tomar tierra y echar a correr por la playa—. Peterkin, abre esas ostras mientras nos vestimos Ralph y yo. Harán una combinación excelente con los cocos, no te quepa duda.

Peterkin, que ya estaba vestido, cogió las ostras y las abrió con el filo del hacha, exclamando:

—¡Pardiez! ¡A mí me gustan mucho!

—Yo me encargaré de que no te falten, porque tú buceas menos que un gato, amigo Peterkin. ¡Pero como te portes mal, te dejo sin ostras para almorzar!

—Celebro la perspectiva de un buen almuerzo, porque tengo un hambre atroz —dije.

—Pues tápate la boca con eso, Ralph —dijo Peterkin, acercándose a los labios

una ostra muy grande. Yo abrí la boca y la devoré silenciosamente, porque estaba buena de veras.

Luego nos pusimos muy en serio a hacer los preparativos para pasar el día. El conseguir lumbre no ofreció dificultad ninguna, porque nuestra lente era superior y concentraba magníficamente los rayos del sol. Mientras asábamos unas ostras y comíamos cocos, sostuvimos una larga y animada charla acerca de nuestros planes para el porvenir.

CAPÍTULO VI

Luego que hubimos almorzado, nos preocupamos de ocultar los pocos artículos que poseíamos en la grieta de una roca, en el lugar más apartado de una pequeña cueva que descubrimos en las inmediaciones de nuestro campamento. Esta cueva decidimos que podía sernos útil para almacén. Luego cortamos dos grandes garrotes de una especie de árbol que tenía la madera durísima. Peterkin se quedó con uno y yo con otro, Jack tenía por arma el hacha. Tomamos estas precauciones con el propósito de hacer una excursión a las montañas del interior para ver desde lo alto la isla, y como ignorábamos si tropezaríamos con algún peligro, consideramos prudente ir preparados.

Terminados nuestros preparativos, y apagado cuidadosamente el fuego, emprendimos la marcha siguiendo la orilla del mar un trecho, hasta que llegamos a la entrada de un valle por el que saltaba el riachuelo ya mencionado anteriormente. Allí volvimos la espalda al mar y nos internamos.

El panorama que se ofreció a nuestra vista al entrar en el valle era espléndido de veras. Por ambos lados se elevaba el terreno, formando los dos lados del valle separados por un par de kilómetros de distancia. Estas elevaciones, que así como el terreno bajo que se extendía entre ambas, estaban cubiertas de árboles y arbustos muy frondosos, se unían al pie de una pequeña montaña, que se alzaba bruscamente en la cabeza del valle y que estaba enteramente cubierta de árboles, excepto en un punto a la izquierda, donde había un lugar rocoso y pelado de carácter salvaje. Como es natural, el monte nos cerraba el horizonte, y por eso dirigimos nuestros pasos, siguiendo la orilla del arroyuelo, al pie del monte, pensando subir a su cumbre si ello era, como no lo dudábamos, posible.

Jack, que era el más experto y más intrépido, se puso a la cabeza con el hacha al hombro; detrás iba Peterkin, con su enorme garrote, con el cual, según decía, estaba dispuesto a defenderse, aunque fuese contra el mismo demonio. Yo iba detrás, porque más preocupado por las cosas maravillosas o curiosas que veía que por las ideas de peligros posible, había cometido la tontería de dejar olvidado el garrote. Aunque, como ya he dicho, los árboles y los arbustos eran muy frondosos, no se hallaban tan juntos que entorpeciesen nuestra marcha entre ellos. Podíamos desviarnos a un lado y a otro y seguir con toda facilidad las orillas de la corriente; lo único que no podríamos hacer era ver de frente, porque nos lo impedían la altura y el espesor del follaje. Pero en algunas ocasiones encontrábamos algunas rocas que desde su altura nos permitían disfrutar de la romántica vista y observar la proporción de nuestro avance. Durante la marcha me chocó especialmente la riqueza de la vegetación baja, en la mayoría de los sitios, y vi muchas bayas y plantas semejantes a las de mi país, especialmente un helecho alto y de elegante forma que despedía un perfume muy agradable. Había también varias especies de flores, pero no tantas como podía esperarse en un clima como aquél. También advertimos gran variedad de avicillas de

vistoso plumaje y muchos papagayos pequeños como el que tan duramente había despertado a Peterkin por la mañana.

Seguimos avanzando hasta la falda del monte sin encontrar nada que nos alarmase, excepto una vez, al pasar bajo una parte del monte que ocultaba a nuestra vista las anchas hojas de los bananeros, que se criaban profusamente en aquella parte. Jack se disponía a abrirse camino a través de aquella especie de manigua cuando nos detuvo, estremeciéndonos, un ruido extraño, completamente distinto de los ruidos que habíamos oído en la primera parte de nuestra excursión.

—¡Hola! —exclamó Peterkin, parándose en seco y empuñando el garrote con ambas manos—. ¿Qué es eso?

No le contestamos, pero Jack empuñó el hacha con la mano derecha mientras que con la otra separaba las anchas hojas que le impedían ver.

—No veo nada —dijo después de una pausa—; me parece que...

El ruido sordo volvió a sentirse más fuerte que antes y entonces nos echamos hacia atrás, poniéndonos a la defensiva. Como se me había olvidado traer el garrote y tampoco había tenido la precaución de cortar otro, me abroché la chaquetilla, cerré los puños y me coloqué en postura de boxeador. Debo declarar, sin embargo, que estaba algo inquieto, y mis compañeros me confesaron después que su imaginación se había llenado, en aquellos momentos, de recuerdos de todo lo que habían oído o leído acerca de fieras, salvajes, torturas y otras cosas horribles. De pronto, aumentó enormemente el golpeteo, seguidos de unos espantosos chasquidos entre los arbustos, que se repetían rápidamente, como si viniese sobre nosotros algún gigantesco animal. Un momento después llegó destrozando los arbustos que encontraba a su paso, una enorme roca seguida de una nube de polvo y piedrecillas, y pasó casi rozándonos y llevándose ramas y arbolillos.

—¡Bah! ¿Eso es todo? —exclamó Peterkin, enjugándose el sudor que cubría su frente—. ¡Yo imaginaba que eran todos los salvajes y las fieras de las islas del mar del Sur que venían a galope, dando una carga para barrernos de la superficie de la tierra! ¡Y en total, no ha caído más que una simple piedra que venía rodando desde lo alto del monte!

—Sin embargo —observó Jack—, si llega a alcanzarnos esa simple piedra, hubiera hecho completamente innecesaria la carga que dices, Peterkin.

Tenía razón, y yo me congratulé de haber salido ileso del lance. Al examinar más detenidamente el lugar, vimos que estaba al pie de un áspero precipicio, del cual se desprendían piedras de vez en cuando. Realmente, los mil fragmentos que había esparcidos por allí debía haber servido para indicarnos las causas del ruido, si no nos hubiera sobrecogido de tal modo la alarma.

Reanudamos la marcha, resolviendo evitar cuidadosamente aquel peligroso precipicio en nuestra futura excursión al interior.

Al poco rato llegamos al pie del monte y nos dispusimos a escalarlo. En este punto hizo Jack un descubrimiento que nos puso muy contentos: un árbol de aspecto

bellísimo que Jack aseguró que era el renombrado árbol del pan.

—¿Dices que es renombrado? —preguntó Peterkin con expresión de simplicidad.

—Sí, lo es —afirmó Jack.

—Es extraño; jamás lo había oído nombrar —repuso Peterkin.

—Entonces no es tan renombrado como yo creía —replicó Jack, bajándole el sombrero sobre los ojos—; pero escucha, ¡ignorantón!, lo que se dice de este árbol.

Peterkin se colocó bien el sombrero y se puso a escuchar con tanto interés como yo las palabras de Jack, quien nos hacía saber que aquel árbol era uno de los más valiosos de las islas del Sur; que daba dos y a veces tres cosechas de fruto al año; que el fruto era muy parecido en su aspecto al pan de trigo, y que constituía el alimento principal de muchos isleños.

—En esta maravillosa isla parece que se nos tiene todo preparado —dijo Peterkin—: limonada embotellada en cocos y hogazas de pan en los árboles, ¿no?

Peterkin lo tomaba a broma, como de costumbre, pero lo cierto era que decía la verdad.

—Además —prosiguió Jack—, el árbol del pan da una goma muy buena, que sirve a los indígenas para calafatear sus canoas; con la corteza hacen ropa, y con la madera, que es duradera y de buen color, construyen sus casas. Como veis, amigos, no nos faltan aquí materiales para pasarlo bien, si sabemos aprovecharlos.

—¿Pero estás seguro de que éste árbol es el que dices? —preguntó Peterkin.

—Completamente seguro —afirmó Jack—, porque me interesó mucho el relato cuando lo leí, y recuerdo muy bien la descripción. Lo que siento es haber olvidado la descripción de otros muchos árboles que de seguro hemos visto hoy, pero que no los hemos conocido. Como ves, Peterkin, aún me falta mucho que aprender.

—No te importe, Jack —repuso Peterkin con aire grave y protector, dando palmadas en el hombro de su alto compañero—; no te preocupes, amigo; sabes mucho para tu edad. Eres un chico listo, un joven que promete, y si sigues como has empezado, llegarás...

El discurso quedó cortado bruscamente, porque Jack echó la zancadilla a Peterkin y le dejó caer en una masa de tupidas plantas, donde sintiéndose a gusto, se quedó echado tomando el sol, mientras que Jack y yo examinábamos el árbol del pan.

Nos llamó mucho la atención el intenso y vivo color verde de sus anchas hojas, que medían de treinta a cuarenta y cinco centímetros de largo y que estaban profundamente dentadas y lustrosas como el laurel. El fruto del cual estaba cargado el árbol era casi redondo y vendría a tener unos quince centímetros de diámetro. Lo cubría una espesa corteza marcada con divisiones en forma de losange. Era de colores diversos, desde un verde claro de guisante hasta el castaño y el amarillo intenso. Jack dijo que el fruto maduro era el amarillo. En el curso del tiempo, vimos que la mayoría de los árboles del pan que había en la isla eran árboles perennes y, por lo tanto, siempre se encontraba en ellos el fruto de diversos estados de madurez. Semejante diferencia entre estos árboles y los de nuestro país nos sorprendió bastante. La

corteza del árbol era áspera y de color claro; el tronco tendría unos sesenta centímetros de diámetro por seis metros de alto, y estaba completamente limpio de ramas hasta esa altura, en la que se extendía una hermosa y frondosa copa que proyectaba mucha sombra. Notamos que el fruto pendía en racimos de dos y tres, pero como estábamos impacientes por llegar a lo alto del monte, no nos entretuvimos en coger ninguno entonces.

Animados por nuestra buena suerte, escalamos con paso ligero las empinadas vertientes, y al llegar a la cumbre se ofreció a nuestra vista un panorama nuevo y más grande, a ser posible. Descubrimos que aquel monte no era la parte más elevada de la isla; había otro más allá, con un ancho valle entre él y éste donde nos hallábamos. Este valle, como el primero, estaba lleno de árboles, unos verde claro y otros verde oscuro, unos de pesado y espeso ramaje y otros de ramaje ligero como la pluma, mientras que las bellísimas flores de muchos de ellos daban al conjunto una serie de matices variados, y el valle parecía un jardín de flores. Entre los árboles, notamos que había muchos del pan cargados de fruto amarillo, y también gran cantidad de cocoteros. Después de haber contemplado todo detenidamente, descendimos por la vertiente opuesta, cruzamos el valle y comenzamos a escalar la segunda montaña, que estaba llena de arboles casi hasta la cumbre, pero ésta era pelada y en algunos puntos estaba cortada.

En nuestra ascensión tropezamos con una cosa que nos despertó gran interés. Era el tocón de un árbol, que, evidentemente, había sido cortado con un hacha. Esto indicaba que no éramos los primeros que habían visitado la bella isla. La mano del hombre había trabajado ya en aquel lugar, y comenzamos a imaginar que la isla estaba habitada, aunque todavía no habíamos visto ningún rastro humano. Pero un segundo examen del tocón nos convenció de lo incierto de nuestra suposición, porque la superficie de la madera estaba completamente podrida y cubierta parcialmente de hongos y materias verdes, lo cual demostraba que el árbol había sido cortado muchos años antes.

—Tal vez en alguna ocasión haya atracado en la isla algún barco en busca de madera y se llevarían este árbol —dijo Peterkin.

Esta suposición la consideramos poco verosímil, porque en el caso mencionado por nuestro compañero, la tripulación habría cortado madera de tamaño pequeño y cerca de la costa, mientras que éste era un árbol grande y estaba casi en lo alto de montaña. En realidad, era el árbol grande más próximo a la cumbre; todos los demás eran de reciente crecimiento.

—No lo entiendo —dijo Jack, raspando la superficie del tocón con el hacha—; sólo puedo suponer que han estado aquí los salvajes y lo han cortado para algo que les hacía falta. Pero... ¿qué es esto?

Mientras hablaba, Jack había raspado cuidadosamente el musgo y los hongos que cubrían el tocón, dejando al descubierto tres distintas huellas de marcas, como si se hubiesen grabado allí alguna inscripción o algunas iniciales. Pero aun cuando se

trataba claramente de marcas, no se veía bien la forma exacta de las letras. A Jack le parecían G. S., pero no lo podría asegurar. Al parecer, habían sido grabados cuidadosamente, mas por los efectos de los estragos de la intemperie se habían puesto borrosas. El descubrimiento nos dejó muy perplejos, y pasamos un gran rato haciendo conjeturas sobre el origen de las marcas, sin sacar, naturalmente, ninguna conclusión, y por último, como el día avanzaba, nos dejamos de cálculos y de suposiciones y reanudamos la marcha, llegando prontamente a la cúspide del monte.

Era el punto más elevado de la isla; desde su altura pudimos contemplar nuestro reino tal cual era, como un mapa de tamaño natural extendido a nuestros pies. Como siempre he creído imposible comprender una cosa sin haberme hecho el debido cargo de ella, debo pedir al lector un poco de paciencia para describirle someramente nuestra isla.

Se componía de dos montañas y, según nuestros cálculos, una podría tener ciento cincuenta metros de altura, y la otra trescientos. Entre ambas se abría, como ya he dicho, un bello y fértil valle que cruzaba la isla de un extremo a otro, y desde su parte media, que era la más elevada, descendía suavemente por ambos lados hasta el mar. La montaña, por el lado opuesto a aquél donde habíamos naufragado, descendía lentamente hasta el mar; pero aun cuando a primera vista parecía que la vertiente era uniforme, una observación más detenida nos demostró que estaba cortada en multitud de sitios por vallecitos o más bien barrancos y cañadas entremezclados con sitios ásperos y pequeños, pero abruptos precipicios con riachuelos que se despeñaban en sus bordes y corrían por la vertiente como pequeños ríos blancos cuyas aguas relucían, unas veces, entre las hachas hojas de los árboles del pan, y los cocoteros y, otras, se ocultaban bajo la tupida vegetación baja. En la base de la montaña había una estrecha y verde llanura o pradera que moría bruscamente en la costa. En el otro lado de la isla, es decir, por donde habíamos venido, se alzaba el monte pequeño, cuya falda se dividía en tres valles, uno, aquel donde habíamos subido, pero a ambos lados de éste había otros vallecitos separados por las elevaciones del terreno. En estos valles pequeños no se veían corrientes de agua, pero la vegetación era tan exuberante como en los demás.

El diámetro de la isla podía calcularse en diecinueve o veinte kilómetros, y como era de forma casi circular, su perímetro sería de unos cincuenta y pico de kilómetros, quizá algo más teniendo en cuenta las numerosas bahías y hendiduras de la costa. Toda la isla estaba rodeada por una playa de blanca arena, en la que morían las suaves ondas del lago que la cercaba. Podía observarse que el arrecife de coral rodeaba por completo la isla, pero a distancias variables, pues mientras que en algunos sitios distaba dos kilómetros de la playa, en otros lugares la separación no pasaba de unos centenares de metros. La distancia media era de un kilómetro. El arrecife era muy bajo, y en muchos sitios saltaba por encima la rociada de las olas, cuyo ruido no cesaba jamas, porque por bueno que esté el tiempo, hay siempre en el pacífico una oscilación de las aguas que apenas se nota en alta mar, pero que siempre termina en

las costas formando largas y grandes olas. Dentro de lo que hemos dado en llamar el lago, el agua aparecía perfectamente tranquila. El arrecife tenía tres estrechas aberturas una frente a cada uno de los extremos del valle que cruzaban la isla, y otra frente a nuestro valle, al que después denominamos Valle del Naufragio. En cada una de estas puertas o aberturas del arrecife, había otras pequeñas islitas verdes, cubiertas de arbustos y con uno o dos cocoteros cada una. Estas islas eran muy singulares y parecían plantadas expresamente para marcar el canal de acceso al lago. Nuestro barco se dirigía a uno de estos canales el día que naufragamos, y lo hubiésemos pasado indudablemente de no haberse roto el timón. Ya dentro del lago había varias lindas y bajas islitas de coral, enfrente de nuestro campamento, y ante ellas, pero ya en el mar libre, se veía una docena de islas más, a diversas distancias, desde media milla a diez millas. Todas ellas, a juzgar por lo que podíamos distinguir, eran más pequeñas que la nuestra, y en apariencia estaban deshabitadas, parecían islas de coral bajas, pero, no obstante, cubiertas de cocoteros.

Todo esto y algo más lo observamos mientras permanecemos en lo alto de la montaña, y cuando nos dimos por satisfechos, decidimos regresar. Fue entonces que descubrimos nuevos rastros de la mano del hombre. Eran un palo y dos piezas de madera que habían sido encuadradas con un hacha, si bien muy carcomidas, y evidentemente hacía muchos años que no los tocaba nadie.

Preocupados por estos descubrimientos, volvimos al campamento. En el camino, encontramos huellas de un cuadrúpedo, pero ninguno de nosotros alcanzó a determinar si eran antiguas o recientes. El hallazgo nos infundió esperanzas de tener carne para comer, y alcanzamos a nuestra residencia de muy buen humor, dispuestos a cenar muy satisfechos de nuestra excursión.

Después de mucha discusión, en la que Peterkin discutió más que nadie, sacamos la conclusión de que la isla estaba deshabitada, y nos acostamos.

CAPÍTULO VII

Transcurrieron algunos días sin que nos alejáramos del campamento. Durante este tiempo, nos dedicamos a trazar planes para el porvenir y a arreglar lo mejor posible la residencia que teníamos.

Varias eran las causas que nos tuvieron en aquel estado de relativa inacción. En primer lugar, aunque todo lo que nos rodeaba era delicioso y podríamos obtener sin dificultad lo que necesitábamos, no nos placía la idea de permanecer allí todo el resto de nuestra vida, lejos de nuestros amigos y de nuestra patria. Disponer decididamente las cosas para una estancia permanente nos parecía como despedirnos para siempre del mundo civilizado y tácitamente, por una razón o por otra, aplazábamos o retardábamos los preparativos. Además, aún no teníamos la certeza de que no hubiera indígenas en la isla, y abrigábamos una débil esperanza de que llegase un buque y nos recogiese. Pero los días pasaban, y ni se presentaban los salvajes, ni aparecía ningún barco, y abandonamos toda esperanza de una pronta liberación. Entonces nos pusimos a trabajar diligentemente.

Sin embargo, en todo ese tiempo no habíamos permanecido ociosos. Habíamos hecho varios experimentos culinarios con los cocos, sin que con ellos lográsemos mejorar el plato. Después hicimos la instalación para vivir en la caverna, pero nos resultó tan mal el cambio, que nos volvimos muy contentos a nuestra choza. Además, nos bañábamos con mucha frecuencia y charlábamos bastante; es decir, charlaba Jack, porque yo, generalmente, me limitaba a escuchar. Entre otras cosas útiles, Jack, que era el más activo y diligente de todos, convirtió una tira de siete centímetros de fleje de hierro en un excelente cuchillo. Primero lo machacó bien con el hacha, después hizo un tosco mango y lo ató al hierro con una cuerda, y finalmente, sacó filo a la hoja restregándola contra una piedra. Cuando quedó lista, empleó la nueva herramienta en tallar un mango mejor hecho, y se lo puso atado con una tira de su pañuelo de algodón. Así dejó libre la cuerda para que Peterkin la utilizase como sedal para pescar. Como no tenía anzuelos, se limitaba a atar a la punta un trozo de ostra, dejaba que el pez se la tragase, y entonces tiraba bruscamente y lo sacaba a tierra. Pero como el sedal era muy corto y carecíamos de lancha, los peces que se cogían eran muy chiquitines.

Un día volvió Peterkin de la playa donde había estado pescando y dijo muy mal humorado:

—Yo no vuelvo a perder el tiempo pescando miserias como éstas. Es preciso que me lleses montado a la espalda para que tú nades y yo pueda pescar en aguas profundas.

—Mi querido Peterkin —repuso Jack—, no tenía idea de que tomases tan a pecho la pequeñez de los peces que pescas; si lo hubiera sabido, te hubiese resuelto la dificultad hace tiempo. Veamos... —Y contempló un trozo de madera que había estado labrando.

En la mirada se notaba su abstracción característica cuando trataba de inventar o descubrir algo.

—¿Qué te parecería si construyésemos un bote? —inquirió.

—Esa es operación larga, y no tengo ganas de esperarla —respondió Peterkin—. Quiero empezar en seguida a pescar bien.

Jack volvió a quedarse pensativo.

—¡Ya sé! —exclamó—. Derribaremos un árbol grande y echaremos al agua el tronco para que, cuando quieras pescar, no tengas más que montar en él y salir navegando.

—¿No sería mejor una balsita? —apunté yo.

—Mucho mejor, pero carecemos de cuerdas para atarla. Tal vez algún día encontremos algo con que sustituirlas, pero ahora no tenemos sustituto y podemos contentarnos con el tronco de árbol.

Así se acordó, y nos dirigimos a un sitio no lejano, donde sabíamos que había un árbol que podía servirnos y que estaba cerca del agua. En cuanto hubimos llegado, Jack se quitó la chaquetilla, y enarbolando el hacha con sus robustos brazos, se puso a descargar hachazos sin parar durante un cuarto de hora. Entonces se detuvo y, mientras descansaba, continué yo el trabajo. Después le atacó vigorosamente Peterkin, y así, a los pocos minutos de reanudar Jack sus potentes golpes, el árbol cayó, dando un terrible chasquido.

—¡Hurra! ¡Vamos ahora con las ramas! —gritó Jack.

Y así, atacó nuevamente el tronco a unos seis metros de la base. Después de cortado por el otro extremo, cortó de las ramas tres palos fuertes para que nos sirviesen de palancas para rodar el tronco hasta el mar, pues como medía más de medio metro de grueso en el extremo mayor, no podía moverse sin otra ayuda. Las palancas nos fueron muy útiles, y, lentamente conseguimos acercarlo al agua.

Botado felizmente nuestro barco, convertimos las palancas en una especie de toscos remos, y tratamos de embarcar, lo cual nos resultó fácil; pero después de estar montados en el tronco nos era muy difícil conservar el equilibrio e impedir que el árbol girase y nos zambullera en el agua. Esto no nos importaba gran cosa, pero preferíamos pescar con la ropa seca. Claro está que los pantalones se mojaban y que los pies los llevábamos metidos en el agua, pero se secan fácilmente, y al cabo de media hora de práctica aprendimos a conservar el equilibrio bastante bien. Entonces Peterkin dejó el remo y echó al agua profunda el sedal, cebado en una ostra entera.

—¡Ahora, cuidado, Jack! —dijo Peterkin—. Gobierna para sacarnos de las algas. Así... despacio... Ahí viene un tío de lo menos un palmo de largo... ¡Ya se acerca! ¡Diablo! ¡Se marcha!

—¿Ha picado? —preguntó nuestro capitán haciendo avanzar un poco el tronco con el remo.

—¿Que si ha picado? ¡Pues claro! ¡Se tragó el cebo; pero en cuanto empecé a tirar, lo soltó!

—Déjale, a ver si se lo traga otra vez —dijo Jack riéndose de la melancólica expresión fisonómica de Peterkin.

—¡Ahí viene otra vez ¡—exclamó Peterkin con los ojos encandilados—. ¡Atención! ¡Ahora! ¡No! ¡Sí! ¡No! ¡No se lo tragó!

—Intenta cogerlo por la boca —dijo Jack—. Hazlo con tiento.

Un profundo suspiro y un gesto de desesperación demostraron que el pobre Peterkin lo había intentado y había fracasado.

—No te enfades, hombre —dijo Jack con voz compasiva—. Nos apartaremos para que se lo ofrezcas a otro pez.

Al decir esto, agitó el remo; pero apenas nos habíamos desviado un poco, salió de debajo de una roca un pez de cabeza enorme y cuerpo muy pequeño, y se zampó el cebo.

—¡Esta vez sí que lo hemos pescado! —exclamó Peterkin tirando de la cuerda—. Se lo ha zampado hasta la cola. ¡Vaya un tragón!

Cuando el pez salía dando aletazos nos inclinamos para verlo y desequilibramos el tronco. Peterkin echó los brazos al cuello del pez, y un instante después estábamos todos en el agua.

Al volver a la superficie como tres ratas ahogadas y asimos al leño, lanzamos una gran carcajada. Recobrada nuestra posición, la conservamos con más cuidado, mientras que Peterkin se apoderaba definitivamente del pez que había estado a punto de escapársele en el naufragio general. Era un pez poco estimable, pero, como decía Peterkin, resultaba mayor que los pecezuchos que había pescado los días anteriores. Así, pues, lo pusimos en el tronco delante de nosotros, y seguimos pescando de haber puesto nuevo cebo a la cuerda, la echamos al agua para pescar otro.

Mientras permanecíamos distraídos en la pesca, nos llamó bruscamente la atención un sonido del agua a pocos metros de distancia. Peterkin nos gritó que remásemos en aquella dirección, porque creía que había allí algún pez gordo y podíamos tener la suerte de cogerlo. Pero Jack, en vez de obedecer, dijo con un tono grave y serio que jamás le había oído:

—Iza la cuerda, Peterkin; coge el remo, ¡pronto!... ¡Es un tiburón!

Puede calcularse el horror con que oímos estas palabras, viendo que los pies nos colgaban en el agua y que no podríamos encoger las piernas sin hacer perder el equilibrio al tronco. Peterkin recogió instantáneamente la cuerda y, empuñando el remo, hizo grandes esfuerzos, al par que nosotros, para llegar a la orilla. Pero estábamos bastante lejos de ella, y el tronco, como era muy pesado, se movía lentamente. En seguida vimos claramente el tiburón nadando en torno nuestro, dejando asomar de vez en cuando por encima del agua, su fina aleta dorsal. Por sus movimientos activos e inquietos, comprendió Jack que tenía el propósito de atacarnos, por lo cual nos excitó a remar con todas nuestras fuerzas si queríamos escapar con vida.

Él nos daba ejemplo, pero de pronto gritó:

—¡Cuidado! ¡Ya viene!

Y en un segundo vimos al pez monstruoso sumergirse casi debajo de nosotros y volverse de costado para atacar, pero los tres hicimos gran ruido en el agua con los remos, y le asustamos de momento, aunque luego le vimos dando vueltas alrededor nuestro como antes.

—Echale ese pescado —dijo Jack con viva y contenida voz—; todavía podemos llegar a tierra si le distraemos unos minutos.

Peterkin se detuvo unos instantes para seguir el consejo de nuestro compañero, y luego puso en juego el remo con toda su fuerza. Apenas hubo caído al agua el pescado, el tiburón se hundió tras él, y un segundo después vimos ascender el blanco pecho, pues los tiburones se ponen siempre de costado para coger su presa, porque no tienen la Boca en el extremo de la cabeza como otros peces, sino bajo lo que podríamos llamar la barbilla. Un momento después apareció su hocico sobre el agua, con sus anchas fauces armadas de doble y temible barrera de dientes. El pescado muerto fue engullido y el tiburón desapareció sumergiéndose. Pero Jack se equivocaba suponiendo que quedaría satisfecho. A los pocos momentos, volvía con nosotros, y sus rápidos movimientos nos hicieron temer un ataque inmediato.

—No reméis —gritó nuestro jefe de pronto—. Viene detrás de nosotros. Ahora, obedeced mis órdenes con viveza. Depende de ello nuestras vidas. Ralph, Peterkin, haced lo posible por conservar el equilibrio del tronco; no miréis al tiburón; no miréis atrás; no hagáis más que tener en equilibrio el árbol.



Peterkin y yo hicimos en el acto lo que se nos mandaba, muy contentos de poder hacer algo que nos proporcionase una probabilidad o una esperanza de escapar con vida, porque teníamos ciega confianza en el valor y la inteligencia de Jack. Durante unos cuantos segundos, que a mí me parecieron largos minutos, permanecimos así, silenciosamente, pero sin poder resistir a la tentación de mirar hacia atrás, a pesar de las órdenes en contrario. Al hacerlo, vi a Jack, rígido como una estatua, con el remo en alto, los labios apretados y las cejas contraídas, mientras tenía los ojos clavados en el agua. También vi con horror al tiburón casi debajo del tronco en el acto de abalanzarse al pie de Jack. Apenas pude reprimir un grito al ver aquello.

Un momento después se remontó el tiburón. Jack sacó bruscamente del agua el pie y lo puso sobre el tronco.

La cabeza del monstruo rozó el árbol y dejó al descubierto las terribles fauces, en las cuales hundió Jack velozmente el remo, introduciéndolo hasta la garganta del enemigo.

Tan violenta fue la acción, que Jack se puso de pie al realizarla, haciendo perder el equilibrio al leño, el cual rodó, arrojándonos al mar. Pero en ese momento nos encaramamos escupiendo agua.

—¡Ahora, a nadar hacia la costa! —gritó Jack—. Tú, Peterkin, agárrate a mi cuello y mueve las piernas con energía.

Peterkin hacía lo que le mandaban, y Jack nadó con tal fuerza, que cortaba el agua como un bote, mientras que yo, falto de estorbos, conseguí seguirle. Como esta vez habíamos caído cerca de la playa, en pocos minutos nos encontramos en aguas no muy profundas, y triunfalmente pisamos tierra firme completamente ilesos, aunque también muy exhaustos y muy asustados de nuestra terrible aventura.

CAPÍTULO VIII

Aquel encuentro con el tiburón era el primer peligro serio que habíamos corrido desde nuestro arribo a la isla, y nos afectó muy seriamente, sobre todo cuando pensábamos que habíamos corrido parecido riesgo, sin saberlo, cuando nos bañábamos. Ahora nos veríamos obligados a pescar solamente en aguas bajas en tanto no lográsemos construir una balsa. Sin embargo, lo que más sentíamos era no poder hacer nuestras excursiones acuáticas matinales. Continuamos bañándonos en aguas poco profundas; pero Jack y yo habíamos perdido una magnífica diversión por no poder bucear entre los hermosos bosques de coral del fondo del lago. Habíamos llegado a aficionarnos tanto a este ejercicio y nos despertaban tanto interés las formaciones de coral y los jugueteos de los lindos peces entre los bosques de algas rojas y verdes, que ya nos habíamos familiarizado con los peces y con los lugares que frecuentaban preferentemente. También nos habíamos hecho unos hábiles buceadores, pero tomamos por regla no permanecer mucho tiempo seguido bajo el agua, porque Jack me dijo que era malo fatigar los pulmones, y que la diversión podía costarnos, a la larga, una grave enfermedad. Por esto no permanecíamos bajo el agua todo el tiempo de que éramos capaces, y subíamos frecuentemente a la superficie para respirar aire fresco y volvemos a sumergir inmediatamente. Algunas veces, cuando Jack estaba de buen humor, solía sentarse en el fondo del mar, en uno de los corales parecidos a grandes hongos, y me hacía muecas para obligarme a reír bajo el agua. Al principio, cuando me cogía desprevenido, casi lo conseguía, y tenía que subir a escape a la superficie para poder soltar la carcajada, pero luego, cuando conocí bien sus intenciones, no me costaba trabajo conservarme serio, porque, precisamente, yo soy poco risueño. Muchas veces pensaba en lo mucho que le hubiera gustado al pobre Peterkin acompañarnos, porque en ocasiones dolíase de no poder ir con nosotros. Yo procuraba compensar la ausencia del pobre compañero, contándole todas las maravillas que habíamos visto, pero esto, en vez de satisfacerle, encendía más su curiosidad, tanto, que un día se decidió a probar a sumergirse con nosotros. Pero aun cuando era un muchacho valiente en todos los aspectos, Peterkin tenía miedo al agua, y nos fue difícil convencerle para que nos dejase sumergirlo, porque solo jamás lo hubiese podido hacer. Pero apenas le habíamos zambullido un metro en agua clarísima, empezó a luchar y a dar patadas, y tuvimos que soltarlo. Ya solo, subió a la superficie como un corcho, respiró estrepitosamente y nadó hacia la orilla con toda la posible presteza.

Así, pues, el peligro nos hizo abandonar aquel recreo, y cuando nos acordábamos de él, nos poníamos muy tristes Jack y yo. Véase que Peterkin lo sentía también y que le daba lástima de nosotros, porque cuando se hablaba del asunto, no me gastaba bromas.

Sin embargo, como las dificultades sirven de acicate al hombre para idear medios con que vencerlas, y a menudo descubre cosas mejores que las que ha perdido, así

nuestra dificultad nos indujo a buscar una laguna grande entre las rocas donde el agua fuese lo suficiente profunda para bucear y que, sin embargo, estuviese rodeada de rocas que impidiesen a los tiburones acercarse. Y tuvimos la suerte de hallar, poco después, una laguna que superaba a nuestras más risueñas esperanzas. Estaba situada a diez minutos de camino de nuestro campamento, y formaba una pequeña y profunda bahía cuya entrada, además de ser estrecha, era tan poco profunda, que no podía pasar por ella ningún pez del tamaño de un tiburón, como no fuese extraordinariamente flaco.

En el interior de esta bahía, a la que voy a llamar el jardín acuático, las formaciones de coral eran mucho más maravillosas, y las plantaciones marinas, de más bonitos y vivos colores que las del lago, y el agua estaba tan clara y tan serena que, a pesar de ser muy profunda, se veían perfectamente hasta los más pequeños detalles del fondo. Además, había una roca salediza en la superficie, sobre la parte más profunda de la laguna, desde la cual podíamos echarnos al agua cómodamente para bucear y donde Peterkin podía sentarse y ver no sólo las maravillas que le habíamos descrito, sino también a Jack y a mí, arrastrándonos sobre el follaje marino del fondo como dos grandes monstruos marinos blancos, según él decía. En estas excursiones al fondo del mar, comenzábamos a observar de cerca los usos y costumbres de sus habitantes y descubrimos cosas maravillosas que jamás habíamos pensado siquiera. Entre otras cosas, estábamos profundamente interesados en las operaciones del pequeño zoófito del coral, al cual, según me dijo Jack, se atribuye la entera construcción de las numerosas islas del Pacífico. Y ciertamente, cuando considerábamos el gran arrecife que aquellos zoófitos habían formado alrededor de la isla donde habíamos sido arrojados y cuando observábamos su incesante actividad en la construcción de sus miríadas de celdillas, nos parecía verdad al pronto; pero cuando contemplábamos las montañas de la isla y reflexionábamos que había millones, más altas muchas de ellas, en los mares del Sur, dudábamos del aserto. Pero de esto hablaremos más adelante.

También sentí gran interés por las costumbres y aspecto de las anémonas, de las estrellas de mar, de los erizos, de los cangrejos y de otros seres por el estilo, y no contento con lo que veía en mis zambullidas en el jardín acuático, hice un gran hoyo en la roca de coral, lo llené de agua marina y puse en él hermosos ejemplares de anémonas y mariscos para observar más detenidamente cómo pasaban el tiempo. Nuestro lente fue para mí un gran tesoro, porque me permitía ver aumentados los detalles y movimientos de estos curiosos seres de las profundidades.

Establecidos ya en condiciones confortables, empezamos a hablar de los proyectos que hacía tiempo acariciábamos: hacer un viaje alrededor de la isla, en primer lugar para ver si contenía otros productos que nos fueran útiles, y en segundo lugar, para ver si encontrábamos algún sitio más conveniente y adecuado para establecer nuestra residencia permanente que aquél donde estábamos acampados. No quería esto decir que estuviésemos descontentos en él; por el contrario, ya nos eran

familiares la choza y los alrededores, pero si existía un sitio mejor no había razón para no utilizarlo. De todas suertes, era conveniente saber que existía.

Hablamos mucho y muy en serio del asunto, pero Jack propuso que antes de emprender semejante excursión, nos proveyésemos de buenas armas defensivas, porque como pensábamos recorrer no sólo la costa, sino los valles y todo, podríamos tropezar, si no con peligros, con todo lo que existiera en la isla, fuera lo que fuese.

—Además —dijo Jack—, no vamos a alimentarnos siempre con ostras y cocos. Son excelentes, pero un poco de carne de vez en cuando no nos sentaría mal, y como hay muchos pajarillos en los árboles y algunos probablemente serán buenos para comer, creo que resultaría excelente hacernos unos arcos y unas flechas para cazarlos.

—¡De primera! —exclamó Peterkin—. Tú harás los arcos, Jack, y yo me encargaré de las flechas. Ya estoy harto de tirar piedras a los pájaros. Creo que empecé el mismo día que pusimos aquí los pies y he perseverado hasta ahora, sin haber hecho blanco ni una vez por casualidad.

—Olvidas que me diste un día en la espinilla —repuse.

—¡Ah! Es verdad —dijo Peterkin—. Pero estabas por lo menos a cuatro metros de distancia del descarado papagayo contra el que apuntaba. Eso te demostrará la puntería tan horriblemente mala que tengo.

—Oye, Jack —dije—, los tres arcos y las flechas no podrán quedar hechas hasta mañana, y es una lástima perder el tiempo ya que hemos resuelto emprender la expedición. ¿Por qué no haces un arco y flechas para ti, y nosotros llevamos los garrotes?

—Tienes razón, Ralph. El día esta avanzando y dudo si podré hacerlos antes de oscurecer. En todo caso, trabajaré a la luz de la hoguera, después de ponerse el sol.

Hasta entonces habíamos tenido la costumbre de acostarnos con el sol, puesto que no teníamos ningún trabajo urgente que nos reclamase por la noche. Además, nuestro trabajo durante el día era bastante rudo, entre pescar, mejorar nuestra choza, bucear en el jardín acuático y corretear por el bosque; así que cuando llegaba la noche nos acostábamos de muy buena gana. Pero ahora que deseábamos trabajar por la noche, echábamos de menos unas velas.

—¿No da bastante luz una buena hoguera? —preguntó Peterkin.

—Sí —repuso Jack—; luz dará bastante, pero aún dará más calor del necesario en un clima tan cálido como este.

—Es verdad; no había caído en la cuenta —repuso Peterkin—; nos tostaríamos.

—Ya he pensado anteriormente en el asunto —dijo Jack—. En estas islas se cría cierta nuez llamada nuez-bujía, porque los indígenas la usan en vez de velas... Sé todo lo que hay que hacer para prepararla para que luzca...

—¿Pues qué haces que no la empleas? —interrumpió Peterkin—. ¿Por qué sabiendo eso nos has tenido tanto tiempo a oscuras, vil filósofo?

—Porque todavía no he visto el árbol y no le conoceré bien cuando le vea, pues he olvidado su descripción —respondió Jack.

—Lo mismo me ocurre a mí —respondió Peterkin, lanzando un profundo suspiro—. Jamás he podido retener más de media hora en la memoria las pocas descripciones que he tratado de recordar. El primer viaje marítimo que hice fue por equivocar una descripción, o mejor dicho, por olvidarla, que viene a ser lo mismo. ¡Y fue un viaje espantoso! A la ida pasé todo el tiempo regañando con el capitán, y la vuelta tuve que hacerla a nado.

—¡Vamos, Peterkin! —repliqué—. ¿Cómo te vamos a creer?

—No me creeréis, pero, sin embargo, es cierto lo que digo —repuso Peterkin, fingiéndose agraviado por haber dudado de su palabra.

—Cuéntanos cómo fue —dijo Jack, sonriéndose.

—Pues escucha —comenzó Peterkin—. El día antes de embarcarme, me hallaba muy entusiasmado con un partido de *hockey* que estaba jugando con mis compañeros de colegio, de los cuales me iba a despedir. Porque yo era joven entonces, amigo Ralph. —Peterkin dirigió una abstraída y melancólica mirada al mar—. En esto, a mitad de la partida se presentó mi tío, que era quien se había ocupado de prepararme y buscarme un puesto de aprendiz; me llamó aparte, y me dijo que tenía que ausentarse inmediatamente y no podía llevarme a bordo, como pensaba.

—Sin embargo —añadió—, el capitán te espera, de suerte que da lo mismo. Pero como tienes que buscar tú solo el barco, debes recordar su nombre y su descripción. ¿Oyes, muchacho?

»Oírle le oía, pero creo que no le comprendía, porque estaba tan preocupado con el juego, viendo que perdía mi bando, que me impacienté, y en cuanto mi tío acabó la descripción del buque y me dijo adiós, me lancé de nuevo al campo de juego, con una confusa idea de tres palos, un coronamiento verde y una figura dorada de Hércules con un garrote, como mascarón de proa. Al día siguiente me afecté tanto al ver la gente que venía a despedirse de mí y a las mujeres llorando a lágrima viva, que cuando partí en dirección del muelle donde debía estar atracado el buque entre otros muchísimos, era muy tarde y tuve que ir corriendo todo el camino.

»Cuando llegué al muelle me quedé atolondrado.

»—En buena te has metido, Peterkin —me dije.

»Luego, imaginándome que veía un mascarón de proa dorado y tres palos pertenecientes a un barco que se disponía a zarpar, salté a su bordo, pero en seguida volví a tierra porque vi que dos de los mástiles pertenecían a otro barco y el mascarón a un tercero. Al fin di con el que se me figuró mi punto de destino: un barco grande y magnífico que estaba soltando las amarras. El coronamiento, la popa era verde; tres mástiles; sí, aquél debía ser... y la figura dorada de Hércules por mascarón. Verdad es que tenía en la mano una especie de tenedor en vez de cachiporra, pero mi tío podía haberse equivocado. O acaso el Hércules variase de armas.

»—¡Fuera amarras! —rugió una voz en el puente.

»—¡Esperen! —grité yo corriendo como un loco entre la gente.

»—¡Esperen! ¡Esperen! —Repitieron algunos de los presentes, mientras que los

hombres que tiraban de las cuerdas se detenían un minuto.

»Esto infundía una rabia terrible al capitán, porque habían venido varios amigos a despedirlo, y al ver desacatar sus ordenes tan rotundamente se ponía frenético.

»Pero la dilación fue suficiente. Tomé carrerilla, di un buen salto, las amarras quedaron sueltas, el remolcador de vapor lanzó una bocanada de vapor y zarpamos.

»El capitán bajó violentamente a mi encuentro, diciéndome a gritos:

»—¡A qué vienes aquí, granuja! ¿Qué quieres aquí?

»—Perdone, señor —respondí, llevándome la mano a la gorra—. Soy el nuevo aprendiz de a bordo de este buque.

»—¿El nuevo aprendiz? —dijo, dando una patada—. Yo no necesito más aprendices. Está completa mi tripulación. ¡Esto es un ardid tuyo! ¡Ya te estás marchando de aquí!

»Y a continuación comenzó a dar grandes patadas por el puente, jurando de un modo espantoso, porque la idea de parar el Duque, arriar un bote y perder media hora en todo por tener que mandar un chico a tierra, le ponía fuera de sí. Además, soplaba el viento fresco fuera del puerto, por lo cual no era fácil atracar al costado del remolcador.

»En el momento de pasar por el extremo del muelle, donde había varios botes, cuyos tripulantes remaban hacia el puerto, el capitán vino a mí y me dió una bofetada al tiempo que decía:

»—¡Vete de aquí, granuja!

»—¡Yo no soy granuja! —repliqué furioso, porque la bofetada no había sido nada suave.

»—¿Sabes nadar?

»—Sí —contesté.

»—Entonces, ¡a nadar!

»Y cogiéndome por los pantalones y el cuello me tiró al mar. Los de los botes dejaron de remar al ver aquella escena, pero observando que nadaba, dejaron que me las arreglase solo para llegar al muelle. Ya ves, Ralph, cómo hice a nado mi primer viaje de regreso.

Jack rió, dando palmadas en el hombro de Peterkin.

—Pero, dinos lo que sepas acerca de la nuez-bujía —dije—. Estabas hablando de eso.

—Es verdad —repuso Jack—, pero me parece que recuerdo muy poco. Creo que la nuez es del tamaño de una nuez de nogal y creo que las hojas son blancas, pero no estoy seguro.

—¡Eh! ¡Ah! ¡Hum! —exclamó Peterkin—. Hoy mismo he visto un árbol que concuerda con esa descripción.

—¿De veras? —exclamó Jack—. ¿Está lejos de aquí?

—A menos de un kilómetro.

—Pues vamos a verlo —dijo Jack, empuñando el hacha.

A los pocos momentos íbamos por el bosque los tres, siguiendo a Peterkin, y no tardamos en llegar al árbol en cuestión. Jack Yo examinó detenidamente y dijo que debía ser el que necesitábamos. Sus hojas eran de hermoso color blanco plata y ofrecían un notable contraste con el follaje verde oscuro de los árboles de alrededor.

Inmediatamente nos llenamos de nueces los bolsillos, y Jack dijo entonces:

—Ahora, Peterkin, sube a un cocotero y arranca una rama larga.

Así se hizo, aunque a costa de cierto trabajo, porque el tronco era muy alto, y como Peterkin solía coger los cocos en los árboles jóvenes, no estaba muy acostumbrado a subir a los grandes. La hoja o rama era muy grande y nos quedamos sorprendidos de su tamaño y resistencia.

Visto a poca distancia, el cocotero semeja un tronco largo y delgado, sin ninguna rama, excepto en lo alto, donde tiene un penacho que parece de plumas, que el viento agita fácilmente. Pero cuando vimos una de estas hojas o ramas a nuestros pies, nos encontramos con un tallo fuerte de cinco metros de largo con una porción de hojas estrechas y puntiagudas dispuestas alternativamente a cada lado. Pero lo que nos pareció más notable fue una sustancia muy curiosa que parecía tela y que envolvía el grueso extremo del tallo por donde había sido cortado el árbol. Peterkin nos dijo que había costado mucho trabajo separar la rama del tronco por efecto de esta sustancia que envolvía por completo el árbol y las ramas, formando así un resistente refuerzo para las grandes hojas expuestas a los vientos fuertes.

No exagero al llamar tela a esta sustancia. Tengo muy buen cuidado de no dejarme llevar por nada de lo que vi en el curso de mis aventuras en los mares del Sur a fin de no inculcar errores a los que me lean. Esta tela, digo, se parecía mucho al tejido basto de algodón crudo. Tenía una costura o fibra en el centro de la cual divergían otras fibras de éstas, muy largas y correosas, una de las cuales se cruzaba oblicuamente y el conjunto estaba unido por otra sustancia aun más fina, fibrosa y pegajosa. Mirándola atentamente, nos costaba trabajo creer que no la habían tejido manos humanas. Desenvuelta cuidadosamente la notable tela, resultó un trozo de unos sesenta centímetros de largo por treinta de ancho y la llevamos al campamento como un gran trofeo.

Jack cogió una de las hojitas, extrajo de ella la espina o tallo central, y corrió al campamento, donde encendió una pequeña hoguera, calentó las nueces ligeramente y les quitó la cáscara. Después quiso hacerles un agujero, y como no había una herramienta a mano, empleó la punta del lapicero metálico, que por su falta de barra no servía para nada. Después ensartó las nueces en la espina de la hoja de coco, y prendiendo la nuez de encima, vimos con alegría que ardía, produciendo una llama clara y hermosa.

Al ver esto, Peterkin dio un salto y se pasó lo menos cinco minutos bailando alrededor del fuego, de pura satisfacción.

—Bueno, muchachos —dijo Jack, apagando la bujía—, el sol se pondrá dentro de una hora y no hay tiempo que perder. Voy a cortar un arbolito pequeño para hacer el

arco; vosotros buscad unas buenas cachiporras y después de anochecer nos pondremos a trabajar.

Diciendo esto, se echó al hombro el hacha y se marchó, acompañado de Peterkin, mientras que yo cogía el trozo del recién descubierto tejido y me ponía a examinar su estructura. Tan abstraído me quedé en el examen, que aún estaba en la misma postura cuando regresaron mis compañeros.

—¿No lo decía? —exclamó Peterkin, dando una carcajada—. ¡Eres incorregible, Ralph! Mira, aquí tienes un garrote para ti. Cuando te dejé mirando eso, me fui seguro de encontrarte lo mismo al volver, y por eso he cortado un palo para ti, además del mío.

—Gracias, Peterkin —repuse—. Eres muy bueno. Merecía que en vez de haberme traído el palo, me regañases por mi holgazanería.

—¡Hum! Si es por eso, todavía te puedo dar una paliza —replicó Peterkin—; pero sería inútil, porque eres un perfecto borrico.

Como estaba oscureciendo, encendimos la vela, y colocándola en el soporte formado por dos ramas cruzadas, dentro de nuestra choza, nos sentamos en nuestros lechos de hojas y nos pusimos a trabajar.

—Este arco lo tengo que usar yo —dijo Jack, desbastando el tronco que había cortado con el hacha—. Antes lo manejaba muy bien. ¿Pero qué haces? —añadió, mirando a Peterkin, que había metido en la choza el extremo de un largo palo y trataba de ponerle en la punta un trozo de hierro.

—Voy a sentar plaza en un regimiento de lanceros —respondió Peterkin—. El garrote me ha parecido un instrumento inadecuado para mis delicados músculos, y creo que podría hacer muchas más cosas con una lanza.

—Si la longitud encierra la fuerza —replicó Jack—, vas a ser invencible, seguramente.

El palo que Peterkin había cortado medía sus buenos cuatro metros de largo; era el tronco de un arbolito joven, pero muy fuerte, ligero y flexible, y lo único que precisaba para ser un arma excelente era aguzarle un extremo.

—Es una bonísima idea —dije.

—¿Cuál?... ¿Esto? —preguntó Peterkin, indicando a la lanza.

—Sí —contesté.

—¿Te burlas de mi idea? No dirías lo mismo si se te hubiese ocurrido a ti.

—Yo no me burlo; digo en serio que la idea es buena —repuse riendo—. Y ahora que caigo, también yo voy a variar de plan. No me gusta del todo la cachiporra. Voy a hacerme una honda con esta tela. Siempre he sido muy aficionado a tirar con honda, desde que leí lo de David y Goliat el filisteo, y he llegado a ser bastante diestro.

Así, me puse a confeccionar una honda. Durante largo tiempo trabajamos con ahínco y sin hablar, hasta que Peterkin alzó la cabeza.

—Jack, siento tener que decirte que necesito otra tira de pañuelo para atar esta endemoniada punta. Como ya está roto, lo mismo te dará una tira más que una tira

menos.

Jack se dispuso a complacerle, pero Peterkin lo contuvo de pronto con la mano.

—¡Alto, compañero! —dijo—. No hay que ser cruel cuando puede evitarse. Procura no romperle la boca a Nelson. Hay muchos pañuelos en los cocoteros.

¡Querido Peterkin! ¡Con qué complacencia recuerdo ahora sus bromas y sus dichos!

Mientras trabajábamos fuimos sorprendidos por un grito lejano, tan extraño como horrible. Parecía venir del mar, pero de tan lejos que no se podía determinar su dirección. Salimos a escape de la choza y echamos a correr a la playa, donde nos paramos a escuchar. De nuevo llegó a nuestros oídos, claro y fuerte, en el silencio de la noche, un prolongado y espantoso grito, algo semejante al rebuzno de un asno. La luna había salido, y veíamos las islas de dentro y de fuera del lago con toda claridad, pero no distinguíamos nada que pudiera explicarnos semejante grito. Una fuerte ráfaga de viento llegó del punto de donde procedía el ruido, pero se calmó mientras contemplábamos el mar.

—¿Qué podrá ser? —dijo Peterkin en voz baja, mientras que los tres nos juntábamos involuntariamente.

—He oído ya dos veces ese ruido misterioso —dijo Jack—, pero ninguna tan fuerte como esta noche. Al contrario, fue tan débil que dudé si sería ilusión, y no os dije nada para no alarmaros.

Estuvimos largo tiempo escuchando por si volvía a oírse el ruido, y como no se repitiera, nos retiramos a nuestra choza y reanudamos la labor interrumpida.

—¡Es muy extraño! —dijo Peterkin, muy en serio—. ¿Crees tú en los fantasmas, Ralph?

—No, yo no —respondí—. Sin embargo, debo confesar que los ruidos extraños e inexplicables como el que acabamos de oír me ponen un poco inquieto.

—¿Y tú, qué dices, Jack?

—Que ni creo en fantasmas, ni me inquieto —replicó—. Jamás he visto ningún fantasma, ni he conocido a nadie que los haya visto, y generalmente he observado que las cosas extrañas e inexplicables tienen casi siempre una explicación sencillísima cuando se examinan de cerca. Por supuesto que no atino qué es ese ruido, pero tengo la certeza de que lo descubriremos y si es algún fantasma me... me...

—Te lo zampas —exclamó Peterkin.

—¡Eso: me lo zampo! Bueno, ya he acabado mi arco y mis dos flechas. Si vosotros habéis terminado, vamos a dormir.

Peterkin ya había desbastado su lanza y le había atado la punta de hierro y yo había hecho ya la honda con fibras de la tela del coco, trenzadas. El arco de Jack era fuerte, de metro y medio de largo, con dos flechas con sus plumas correspondientes. Éstas plumas las había encontrado en el suelo. Las flechas no tenían punta de hierro, pero Jack decía que, teniendo bien puestas las plumas, bastaba con que tuvieran

aguzada la punta para que se clavasen bien, sin necesidad de puntas de hierro, cosa que yo ignoraba.

—Una flecha sin punta de hierro, pero con plumas, es una magnífica arma —dijo—; pero una flecha con punta de hierro, sin plumas, es completamente inútil.

La cuerda del arco era la cuerda que formaba parte de nuestros escasos bienes, y para no estropearla cortándola, llevaba lo que sobraba alrededor del arco.

Aunque preparados ya para emprender la marcha a la siguiente mañana, considerábamos oportuno ejercitarnos previamente, y nos pasamos todo el día practicando el manejo de nuestras armas.

Y acertamos haciéndolo así, porque nuestras armas eran muy imperfectas y distábamos mucho de manejarlas con perfección. En primer lugar, Jack se convenció de que el arco era demasiado fuerte y tuvo que adelgazarlo. También la lanza resultaba demasiado pesada y tuvo que ser reducida de grosor. Lo único que no consintió Peterkin fue acortarla. Mi honda funcionaba bien, pero yo había perdido mucho como hondero. Así que la primera piedra que lancé le dio en el sombrero a Peterkin y faltó muy poco para que el muchacho acabase como Goliat.

Pero después de habernos pasado todo el día practicando con ardor, empezamos a recobrar algo de nuestra antigua destreza, sobre todo Jack y yo, porque Peterkin, que tenía buen brazo, no tardó en manejar perfectamente su lanza y acertaba a dar una lanzada a un coco, no errando más que una vez cada cien que lo intentaba.

Digo con satisfacción que gran parte de nuestros rápidos éxitos se la debíamos a Jack, que decía que debíamos obedecerle toda vez que le habíamos nombrado capitán nuestro, y nos hacía trabajar desde por la punta del día hasta por la noche, perseverantemente, en una misma cosa. Peterkin quería correr de aquí para allá dando lanzadas a todo lo que encontraba, pero Jack le puso un coco y le mandó que ejercitase dándole lanzadas a la carrera sin pararse mas que para descansar. Nosotros nos reíamos de las exigencias de Jack, pero comprendíamos que nos eran beneficiosas.

Aquella noche, luego de examinar y repasar nuestras armas, nos echamos a dormir, a pesar de no hallarnos muy fatigados, para comenzar la marcha al amanecer del día siguiente.

CAPÍTULO IX

En cuanto el primer rayo de sol se proyectó en la inmensidad del océano Pacífico, Jack estaba de pie, y después de dar un grito al oído de Peterkin para despertarle, salió corriendo hacia la playa para tomar su acostumbrado baño. Nosotros no nos bañamos aquella mañana en el jardín acuático a fin de ahorrar tiempo. Pero nos refrescamos en el agua próxima a la choza. El desayuno fue también despachado sin malgastar tiempo, y en menos de una hora estaban hechos todos los preparativos para el viaje.

Además de las prendas que solía llevar, Jack se puso un cinturón de tela de cocotero para llevar colgada el hacha. A mí también me pidió que hiciera otro y colgase de él una cachiporra corta, porque, como decía Jack con razón, la honda me sería muy poco útil si por casualidad tenía que luchar de cerca con algún animal salvaje. En cuanto a Peterkin, a pesar de llevar una tan larga e imponente lanza al hombro, no pudimos convencerle para que dejase el garrote, porque según decía, «una lanza a corta distancia vale menos que un botón». Por mi parte, y empleando el estilo de lenguaje de mi amigo, creo que lo que servía menos que un ojal era el garrote, porque estaba lleno de nudos en un extremo, como el que se ve en las estampas del cuento *Jack, el matador de gigantes*, y además, era tan pesado que había que manejarlo con las dos manos. Pero se empeñó en llevarlo, y así emprendimos el viaje.

No consideramos preciso llevar comida, porque sabíamos que dondequiera que nos hallásemos a la hora de comer, encontraríamos cocos y con ellos estábamos sobradamente provistos de comida, bebida y pañuelos. Yo tomé la precaución de echarme al bolsillo la lente, por si necesitábamos encender lumbre.

Era aquella mañana una mañana deliciosa; una de esas mañanas serenas y plácidas y los pocos ruidos que se oían eran ruidos pacíficos, digámoslo así. No encuentro otro modo de expresar la idea. Se trataba de ruidos que lejos de interrumpir la universal tranquilidad de la tierra, del mar y del firmamento, tendían a revelarnos lo tranquilo que estaba el mundo que nos rodeaba. Rumores melancólicos, pero que a mí me parecían alegres, como el lamento de las aves marinas que flotaban en la superficie de las cristalinas aguas o se cernían en el espacio, el apagado canto de las parlerasavecillas del bosque, el acompasado rumor de las ondas en la playa y los solemnes golpes de las olas en el lejano arrecife de coral. Nuestros corazones estaban rebosantes de alegría según íbamos andando juntos por la arena de la playa. Por mi parte, me sentía tan alegre que me sorprendían mis propias sensaciones y me sumí en un ensueño sobre las causas de nuestra felicidad, sacando la conclusión de que el estado de paz y reposo profundos, tanto en lo exterior como en el espíritu, es la situación más dichosa en que puede colocarse el hombre, porque si bien me había sentido más alegre de poder entregarme a ocupaciones o recreos más activos y enérgicos, no eran la alegría ni la satisfacción tan profundas ni tan placenteras como

las que ahora experimentaba, y confirmé mi opinión al oír a Peterkin afirmar que también se sentía dichoso, aunque no lo demostrase bailando como tenía por costumbre, ni lanzando un solo grito, sino limitándose a marchar tranquilamente a nuestro lado con los ojos chispeantes y una alegre sonrisa en el semblante. Imagino que el lector no supondrá que pensé todo esto del modo más claro y metódico con que lo expongo aquí. Los pensamientos pasaban por mi imaginación, pero de una manera confusa e indefinida, porque entonces era joven y no muy hecho a reflexiones profundas.

He dicho que Peterkin iba entre Jack y yo por la arena, porque teníamos dos modos de andar por la isla. Cuando viajábamos por el bosque íbamos en fila, porque así avanzábamos con más facilidad, siguiéndonos los pasos. En tales casos Jack iba siempre a la cabeza y Peterkin y yo cerrando la marcha, pero cuando viajábamos por las arenas, que se extendían casi como una línea de blancura extraordinaria alrededor de la isla, íbamos en línea, porque así parecía la marcha más sociable y más agradable. Jack, por ser el más alto, iba por el lado del mar; Peterkin, entre aquél y yo, porque así podíamos hablarle o hablarnos él, mientras que si queríamos hablar Jack y yo podíamos hacerlo por encima de la cabeza de Peterkin. A propósito de esta disposición, Peterkin solía decir que si hubiera sido tan alto como cualquiera de nosotros, el orden de marcha habría sido el mismo, porque como Jack solía regañarle por dejar que le entrase por un oído y le saliese por el otro todo lo que decíamos, su cabeza no servía de obstrucción para la conversación.

El viaje estaba emprendido. Al cabo de andar cosa de un kilómetro, llegamos a un recodo del terreno que nos ocultaba de la vista nuestra choza, y durante algún tiempo avanzamos con paso vivo, sin hablar, aunque nuestros ojos no permanecían ociosos, observando todo lo que había de interesante en el bosque, en la costa o en el mar. Después de haber pasado la elevación del terreno que formaba nuestro lado del valle —el Valle del Naufragio—, encontramos otro vallecito cubierto de lujuriente y bellísima vegetación tropical. Ya la habíamos descubierto antes desde la cumbre de la montaña, pero no teníamos idea exacta de lo hermoso que era hasta que no estuvimos cerca. Ya íbamos a empezar la exploración de este valle, cuando Peterkin nos detuvo llamándonos la atención sobre una cosa notable.

—¿Qué os figuráis que es? —dijo, empuñando la lanza, como si esperase un inmediato ataque del objeto en cuestión, aunque se hallaba a cosa de tres kilómetros de distancia.

En tanto hablaba, se alzó sobre las rocas una blanca columna como de vapor o de espuma. Elevóse hasta varios palmos de altura y luego desapareció. Si esto hubiera ocurrido cerca del mar, no nos hubiera sorprendido gran cosa, porque en este caso podía ser el oleaje, pues en esta parte de la isla el arrecife de coral estaba tan cerca de la orilla que casi se juntaba con ella. No había lago, y el fuerte oleaje rompía casi contra las rocas de la costa. Pero la columna blanca había surgido a cincuenta metros tierra adentro. En aquel lugar las rocas eran muy ásperas y se extendían a través de la

arena hasta el mar.

Apenas habíamos acabado de expresar nuestra sorpresa por lo que habíamos visto, se alzó otra columna, por espacio de varios segundos, no lejos del punto donde había brotado la primera, y desapareció, repitiéndose el extraño fenómeno a intervalos regulares. Ya estábamos seguros que estas columnas eran de agua o de espuma, pero no podíamos figurarnos las causas productoras, y resolvimos ir a verlas.

En pocos minutos llegamos al sitio, que era muy caluroso y que estaba muy húmedo, por lo que nos costó trabajo pasar sin mojarnos, y vimos que el terreno estaba lleno de agujeros acá y allá. Mientras aguardábamos con ansiedad la reaparición de las columnas de agua, oímos próximo un ruido sordo que aumentó de intensidad hasta convertirse en borbollón sibilante, y un momento después subió del agujero de la roca una gruesa columna de agua con gran violencia y tan cerca de donde nos hallábamos Jack y yo que faltó muy poco para que nos tocara, y nos apartamos de un salto, pero no antes de que cayera la nube de espuma y nos dejara calados hasta el pellejo.

Peterkin, que se hallaba más lejos, escapó con unas salpicaduras, y se echó a reír estrepitosamente al ver el miserable estado en que habíamos quedado.

—¡Atención! —gritó—. ¡Que viene otra!

Apenas habían salido estas palabras de su boca cuando salió otro chorro de un agujero distinto, que nos hizo lo mismo que el anterior.

Peterkin se desternillaba de risa, pero su regocijo fue cortado bruscamente por el borboteo que empezó a sonar junto a él.

—¿Saldrá por aquí? —dijo, mirando en torno suyo con cierta ansiedad y disponiéndose a correr.

Y, de pronto, sonó una especie de relincho y brotó bajo los mismos pies de nuestro risueño compañero con tal ímpetu que lo hizo caer, envuelto en espuma. Su caída fue tan violenta que temimos que se hubiese roto algún hueso, y corrimos en su auxilio, mas por fortuna había caído en un macizo de hierbas entrelazadas y no se había hecho nada, aunque se hallaba en deplorable situación.

Entonces nos tocó reír a nosotros, pero como no estábamos seguros de que se hallase ileso, y como ignorábamos dónde y cuándo surgiría el próximo chorro, le ayudamos precipitadamente a levantarse para huir de aquel lugar.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Peterkin, malhumorado.

—Encender lumbre y secarnos —repuso Jack.

—Aquí hay combustible a mano —dijo, cogiendo una rama seca, mientras corríamos hacia el bosque.

Una hora después del lance acuático, estaba seca la ropa. Mientras la teníamos tendida ante el fuego, nos paseábamos por la playa, y no tardamos en observar que aquellos curiosos chorros surgían inmediatamente después de romperse una ola, nunca antes, y además notamos que no brotaban los chorros si la ola no era extremadamente grande. De esto dedujimos que debía haber un canal subterráneo en

la roca, en la cual era empujada el agua por las grandes olas, y como no tenía más escape que aquellos pequeños agujeros, salía violentamente por ellos. Fuera lo que fuese, nosotros no pudimos encontrar otra explicación de los chorros, y como la explicación era sencilla y probable, la aceptamos.

—Oye, Ralph, ¿qué es eso que hay en el agua? ¿Un tiburón? —dijo Jack cuando nos íbamos a retirar.

Inmediatamente eché a correr a la roca salediza desde la cual estaba contemplando el agua y vi una cosa muy tenue, de color verdoso, que parecía moverse ligeramente.

—Debe ser algún pez —dije.

—¡Eh, Peterkin! ¡Ven con tu lanza, que aquí hay trabajo para ella!

Pero al pretender pinchar el objeto resultó corta el arma.

—¿Lo estás viendo? —dijo Peterkin con desdén—. ¡Para que os empeñéis en decir que la lanza es extraordinariamente larga!

Jack lanzó con fuerza la lanza hacia el objeto en cuestión; pero aun cuando parecía que la había lanzado bien, falló el golpe, y el arma volvió a subir a flote. Al retirarla del agua, el objeto verde pálido seguía en el mismo sitio, moviendo lentamente la cola.

—Es extraño afirmó Jack.

Pero aun cuando resultaba realmente extraño, y a pesar de que arrojamos la lanza repetidas veces, ni lo pinchamos ni logramos espantarlo, y tuvimos que seguir el viaje sin descubrir qué era. A mí me dejó muy perplejo y no se apartó de mi imaginación en muchos días; pero me tranquilicé resolviendo volver a hacerle una vista en ocasión más conveniente.

CAPÍTULO X

El recorrido por el diminuto valle resultó completamente satisfactorio. No sólo encontramos árboles iguales a los de nuestro valle, sino, además, había dos o tres de especie distinta. También tuvimos la satisfacción de descubrir un vegetal peculiar, que, a juicio de Jack, debía de ser uno muy común en aquellas islas, al que los isleños llamaban *taro*. Hallamos también gran cantidad de ñames y unas raíces muy parecidas a las patatas. Como todo esto era completamente nuevo para nosotros, nos pusimos muy contentos, considerando la suerte que habíamos tenido al caer en una isla tan prolífica y tan abundantemente provista de cosas necesarias para la vida. Largo tiempo después vimos que nuestra isla no era en estos respectos mejor que otras que se encuentran a millares en aquellos mares; algunas hay más ricas y más productivas, pero esto no mermó en nada nuestra satisfacción. Nos llenamos los bolsillos de raíces para la cena. Más adelante volveremos a hablar de este asunto. También vimos muchas y bellísimas aves y volvimos a encontrar huellas de cuadrúpedo.

Mientras tanto, el sol comenzó a descender, y volvimos a la costa para dar la vuelta a unas peñas y penetrar en el valle inmediato, que era el que se extendía a través de la isla, y del cual he hablado ya anteriormente. Era el valle más grande y más hermoso que habíamos visto. Había allí árboles de todas las formas, tamaños y colores que se pueden concebir, y muchos de ellos no se criaban en los otros valles, porque aquí, las aguas eran más abundantes y el terreno mucho más fértil que el del Valle del Naufragio y estaba completamente cubierto de árboles y plantas. Unos pocos árboles eran de color verde oscuro y reluciente; otros, de matices vivísimos, que contrastaban con los de verde pálido, que eran los más abundantes en todas partes. Entre éstos vimos las anchas y oscuras copas del árbol del pan con su dorado fruto, el follaje puro y plateado del árbol de las bujías, y varias especies que tenían gran semejanza con el pino, mientras que acá y allá, aislados o en grupos, erguíanse altos cocoteros, extendiendo sus gráciles plumas por encima de todos los demás, como si fueran de una raza superior de esbeltos gigantes que custodiasen los espléndidos bosques. ¡Oh!, era una escena encantadora, y di gracias a Dios por haber creado lugares tan deliciosos para el hombre.

Mientras contemplábamos todo lo que nos rodeaba con silenciosa admiración, Jack lanzó una exclamación de sorpresa, y señalando con el dedo dijo:

—¡Una higuera de los banianos!

—¿Y qué es eso? —preguntó Peterkin, aproximándose al árbol.

—Un árbol muy curioso, como verás ahora —repuso Jack—. Aquí lo llaman *aoa*, si no recuerdo mal, y tiene una maravillosa propiedad. Y éste es enorme.

—¡Bah! ¡Si hay aquí árboles de estos por docenas! ¿Por qué hablas en singular?

—Aquí no hay más que este árbol de la especie que digo, como te convencerás si lo examinas —replicó Jack.

Y en efecto, lo que nos creíamos que era todo un bosque, resultó ser un sólo árbol. La corteza era de color claro y reluciente, y las hojas, de forma de lanza, pequeñas y de precioso color verde guisante. Pero lo maravilloso era que de las ramas que brotaban del tronco horizontalmente pendían largos retoños o fibras hasta el suelo, donde arraigaban y se convertían en árboles como el primero. Muchas de estas fibras habían descendido de las ramas a diversas distancias, y las sostenían como pilares naturales, algunos de los cuales eran tan grandes y tan fuertes que no era fácil distinguir a primera vista cuál era el padre y cuáles sus retoños. Había fibras de todos tamaños y en todos los estados de crecimiento, desde los pilares que ya hemos indicado hasta unas delgadas cuerdas que colgaban a punto de echar raíces y finos hilos oscuros, aún más lejos del suelo, que el viento hacía oscilar. En una palabra, si hubiera habido espacio, aquel árbol único hubiera llegado a cubrir toda la isla.

Poco después hallamos otro árbol notable, que merece describirse porque por su peculiar formación nos resultó muy útil después. Era una especie de castaño espléndido, cuyo nombre verdadero lo ignoraba Jack, y tenía muchas y excelentes castañas, de las que cogimos algunas. Pero la parte maravillosa del árbol era el tronco. Alzábase hasta unos cuatro metros, sin una rama, y no era muy grueso, sino, por el contrario, notablemente esbelto para las proporciones del árbol; mas, para suplir la falta de resistencia, el tronco tenía cuatro o cinco proyecciones maravillosas, que sólo puedo describir pidiendo al lector que se imagine cinco tabloncillos de cinco centímetros de grueso por un metro de ancho colocados alrededor del tronco del árbol, con los bordes fijos a él desde el suelo hasta las ramas, y estos tabloncillos cubiertos con la misma corteza que el árbol. Eran, en realidad, unos estribos naturales, sin los cuales el tronco no hubiera podido soportar el peso de su enorme copa. Estos castaños eran muy numerosos, crecían principalmente a orillas del riachuelo y los había de todos tamaños.

Estando examinando un árbol pequeño de esta especie, Jack cortó con el hacha un trozo de un refuerzo, y vio que la madera era compacta, aunque fácil de cortar. Entonces descargó el hacha con toda su fuerza y desprendió toda la tabla a lo largo del tronco. Así se convenció de que podríamos obtener tablas cortas del tamaño y grosor que deseásemos, lo cual constituía un gran descubrimiento, quizá el más importante de los que habíamos hecho hasta entonces.

Luego emprendimos el regreso a la costa con ánimo de acampar en la playa, porque en el bosque molestaban mucho los mosquitos. En nuestro camino no podíamos menos de admirar las aves que volaban y piaban en torno nuestro. Entre ellas observamos una especie de papagayo muy lindo, con el cuerpo verde, la cabeza azul y el pecho rojo; también descubrimos unas cuantas tórtolas muy bonitas y varias bandadas de palomas torcaes. Los matices de algunas de estas aves eran extremadamente vivos, y los más corrientes, el verde, el azul y el escarlata. Durante el día hicimos varias tentativas para cazar aves con flecha y con honda, no por mera diversión, sino para ver si eran buenas para comer, pero invariablemente las

errábamos, aunque en una o dos ocasiones estuvimos a punto de cobrar pieza, hasta que, ya próximos al regreso, pasó una bandada de palomas y les tiré una piedra a la ventura, con tan buena suerte que maté una. Poco después nos sorprendieron fuertes silbidos, y al mirar hacia arriba nos encontramos con una bandada de patos silvestres que volaban hacia la costa. Los seguimos con la vista para ver dónde se posaban, y al ir a buscarlos nos encontramos con un lago azul encantador, (de más de doscientos metros de largo, rodeado de árboles. En la plácida superficie, que reflejaba hasta los más pequeños detalles de la vegetación circundante, como si fuese un espejo, había varias especies de patos silvestres comiendo entre las anchas hojas de las plantas acuáticas flotantes, mientras que por las orillas corrían de un lado a otro numerosas aves como gallinas de agua. Todas ellas volaron a un tiempo apenas nos presentamos. En el agua se veían muchos peces que no sabíamos de qué clase eran.

Al acercarnos a la costa, Jack y yo dijimos que íbamos a dar un rodeo a ver si podíamos cazar algún pato, y encargando a Peterkin que se fuera derecho a la costa y encendiese lumbre, nos separamos, prometiendo reunimos con él lo más prontamente. Aunque anduvimos más de media hora buscando, no encontramos ningún pato, y ya íbamos a volver sobre nuestros pasos cuando fuimos detenidos por la cosa más extraña que habíamos visto hasta entonces.

En frente de nosotros, a unos diez metros de distancia, se alzaba un árbol soberbio, seguramente el más grande que habíamos visto en la isla. El tronco medía lo menos metro y medio de diámetro y tenía la corteza tersa y gris. Su ramaje, de hojas verde claro, aparecía cargado de racimos de un fruto amarillo pálido tan abundante que inclinaba las ramas con su peso. El fruto se semejaba a la ciruela, era de forma oblonga, y más grande que las ciruelas de mayor tamaño. El suelo, al pie del árbol, estaba cubierto de frutas caídas, y encima dormitaban, en todas las actitudes posibles, lo menos veinte cerdos de todas edades y tamaños, aparentemente ahitos de un reciente banquete.

Jack y yo no pudimos contener la risa al ver aquellos bastos, gordos y mal fachados animales que yacían gruñendo y roncando sonoramente entre los restos de su cena.

—Mira, Ralph —susurró Jack en voz baja—, pon una piedra en la honda, una piedra grande y tírasela a ese gordinflón que está de espaldas a ti. Yo veré de meterle una flecha al pequeño.

—¿No crees que será mejor despertarlos antes? —murmuró—. Parece cruel matarlos mientras duermen...

—Si fuera por deporte, desde luego habría que despertarlos, pero como lo hacemos por comer, aprovechemos la ocasión. Además, no estamos seguros de matarlos. ¡Tira!

Así aconsejado, arrojé la piedra con tan buena puntería que fue a pegar contra el costado del cerdo, como si pegase contra el parche de un tambor; pero no produjo más efecto que el de despertar al animal, ponerle de pie bruscamente y hacerle huir

chillando. En el mismo instante, la flecha de Jack se clavaba en el suelo atravesando una oreja del cerdo pequeño.

—Hemos errado los tiros —exclamó Jack, avanzando con el hacha enarbolada, mientras que el cerdito lanzaba un gemido, arrancaba del suelo la fecha y corría con ella clavada seguido de toda la piara, desapareciendo entre la vegetación, aunque seguimos oyéndolos largo rato.

—¡Qué chasco! —dijo Jack, frotándose la punta de la nariz.

—¡Ya, ya! —Repuse, rascándome la barbilla.

—Vamos a darnos prisa para reunimos con Peterkin, que ya se va haciendo tarde —agregó Jack.

Y sin hablar más, apresuramos el paso a través del bosque en dirección a la costa.

Cuando llegamos encontramos la leña dispuesta, el fuego encendido y otras señales de la preparación del campamento, pero a Peterkin no se le encontraba por ninguna parte. El caso nos extrañó mucho, pero Jack dijo que debía de haber ido por agua, y dio unas voces para avisarle nuestra llegada. Después se sentó en una roca y yo me quité la chaqueta y empuñé el hacha, con ánimo de cortar leña. Mas apenas me había movido del sitio, oímos el alarido más terrible seguido de un coro de chillidos de cerdos y finalmente un ¡hurra! estrepitoso.

—Se conoce que Peterkin ha encontrado a los cerdos —dije.

—¡Hurra! —volvió a gritar Peterkin a lo lejos.

Nos volvimos seguidamente en la dirección de donde venía el sonido y no tardamos en divisar a Peterkin, que venía por la playa con un cerdito ensartado en la lanza.

—¡Muy bien, muy bien, muchacho! —exclamó Jack, dándole palmadas en el hombro cuando llegó—. Eres el mejor tirador de los tres.

—Mira, Jack —dijo Peterkin al desensartar el cerdo de la lanza—. ¿Conoces este agujero? —añadió, señalando una oreja del animal—. ¿Sabes de qué es?

—Sí, reconozco que es de mi flecha —repuso Jack.

—¡Claro! —interrumpió Peterkin—; pero dejémonos de declaraciones y cenemos; te aseguro que tengo un hambre atroz, porque no es grano de anís lanzarse sobre toda una piara de cerdos, capitaneados por su tatarabuela, con los pelos erizados como un puercoespín.

En seguida nos pusimos a preparar la cena, y realmente resultaba ostentosa la exposición de viandas cuando las hubimos colocado todas sobre una piedra plana, a la luz de la hoguera. En primer lugar figuraba el cerdito, luego las raíces de taro, los ñames, las patatas, seis ciruelas y, para remate, la paloma torcaz. A todo esto añadió Peterkin un trozo de caña de azúcar que había cortado de una planta hallada por él poco después de separarse de nosotros, y que, según dijo, parecía plantada por la mano del hombre.

—Es muy posible —repuso Jack—. Por todo lo que hemos visto, me parece que han debido de vivir aquí salvajes hace largo tiempo.

El modo de guisar el cerdo fue cuestión de no poca dificultad. Los tres ignorábamos la forma de desollarlo y desconocíamos el procedimiento. Además no disponíamos más que del hacha, porque la navaja nos la habíamos dejado olvidada, hasta que dijo Jack:

—No perdamos más tiempo discutiendo este asunto. Sostén aquí, Peterkin. Pon esa parte encima de este tarugo... Así —y cortó un gran cuarto de un solo hachazo—. Ahora, el otro lado, así...

De este modo cortó los dos cuartos traseros, les dio varios cortes con el hacha, ensartó cada pieza en un palo engrasado y los puso a asar. La paloma, abierta en canal, y después de bien lavada, se sometió al mismo procedimiento culinario. Mientras se hacían los asados, cavamos un hoyo debajo del fuego y metimos en él los vegetales.

La raíz de taro era de forma oval, de unos veinticinco centímetros de largo por diez o doce de grueso. Tenía un color gris moteado y una gruesa cáscara. Su sabor era parecido al de la patata, y nos gustó mucho.

El ñame resultaba redondo y tenía un pellejo oscuro y áspero. Sabía dulce y olía muy bien. La patata nos dejó sorprendidos, porque resultó excelente, así como las ciruelas.

También nos gustaron mucho el cerdo y la paloma. Desde luego, aquella era la cena más suculenta que habíamos hecho desde hacía mucho tiempo, y Jack aseguró que habíamos comido mucho mejor que a bordo.

Peterkin expresó su temor de que nos volviésemos glotones y epicúreos si permanecíamos mucho tiempo en la isla, y Jack le repuso que no había que temerlo, porque ya lo éramos. Y luego, después de haber comido hasta hartarnos, sin descuidar las ciruelas de postre, nos echamos cómodamente a dormir en una cama de ramaje, bajo el borde saledizo de una roca coralina.

CAPÍTULO XI

Muy alto andaba el sol cuando nos despertamos a la mañana siguiente. De esto deducimos la conclusión de que las cenas copiosas no son buenas para madrugar. No obstante, nos sentíamos perfectamente fuertes y sanos y dispuestos a desayunar. Pero lo primero que hicimos fue tomar nuestro acostumbrado baño matinal, que nos produjo gran bienestar.

En años posteriores a estos sucesos, me ha extrañado muchas veces que los habitantes de mi querido país no hagan un uso más frecuente del elemento más encantador de todos: el agua. Me refiero al baño frío. Por supuesto que no es cómodo irse al mar o al río en invierno, como nosotros hacíamos en la Isla de Coral, donde reinaba una temperatura deliciosa; pero sé, por experiencia, que una bañera y una esponja resultan excelentes sustitutos. Las sensaciones de frescura, de limpieza, de vigor y de extrema alegría que siempre seguían a mis baños en el mar, y aun a los baños caseros de mi tierra, eran tan deliciosas que mejor me pasaría sin desayunar que sin mi baño frío. En estos últimos años, retirado ya de la agitada vida de aventuras que he hecho en climas extraños, he oído hablar de un sistema llamado la cura por el agua fría. Conozco poco el sistema, y por lo tanto no he de ensalzarlo ni desdeñarlo, pero creo que puede resultar muy bueno, aunque se me figura que es tomar poco de una cosa buena. El deleite que experimentaba en mis baños fríos durante mi aventura, me inclina a creer que es preferible arriesgarse a tomar demasiados que contentarse con muy pocos. Esta es mi opinión, motivada por la experiencia, y la expongo a mis lectores con toda timidez y con profunda modestia, sabiendo que tal vez pueda herir sus sentimientos de confianza en su habilidad para conocer y juzgar lo que les conviene más. Mas abandonemos esta digresión, por la que imploro perdón humildemente.

Reanudada la marcha, cuando llevábamos andada más de una milla y empezábamos a sentir el agradable calor que generalmente acompaña al ejercicio vigoroso, dimos la vuelta a un recodo de la costa, quedando a nuestra vista un bellísimo grupo de islas. Estando contemplándolas, oímos de pronto, el grito que nos había alarmado unas noches antes. Pero esta vez no nos alarmamos tanto; en primer lugar, porque entonces era de noche y ahora era de día, y siempre he observado, aunque no me explico la razón, que el día disipa muchos temores que suelen asaltarnos por la noche.

En cuanto oyó el grito, Peterkin enristró su lanza.

—¿Qué era eso? —dijo, mirando a Jack—. Si vamos a estar aquí en constante estado de horror y sorpresa, como la semana pasada, cuanto antes nos marchemos de esta isla será mejor, a pesar de los ñames, la limonada, el cerdo y las ciruelas.

La observación de Peterkin fue seguida por otro grito más fuerte que el primero.

—Procede de una de esas islas —dijo Jack.

—Debe de ser el fantasma de un burro garañón, porque jamás he oído nada tan

semejante —dijo Peterkin.

Los tres volvimos los ojos hacia el grupo de islas, y en la más grande de ellas distinguimos unos curiosos objetos que se movían en la playa.

—¡Son soldados!... Se ve perfectamente —exclamó Peterkin, mirándolos con el mayor asombro.

En verdad parecían ciertas las observaciones de Peterkin, porque desde la distancia a que nos hallábamos, parecía un ejército de soldados. Estaban erguidos, formados en líneas y en cuadros, haciendo marchas y contramarchas, con casacas azules y pantalones blancos. Mientras estábamos observándolos sonó otra vez el espantoso grito, y Peterkin dijo que debía ser un regimiento enviado a asesinar a los indígenas a sangre fría, a lo cual repuso Jack, riéndose:

—¡Calla hombre! ¡Si son pingüinos!

—¿Pingüinos? —repitió Peterkin.

—Sí, señor, sí, pingüinos; ni más ni menos que unas aves marinas bastante grandes, como verás uno de estos días, cuando vayamos a hacerles una visita en el bote que pienso construir cuando regresemos a nuestra choza.

—¿Luego nuestros terribles fantasmas gritadores y nuestro ejército de soldados asesinos han quedado reducidos a unos pingüinos, a unas aves marinas grandes? —repuso Peterkin—. ¡Muy bien! Pues os sugiero que continuemos nuestro viaje lo más de prisa posible, no sea que nuestra isla se convierta en un sueño antes de que hayamos acabado de reconocerla.

Mientras proseguíamos nuestro camino, pensé mucho en este descubrimiento y en el singular aspecto de las aves, de las cuales Jack no supo darnos más que ligeras y vagas noticias, y empecé a desear que se comenzase la construcción del bote para poder ir a inspeccionarlas más de cerca. Pero estos pensamientos fueron desvaneciéndose gradualmente y volví a interesarme por las peculiaridades del país que recorríamos.

La segunda noche vinimos a pasarla poco más o menos como la primera, a unos dos tercios del camino de circunvalación de la isla, como habíamos calculado; así que esperábamos dormir la noche siguiente en nuestra choza. No detallare lo que hablamos y vimos el segundo día, porque no realizamos descubrimientos de importancia. La costa por donde íbamos y los diversos trozos de bosque que atravesábamos eran semejantes a los que ya habíamos visto. Solo hicimos un par de observaciones que deben ser consignadas.

Vimos, por ejemplo, que mientras la mayoría de los árboles frutales se criaban sólo en los valles, y algunos exclusivamente a orillas de los arroyos, donde el terreno era particularmente fértil, el cocotero se criaba en todas partes, no sólo en las vertientes, sino también en la costa y hasta, como se ha dicho, en el propio arrecife de coral, donde el suelo, si se le puede dar este nombre, no se componía sino de arena suelta, mezclada con conchas rotas y roca de coral. Tan próximo al mar crecía este útil árbol, que en muchos sitios el agua lamía sus raíces. Y a pesar de esto, los árboles

que crecían en la arena eran tan hermosos como los del valle, y el fruto tan bueno y refrescante como el de éstos. Además, observé que en la cumbre de la montaña alta, a la cual habíamos subido la otra vez por distinto camino, se encontraban en abundancia conchas y corales, lo cual probaba, según Jack, que la isla había estado en otros tiempos bajo las aguas o que las aguas habían cubierto la isla. Es decir, que como las conchas y los corales no podían haber trepado a la cumbre, debían de haber sido traídos allí por el mar cuando la cúspide de la montaña se hallaba al nivel del agua. Meditamos mucho acerca de esto y nos hicimos esta pregunta: ¿qué fue lo que elevó la montaña hasta la altura que ocupaba actualmente? Pero no encontrábamos respuesta satisfactoria. Jack calculaba que podía haber sido elevada por un volcán, y Peterkin afirmaba que la isla se había elevado sencillamente porque le había dado la gana de elevarse. También notamos una cosa en la cual no nos habíamos fijado antes: las rocas sólidas que formaban la isla eran diferentes de las rocas vivas de coral de la costa donde el maravilloso insecto trabajaba constantemente. Parecían ciertamente del mismo material —una sustancia como la piedra caliza—, pero mientras que las rocas de coral estaban llenas de diminutas células en las que vivía el zoófito, las demás rocas de la isla eran duras y sólidas, sin rastro de células. Nuestros pensamientos y nuestras conversaciones sobre este tema eran a veces tan profundos, que Peterkin decía que nos íbamos a ahogar en ellos, a pesar de ser buenos buceadores. Pero estas bromas de nuestro compañero no nos apartaban de seguir haciendo observaciones y discutiéndolas durante la marcha.

Topamos con nuevas pjaras de cerdos en los bosques, pero nos abstuvimos de matar ninguno teniendo, como teníamos lo suficiente para atender a nuestras necesidades presentes. Vimos también muchas huellas suyas, y entre ellas advertimos otras de un animal más pequeño, pero no pudimos formar opinión sobre la especie de animal que fuese, aunque las examinamos detenidamente. Peterkin creía que eran huellas de un perro pequeño, pero Jack pensaba de distinta manera. Y nos despertaron más la curiosidad porque notamos que estas huellas estaban esparcidas por aquel terreno como si el animal que las hubiese impreso anduviese dando vueltas de un modo irregular y sin ningún objeto. Al tercer día de viaje, por la mañana temprano, notamos que las huellas en cuestión eran mucho más numerosas que nunca y que en un punto determinado del bosque, divergían siguiendo una senda regular, pero que no obstante costaba trabajo seguirla, por los arbustos que se atravesaban. Como ya teníamos verdadero deseo de descubrir al animal, resolvimos seguir la senda, si era posible, para poner en claro el misterio.

La vereda parecía demasiado ancha para haber sido formada por el mismo animal, de lo que inferimos que había sido hecha por otro mayor, y que la utilizaba el pequeño. El camino se interrumpía constantemente por las plantas trepadoras; así que avanzábamos con dificultad. De improviso llegamos a un claro, oímos un débil grito, y nos encontramos ante un animal negro.

—¡Un gato montés! —exclamó Jack, poniendo una flecha en el arco y

disparándola tan precipitadamente que fue a clavarse en el suelo a medio palmo del animal. Con gran sorpresa de nuestra parte el gato montés no huyó, sino por el contrario, se dirigió lentamente a la flecha y se puso a olfatearla.

—¡Es el gato montés más cómico que he visto en mi vida! —exclamó Jack.

—Parece un gato montés domesticado —dijo Peterkin empuñando la lanza para cargar sobre el animal.

—¡Quieto! —Dije poniéndole una mano en el hombro—. Me parece que ese pobre animal está ciego. Tropezaba con las ramas al andar. Debe de ser muy viejo —y me dirigí a él.

—¡Será un gato montés jubilado! —dijo Peterkin riéndose.

El pobre gato, no sólo estaba ciego y casi cojo, sino además sordo como una tapia, pues no oyó nuestros pasos hasta que estuvimos muy próximos. Entonces dio un brinco y arqueando el lomo y alzando la cola, con el negro pelo todo erizado, lanzó un ronco maullido y bufó.

—¡Pobrecillo! —dijo Peterkin alargando el brazo y tratando de acariciarle—. ¡Pobrecito gatito! ¡Minino! ¡Minino! ¡Toma!

En cuanto el gato oyó estas palabras cariñosas, se desvaneció su enfado, y, acercándose a Peterkin, se dejó acariciar, se restregó contra sus piernas haciendo el *runrún* característico de los gatos cuando están satisfechos, y demostrando en todos sus actos su júbilo.

—¡Éste es tan gato montés como yo! —exclamó Peterkin cogiéndole en brazos—. Es muy mansito. ¡Minino! ¡Pobrecito gatito!

Rodeamos a Peterkin y nos quedamos sorprendidos y, a decir verdad, bastante afectados, al ver la excesiva alegría del pobre animalito. Restregaba la cabeza contra la cara de Peterkin, le lamía la barbilla y le daba topetazos casi violentos en el cuello, y hacía el *runrún* estrepitosamente. Tan alegre estaba, que a veces maullaba y susurraba casi al mismo tiempo. Tales demostraciones de alegría y de afecto nos hicieron suponer que el pobre gato debía de haber conocido al hombre en otro tiempo, y supusimos que había sido dejado en la isla, accidentalmente o de intento, muchos años antes, y que ahora demostraba su alegría al encontrar nuevamente seres humanos.

Mientras amansábamos al gato y hablábamos de él, Jack miró en torno suyo para examinar en el claro del bosque dónde nos hallábamos.

—¡Mirad! —exclamó—. Este claro parece artificial. Aquí ha trabajado el hacha. Fijaos en esos tocones.

Nos volvimos para ver lo que decía nuestro compañero y, efectivamente, pudimos advertir que habían sido cortados varios árboles acá y allá, pero todos los tocones estaban cubiertos de musgo, prueba de que llevaban algunos años en aquella condición. No habíamos visto huellas humanas, ni en la senda ni en ninguna parte, pero las del gato se veían en todos lados. Entonces decidimos seguir la senda hasta donde llegase, y Peterkin dejó en el suelo el gato, pero al parecer estaba tan débil y

maullaba tan lastimeramente, que volvió a cogerlo y lo llevó en brazos. El animalito se quedó dormido a los pocos momentos.

A unos diez metros más allá, los árboles caídos eran numerosos, y la senda, desviándose hacia la derecha, seguía en un trecho la orilla de un arroyo. De pronto, llegamos a un lugar donde debió de haber habido en otro tiempo una especie de puente rústico, cuyas piedras yacían esparcidas en el arroyo. Las de las orillas aparecían cubiertas de musgo. Seguimos nuestro camino, expectantes y sorprendidos, y varios metros más allá, al abrigo de varios árboles del pan, vimos una pequeña casita o cabaña. Me es imposible dar a mis lectores idea exacta de los sentimientos que nos afectaron ante aquel inesperado descubrimiento. Permanecimos largo tiempo en silenciosa abstracción, porque nos impresionaba profundamente el melancólico silencio del lugar, y cuando al fin hablamos, lo hicimos en voz baja, como si nos rodease una influencia venerable o sobrenatural. Hasta la voz de Peterkin, viva y fuerte en todas las ocasiones, se mostraba apagada, porque flotaba una melancolía en torno de la silenciosa, solitaria y deshabitada vivienda tan extraña de aspecto, tan distanciada de las habitaciones normales del hombre, tan vieja, tan ruinoso y aislada, que cayó sobre nuestro espíritu como una espesa nube y oscureció la alegría en que habíamos rebotado desde el comienzo de nuestro viaje alrededor de la isla.

La cabaña era de construcción sencilla y tosca. No mediría más de cuatro metros de largo por tres de ancho y dos y medio de alto. Tenía una ventana o, mejor dicho, un hueco en el que tal vez en otro tiempo hubiese habido ventana, aunque ahora no tenía nada. La puerta era muy bajita y estaba formada por toscas tablas. El tejado aparecía cubierto con anchas hojas de coco y de plátano. Pero estaba todo muy deteriorado y cubierto de moho y de musgo, y el maderamen lleno de agujeros de carcoma. El tejado estaba casi caído, y si no se había derrumbado era por la espesa capa de plantas trepadoras y de ramas entrelazadas que se había formado en los muchos años de abandono. Las espesas y frondosas ramas del árbol del pan y de otros que se extendían sobre ella, proyectaban profunda sombra sobre el lugar, como protegiéndole contra el calor y la luz del día. Conversamos largo rato en voz baja acerca de la extraña habitación, pero no nos atrevíamos a acercarnos, y cuando al fin lo hicimos, fue, por mi parte al menos, con una especie de temor respetuoso.

Al principio, Jack quiso ver el interior por el hueco de la ventana, mas por efecto de la profunda sombra de los árboles, estaba muy oscuro dentro y no se distinguían los objetos, por lo cual levantamos el pestillo y abrimos la puerta. El pestillo era de hierro y estaba ya casi comido por el óxido. En igual condición encontrábase los goznes, que chirriaban al moverse. Al entrar, nos quedamos parados mirando en torno nuestro, muy impresionados por el lúgubre silencio, y lo que vimos nos sorprendió y nos horrorizó no poco. En la estancia no había más muebles ni utensilios que una banquetita de madera y una olla de hierro casi carcomido. En el ángulo más distante de la puerta, se veía una cama baja en la que yacían dos esqueletos envueltos en un montoncito de polvo seco. Con el corazón palpitante nos aproximamos a

examinarlos. Uno de los esqueletos era de hombre, y el otro de perro. Éste estaba extendido junto al primero con el cráneo apoyado en su pecho.

Inútil es decir lo que nos afectó el descubrimiento, y apenas pudimos contener el llanto al contemplar aquellos restos. Transcurrido algún tiempo, comenzamos a hablar de lo que habíamos visto y a examinar la casita por dentro y por fuera, a fin de descubrir algún rastro del nombre o historia de aquel hombre fallecido en la soledad, sin nadie que se apenase por su muerte, aparte del gato y del fiel perro. Pero no encontramos nada, ni un libro, ni una hoja de papel. Sólo hallamos restos de lo que parecía haber sido ropa y una vieja hacha, pero ninguna de estas dos tenía marca alguna; solamente por su estado de deterioro se podía decir que llevaban muchos años en aquella condición.

El descubrimiento nos aclaró lo del tocón en lo alto de la montaña, con las iniciales grabadas en él. Nos explicó también la plantación de caña de azúcar y otras huellas de hombre que habíamos encontrado en nuestras correrías por la isla. Y nos entristeció bastante la reflexión de que la muerte de aquel viajero podía ser también la nuestra, luego de muchos años de residencia en la isla, a menos que nos sacasen de ella algún buque o los indígenas de otras islas. Sin antecedente alguno para explicamos la presencia de aquel pobre ser humano en tan solitario lugar, nos pusimos a conjeturar cómo habría ido a parar allí. Yo me inclinaba a creer que era un náufrago, cuyo barco se había perdido allí, ahogándose toda la tripulación, excepto él, su perro y su gato. Pero a Jack le parecía más verosímil la versión de que aquel hombre había huido del barco llevándose el perro y el gato para que le hiciesen compañía. También ocupó mucho nuestra imaginación la extraordinaria diferencia entre el perro y el gato, al ver que mientras el uno parecía como un amigo cariñoso, al lado de su amo, con la cabeza apoyada en el pecho, el otro se había buscado la vida en el bosque, viviendo en soledad hasta edad avanzada. No queríamos decir con esto que el gato estuviese desprovisto de afectos, pues no podíamos olvidar sus emociones al encontrarnos, pero vimos en ello que el perro era de naturaleza más generosamente cariñosa que el gato, puesto que no sólo le había resultado imposible vivir tras la muerte de su amo, sino que al sentirse morir se había echado a su lado, descansando la cabeza en el pecho del difunto.

Mientras pensábamos estas cosas y examinábamos la estancia, fuimos atraídos por una exclamación de Peterkin.

—Oye, Jack —dijo—; aquí hay una cosa que nos puede ser útil.

—¿Qué es ello? —preguntó Jack acercándose precipitadamente.

—Una pistola vieja —respondió Peterkin alzando el arma que había sacado de debajo de un montón de leña y desperdicios que había en un rincón.

—Podría sernos útil —dijo Jack examinándola— si tuviésemos pólvora, pero sospecho que nos serán más útiles el arco y la honda.

—Es verdad; no había caído en la cuenta —dijo Peterkin—; pero, de todas maneras, nos la llevaremos, porque el eslabón nos servirá para encender lumbre

cuando no tengamos sol.



Después de haber pasado más de una hora en este sitio, sin encontrar nada más de interés, Peterkin cogió al viejo gato, que dormía tranquilamente en la banqueta donde lo había dejado, y nos dispusimos para la marcha. Al salir de la casita, tropezó violentamente Jack contra el poste de la puerta, y como estaba tan carcomido, se estremeció, y toda la fábrica de la cabaña amenazó desmoronarse sobre nuestra cabeza. Esto nos sugirió la idea de hundirla, para que sus ruinas sirvieran de montículo funerario al esqueleto. Jack empuñó el hacha y cortó el otro poste de la puerta, lo cual bastó para que toda la contracción se viniese abajo, constituyendo una especie de sepultura para los huesos del pobre solitario y su perro. Después nos marchamos, llevándonos la olla de hierro, la pistola y el hacha, porque podían resultarnos de mucha utilidad.

El resto del día lo pasamos caminando y examinamos el otro extremo del valle

grande, que era muy semejante a lo ya descubierto en otros lugares, por lo cual no me detengo en dar detalles. Sólo he de decir que no recobramos nuestro buen humor hasta llegar a nuestra choza, por la noche, donde hallamos todo tal como lo habíamos dejado tres días antes.

CAPÍTULO XII

El descanso resulta siempre agradable al cuerpo y al espíritu. Durante mi larga experiencia, a través de las vicisitudes de una vida sumamente variada, he observado que los períodos de gran descanso a ciertos intervalos, además de las horas ordinarias de reposo, son convenientes para el bienestar del hombre; y la naturaleza del descanso, lo mismo que su duración, son distintas según los diversos temperamentos de los individuos y las circunstancias peculiares en que puede haberlos situado la suerte. A los que trabajan con el cerebro, les reporta descanso el trabajo corporal; para los que trabajan con el cuerpo, su descanso es el sueño profundo. A los desgraciados, a los cansados de espíritu, a los apenados, les descansa la alegría y la paz. Hasta creo que para los alegres, los frívolos y los desocupados, cuando se saturan de placeres que no pueden durar, vienen a serles una especie de descanso la pena y la preocupación, aunque en este caso mejor debiera decir alivio que descanso. Hay, sin embargo, una especie de hombres para quienes está negado el descanso. No hay reposo para los crueles y perversos. Conste que me refiero, no al descanso espiritual, sino más en particular al descanso mental y corporal.

Al volver a nuestra vivienda estábamos muy necesitados de este descanso, y lo hallamos extraordinariamente agradable después del viaje que acabo de relatar.

No había sido largo, ciertamente, pero lo habíamos realizado tan diligentemente que nos hallábamos algo postrados. También estaba exhausto nuestro cerebro a consecuencia de las muchas sorpresas, las frecuentes alarmas y las profundas meditaciones a que se había visto sometido; así que, cuando nos acostamos la noche de nuestro regreso bajo el refugio de nuestra choza, nos sumimos inmediatamente en profundo reposo. Puedo asegurarlo rotundamente, porque Jack reconoció el hecho después y, aunque Peterkin lo negaba tercamente, le había oído roncar bien fuerte a los dos minutos escasos de haberse acostado. En esta condición permanecimos toda la noche y todo el día siguiente, sin despertarnos ni una vez y sin cambiar apenas de postura.

Cuando nos despertamos, el sol andaba cercano a su ocaso, y nos hallábamos en tal estado de laxitud, que no nos levantamos más que para engullir un poco de alimento. Como dijo Peterkin, entre un par de bostezos, nos desayunamos a la hora de merendar y en seguida nos volvimos a acostar hasta la siguiente mañana.

Entonces nos levantamos completamente descansados, pero también muy alarmados por si habíamos perdido la cuenta de un día, y digo que estábamos muy alarmados por esta circunstancia porque desde que habíamos sido arrojados a la isla llevábamos cuidadosamente la cuenta de los días para saber cuándo era domingo, día que teníamos dedicado al descanso y no hacíamos ningún trabajo. Sin embargo, discutiendo el asunto, nos mostramos los tres de igual opinión en cuanto a la duración de nuestro sueño; de suerte que acabamos por tranquilizar nuestra conciencia.

En seguida nos fuimos a nuestro jardín acuático a tomar un baño y a ver qué tal

marchaban los bichos que había puesto yo en el aljibe. Encontramos el jardín más encantador, más diáfano y más atrayente que nunca. Jack y yo nos zambullimos hasta sus profundidades para jugar entre los bosques de radiante coral, mientras que Peterkin se revolcaba en la superficie intentado de vez en cuando darnos con los pies al pasar por debajo de él. En cuanto nos hubimos vestido, me fui al aljibe, pero con sorpresa y disgusto me encontré muertos casi todos los animales y el agua putrefacta. El caso me apenó y no acertaba a dar con la causa del desastre.

—¿Pero qué querías, infeliz? —me dijo Peterkin acercándose—. ¿Cómo quieres que vivan en un agujero como éste los peces acostumbrados a morar en el océano Pacífico?

—Es verdad, Peterkin —repuse—; parece cierto lo que dices, pero pensándolo bien, me parece que debe de haber algún error en tu razonamiento, porque habiendo echado en este agua muy pocos animales, tiene la misma proporción de líquido que los millones de peces que viven en el océano.

—¡Oye, Jack! —gritó Peterkin llamándole con la mano—. Ven aquí como buen compañero. Ralph está hablando filosóficamente. Ven en mi ayuda, porque ya le he perdido de vista.

—¿Qué sucede? —preguntó Jack acercándose y secándose al mismo tiempo su abundante cabello con una toalla de tela de coco.

Repetí mis ideas a Jack, y vi con satisfacción que estaba de acuerdo conmigo.

—Lo mejor será —dijo— que al principio pongas pocos animales en el tanque, y vayas echando más a medida que veas que se conservan bien. Y mira —añadió señalando con el dedo las paredes del aljibe, que en un espacio de medio centímetro sobre el nivel del agua estaba lleno de sal—, debes llevar tu filosofía un poco más lejos. El agua se ha evaporado tanto que contiene demasiada sal para que puedan vivir en ella los animales. Tienes que añadir de vez en cuando agua dulce para que conserve el mismo grado de salinidad que el mar.

—Tienes razón, Jack; no había caído en ello —dije.

—Y ahora que lo pienso —continuó Jack—, me parece que el mejor medio de disponer tu aljibe conservándolo en condición buena y pura es imitar al océano. Haz un Pacífico en miniatura. No veo el medio de que obtengas éxito no siendo así.

—Muy bien —dije, tomando en consideración lo que me había dicho mi compañero—, pero temo que va a ser difícil.

—No tanto —exclamó Jack haciendo una pelota con la toalla y tirándosela a la cara a Peterkin, que llevaba cinco minutos haciéndole muecas—; no tanto. Mira. El mar contiene agua de cierta salinidad; pues bien; llena el aljibe de agua marina y conserva la proporción de salinidad marcando la altura que alcanzaba el agua en las paredes, y cuando se evapora un poco, echa agua dulce del arroyo hasta llegar a la marca, y todo marchará bien, porque la sal no se evapora con el agua. En el mar hay muchas plantas submarinas; coge dos ramitas de algas y échalas en el aljibe. Las plantas deben estar vivas y agarrarse a las piedras. Coge, pues, unas piedras que

tengan algas adheridas, y finalmente, si quieres que la cosa quede completa, echa también un poco de arena y piedrecillas.

—La cosa no estará completa del todo —declaró gravemente Peterkin, que había escuchado con atención los consejos—. Para que sea perfecta, habrá que hacer tres monigotes que buceen en ese pequeño océano, y va a ser difícil, porque se necesita que dos de ellos sean filósofos... ¿Pero qué es eso? ¡Mira, Ralph! A uno de tus cangrejos le ocurre algo extraordinario. Está realizando la operación más notable que he visto realizar a un cangrejo. ¡Se está desnudando como si fuera a acostarse!

Nos inclinamos rápidamente sobre el aljibe, y nos regocijó no poco la conducta de uno de los cangrejos supervivientes. Era un cangrejo pequeño y común, como los que corren por las costas de Europa, y mientras le mirábamos, advertimos que se le partía la caparazón por el lomo y que por la abertura así formada salía una cosa que parecía un manojo de patas, y así era, porque a los pocos minutos se estiraron las patas, salió el cuerpo, y el cangrejo echó a andar entero, sin faltarle ni la punta de las pinzas, dejando el cascarón perfecto de tal modo, que al mirarlos parecía que eran dos cangrejos en vez de uno.

—¡Bien está! —exclamó Peterkin dando un largo resoplido—. Yo he oído contar de un hombre que se salió del pellejo y se sentó en su esqueleto para tomar el fresco, pero no esperaba ver hacerlo a un cangrejo.

Nos hallábamos realmente sorprendidos de este espectáculo, y aún nos sorprendió más el observar que el nuevo cangrejo era mucho más grande que el caparazón que había dejado. Estaba también muy blando, pero al día siguiente se le había endurecido ya la piel. Así nos enteramos de que los cangrejos se desarrollan de esta manera, pues el caparazón no crece, contra lo que yo creía antes de ver realizada esta maravillosa operación.

Cuanto más pensaba en el consejo que me había dado Jack acerca de la preparación de mi aljibe, me parecía más prudente y más digno de ser seguido, por lo cual lo lleve a la práctica, y me encontré con que los resultados superaban a mis esperanzas, pues cuando una breve experiencia me enseñó la debida proporción de plantas marinas y de animales que debía poner para determinada cantidad de agua, el aljibe no necesita más cuidados y, además, no tuve que renovar el agua marina, sino simplemente añadir de vez en cuando un poco de agua del arroyo para suplir la que se evaporaba. De esto deduje que si me hubiera visto transportado de improviso con mi aljibe a un lugar donde no hubiese habido agua marina, no por eso hubiera dejado de vivir y prosperar mi pequeño mar y los seres que contenía. La misma consideración me hizo desear que las personas que viven muy tierra adentro conociesen mi maravilloso acuario y provistos de los materiales necesarios, pudiesen observar las costumbres de los misteriosos animales que residen en el mar y examinar con sus propios ojos las maravillas de las grandes profundidades.

Durante muchos días después, mientras Peterkin y Jack se ocupaban activamente en la construcción de un barquito con tablas sacadas del curioso castaño que he

mencionado anteriormente, pasaba yo el tiempo examinando con el cristal de aumento las maravillosas operaciones que se realizaban constantemente en el aljibe.

Vi las anémonas, como burbujas de gelatina de color rojo, amarillo y verde, encaramarse en las rocas, extender una multitud de brazos y esperar a que los tocara algún pececillo o algún animálculo, en cuyo momento lo apresaban, doblaban brazo tras brazo alrededor de sus víctimas, y se las comían.

Observé el incesante trabajo de los pequeños zoófitos del coral, cuyos esfuerzos han incrustado las islas del Pacífico de vastas rocas y las han rodeado de enormes arrecifes, y observé que muchos de estos zoófitos, aunque extremadamente pequeños, eran muy bonitos, y que tenían la forma de un volante de esos de jugar.

Advertí asimismo curiosos percebes sacando constantemente una diminuta y plumosa mano con la que se llevaban el alimento a la boca. Vi también cangrejos que sólo carecían de caparazón en la parte delantera, y como les quedaba sin protección la parte de atrás, se metían en caracoles y conchas de las que dejaban vacías determinadas especies de animales que, al crecer, las abandonan y cambian por otras. Pero lo más curioso que descubrí fue un animal que poseía la maravillosa facultad de arrojar al ponerse enfermo el estómago y los dientes que el mismo contenía y criar otros nuevos en el espacio de pocos meses. Esto y mucho más pude observar gracias a mi aljibe y a la lente de aumento; pero no voy a explicar con más detalles, porque me resta mucho que contar de las aventuras que corrimos durante nuestra estancia en la isla.

CAPÍTULO XIII

—Oye, Jack —dijo Peterkin cierta mañana, unas tres semanas después de haber vuelto de nuestra prolongada excursión—; hoy vamos a divertirnos haciendo algo vigoroso. Estoy cansado de clavar, machacar, cortar y arreglar la madera para este bote que estamos haciendo, y que resulta más duro de construir que la propia arca de Noé. Debemos hacer una excursión a la cumbre de la montaña, vamos a cazar patos silvestres o a matar cerdos. Me siento más aplastado que una torta y necesito algo que me levante, que me despabile y que me agite. Bueno. ¿Qué dices a esto?

—De acuerdo —repuso Jack soltando el hacha, con la que se dirigía al bote en construcción—; si es eso lo que necesitas, te aconsejo que hagas una excursión a los chorros de agua. La vez que estuvimos, te elevó a considerable altura uno de ellos, y tal vez tropieces con otro que te eche más alto, siempre que seas moderado y razonable en tus esperanzas.

—Veo, mi querido Jack, que te vas aficionando a las bromas —dijo Peterkin muy serio—. Es una cosa que no apruebo, y si no te quitas la costumbre, sentiré que tengamos que separarnos por nuestro mutuo bien.

—Bueno —repuso Jack sonriéndole—, ¿qué es lo que quieres?

—Ya te lo he dicho, hacer algo.

—¡Hombre! —Intervine—. Ahora recuerdo que no hemos descubierto todavía la naturaleza de aquella especie de bicho que vimos cerca de los chorros, en nuestra excursión alrededor de la isla. Quizá fuese bueno ir a verlo otra vez.

—¡Hum! —refunfuñó Peterkin—. Yo conozco bastante bien la naturaleza de esa bestia.

—¿Qué es? —pregunté.

—De naturaleza muy misteriosa seguramente —respondió moviendo la mano, levantándose del tronco en que estaba sentado, ciñéndose el cinturón y metiendo en él su enorme cachiporra.

—Bien, vámonos a los chorros de agua —dijo Jack dirigiéndose a la choza para coger el arco y las flechas—. Lleva tu lanza, Peterkin, porque puede sernos útil.

Resueltos a poner en claro qué clase de animal era el que nos había llamado la atención, emprendimos la marcha hacia las rocas de los chorros que, como ya dije antes, no estaba lejos de nuestra residencia actual. Al llegar allí apresuramos el paso hacia el borde de las rocas, y encontramos en el agua, perfectamente visible, el animal u objeto verde pálido, que movía la cola lentamente.

—¡Qué notable! —dijo Jack.

—¡Es curiosísimo! —Dije yo.

—¡No hay cosa igual! —añadió Peterkin—. Oye, Jack —continuó—, la vez pasada quedaste bastante mal en tu intento de apoderarte de eso, por lo cual te aconsejo que me dejes a mí intentar su captura. Si tiene corazón, pienso atravesárselo con mi lanza, y si no tiene corazón, le atravesaré el sitio donde debía tenerlo.

—¡Adelante, chico! —repuso Jack riéndose.

Peterkin empuñó la lanza, la balanceó un par de segundos sobre la cabeza, y la arrojó como una azagaya al mar. El arma fue derecha al centro del objeto, lo atravesó y subió a flote, pura y sin mancilla, mientras que la misteriosa cola seguía moviéndose tan tranquilamente como antes.

—¡Ese animal es un monstruo sin corazón! —exclamó Peterkin—. ¡No quiero nada con él!

—Ahora sí que estoy seguro —dijo Jack— de que es sencillamente una luz fosfórica; lo que me tiene perplejo es el hecho de que se mantenga siempre en el mismo sitio.

A mi también me tenía perplejo y me inclinaba a pensar como Jack, que era una luz fosfórica como otras que habíamos visto en nuestro viaje por aquellos mares, y dije:

—Nada nos impide aproximarnos buceando, ahora que estamos seguros de que no es ningún tiburón.

—Tienes razón —repuso Jack desnudándose—. Yo bajaré, porque buceo mejor que tú, Ralph. ¡Quítate de ahí, Peterkin!

Jack avanzo, juntó las manos por encima de la cabeza, se inclinó sobre las rocas y se zambulló en el mar. Durante un par de segundos nos lo ocultó de la vista la espuma que se formó con la zambullida, pero en cuanto se hubo serenado el agua, le vimos nadando a lo lejos en medio del objeto verde. De pronto se hundió y desapareció, y con la ansiedad que es de imaginar, pasamos un minuto aguardando que reapareciese y subiera a respirar en la superficie. Pero transcurrió un minuto largo, y no reapareció. Pasaron dos minutos, y entonces sentí una verdadera alarma teniendo en cuenta que en todo el tiempo que llevábamos juntos, Jack no había podido permanecer bajo el agua más de un minuto seguido, y aun esto no muy a menudo.

—¡Ay, Peterkin! —Dije con voz trémula por la creciente ansiedad—. ¡Ha ocurrido algo! ¡Ya han pasado más de tres minutos!

Pero Peterkin no me contestó; estaba contemplando el agua con un gesto de profundo terror, mezclado con ansiedad, y tenía el semblante cubierto de intensa palidez.

De repente se puso de pie y empezó a correr como un loco, retorciéndose las manos y exclamando:

—¡Dios mío!... ¡Pobre Jack; pobre Jack! ¡Ha muerto! ¡Le habrá matado algún tiburón! ¡Lo hemos perdido para siempre!

No sé lo que hice en los cinco minutos siguientes. La intensidad de mis impresiones me privaba casi de los sentidos.

Pero volví a la realidad al sentir que Peterkin me cogía por un hombro, y mirándome como un loco, me decía:

—¡Ralph! ¡Ralph! ¡Tal vez no está más que desmayado! ¡Baja por él!

Realmente, era extraño que no se me hubiese ocurrido antes. En un momento

corrí al borde de la roca, y sin entretenerme en desnudarme, iba a echarme al agua, cuando vi algo negro que se alzaba a través del objeto verde. Un momento después asomaba la cabeza de Jack en la superficie y lanzaba un grito sacudiéndose el pelo, como tenía por costumbre siempre que salía de bucear. Su reaparición en perfecto estado de salud nos dejó tan atónitos como antes nos había dejado su ausencia, porque, calculando bien, había permanecido lo menos diez minutos bajo el agua, y no había que forzar mucho el razonamiento para convencernos de que era completamente imposible que un hombre pudiese resistirlo y conservar sus fuerzas y sus facultades. Por lo tanto, le tendí la mano para ayudarle a saltar a la roca, con una especie de temor supersticioso. Pero Peterkin no experimentó la misma sensación que yo, pues apenas estuvo Jack en la roca y se sentó para descansar y respirar, le echó los brazos al cuello, y derramando un torrente de lágrimas, exclamó:

—¡Oh, Jack! ¿Dónde has estado? ¿Por qué has tardado tanto?

Pasados unos momento, Peterkin se serenó lo bastante para escuchar la explicación de Jack, aunque no podía menos de intentar hacernos guiños a cada instante para expresar su alegría por tener a Jack sano y salvo. Y digo que intentaba hacerme guiños porque tenía los ojos tan hinchados de llorar, que sus frecuentes tentativas se convertían en una serie de violentas e idiotas contorsiones del semblante que distaban mucho de expresar lo que se proponía. Sin embargo, yo entendía lo que el pobre muchacho quería decir, y le contemplaba con sonrisa para hacerle creer que guiñaba realmente los ojos.

Cuando nos hubimos calmado para poder escucharle, Jack comenzó su relato.

—Habéis de saber que el objeto verde no es un tiburón: es un haz de luz que sale de una caverna. Al descender, observé que la luz salía del otro lado de la roca sobre la cual estamos sentados ahora, y me acerqué, encontrando una abertura en cuyo interior se veía luminosidad. Me detuve un instante pensando si debía aventurarme a entrar, y me determiné a hacerlo. Todo esto fue cosa de segundos, aunque en contarlo se emplee más tiempo, y comprendí que tenía bastante aire para volver a salir a la superficie. Ya estaba a punto de volverme, porque comenzaba a sentirme a disgusto, cuando me pareció ver una luz débil y ascendí y me encontré con la cabeza fuera del agua. Esto me tranquilizó, porque podía tomar aire para volver por donde había ido. Entonces se me ocurrió pensar si me extraviaría, pero al mirar hacia abajo, me quedé tranquilo al advertir abajo una luz verde como la de afuera, sólo que más brillante. Al principio apenas veía nada en torno mío, porque estaba muy oscuro, pero gradualmente, se me acostumbró la vista, y vi que me hallaba en una gran caverna, cuyas paredes distinguía parcialmente; también se veía el techo, y me pareció distinguir bellos objetos relucientes; pero el otro lado de la caverna estaba sumido en las tinieblas. Mientras miraba en torno mío, maravillado, caí en la cuenta de que vosotros estaríais alarmados creyéndome ahogado, por lo que me zambullí, crucé el pasadizo velozmente, subí a flote, y aquí estoy.

Cuando terminó de relatar lo que había visto en la notable caverna, no pude

quedarme satisfecho hasta que la hube visto yo también, pero estaba tan oscuro que no vi nada apenas.

A mi regreso, tuvimos una larga conversación acerca de ella, durante la cual observé que Peterkin tenía una expresión muy lúgubre, y le pregunté:

—¿Qué te ocurre, Peterkin?

—¿Que qué me pasa? —replicó—; pues que vosotros podéis hablar como sirenas de las maravillas de la caverna, mientras que yo tengo que contentarme con oídos, y que vosotros os divertís en las profundidades como delfines, y que yo no paso de la superficie. ¡La verdad, eso está muy mal!

—Lo siento, Peterkin, lo siento, pero no puedo remediarlo —dijo Jack—. Si aprendieses a bucear.

—¡Tanto valdría que os empeñaseis en enseñarme a volar! —replicó Peterkin con disgustado tono.

—Si te avinieras a estarte quieto —le dije—, te bajaríamos con nosotros en unos segundos.

—¡Hum! —exclamó Peterkin—. Supongamos que una salamandra os dijese: «Estaos quietos y os pasaré a través de un fuego en pocos segundos»: ¿qué diríais?

Jack y yo nos reímos y movimos la cabeza, porque era evidente que no se podía hacer nada con Peterkin bajo el agua. Pero nosotros no estábamos satisfechos; queríamos ver más detenidamente la caverna y después de discutir el asunto, resolvimos probar a llevar una antorcha para alumbrarnos. El propósito ofrecía no pocas dificultades, pero lo realizamos, al fin, de la siguiente manera: en primer lugar hicimos una antorcha muy inflamable con la corteza de determinado árbol cortado a tiras, que retorcimos y pegamos con resina o goma sacada de otro árbol, cuyo nombre, así como el del primero, ignoraba Jack. La antorcha así preparada, la envolvimos muy bien en tela de coco, para que no se mojase demasiado en el breve espacio que había de estar bajo el agua, luego tomamos un trocito de yesca, de la que guardábamos cuidadosamente para el caso de que necesitásemos encender lumbre no haciendo sol. También empaquetamos un poco de hierba seca, unas astillitas y el arquito con la madera para encender, como describí anteriormente, y cuando todo estuvo dispuesto, nos desnudamos, dejándonos puestos solamente los pantalones, para evitar rozaduras contra las rocas, y nos encaminamos a la orilla. Jack llevaba el paquete de la antorcha y el de los elementos de encender fuego.

—Ahora, Peterkin, no te inquietes si tardamos —dijo Jack—. Volveremos dentro de media hora a más tardar, por interesante que sea la caverna. Estate tranquilo.

—¡Que os vaya bien! —dijo Peterkin acercándose a nosotros con un gesto de profunda, pero fingida solemnidad, estrechándonos la mano y dándonos un beso—. ¡Que os vaya bien! Mientras estáis por ahí reposaré mis cansados miembros a la sombra de ese arbusto y meditaré sobre lo tornadizo de las cosas de la tierra, con especial referencia a la desventurada condición de un pobre marinero náufrago.

Diciendo esto, Peterkin hizo con la mano un movimiento de despedida y fue a

echarse en el suelo con una expresión de melancólica resignación tan bien fingida, que la hubiésemos tenido por auténtica si no hubiera estado acompañada de unos risueños guiños. Nosotros nos reímos y nos arrojamos de cabeza al agua.

Sin dificultad ganamos el interior de la caverna, y al subir a la superficie nos mantuvimos a flote un rato, con los bultos en alto para que no siguieran mojándose, mientras se nos acostumbraba la vista a la oscuridad, y cuando vimos suficientemente, nadamos hacia la roca salediza y nos encaramamos en ella. Después de escurrir el agua de los pantalones y luego de habernos secado lo mejor posible, dadas las circunstancias nos pusimos a encender la antorcha, cosa que realizamos sin dificultad en pocos minutos.

Apenas quedó prendida la llama en la antorcha nos quedamos atónitos ante las maravillas que se revelaban a nuestros ojos. El techo de la caverna, por encima de nuestras cabezas, mediría unos tres metros de alto, pero se elevaba cada vez más a distancia hasta perderse en la oscuridad. Parecía de coral y estaba sostenido por macizas columnas del mismo material. Inmensos carámbanos (tal nos parecían) colgaban en varios puntos, pero no eran de hielo, sino de una especie de piedra caliza que parecía fluir en forma líquida hacia la punta de cada uno, donde se solidificaba. Sin embargo, también caían numerosas y gruesas gotas a la roca de abajo, donde formaban agudos conos que se elevaban para encontrar las puntas de arriba. Algunos ya se habían encontrado, y así descubrimos cómo se habían formado los pilares que a primera vista parecían colocados allí por algún arquitecto humano para sostener el techo. Al avanzar, vimos que el piso era del mismo material que los pilares y que estaba ondulado de un modo muy curioso, como el agua movida por un ligero viento. Había varias aberturas en las paredes, que al parecer daban acceso a otras cavernas, pero esta vez no las exploramos. También notamos que el techo formaba curiosas labores, como los adornos de una catedral; en las paredes, lo mismo que en el techo, centelleaba la luz de nuestra antorcha como si estuvieran cubiertas de piedras preciosas. Aunque nos internamos bastante en la caverna no llegamos hasta el fin de ella, porque nos vimos obligados a retroceder más que de prisa para no quedarnos sin luz, pues la antorcha estaba casi consumida. No vimos ninguna abertura en el techo, ni tampoco indicios de lugares por donde pudiera entrar la luz, pero cerca de la entrada de la caverna había una masa inmensa de coral blanco purísimo, la cual reflejaba la escasa luz que penetraba por la entrada de la caverna y que según nuestras conjeturas motivaba el objeto verde pálido que nos había llamado la atención al principio. También supusimos que la propiedad reflexiva de esta roca era la que producía la confusa luz que iluminaba débilmente la primera parte de la caverna.

Antes de echarnos al agua para marcharnos, apagamos lo poco que quedaba de la antorcha, dejándola en sitio seco, imaginando que podría sernos útil si alguna vez al volver allí se nos mojara demasiado la que llevásemos. Tras haberla apagado, permanecimos inmóviles unos minutos hasta acostumbrar la vista a la oscuridad, y mientras tanto no pudimos menos de fijarnos en el intenso silencio en la

extraordinaria oscuridad que nos envolvía, y al pensar en la estupenda cúpula y en las incontables gemas que algunos minutos antes habían fulgurado bajo los rayos luminosos de la luz encendida, se me ocurrió considerar lo extraño que era que Dios hiciera obras tan maravillosas y exquisitamente bellas para que no las viese nadie, a no ser algún visitante ocasional como nosotros.

Más adelante supe que había muchas cavernas como aquéllas en las islas de los mares del Sur, algunas aún más grandes y más bellas que la que he descrito.

—¿Estás preparado, Ralph? —dijo Jack en voz baja, que repetía el eco de la cúpula.

—¡Completamente!

—¡Pues vamos! —Y arrojándonos al agua buceamos hasta la angosta entrada.

A los pocos segundos estábamos respirando en las rocas de la superficie y escuchando las felicitaciones de nuestro amigo Peterkin.

CAPÍTULO XIV

Experimentamos una gran satisfacción en respirar el aire puro y gozando de la deslumbrante luz del sol, luego de nuestra larga correría por la Caverna de Diamante, como la llamamos desde entonces. Ciertamente que sólo habíamos permanecido media hora allí, pero a nosotros nos había parecido el tiempo mucho más largo.

En tanto nos vestíamos, y durante la marcha hacia casa, procurábamos satisfacer la curiosidad del bueno de Peterkin, que parecía sentir hondamente el no saber bucear. Mas como la cosa no tenía remedio, no podíamos hacer más que condolernos con él. Si en aquellos mares hubiesen sido muy grandes la pleamar y la bajamar, tal vez hubiese sido posible bajarlo con nosotros aprovechando la marea baja; pero como la diferencia de nivel entre una y otra no excedía de cincuenta a sesenta centímetros, era imposible.

La peculiaridad de esta marea, es decir, su ligero desnivel entre el flujo y el reflujo, no nos llamó la atención hasta después de llevar algún tiempo residiendo en la isla, como tampoco habíamos observado otras curiosas circunstancias. Me refiero al hecho de que la marea subía y bajaba con regularidad constante, sin ser afectada por los cambios de la luna como en nuestro país y como en casi todo el mundo, siquiera en las partes que yo conocía. Todos los días y todas las noches a las doce en punto y a las seis de cada tarde, era la pleamar, y cada mañana la bajamar. Puedo hablar con mucha confianza de esta singular circunstancia, porque la observamos con mucha atención y jamás la vimos alterarse. Claro es que lo de las doce de la noche era un cálculo nada más, pero creo que bastante exacto. En cuanto a las doce del día no había equivocación, pues sin gran dificultad determinamos el punto más alto alcanzado por el sol en el horizonte, colocándonos en cierto lugar desde donde observábamos la aguda punta de un acantilado que parecía tocar el cielo precisamente por donde pasaba el sol.

Jack y yo nos quedábamos sorprendidos de no haber observado esto en los primeros días de nuestra estancia allí y sólo pudimos explicarlo por estar distraídos con maravillas más llamativas de nuestra nueva situación. Desde entonces me vengo fijando en que esta falta de observación es una triste enfermedad muy común en la humana naturaleza. Existen millares de personas ante cuyos ojos pasan a diario las cosas más maravillosas, y sin embargo, viven totalmente ignorantes de ellas. Por eso anoto aquí mi compasión hacia tales personas, y les recomiendo que sigan la línea de conducta que tengo adoptada desde hace mucho tiempo, que consiste en forzar la atención sobre todas, absolutamente todas las cosas que me rodean e interesarme en cierto modo por ellas, aunque sienta o no sienta interés. Recomiendo esto modestamente, pero en serio, porque muchas veces me he encontrado con que mi indiferencia hacia una cosa ha sido debida a ignorancia de ella.

Hablamos mucho y seriamente sobre el asunto de las mareas, y Jack me dijo con su serena y filosófica manera que las mareas hacían gran bien al mundo en muchos

respectos, particularmente en lo tocante a limpiar las costas, arrastrando al mar la suciedad que en ellas se acumula. Esto motivó que hiciese Peterkin un chiste, porque el pobre muchacho no desperdiciaba ocasión, por inoportuna que fuese, para gastar una broma. Semejante propensión nos parecía al principio algo desagradable, porque con ella interrumpía la conversación más interesante. Yo reprobaba esta conducta en general, pero al fin llegamos a acostumbrarnos, y no nos interrumpía; es más, por extraño que parezca, llegamos a considerarlo acaso como parte necesaria de nuestro recreo (tal es la fuerza de la costumbre), y nos parecían los bruscos arranques de regocijo resultantes de su índole humorística completamente naturales y agradables en medio de nuestras conversaciones más serias. No quisiera que por lo que digo se interpretase mal el carácter de Peterkin. Muchas veces nos quedábamos extrañados al ver que sabía cosas que nosotros ignorábamos, y también observé que lo que aprendía por experiencia no lo olvidaba jamás. Con todo esto, llegué al fin a comprender que las cosas más opuestas y distintas hacen agradable el conjunto, cuando se unen, como por ejemplo y sin ir mas lejos, nosotros tres en nuestra isla. Eramos muy distintos en muchos puntos, y sin embargo, unidos, formábamos un trío tan armónico que no se si se habrá visto nunca un triunvirato más agradable. Ni una sola nota discordante afeaba la sinfonía que ejecutábamos juntos en la agradable Isla de Coral y ahora estoy persuadido de que ello se debía a que todos estábamos templados a un mismo tono: el del cariño.

Sí, nos amamos mutuamente con fervor mientras vivimos en la isla y seguimos queriéndonos todavía.

Y ya que hablo de este asunto, o mejor dicho, del asunto de las mareas, voy a consignar otro fenómeno natural muy curioso. Observamos que el crepúsculo en la isla era breve o nulo. Recordábamos perfectamente los encantadores y largos crepúsculos de nuestro país, que algunos consideran la parte más deliciosa del día, aunque por mi parte siempre he preferido la salida del sol. Apenas establecidos en la isla, solíamos sentarnos en algún punto rocoso al terminar las faenas del día, para disfrutar de la brisa de la tarde, pero apenas se hundía el sol bajo el horizonte, todo se quedaba a oscuras bruscamente. Esto nos obligaba a tener mucho cuidado con el sol cuando andábamos de caza, porque era bastante molesto quedarse a oscuras en los bosques, pues aun cuando las estrellas brillaban mucho, su claridad no podía atravesar el espeso follaje que se entrelazaba sobre nuestras cabezas.

Pero tornemos a nuestro asunto. Después de haber contado a Peterkin todo lo relativo a la Cueva del Diamante de debajo del Acantilado de los Chorros, como denominamos a la localidad, nos dirigíamos rápidamente a casa, cuando de pronto la brisa de tierra trajo a nuestros oídos un gruñido y un chillido.

—¡Es en el bosquecillo! —exclamó Peterkin, estremeciéndose convulsivamente y alzando la lanza.

—¡Chist! —dijo Jack—. Son tus amigos, Peterkin. Se conoce que vienen expresamente a hacer una visita de amistad, porque es la primera vez que los veo en

este lado de la isla.

—¡Vamos allá! —gritó Peterkin, corriendo hacia el bosque, mientras que Jack y yo le seguíamos sonriéndonos de su impaciencia.

Entonces sonaron en el valle otro gruñido y media docena de chillidos, mucho más estrepitosos que antes.

En aquel instante estábamos enfrente del valle pequeñito que se abría entre el Valle del Naufragio y el Acantilado de los Chorros.

—Oye, Peterkin —dijo Jack en tono bajo.

—¿Qué quieres?

—¡Párate un poco, hombre! Esos animales están en la vertiente del monte. Si vas con Ralph y os situáis a sotavento de aquel acantilado, yo daré un rodeo y los echaré hacia la garganta para que tengáis ocasión de coger uno bueno. ¡A ver si coges un cerdo joven y gordo, Peterkin! —añadió Jack, saltando sobre las matas.

—¡Ya lo creo! —repuso Peterkin, relamiéndose mientras tomábamos posiciones detrás del acantilado—. Experimento un gran afecto por los cerditos pequeños en mi corazón... No sé si estaría mejor dicho en esto...

—¡Ahí están! —grité en el momento que un terrorífico aullido de Jack espantaba a la piara, monte abajo.

No pudiendo contenerse, Peterkin remontó a rastras un empinado montículo cubierto de hierba, para ver mejor a los cerdos cuando llegasen; precisamente en el momento de sacar la cabeza por encima de la cúspide, llegaron a toda velocidad dos cerditos que se habían adelantado a sus compañeros. Uno de ellos, al pasar, rozó la oreja de Peterkin y el otro, imposibilitado de retener su carrera, fue a caer en los brazos de nuestro amigo, con lo que rodaron violentamente hasta el pie del montículo. Apenas hubieron llegado, el cerdito se puso de pie, enroscó la cola y huyó chillando; pero yo le tiré con la honda una piedra tan certera que le dio detrás de la oreja y lo derribó a tierra.

—¡Muy bien, Ralph! —exclamó Peterkin que con sorpresa y satisfacción de mi parte se había puesto de pie.

Aparentemente ileso, pero muy desgreado, corrió como un loco hacia la garganta, a la cual se acercaban ya los cerdos, a juzgar por sus chillidos. Yo había resuelto no matar ninguno más, pues si Peterkin tenía acierto, con dos piezas tendríamos más que suficiente para nuestras necesidades presentes. De repente, se presentaron todos, dos o tres pequeños y rollizos delante y una cuerda vieja y enorme a la que seguía una piara.

—¡Anda Peterkin! —le grité—. Ahí va uno, pequeño y gordo. ¡Dale con la lanza!

Pero Peterkin no se movió y le dejó pasar sin hacerle daño. Le miré con sorpresa y vi que tenía los labios apretados y el entrecejo fruncido como si fuera a luchar con algún espantoso enemigo.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté algo inquieto.

De pronto empuñó la lanza, avanzó corriendo, y con un alarido que casi me helo

la sangre en las venas, atravesó el corazón de la cerda vieja. Tan vigorosa fue la lanzada, que salió la punta del arma por el lado opuesto del cuerpo del animal.

—¿Qué has hecho, Peterkin? —Le dije, acercándome.

—¿Que qué he hecho? Pues sencillamente matar a la tatarabuela de estos cerdos —repuso, mirando con expresión respetuosa al traspasado animal.

—¡Hola! ¿Qué es eso? —exclamó Jack al llegar—. ¿Te gusta la carne dura, Peterkin? Si te piensas comer esta cerda vieja, te garantizo que vas a poner a prueba tus mandíbulas. ¿Por qué diablos la has matado?

—Porque necesito un par de zapatos.

—¿Y qué tienen que ver tus zapatos con la cerda vieja? —repliqué sonriendo.

—Mis zapatos actuales no tienen nada que ver con ella, ciertamente —repuso Peterkin—; pero tendrá mucho que ver con mis zapatos futuros. Lo sucedido es que al ver que habías matado tan lindamente el cerdo pequeño, se me ocurrió que era de poca utilidad matar otro, y al mismo instante recordé que desde hace tiempo buscaba cuero o alguna sustancia correosa para hacer zapatos, y la piel de esta abuela me pareció tan a propósito que se me antojó quedarme con ella y me he quedado.

—Y te has quedado de veras con ella —declaró Jack, examinando la traspasada pieza.

Después calculamos cómo podríamos transportar a casa nuestra caza, pues aunque la distancia era corta, la cerda pesaba mucho, y al fin dimos con el plan de atarles las cuatro patas juntas y pasar el asta de la lanza entre ellas. Jack se cargó al hombro uno de los extremos del palo y yo cargué con el otro. Peterkin transportó el cerdo pequeño.

De este modo regresamos triunfantes a nuestra vivienda, cargados como dijo Peterkin, con los gloriosos despojos de una noble raza. Algo más tarde, se expresaba en términos igualmente fogosos de la cena que siguió.

Cuando aquella noche nos retiramos a nuestros lechos de hojas, lo hicimos en un estado de gran satisfacción.

CAPÍTULO XV

Jack se dedicó, incansablemente y por espacio de muchos días, a la construcción de nuestro bote, que ya comenzaba a tener aspecto de tal. Solamente los que hayan construido alguno podrán tener idea de la dificultad de semejante empresa, sobre todo sin más herramientas que un hacha y un trozo de chapa de hierro, una aguja de coser velas y un cortaplumas roto. Pero Jack la realizó. Era de una condición que no permitía que su voluntad fuese vencida cuando creía que obraba rectamente, y en este caso vencía todos los obstáculos. En cambio le he visto, a veces, más tímido y vacilante que una niña cuando dudaba si lo que iba a efectuar era bueno o malo. Y le alabo por eso.

Como, a su modo, el bote era una curiosidad, considero oportuno referir algo acerca de la manera de construirlo.

Ya he mencionado el castaño con sus maravillosos refuerzos o tablones. Este árbol fue el que nos proporcionó la parte principal de los materiales. Jack buscó, en primer lugar, un árbol de tal forma y dimensiones que pudiese construir la quilla y los postes de proa y popa. Semejante pieza no era fácil de hallar, pero al fin se la procuró desarraigando un árbol pequeño que tenía una gran rama dispuesta en el ángulo requerido, a tres metros y medio de altura y dos fuertes raíces en tal forma que permitían formar una popa plana.

Luego de montar esta parte, se proporcionó tres raíces ahorquilladas, que montó en la quilla a iguales distancias, formando tres fuertes costillas a cada lado. El desbaste y labrado de estas piezas, sí como la preparación de las ranuras de la quilla para encajarlas, fue bastante fácil, porque todo era trabajo de hacha, y Jack se había hecho maestro en su manejo; pero el caso fue muy distinto cuando se trató de clavar las costillas a la quilla, porque no teníamos instrumento capaz de perforar agujeros grandes ni clavos con que sujetarlas.

Esto nos tenía muy perplejos, pero al fin Jack ideó un instrumento que sirvió muy bien. Cogió lo que quedaba de la chapa de hierro y le dio a golpes la forma de un tubo o cilindro del grueso del dedo de un hombre. Para este trabajo empleó nuestra hacha y la otra vieja y oxidada que habíamos encontrado en casa del pobre hombre del otro lado de la isla. Dicho cilindro, calentado al rojo, perforaba lentamente la madera, y para que conservase mejor el calor, Jack cerró uno de los extremos y lo llenó de arena. Ciertamente el trabajo se hacía muy despacio, pero no nos importaba, puesto que teníamos muy pocas cosas que hacer. En cada pieza se hicieron dos agujeros, a unos cuatro centímetros de distancia y también se hicieron en la quilla, pero sin perforarla del todo. En estos agujeros, clavamos fuertes clavijas de un árbol llamado «palo de hierro», y cuando estuvieron bien clavadas, las piezas quedaron tan firmes como con clavos de metal. Las reglas o Bordas, que eran muy fuertes, fueron clavadas de igual modo, y además de sujetarlas con las clavijas se ataron a los postes de proa y popa con una especie de cuerda que habíamos conseguido fabricar con la

cubierta fibrosa de los cocos. Estas fibras eran muy resistentes y unidas varias formaban una excelente cuerda. Al principio hacíamos trozos cortos que después uníamos con nudos, pero eran muy engorrosos de manejar por la cantidad de nudos, y terminamos por perfeccionar la fabricación entrelazando los extremos de las fibras antes de retorcerlas, obteniendo cuerdas buenas y del grueso y largo que deseábamos. Claro está que esto nos costó mucho tiempo y mucho trabajo, pero Jack nos animaba cuando nos cansábamos, y así construimos al fin todo lo que nos fue preciso.

A continuación, cortamos tablas del castaño, de dos centímetros y medio de grueso, que desbastamos con el hacha, muy toscamente, porque la herramienta no era adecuada para este trabajo. Cinco tablas de éstas para cada costado fueron suficientes y formamos el bote muy redondeado, para torcer las tablas lo menos posible, pues aun cuando podíamos curvarlas fácilmente, no lo era torcerías. Como carecíamos de clavos para unir las tablas, dejamos a un lado el sistema ordinario de construir botes, y adoptamos uno propio. Las tablas se montaban unas sobre otras por los bordes y las cosíamos con el resistente cordel ya mencionado. Así fueron cosidas a la popa, a la proa y a la quilla.

Entre cada puntada o atadura existía un espacio de unos nueve centímetros. Se hacían tres agujeros en la tabla de encima y tres en la de debajo. Estos agujeros caían cada uno debajo del correspondiente de encima, y por ellos se pasaba la cuerda, y cuando se anudaba, quedaba formada una fuerte costura de tres puntadas. Además, entre los bordes de las tablas, pusimos unas capas de fibra de cocotero que se hincha al humedecerse, con lo cual esperábamos que el bote no hiciese agua. Para mayor seguridad, recogimos gran cantidad de resina del árbol del pan, la que derretimos en la olla de hierro y con ella recubrimos todo el interior de la embarcación. Antes de que se enfriase la capa de resina, pegamos sobre ella trozos de tela de coco, y encima de ésta dimos otra mano de resina; de suerte que todo el interior del bote quedó cubierto con un material impermeable. El exterior, en cambio, quedaba al descubierto para exponerlo a la acción dilatadora del agua, con todo lo cual queríamos que nuestra obra permaneciera bien seca por dentro, y puedo añadir que nuestras esperanzas no quedaron defraudadas.

Peterkin y yo ayudábamos algunas veces a Jack, que era el constructor, pero nuestra ayuda no solía ser necesaria, y por lo tanto nos íbamos a cazar a la entrada del valle grande más próxima a nuestra residencia. Allí encontramos grandes bandadas de patos silvestres de varias especies, algunas de ellas tan parecidas a las de nuestro país, que me creo que eran las mismas. Para estas cacerías llevábamos el arco y la honda, y con ambas armas acostumbábamos a salir airoso de nuestras empresas cinegéticas. Pero debo confesar que yo era el cazador más torpe. De esta suerte, nuestras cenas eran agradablemente variadas y algunas veces teníamos tal variedad de manjares, que no sabíamos por cuál empezar.

Debo añadir también que el pobre gato viejo que habíamos traído a casa participaba liberalmente de nuestros manjares, y como estaba tan bien cuidado,

especialmente por Peterkin, el animalito recobró muchas de sus antiguas fuerzas, y al parecer mejoró bastante de vista y de oído.



Nuestra mesa era una gran piedra plana o roca de coral que había a la entrada de la choza. En esta roca habíamos puesto los pocos artículos que poseíamos el día del naufragio, y en la misma roca, durante muchos días después, poníamos los abundantes víveres que nos proporcionaba nuestra isla. Algunas veces nos dábamos excelentes banquetes, compuestos de panes calientes, como llamaba Peterkin al fruto del árbol del pan, recién cocido, un cerdo asado, un pato asado y ñames cocidos, a lo cual seguían los postres de ciruelas, manzanas y plátanos, grande y delicioso fruto que se criaba en un árbol de cuatro metros de altura a lo sumo con hojas de enormes dimensiones, de color verde claro. Estos grandes festines se remojaban usualmente con limonada de coco.

Algunas veces Peterkin pretendía idear algún plato nuevo. «Un conglomerado»,

como él decía, pero estos conglomerados solían resultar tan disparatados que concluimos por rogarle que se dejase de inventar cosas de cocina, con lo cual le dimos un disgusto y no pudo menos de decir a Jack que su fracaso estaba en franca contradicción con el proverbio que aquél nos repetía constantemente y que decía «donde hay voluntad, hay camino», porque él tenía gran voluntad de ser cocinero, y sin embargo, no hallaba el medio de conseguirlo.

Un día que estábamos Peterkin y yo sentados ante la mesa donde se hallaba servida la comida, llegó Jack de la playa, y dejando el hacha, exclamó:

—¡Compañeros, ya está terminado el bote! Sólo nos falta poner dos pares de remos para hacernos a la mar cuando se nos antoje.

La noticia nos produjo gran alegría, pues aun cuando estábamos bien enterados de la marcha de la obra y sabíamos que estaba a punto de terminarse, se había necesitado tanto tiempo, que no esperábamos que estuviese acabado hasta pasadas dos o tres semanas. Pero Jack había trabajado de firme, sin decir nada, con el propósito de darnos una sorpresa.

—¡Qué reservado lo tenías! —exclamó Peterkin—. ¿Por qué no nos dijiste que estabas terminándolo? ¡Eres un chico muy listo, Jack! ¿Nos embarcaremos mañana, eh?

—No hables tanto y dame una tajada de cerdo —repuso Jack.

—¡Con muchísimo gusto! —dijo Peterkin, empuñando el hacha—. ¿Qué parte quieres que corte, un alón o un trozo de pechuga?

—Una pata de atrás, pero te agradeceré que te acuerdes de incluir el rabo —repuso Jack.

—Con alma y vida —dijo Peterkin, cambiando el hacha por un cuchillo de fleje de hierro con el cual cortó la porción deseada—. No sabes lo que agrada ver que tienes buen apetito. Lo que siento es que el cerdo no tenga dos rabos para dártelos. ¿Por qué no te ríes, Ralph? —agregó, volviéndose de pronto hacia mí con gesto serio e interrogante.

—¿Reírme? —repetí—. ¿De qué quieres que me ría, Peterkin?

Jack y Peterkin respondieron a esta pregunta riéndose tan ruidosamente que creí que se había escapado a mi atención algún chiste bueno y rogué que me lo explicasen, pero esto sólo sirvió para provocar nuevas carcajadas y, por lo tanto, me sonreí y tomé otra raja de plátano.

—Hablábamos de hacernos a la vela mañana —continuó Peterkin—; pero ¿tenemos alguna vela. Jack?

—No, no la tenemos, pero podremos hacer una excursión a remo. Esta tarde pienso trabajar con ahínco en su fabricación, y si no consigo tenerla acabada al ponerse el sol seguiré trabajando a la luz de las bujías. No me acostaré hasta que no la acabe.

—Muy bien —dijo Peterkin, echando una tajada de cerdo al gato, que la recibió con un maullido de satisfacción—. Yo te ayudaré, si puedo servirte de algo.

—Después —continuó Jack— haremos una vela de tela de coco, pondremos un mástil al bote, y podremos ir a otras islas y visitar a nuestros antiguos amigos los pingüinos.

La ilusión de vemos pronto en trance de extender nuestras observaciones a otras islas y disfrutar de un viaje a vela por el hermoso mar, nos entusiasmó tanto que apenas hubimos comido nos pusimos a hacer los remos con el mayor ahínco. Jack trajo del bosque la madera toscamente desbastada con el hacha, yo los alisé con la navaja y Peterkin se quedó en la choza haciendo cuerda fuerte para atarlos al bote.

Trabajamos tanto y con tanta rapidez, que al ponerse el sol regresamos a la choza, Jack y yo, con cuatro fuertes remos, que sólo necesitaban ya un ligero pulimento con la navaja. Al acercarnos nos detuvo bruscamente el sonido de una voz. Esto nos sorprendió un poco, por no decir que casi nos alarmó, pues aunque Peterkin era muy aficionado a charlar, jamás le habíamos sorprendido hablando solo. Escuchamos atentamente, y seguimos oyendo la voz como si estuviera conversando. Jack me hizo señas para que me estuviese callado, y avanzamos de puntillas hacia la choza.

Lo que nuestras miradas encontraron era sumamente divertido. En lo alto de un tarugo, que algunas veces nos servía de mesa, estaba el gato negro, muy serio, y frente a él, sentado en el suelo, con las piernas extendida a lo largo del tarugo, se hallaba Peterkin. En el momento en que le descubrimos estaba mirando intensamente a la cara del gato, con la nariz a diez centímetros de distancia y las manos metidas en los bolsillos del pantalón.

—Gato —decía Peterkin, inclinando un poco hacia un lado la cabeza—, ¡te quiero!...

Hubo una pausa, como si Peterkin esperase una respuesta a la afectuosa declaración. Pero, claro, el gato no dijo nada.

—¿Me has oído? —continuó Peterkin con viveza—. ¡Te quiero y te quiero! ¿Y tú a mí?

A tan conmovedora pregunta, el gato contestó con un «miau» débil.

—¡Oh! ¡Así me gusta! ¡Eres un pillo! ¿Por qué no me has contestado en seguida: —y Peterkin acercó la boca y le dio un beso en las naricillas.

—Sí —continuó después de una pausa—, te quiero. ¿Crees que te lo diría si no fuese verdad, granujón? Te quiero porque te he tomado a mi cargo; te cuido, me ocupo de ti, procuro que no te mueras...

—¡Miau! ¡M-i-a-u! —Maulló el gato.

—Muy bien —prosiguió Peterkin—. Es verdad, no me cabe duda; pero usted no tiene derecho a interrumpirme, caballero. Haga usted el favor de estarse callado hasta que yo acabe de hablar. Además, señor gato, le quiero a usted porque vino usted a mí en cuanto me vio por primera vez, y porque no se asustó y porque se mostró usted muy cariñoso conmigo, aunque no sabía usted si llevaba intenciones de matarlo. ¡Ese comportamiento fue honrado, intrépido y simpático, señor gatito, y por eso te quiero! ¡Vaya si te quiero!

De nuevo hizo una pausa de pocos minutos, durante la cual el gato se mostraba plácido; Peterkin se quedó mirándole las puntas de las patas, como meditando. De pronto alzó la cabeza.

—¡Vamos a ver, gato! ¿Qué piensas? ¿No quieres hablar? Dime, ¿no te parece monstruosamente vergonzoso que esos dos granujas de Jack y Ralph nos tengan tanto tiempo esperándonos para cenar?

En tal momento el gato se levanto, arqueó el lomo y se estiró ligeramente y lamió la punta de la nariz de Peterkin.

—¡Así me gusta, simpaticón! ¡Eres un gato sabio!... ¡Indudablemente me entiende este animal! —dijo Peterkin, sonriente, echándose hacia atrás para contemplar al gato.

En este momento, Jack no pudo contener una carcajada. El gato lanzó un airado bufido y escapó, mientras que Peterkin se puso de pie de un salto, exclamando:

—¡Qué susto me has dado, Jack!

—Tal vez —repuso Jack, riéndose al entrar en la choza—; pero como no deseo haceros esperar más para cenar, creo que me perdonaréis el gato y tú.

Peterkin trató de echar la cosa a risa, pero advertí que se había puesto muy colorado al verlos aparecer, y después parecía que no le agradaban las alusiones al caso, por lo cual procuramos no hacerlas, aunque nos hacía reír.

Aquella noche, más que dormir, soñamos en nuestro bote y en las extraordinarias y lejanas aventuras por mar.

CAPÍTULO XVI

Botamos nuestra embarcación en una hermosa mañana clara y despejada. Comenzamos a remar por las plácidas aguas del lago sin que ni un soplo de viento rizara la superficie ni una nube manchase el cielo intensamente azul. Tampoco rompía la calma matinal ningún ruido discordante, aunque se sentían muchos sonidos dulces, suaves y melodiosos, unidos a la universal armonía de la Naturaleza.

El sol acababa de alzarse del inmenso regazo del Pacífico y se elevaba por las montañas con su rojo resplandor. El mar relucía como un espejo, aunque palpitaba con esas largas y profundas olas que en todo el mundo indican la vida del océano, y las relucientes algas y los relucientes corales brillaban en las profundidades del diáfano líquido, sobre el cual navegábamos, cual raras y preciosas joyas. ¡Oh! era un espectáculo capaz de conmover el alma del hombre hasta sus más recónditas profundidades, y si tenía corazón, hacérselo elevar en adoración y gratitud al gran Creador de ese Universo magnífico y glorioso. Al principio, ebrios de alegría, remábamos de acá para allá, sin rumbo ni objeto, pero pasada la efervescencia de nuestros espíritus comenzamos a mirar en torno nuestro y a considerar lo que debíamos hacer.

—¡Voto porque rememos hasta el arrecife! —exclamó Peterkin.

—Yo voto por una visita a las islas del lago —dije.

—Y yo voto por ambas cosas —concluyó Jack—. Conque, ¡avante, muchachos!

Como ya he dicho, habíamos hecho cuatro remos, pero el bote era tan pequeño que no hacían falta más que dos. El par restante se reservaba por si ocurría algún accidente a los otros. Así, pues remábamos dos, y el tercero gobernaba la embarcación con un remo y relevaba de vez en cuando a los remeros.

En primer lugar, desembarcamos en una de las islas pequeñas, y la recorrimos toda sin hallar nada que mereciese especial mención; luego desembarcamos en otras más grandes, en las que crecían unos cuantos cocoteros, y como no habíamos tomado nada por la mañana nos desayunamos con unos cocos. Después de esto nos dirigimos en línea recta al mar y desembarcamos en el arrecife de coral, donde se nos ofreció una vista nueva e interesante. Llevábamos tanto tiempo internados en la costa que casi habíamos olvidado el aspecto de las olas al estrellarse, porque en el lago no había oleaje, pero ahora que estábamos junto a las olas coronadas de espuma, del mar abierto, se despertó todo el entusiasmo marinero que había en nuestro pecho, y al contemplar las vastas ruinas de una ola magnífica que se estrelló ruidosamente a nuestros pies, olvidamos la Isla de Coral, olvidamos nuestra choza y la reposada calma de los perfumados bosques; olvidamos todo lo pasado en los pocos meses que llevábamos viviendo allí y no pensamos más que en las tempestades, en las calmas, en las brisas frescas y en las olas del mar abierto.

La enorme e incesante ola a que tantas veces llevo aludida, era algo mucho más grande y más sublime de todo lo que puede imaginarse. Alzábase muchos metros

sobre el nivel del mar y se la veía acercarse al arrecife. Lenta y majestuosamente avanzaba, adquiriendo mayor volumen y velocidad a cada momento, hasta que tomaba la forma de una transparente roca acuática, que despedía destellos bajo los rayos solares. Llegaba con irresistible y solemne majestad, y con el borde superior curvado ligeramente caía con estrépito, como si se rompiera en las tumultuosas aguas el corazón del océano, mientras que el arrecife de coral, vestido de espumas, parecía temblar bajo el potente embate.

Contemplamos largo tiempo con admiración el grandioso espectáculo y nos apartamos con pesadumbre. Como ya he dicho con anterioridad, esta ola rompía en varios puntos del arrecife y arrojaba espuma al lago, pero en la mayoría de los lugares el arrecife era suficientemente ancho y elevado para recibir la fuerza entera del embate. En muchos sitios las rocas de coral estaban cubiertas de vegetación, como si fueran el comienzo de futuras islas. Así, en este arrecife nos dimos cuenta de cómo se han formado la mayoría de las islas pequeñas de aquellos mares. En una parte veíamos la rociada de las olas resbalando por las rocas, y millones de seres diminutos, activos y atareados continuar su obra de construcción de aquella muralla viva. En otro lugar, un poco alto para que las olas lo barriesen, estaban muertos todos los zoófitos de coral, porque, según pudimos observar, jamás trabajaban fuera del agua. Habían acabado felizmente la urgente obra que les había encomendado el Creador y se habían muerto. En otros puntos, los incesantes embates del mar habían destrozado el coral muerto y lo habían convertido en arena. Allí se habían posado las aves marinas; trocitos de algas y de maderas habían sido traídos por el agua; el viento había arrojado semillas de plantas y ya habían nacido unas cuantas hojas verdes, preciosas, que cuando se secasen aumentarían el tamaño y la fertilidad de estas esmeraldas del océano. En otros sitios las islitas habían crecido más y estaban sombreadas por uno o dos cocoteros que crecían materialmente en la arena, y que se veían constantemente bañados por las rociadas de las olas. Sin embargo, como he dicho antes, su fruto era agradable y refrescante.

Jack y yo meditábamos sobre la formación de las grandes islas de coral. Ya nos habíamos explicado la formación de las islas bajas, pero la de las islas grandes nos daba mucho que pensar, sin llegar a una conclusión cierta.

Satisfecha nuestra curiosidad, y luego de habernos divertido todo el día con nuestro botecito, regresamos algo cansados y hambrientos a nuestra choza.

—Ahora, ya que el bote navega bien, le vamos a poner inmediatamente un mástil y una vela —dijo Jack.

—¡Eso es! —dijo Peterkin, ayudándonos a sacar el bote fuera de la línea de máximo nivel del agua—. Encenderemos la bujía y nos pondremos a trabajar esta misma noche. ¡Hurra, muchachos!

Al arrastrar el bote observamos que se rozaba mucho la quilla, y como en aquel lugar la arena estaba mezclada con trocitos de roca de coral, saltaban astillas.

—¡Esto no puede ser! —exclamó Jack al notarlo—. A este paso se desgarraría en

seguida la quilla.

—Es verdad —dije, pensando intensamente para hallar el medio de evitarlo; pero como no tengo las aptitudes necesarias no pude concebir otro medio sino el de poner una plancha de hierro en la quilla; más como no había hierro, no podía hacerse—. Me parece, Jack, que va a ser imposible evitar el desgaste de la quilla —añadí.

—¿Imposible? —replicó Peterkin—. Mi querido Ralph, estás engañado; no hay cosa más fácil.

—¿Cómo? —pregunté algo sorprendido.

—¡Pues no usando el bote! —me contestó.

—Calla la boca —dijo Jack, echándose al hombro los remos—. Venid conmigo y os daré que hacer. En primer lugar vais a coger ramas de cocotero para sacar fibras con las que hacer cuerda.

—Perdonad, capitán —interrumpió Peterkin—, tenemos hecha mucha más que suficiente, como solía decir un amiguito mío todos los días después de comer.

—Bueno —continuó Jack—, entonces ayuda a Ralph a coger ramas de cocotero y hacer una vela; yo me encargo de buscar el mástil y el aparejo. ¡A trabajar!

Y a trabajar nos pusimos, con tan buena voluntad que a los tres días el bote tenía su mástil, su bonita vela y su aparejo. No diremos que la vela era muy bonita, pues estaba formada de trozos oblongos de tela, pero los cosimos con la aguja y fibras de cocotero y resultaba muy fuerte, que era lo principal. Jack había resuelto la dificultad de la quilla poniendo una misa quilla, consistente en una pieza de madera hecha de las mismas dimensiones que la quilla verdadera, en largo y ancho, por unos doce centímetros de alto. La hizo tan gruesa, porque así ofrecía más seguridad el bote y quedaba en mejores condiciones para luchar contra el viento, lo cual era de extrema importancia en un mar donde los vientos soplan durante largo tiempo en una misma dirección. Esta pieza estaba fija sólidamente con clavijas, así que ahora echamos el bote al agua con la satisfacción de saber que cuando se desgastase la falsa quilla se podía poner otra fácilmente, mientras que el desgaste de la quilla real hubiera acarreado la destrucción del bote.

El mástil y la vela respondieron magníficamente, y surcamos el lago con gran alegría, examinando con mucho interés el aspecto de nuestra isla a distancia. También observamos la profundidad del agua y contemplamos horas enteras las cabriolas y jugueteos de los curiosos y preciosos peces entre los corales y las algas. Peterkin hizo también una cuerda de pescar, y Jack construyó una porción de anzuelos, muy buenos unos y otros notablemente malos. Unos eran de palo de hierro, que servía bastante bien, porque la madera era durísima y Jack los hacía muy gruesos y grandes. Los peces no son muy exigentes en este particular. También servían de anzuelo ciertas espigas de las cabezas de los peces, pero el anzuelo mejor y más útil nos lo proporcionó la sortija de latón de Jack. Su fabricación le dio bastante que hacer. Primeramente la cortó con el hacha, luego la dobló en forma de anzuelo. La barba o lengüeta le llevó varias horas de trabajo con la navajilla rota. Y en cuanto a la punta,

una hora de frotación contra una piedra arenisca bastó para lograrla.

Sería obra de mucho tiempo y trabajo describir el aspecto de la magnitud de peces que pescamos con el anzuelo de latón en el curso del tiempo. Generalmente era Peterkin el que los pescaba, porque notamos que le complacía mucho, y por eso Jack y yo nos limitábamos a contemplar los bosques de coral y a cebar el susodicho anzuelo. Entre los animales marinos que vimos y no pescamos figuraban los puercos marinos, los peces espadas, las ballenas y los tiburones. Los puercos marinos solían venir en bandadas al lago, y nos recreaban no poco con sus intrépidos saltos en el aire y sus retozos en el agua. Los peces espadas eran peces maravillosos; algunos medían más de tres metros de largo, con su marfilino pincho de un par de metros de largo en la nariz. En muchas ocasiones se lanzaban contra otros peces, y sin duda, mataban algunos con su aguzada arma. Jack recordaba haber oído contar de un pez espada que atacó a un buque, cosa que parecía extraña, pero como tiene la costumbre de atacar a las ballenas, quizás creyera que el buque era una ballena. El pez espada cayó contra el buque con tal fuerza que clavó la espada en las gruesas tablas, y cuando el barco llegó a puerto, largo tiempo después, todavía llevaba clavada la espada.

Los tiburones no volvieron a presentarse, pero tuvimos buen cuidado de no bañarnos en aguas profundas sin quedarse uno de nosotros a bordo del bote para avisarnos si se acercaba algún tiburón. En cuanto a las ballenas, jamás entraron en el lago, pero las vimos frecuentemente, despidiendo chorros que parecían de vapor, en aguas profundas, fuera del arrecife. No olvidare nunca la sorpresa que experimenté el día que vi a mi lado uno de estos enormes monstruos. Habíamos estado toda la mañana correteando por el arrecife, y ya nos preparábamos para embarcar en nuestro bote para regresar a casa, cuando sentimos un fuerte resoplido que nos hizo volvernos rápidamente, y vimos caer un chaparrón de espuma y la cola de un pez monstruoso que se hundía en el mar a pocos centenares de metros. Aguardamos un rato para ver si reaparecía, y en efecto, el mar se abrió casi a nuestros pies, se elevó en los aires un chorro de agua vaporizada acompañada de un ronquido, y se alzó ante nosotros la enorme cabeza de una ballena. Era tan grande que cabíamos en la boca nosotros tres con el bote. Después se hundió lentamente en el mar, como un buque yéndose a pique, y azotó el agua tan violentamente con la cola que sonó como un cañonazo.

Vimos también gran cantidad de peces voladores, pero no cogimos ninguno. Advertimos que no salían del agua como no los persiguiese su acérrimo enemigo el delfín, del cual escapaban volando. Pero todos los peces que vimos, ninguno nos sorprendía tanto como los que encontrábamos en los charcos después de un aguacero, y nos sorprendía no por su aspecto, que era el corriente, ni por su tamaño, que era pequeño, sino por haber caído allí con la lluvia. El caso no se explicaba de otro modo, porque los charcos donde encontramos estos peces estaban secos antes del chaparrón y se hallaban más altos que el mar. Jack apuntó una causa que me pareció muy probable. En muchas ocasiones se formaban trombas marinas. Una tromba es un remolino de agua que, al girar rápidamente, se elevaba sobre la superficie del mar

como un pilar puntiagudo, y cuando se ha elevado bastante, se encuentra con una larga lengua que desciende de las nubes, y al juntarse ambas cosas forman una especie de reloj de arena gigantesco. El aire desplaza la tromba, despacio unas veces y otras violentamente, sobre el mar, y al deshacerse cae un verdadero diluvio. Esto ocurre lo mismo en el mar que en la tierra, y a veces causa un gran destrozo; pero frecuentemente pasa sin hacer daño. Teniendo en cuenta la formación de la tromba, Jack creía que los pececillos podían ser arrastrados por ella y enviados luego a tierra con el aguacero. No tuvimos la certeza de esto, pero nos parecía muy verosímil.

En estas deliciosas excursiones pesqueras, cogimos muchas y muy buenas anguilas, que nos sabían muy bien. También hallamos tortugas entre las rocas de coral, y con ellas hicimos excelente sopa en la olla de hierro. Dimos, además, con quisquillas, langostinos y gambas, que contribuyeron a dar variedad a nuestra alimentación. Puede decirse que no transcurría semana sin que hiciésemos algún nuevo e interesante descubrimiento terrestre o marítimo.

CAPÍTULO XVII

Cierto día, a los pocos de haber botado nuestra embarcación, nos hallábamos sentados en las rocas del Acantilado de los Chorros hablando de una excursión que ideábamos hacer a la Isla de los Pingüinos. Se había decidido hacerla al día siguiente.

—Que un chico estúpido como yo permaneciera aquí —decía Peterkin—, y dejase en paz a los pingüinos, no tendría nada de particular, pero resultaría muy mal en unos filósofos naturalistas como vosotros el permanecer más tiempo ignorando los usos y costumbres de esas aves. Así, pues, cuanto más pronto vayamos mejor.

—Es verdad —dije yo—; ardo en deseos de examinarlos de cerca.

—Yo creo —agregó Jack—, que sería mejor que te quedases aquí cuidando del gato, porque estoy seguro de que van a venir los cerdos en tu ausencia a vengarse por haber matado a su tatarabuela.

—¿Permanecer en casa? —exclamó Peterkin—. No, querido amigo; podrías perderte o caerte a cualquier sitio si no fuese yo cuidándote.

—Es verdad —dijo Jack, muy serio—; no se me había ocurrido; es indudable que debes venir. Nuestro bote necesita mucho lastre, y todo lo que tú dices es de tanto peso, que no haría falta llevar piedras embarcándote tú.

Mientras mis compañeros hablaban ocurrió un suceso notable, que consignaré con detenimiento por ser poco conocido.

En tanto hablábamos, como he dicho, vimos una línea oscura como una nube baja o una niebla en el horizonte por el lado del mar. El día estaba muy hermoso, aunque nuboso, y soplaba una brisa suave, pero el mar no estaba picado ni el oleaje era más grande que de costumbre. Al principio creíamos que sería una nube de tormenta, porque últimamente había estado bastante revuelto el tiempo y había tronado varias veces. La línea se iba aproximando, sin extenderse por el cielo, como hubiera ocurrido si se tratara de una noche tormentosa. Cuando se halló más cerca, vimos que avanzaba rápidamente hacia la isla, pero no se sintió ruido hasta que llegó a las islas del mar abierto. Al pasar por estas islas, observamos con no poca ansiedad que la coronaba una nube de blanca espuma que saltaba en el aire, acompañada de estrepitoso ruido. Esto nos hizo conjeturar que lo que se aproximaba era una ola enorme; pero no teníamos idea de sus proporciones hasta que no estuvo más cerca. Al acercarse al arrecife exterior nos quedamos asustados de su magnitud extraordinaria, y echamos a correr al punto más alto del precipicio, con un miedo insuperable.

Ya he dicho anteriormente que el arrecife en la parte del Acantilado de los Chorros, hallábase muy cerca de la costa, mientras que en la parte donde se hallaba nuestra choza estaba a distancia considerable. Debido a esto la ola llegó al arrecife de este último punto antes que al del acantilado. En el instante que tocó el arrecife nos dimos cuenta por primera vez de su espantosa magnitud. Rompió completamente sobre todos los puntos del arrecife con un estrépito que nos pareció mayor que el del trueno, y este ruido persistió varios segundos, mientras la ola rodaba gradualmente

hacia el acantilado donde nos hallábamos. Cuando su cresta estuvo frente a nosotros, comprendimos que corríamos gran peligro y nos volvimos para huir, pero era demasiado tarde. Con un ruido y una violencia que llegó a estremecer las rocas más sólidas, la ola gigante cayó e instantáneamente los agujeros lanzaron unos chorros tan fuertes que el agua silbaba al salir por los angostos conductos. Parecía que la tierra había sido volada con agua. Atontados y confusos por la impresión y mojados y cegados por la rociada, no supimos durante unos instantes adonde huir en busca de refugio. Al fin ganamos una eminencia fuera del alcance del agua, y ¡qué escena de devastación se ofreció a nuestros ojos! La enorme ola no sólo pasó por encima del arrecife, sino que prosiguió su carrera a través del lago y cayó sobre la arenosa playa con tal fuerza que pasó por encima de la isla, arrasando en su camino los arbustos y los árboles pequeños.

Al ver esto, Jack dijo que temía que hubiera sido barrida nuestra choza y destruido el bote que estaba en la playa. Nuestros corazones se angustiaron ante esta idea, y regresamos a toda prisa, encontrando con satisfacción que la fuerza del agua se había gastado antes de llegar a nuestra vivienda, aunque la entrada de ella aparecía casi obstruida por las hierbas marinas y los arbustos arrancados por la ola, y satisfechos en lo tocante a este punto, corrimos adonde habíamos dejado el bote, ¡pero el bote no estaba! El sitio se hallaba vacío y no se veía ni rastro de él en los alrededores.

—Quizá lo haya arrastrado al bosque —dijo Jack echando a correr en la dirección indicada, pero no encontró nada. Ya íbamos a entregarnos a la desesperación cuando Peterkin llamó a Jack para decirle:

—Oye, amiguito; tú que eres tan sagaz y tan sabio que me has enseñado que los cocos se crían en árboles, ¿tendrás la bondad de decirme qué especie de fruto es ese que se cría en aquel arbusto? Porque confieso que lo ignoro. Y desde luego, me parece un fruto muy raro.

Miramos hacia el arbusto indicado, y allí, con la sorpresa que es de imaginar, vimos nuestro botecito muy bien colocado entre las ramas. El hallazgo nos alegró sobremanera, porque hubiéramos soportado con más paciencia cualquier pérdida que la pérdida de nuestro bote. La ola lo había transportado en su cresta desde la playa al bosque, y allí lo había depositado encima del follaje, lo cual no podía ser más satisfactorio para nosotros, pues si en vez de depositarlo allí lo hubiese estrellado contra una roca o contra un árbol, se hubiese hecho trizas, mientras que así no había sufrido la menor avería. La tarea de sacarlo del matorral y llevarlo al mar otra vez, no fue fácil, ni mucho menos. Nos costó dos días de rudo trabajo.

También nos dio mucho trabajo la limpieza del terreno que rodeaba nuestra vivienda. Cerca de una semana estuvimos quitando basura de la acumulada allí por el agua, porque los arbustos, arrancados de raíz, y las hierbas marinas formaban una masa espantosa, que no puede imaginarse nadie que no haya visto los efectos de una inundación.

Antes de terminar con este asunto debo mencionar, para los interesados en los curiosos fenómenos naturales del mundo, que estas olas gigantescas se presentan con regularidad en algunas islas del Pacífico una o dos veces al año. Esto se lo he oído decir a varios misioneros durante mis correrías por aquellos mares. Lo que no supieron decirme fue si la ola visitaba todas las islas; lo cierto es que el fenómeno ocurre periódicamente en algunas de ellas.

Después de haberlo arreglado todo, quitando todos los estorbos acumulados por la inundación, volvimos a nuestra idea de hacer una visita a los pingüinos. Hicimos varias reparaciones en el bote y preparamos un repuesto de provisiones, porque pensábamos estar ausentes un par de noches o quizá más.

Estos preparativos nos llevaron algún tiempo, porque mientras Jack se ocupaba del bote, Peterkin se marchaba al bosque a matar con la lanza uno o dos cerdos, y a veces tenía que andar mucho para encontrarlos. Generalmente, era Peterkin el encargado de la caza cuando necesitábamos carne de cerdo (lo cual ocurría con bastante frecuencia), porque era muy ágil y corría de tal modo que les sacaba ventaja a los cerdos en la carrera; pero, en cambio era tan descuidado que casi invariablemente tropezaba con los tocones o con los pedruscos en su loca carrera, y rara vez volvía a casa con el pellejo de las espinillas sano. Una vez le sucedió un accidente bastante más serio. Había estado ausente toda la mañana y no volvió a la hora usual de la comida, cosa que me extrañó, porque Peterkin era muy puntual a la hora de la pitanza. Cuando se acercó la hora de cenar comenzamos a inquietarnos, y al fin salimos a buscarlo, en vano, durante largo tiempo, pero un poco antes de oscurecer encontramos rastro de los cerdos, y lo seguimos hasta llegar al borde de una pendiente muy fuerte, que más parecía un precipicio, y allí, en el fondo, vimos a Peterkin, insensible, con la cara encima del hocico de un cerdito que estaba clavado al suelo con la lanza. Nos asustamos, pero al rociarle con agua la cara tuvimos la satisfacción de verle revivir. Ya de regreso en casa nos contó lo sucedido.

—Me pasé toda la mañana andando, hasta quedarme más cansado que un burro viejo, sin ver un solo cochino ni encontrar rastro de ellos; pero como estaba resuelto a no volver de vacío, decidí perdonar la comida y...

—¡Hombre! —exclamó Jack—. ¿Fuiste capaz de eso?

—Haz el favor de callarte, capitán —replicó Peterkin—. Digo que resolví perdonar la comida y dirigirme a la entrada del valle pequeño, donde tenía la seguridad de encontrar cerdos, y no tardé en convencerme de que seguía una buena pista, pues apenas había andado media milla en dirección del ciruelo pequeño que encontramos el otro día, sentí gruñidos. ¡Ahí estáis, amiguitos!, dije para mí, y eché a correr, alcanzándoles en seguida y fijando mi atención en uno muy gordito, le dediqué mis atenciones. En pocos segundos le di alcance y le atravesé con la lanza, pero al mismo instante vi que estábamos al borde de un precipicio, grande o chico, yo no lo sabía, pero llevaba tal paso, que no me podía parar, y el cerdo y yo nos caímos de cabeza. Después no recuerdo nada. Cuando recobré el conocimiento, me estabas

humedeciendo las sienes y Ralph retorciéndose las manos.

Aunque Peterkin era desgraciado en lo tocante a darse costaladas, esta vez tuvo suerte en la caza y volvió antes de la noche con tres cerditos muy buenos. Yo también estuve afortunado en mi vista a los pantanos, pues maté varios patos. De esta suerte, cuando botamos al agua la embarcación al amanecer del siguiente día, vimos que nuestro almacén de provisiones era más que suficiente. Llevábamos entre otras cosas, frutos de pan, cerdos y patos asados, cocos maduros para comer y verdes para beber; ñames y ciruelas. Parte de estas provisiones fueron guisadas la noche anterior.

Los cerdos, además de asados, habían sido rellenos por Peterkin, especialmente para esta ocasión. Conservaba en riguroso secreto su receta culinaria; de suerte que no supimos en qué consistía el relleno hasta que lo comimos, momento en que nos resultó tan atrozmente malo que lo quitamos cuidadosamente y lo tiramos por la borda.

Calculamos que con estas provisiones tendríamos para varios días, pero luego resultó que eran excesivas, sobre todo los cocos, de los cuales encontrábamos gran provisión en dondequiera que estábamos. Sin embargo, como decía Peterkin, era mejor a pecar por falta, puesto que no sabíamos cómo nos iba a ir en el viaje.

La mañana aparecía calmada cuando zarpamos remando por el lago hacia la salida del arrecife y pasamos entre dos islitas verdes que guardaban la abertura. El paso por los rompientes fue algo difícil y embarcamos bastante agua en el intento, pero una vez pasada la línea peligrosa, nos encontramos flotando plácidamente en el océano.

La Isla de los Pingüinos se hallaba al otro lado de nuestra isla, a una milla más allá del arrecife exterior, por lo cual calculamos que tendríamos que navegar unas veinte millas para llegar a ella, desde el puente por donde habíamos salido al mar abierto. Podríamos haber reducido el camino costeano nuestra isla por dentro del lago y saliendo por un paso del arrecife situado casi enfrente de la Isla de los Pingüinos, pero preferimos ir por el mar abierto, en primer lugar, porque así tendríamos el gusto de volver a sentir el movimiento de las aguas profundas que tanto nos gustaba porque éramos indemnes al mareo.

—¡Ojalá hubiera brisa! —dijo Jack.

—¡Yo también la quisiera! —exclamó Peterkin, apoyándose en el remo y quitándose el sudor que le cubría la frente—. El remar es trabajo duro. Si pudiéramos coger uno o dos centenares de gaviotas de esas que vuelan por ahí y atarlas al bote con unas cuerdas largas y las obligásemos a volar en la dirección que nos conviniese, sería magnífico.

—O hacer un agujero en la cola de un tiburón y pasarle una cuerda por él para que nos remolcara, ¿eh? —dijo Jack—. Pero me parece que se va a realizar mi deseo, porque ya llega la brisa. Deja el remo, Peterkin. Arriba con el mástil, Ralph; yo me encargaré de la vela. ¡Cuidado al timón! ¡Ojo con las ráfagas!

Estas últimas palabras fueron provocadas por la brusca aparición en el horizonte

de una línea azul oscuro que en un espacio de tiempo increíblemente corto pasó sobre nosotros levantando espuma en el mar. Presentamos la popa del bote a la primera violencia, y a los pocos segundos se convirtió en una brisa moderada y firme que nos permitió desplegar la vela y volar alegremente sobre las olas. Aunque la brisa se echo poco después, había resultado buena y nos había hecho recorrer gran parte de nuestro camino antes de renacer la calma; así que cuando el golpeteo de la vela contra el palo nos indicó que había que empuñar otra vez los remos, nos faltaba poco más de una milla para llegar a la Isla de los Pingüinos.

—¡Allí están los soldados! —exclamó Peterkin, al verlos—. ¡Qué guapos están esta mañana con sus calzones blancos! ¿Nos recibirán amablemente? ¿Crees que son hospitalarios, Jack?

—No hables y rema, Peterkin. Poco te falta para verlo.

Mientras nos acercábamos a la isla nos regocijábamos observando las maniobras y la facha de aquellas extrañas aves. Parecían de diferentes especies, porque unas tenían una especie de cresta en la cabeza, y otras no, y mientras que unas eran del tamaño de gansos, otras eran casi tan grandes como cisnes. También vimos un albatros enorme cerniéndose sobre los pingüinos. Le seguían gaviotas. Al llegar a pocos metros de la isla, que era una roca baja, sin más vegetación que unos pocos arbustos, soltamos los remos y nos pusimos a contemplar las aves con sorpresa y satisfacción. Ellas nos miraban también con interés. Entonces vimos que su aspecto militar era debido a su posición rígida y erguida sobre sus cortas patas. Tenían la cabeza negra, el pico largo y agudo, el pecho blanco y la espalda azulada. Sus alas eran tan cortas que más parecían aletas de pez; y en efecto, no tardamos en ver que las utilizaban para nadar bajo el agua. No tenían plumas en las alas, sino unas plumillas como escamas, que también cubrían tupidamente el cuerpo. Las patas eran cortas y situadas tan atrás, que estando en tierra las aves se veían obligadas a permanecer muy derechas para mantener el equilibrio, pero en el agua flotaban como las demás aves marinas. Al principio estábamos tan atontados con el ruido que armaban ellos y otras aves marinas que nos rodeaban, que no sabíamos adonde dirigir la vista, porque cubrían a millones las rocas; pero siguiendo mirando, distinguimos varios cuadrúpedos (así nos los figuramos) andando entre los pingüinos.

—Rema un poco —dijo Peterkin—. Vamos a ver de qué bichos se trata. Deben de gustarles la compañía ruidosa para que se avengan a vivir entre estas aves tan vocingleras.

Pero, con sorpresa, descubrimos que los que habíamos creído cuadrúpedos no eran sino otros pingüinos que se habían puesto a gatas y que andaban entre las matas con las patas y las alas como si fueran cuadrúpedos. De repente, un ave vieja y grande que había permanecido en un punto muy próximo a nosotros, mirándonos con mucho asombro, se sintió alarmada y echó a correr por las rocas abajo, y cayó mejor que se tiró al mar. Buceó un momento, y a los pocos segundos se asomó en el agua bastante lejos, dio un salto y volvió a zambullirse de tal manera, que se le hubiese

tomado por un pez jugueteando.

—Ese animal les gana a todos —dijo Peterkin, frotándose las manos y haciendo una mueca de asombro—. Yo he oído hablar de una cosa que no es pescado, ni carne, ni ave, pero no esperaba ver un bicho que es las tres cosas a un tiempo... Pero, mirad —continuó, señalando a la costa con gesto resignado—. ¡Mirad! ¡Esto no tiene fin! ¿Qué lleva aquel bicho debajo de la cola?

Nos volvimos en la dirección señalada, y vimos un pingüino andando lentamente por la costa con un huevo debajo de la cola. Y según pudimos observar, había otros varios cargados de la misma manera. Después nos enteramos de que hay especies de pingüinos cuyas hembras transportan de este modo el huevo, porque tienen una cavidad para llevarlos entre la cola y las patas. Nos impresionó mucho la regularidad y el orden de la colonia. La isla parecía dividida en cuadros, y cada pingüino era poseedor de uno, permaneciendo en el centro de él con rígida solemnidad o paseándose lentamente por su área. Algunos estaban incubando sus huevos y otros daban de comer a los pequeñuelos de una manera que nos hizo reír un poco. La madre se colocaba en una pequeña elevación del terreno, en una roca, y los pequeños permanecían pacientemente abajo. De pronto, la madre alzaba la cabeza y lanzaba una serie de cacareos discordantes.

—¡Se va a atragantar! —exclamó Peterkin.

Pero no fue así, aunque confieso que lo parecía. A los pocos segundos bajaba la cabeza, abría el pico en el cual introducía el suyo el pequeño y, al parecer, extraía algo de la garganta. Volvía a oírse el cacareo y continuaba la extracción de alimento de la garganta hasta que el pequeñuelo se quedaba satisfecho. Lo que no sabíamos era lo que comían.

—¡Mirad, mirad! —exclamó Peterkin con tono excitado—. ¡Es lo más abominable que he visto en una madre! Esa pícara pingüina vieja ha tirado a su hijo al mar, y esa otra va a seguir su ejemplo.

Realmente así parecía, porque en lo alto de una escarpada roca del borde del mar vimos una pingüina vieja tratando de convencer a su hijo para que se tirase al mar, pero el pequeño se mostraba poco propicio a hacerlo, y a pesar de las instigaciones de la madre, se iba aproximando lentamente a ella. Al fin, la madre le empujaba un poco hacia el agua con eran ternura, como diciendo: «¡No tengas miedo, querido! ¡Nadie te hará daño, hijo mío!»; pero apenas lo tenía al borde de la roca donde el pequeño miraba pensativo al agua, le daba un violento empujón y le enviaba rodando al mar, donde le dejaba que se arreglase él solo para salir. Luego observamos que otras madres hacían lo mismo, y sacamos la conclusión de que éste era el sistema que empleaban los pingüinos para enseñar a sus hijos a nadar.

Apenas acabábamos de comentar el caso, cuando nos llamó la atención una docena de pingüinos grandes que avanzaban saltando de un modo muy ridículo hacia el mar. La orilla formaba una pendiente, y al llegar a ella, algunos conseguían bajarla a brinquitos, pero otros perdían el equilibrio y rodaban por la cuesta; ero en el

instante que tocaban el agua, parecía que estaban en su elemento. Buceaban y saltaban con la mayor agilidad, y buceando y saltando salían rápidamente a la orilla, porque volar no podían.

Al ver esto, Peterkin se volvió hacia nosotros, y nos dijo muy serio:

—En mi opinión, estas aves están todas completamente locas y esta es una isla encantada, por lo cual propongo que viremos y nos larguemos aterrados o que desembarquemos valerosamente y vendamos nuestras vidas lo más caras que podamos.

—Yo voto por el desembarco; de manera que ¡avante, muchachos! —dijo Jack dando un golpe de remo que hizo virar a la embarcación.

Pocos segundos después metimos el bote en una pequeña caleta, donde lo amarramos a una roca de coral, y corriendo por la costa nos internamos entre las filas de pingüinos, armados de cachiporras y de lanza, pero nos llevamos una sorpresa al ver que en vez de atacarnos o de dar muestras de miedo al acercarnos, las curiosas aves no se movían de su sitio hasta que no les echábamos mano, pues al pasar se limitaban a mirarnos con solemne y estúpida extrañeza. No obstante, un pingüino viejo comenzó a andar lentamente hacia el mar, y Peterkin tuvo el capricho de intentar interrumpir su avance situándose entre él y la orilla esgrimiendo el garrote. Pero el bicho demostró ser resuelto. No sólo no retrocedió, sino que no cesó de avanzar, desafiando a Peterkin bravamente y haciéndole retroceder hasta el mar. Si nuestro amigo hubiera utilizado el palo, le hubiera derribado fácilmente, pero no quería cometer un acto cruel, sólo por divertirse, y dejó escapar al ave.

Durante tres horas permanecimos en la isla observando las costumbres de aquellas curiosas aves, y cuando las abandonamos, los tres nos mostramos de acuerdo en reconocer, aunque luego de larga discusión, que eran los seres más maravillosos que habíamos visto, y hasta consideramos probable que fueran los mas extraordinarios del mundo.

CAPÍTULO XVIII

Muy avanzada iba la tarde cuando salimos de la Isla de los Pingüinos, y como nos proponíamos pasar la noche acampados en una islita situada a un par de millas, donde alzábanse unos cuantos cocoteros, empezamos a remar hacia allí con la mayor energía.

Pero nos esperaba un peligro con el cual no habíamos contado. El viento que tan rápidamente nos llegara en la Isla de los Pingüinos refrescó al caer la tarde, y antes de hallamos a mitad de distancia de la isla transformóse en viento fuerte. Aunque no soplaba tan en contra nuestra que nos impidiese remar en la dirección que deseábamos seguir, sí nos molestaba bastante, y aunque la fuerza del viento quedaba algo disminuida por la isla, comenzaron a levantarse olas y a dar embates a nuestra pequeña embarcación, la cual empezó a llenarse de agua, obligándonos a trabajar mucho para mantenernos a flote. Por último, el viento y el mar se pusieron tan violentos que nos fue imposible dirigirnos a la isla. Jack, entonces, hizo virar bruscamente el Dote y mandó a Peterkin que izase una esquina de la vela, con ánimo de volver a la Isla de los Pingüinos.

—Por lo menos tendremos el refugio de los arbustos —dijo, mientras el bote volaba empujado por el viento—. Y los pingüinos nos harán compañía.

Mientras Jack hablaba, el viento saltó soplando tan en contra que tuvimos que desplegar casi toda la vela para llegar a la isla, porque el cambio nos había llevado muy a sotavento de ella. Lo peor de todo era que el viento venía por ráfagas y más de una vez estuvimos a punto de zozobrar.

—¡Atención! —gritó Jack con tono vivo y serio—. Estad preparados para bajar la vela. Me temo mucho que no podamos llegar a la isla.

Peterkin y yo estábamos tan habituados a confiar en Jack, que habíamos adquirido la costumbre de no considerar las cosas, especialmente las que se hallaban bajo el cuidado de Jack. Por este motivo, no habíamos dudado ni un momento de que todo marchaba bien, y el oírle expresarse en estos términos, nos despertó no poca ansiedad. Pero nos faltó tiempo de interrogarle ni de hacer cálculos, porque nos cogió una fuerte ráfaga de viento y nos llevó volando, con la borda de sotavento hundiéndose de vez en cuando bajo las olas. Era evidente que teníamos que bajar la vela, y cuando cogió otra ráfaga más fuerte, Peterkin y yo la bajamos en un momento, con lo cual evitamos el naufragio; pero cuando pasó el chubasco, estaba el bote lleno de agua hasta más de la mitad. Yo me dediqué a quitarla, mientras que Peterkin izaba nuevamente un pico de vela, pero el mal que temía Jack lo teníamos encima. Nos era imposible ir a la Isla de los Pingüinos. El viento nos llevó rápidamente a alta mar, y por nuestra mente pasó la terrible verdad. Íbamos a ser barridos por el huracán y pereceríamos miserablemente en un menudo bote, en medio de un océano inmenso.

La triste idea nos hacía más mella porque no podíamos ver la dirección en que el viento nos llevaba; sólo distinguíamos las revueltas olas del mar, y temblábamos al

mirar en torno nuestro, porque ya estábamos fuera del abrigo de las islas, y a cada momento suponíamos que nos iba a tragar alguna enorme ola coronada de masas de espuma. Por otra parte, el agua comenzó a entrar por los costados y no me dejaba parar un momento achicándola; Jack no podía dejar el timón, ni Peterkin la vela, sin poner en peligro nuestras vidas. En medio de esta angustia, Jack lanzó una exclamación de esperanza y señaló en dirección de una isla o roca baja que se veía a proa. Hasta entonces no la habíamos visto por efecto de las negras nubes que oscurecían el firmamento y la cegadora neblina formada por el agua pulverizada que parecía llenar toda la atmósfera.

Al acercarnos a la roca advertimos que estaba completamente limpia de árboles y de plantas, y era tan baja que el agua la barría por completo. No era, en realidad, sino la cúspide de una formación de coral que se alzaba solamente unos pocos palmos sobre el nivel del mar y que en tiempo tempestuoso quedaba invisible. Las olas se estrellaban furiosamente en esta isla, y nos entristecimos al ver que no había ningún sitio donde atracar sin que el bote quedase hecho astillas inmediatamente.

—Despliega un poquito más de vela —dijo Jack al pasar a barlovento de la isla con espantosa velocidad.

—¡Ya va! —respondió Peterkin, izando un palmo más de vela.

La adición, aunque pequeña, hizo que el barquito al cabecear, crujiere tan estrepitosamente al cortar las espumosas olas, que creí por instantes que naufragábamos, y vituperé mentalmente a Jack por su temeridad; pero fui injusto, pues aun cuando durante dos segundos entró a bordo como un torrente, logró gobernar diestramente para virar al lado de sotavento de la isla, donde el agua estaba en relativa calma y donde la fuerza del viento era menor.

—¡Ahora, a los remos, muchachos! ¡Esto marcha bien! ¡Avante!

Obedecimos en el acto. Los remos golpearon las olas. Unos golpes enérgicos y nos encontramos flotando en una pequeña caleta de agua relativamente tranquila, pero tan angosta que apenas cabía nuestro bote. Allí nos hallábamos en perfecta seguridad, y al saltar a tierra y amarrar el bote a las rocas, di gracias a Dios de todo corazón por habernos librado de tan gran peligro. Pero aunque he dicho que estábamos en sitio seguro, sospecho que muy pocos de mis lectores hubieran envidiado nuestra situación. Verdad es que no estábamos faltos de víveres pero estábamos calados hasta los huesos; el mar hervía a nuestro alrededor, haciendo saltar la espuma por encima de nuestras cabezas, de tal suerte que estábamos como envueltos en agua; el lugar donde habíamos desembarcado no tenía más de doce metros de diámetro, y no podíamos salir de él sin riesgo de ser barridos por las olas. En el extremo alto de la caleta había un pequeño hueco o cueva en la roca que nos protegía contra la furia del viento y de las olas, y como, además, la roca formaba una especie de saledizo por encima de nuestras cabezas, impedía que nos mojase la rociada.

—Parece que hemos encontrado una cueva de sirenas, porque no se ve más que

agua alrededor —dijo Peterkin, comenzando a reanimarse—. El cielo y la tierra son cosas del pasado.

La idea de Peterkin no era inadecuada, porque con el mar bramando y cubierto de blanca espuma, a nuestros pies, con las rociadas de las olas volando continuamente como blancas sábanas sobre nuestras cabezas y con el agua cayendo pesadamente desde el saledizo como una cortina que cubriese la entrada de nuestra cueva, más parecía que estábamos bajo el agua que sobre ella.

—Ahora, muchachos —dijo Jack—, ¡a moverse y a colocarse cómodamente! ¡Saca las provisiones, Peterkin; y tú, Ralph, echa una mano para izar el bote! ¡Ligeros!

—¡Va, va, capitán! —Respondimos, apresurándonos a obedecer, muy animados por la alegría de nuestro compañero.

Afortunadamente, la caverna, aunque no muy profunda, estaba completamente seca; de suerte que pudimos acomodarnos en ella mucho mejor de lo que esperábamos. Desembarcamos las provisiones, escurrimos el agua de la ropa, tendimos la vela en el suelo para que nos sirviese de alfombra, y después de haber comido perfectamente nos sentimos satisfechos y alegres. Pero al acercarse la noche, volvimos a ponernos tristes, porque la ausencia de la luz del día desvanecía toda evidencia de seguridad. Ya no podíamos ver la firme roca en que nos hallábamos mientras la violencia de la tempestad nos ensordecía. La noche se fue poniendo cada vez más oscura, de tal suerte que no veíamos las manos ni aun acercándonoslas a los ojos, y teníamos que palparnos de vez en cuando unos a otros para convencernos de que no nos había ocurrido nada, porque la tempestad acabó por hacerse tan espantosa que nos oíamos con mucha dificultad. Una ligera variación del viento, según supusimos, hacía que de vez en cuando nos mojasen el rostro salpicaduras de espuma, y el revuelto mar azotaba la pequeña ensenada hasta llegar a nuestros pies, amenazando destrozar el bote. A fin de prevenir esta última calamidad, izamos más el bote, sosteniendo el cable de sujeción entre las manos. De vez en cuando fulguraban los relámpagos con siniestro resplandor a través de las cortinas de agua que nos rodeaban, aumentando el temor de la escena. Sin embargo, deseábamos estos aterradores resplandores, porque eran menos espantosos que la oscuridad que los seguía. Truenos tremendos parecía que iban a partir el firmamento, y llegaban a nuestros oídos entre los fieros aullidos del huracán, mientras que las olas se estrellaban a barlovento de la isla con tal ímpetu que nos parecía que estaba cediendo ya la sólida roca, y en nuestra angustia nos asimos al desnudo suelo, temiendo a cada momentos vernos arrastrados y tragados por el mar negro y furioso. ¡Oh!, fue una noche de inenarrable ansiedad, y nadie puede imaginarse los sentimientos de intensa gratitud y de alivio con que vimos al fin la claridad de la aurora a través de la vaporosa niebla que nos envolvía.

Tres días y tres noches permanecemos en aquella roca, sin que la tempestad aplacase su furia. En la mañana del cuarto día se calmó, de pronto, la tormenta, y el

viento cesó, pero las olas seguían siendo tan altas que no nos atrevíamos a hacer a la mar. Durante la mayor parte de este período, apenas dormimos unos cuantos minutos seguidos, pero la tercera noche caímos en su sueño profundo y nos despertamos tarde al cuarto día, encontrando el mar muy aplacado y el sol luciendo nuevamente en el firmamento azul y despejado.

Con gran alegría volvimos a echar al agua nuestro bote y tomamos el rumbo a nuestra isla, la cual divisamos en el horizonte, con gran satisfacción, pues temíamos que el viento nos hubiese llevado demasiado lejos y la hubiésemos perdido de vista. Como reinaba calma chicha, tuvimos que remar durante gran parte del día, pero por la tarde se levantó una brisa que nos permitió izar la vela. En poco tiempo pasamos la Isla de los Pingüinos y la otra isla que no habíamos podido alcanzar el día en que se inició la tempestad; pero como teníamos bastantes provisiones y grandes deseos, de volver a nuestra vivienda, no desembarcamos en ella, con gran disgusto de Peterkin, que parecía experimentar verdadero afecto por los pingüinos.

Era ya de noche cuando llegamos al arrecife exterior de nuestra isla, a pesar de que durante varias horas mantúvose una fresca brisa. Este viento cayó cuando apenas habíamos recorrido a vela un centenar de metros en el lago, por lo que tuvimos que empuñar los remos. Ya era tarde, y la luna y las estrellas brillaban cuando llegamos a la orilla y saltamos a tierra. Tan contentos estábamos de vernos sanos y salvos en nuestra querida isla, que apenas nos entretuvimos en sacar el bote un poco de la arena para correr a ver si todo estaba en orden en la choza.

Quiero confesar, sin embargo, que mi alegría se mezclaba con una especie de vago temor de que la cabaña hubiese sido visitada y destruida durante nuestra ausencia; pero al llegar a ella la hallamos tal cual la habíamos dejado y el pobre gato negro hecho una rosca durmiendo profundamente en la mesa de coral que se alzaba ante nuestra humilde morada.

CAPÍTULO XIX

Tras esta aventura estuvimos viviendo durante varios meses en la isla en medio de la armonía y la felicidad más constante. Nuestra vida se deslizaba entre pescar en el lago, cazar en el bosque, o bien, por vía de variación, subir a la montaña, aunque Peterkin aseguraba que lo hacíamos por, si veíamos algún buque, hacerle señales. Pero estoy convencido de que ninguno deseaba verse libre de aquel cautiverio en que vivíamos felices. Peterkin solía decir que siendo tan jóvenes como éramos, no debíamos deplorar el perder uno o dos años. Ya he dicho en otra ocasión que Peterkin tenía catorce años; Jack, dieciocho, y yo quince. Pero Jack estaban tan alto, tan fuerte y tan hombre, que fácilmente hubiera pasado por tener veinte años.

El clima era tan bueno que parecía que remaba allí un verano perpetuo, y como había muchos árboles que florecían y fructificaban todo el año, jamás teníamos que quejarnos de falta de alimento. También parecía que los cerdos, lejos de disminuir, aumentaban en número, a pesar de las frecuentes matanzas que hacía Peterkin con su lanza. Si alguna vez no encontrábamos una piara, no teníamos que hacer sino visitar el ciruelo antes mencionado, en la seguridad de encontrar una numerosa familia durmiendo bajo sus ramas.

Una de nuestras más constantes ocupaciones fue la de confeccionar varias prendas de ropa de tela de coco, porque las que llevábamos al naufragar estaban muy deterioradas. Peterkin logró hacer excelentes zapatos con la piel de la cerda vieja, de la siguiente manera: primeramente cortaba un trozo de piel de forma oblonga, unos cuantos centímetros más larga que el pie. Puesto en remojo el trozo, y antes de que se secase, cosía un extremo dándole una tosca forma de talón, y después hacía una serie de agujeros, todo alrededor del borde del trozo de piel, y pasaba por ellos una cuerda fuerte. El talón del pie se encajaba en la parte cosida, y tirando luego de la cuerda, los bordes se alzaban y protegían todo el contorno del pie. Claro es que tales abarcas hacían unos pliegues nada bonitos; pero a pesar de todo, eran muy útiles, y Jack llegó a preferirlas a sus largas botas. Hicimos también diversos objetos útiles para nuestra comodidad, y una vez o dos hablamos de construir una casa; pero teníamos tanto afecto a nuestra choza y, además, era tan útil, que resolvimos no abandonarla, ni tratar de construir una casa que con aquel clima podía resultar más desagradable que cómoda.

En muchas ocasiones examinamos la pistola encontrada en la casa del muerto, y Peterkin sentía mucho no tener pólvora para utilizarla, porque así sería mucho más fácil matar los cerdos, pero estábamos ya tan diestros en el manejo de la honda, el arco y la lanza, que no necesitábamos armas más mortíferas.

Las inmersiones en el jardín acuático seguían proporcionándonos la satisfacción y el recreo de siempre, y a fuerza de práctica, Peterkin comenzó a familiarizarse con el agua. Para Jack y yo, el agua llegó a ser nuestro elemento, y jugábamos en ella con tanta confianza y gusto, que Peterkin llegó a expresar el temor de que cualquier día

nos convirtiéramos en peces y le abandonásemos, añadiendo que observaba que Jack tenía cada día más facha de tiburón. A esto le replicó Jack que si él, Peterkin, se convertía en animal acuático, no pasaría de ser una simple quisquilla. El pobre Peterkin no envidiaba nuestras deliciosas excursiones bajo el agua más que cuando Jack bajaba al fondo del jardín acuático, se sentaba en una roca, alzaba la cabeza y le hacía muecas. Sólo en estas ocasiones experimentaba envidia Peterkin, y decía que daría cualquier cosa por poder hacer lo mismo. Yo me reía mucho al oírle decir esto, porque si se hubiera visto la cara que ponía cuando se decidía a bucear un poco, se hubiera convencido de que sobrepujaba a Jack en lo de hacer muecas. La única diferencia estaba en que Jack las hacía adrede y Peterkin porque no tenía más remedio que hacerlas.

Estando entretenidos con estas ocupaciones y recreos, sucedió un día una cosa tan inesperada como alarmante y horrible.

Como solíamos hacerlo con frecuencia, estábamos Jack y yo sentados en la roca del Acantilado de los Chorros, mientras que Peterkin escurría la ropa porque se había caído al mar, como le ocurría muy a menudo, cuando, de pronto, le llamaron la atención dos objetos que aparecieron en el horizonte.

—¿Qué te parece a ti qué son? —pregunté a Jack.

—No te lo puedo decir —me contestó—. Los vengo observando hace un rato, y al pronto, me parecieron gaviotas, pero cuanto más los contemplo, mas me convenzo de que son demasiado grandes para ser aves.

—Parece que vienen hacia aquí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Peterkin, acercándose.

—Mira —le dijo Jack.

—¡Ballenas! —exclamó Peterkin, poniéndose la mano en la frente, a modo de visera.

—¡No! ¿Eh?... ¿No serán botes, Jack?

Nuestros corazones latieron con violencia al pensar que podíamos volver a ver a seres humanos.

—Me parece que tienes razón, Peterkin... No parece que se mueven de un modo extraño para ser botes —dijo Jack, en tono bajo, como si estuviera hablando consigo mismo.

Observé que por el semblante de Jack cruzaba una sombra de ansiedad al mirar larga e intensamente los dos objetos que venían hacia nosotros. Finalmente se puso de pie.

—¡Son canoas, Ralph! No puedo decir si son canoas de guerra o no, pero lo que sé es que todos los indígenas de las islas de los mares del Sur son feroces caníbales, y que tienen muy poco respeto a los extranjeros. Debemos ocultarnos si desembarcan aquí, cosa que pidió a Dios que no hagan.

Las palabras de Jack me alarmaron grandemente, pero confieso que me preocupó menos lo que dijo que el tono de ansiedad con que lo dijo, y Peterkin y yo le

seguimos al bosque con cierta inquietud.

—Es una lástima que nos hayamos olvidado de las armas —dije cuando estuvimos cobijados en el bosque.

—Eso importaría poco —dijo Jack—. Aquí hay palos de sobra.

Al hablar, puso la mano sobre un haz de recios palos de diversos tamaños que las laboriosas manos de Peterkin habían formado durante nuestras frecuentes visitas al acantilado, sin más propósito aparentemente, que el de no permanecer ocioso.

Cada cual escogió un garrote con arreglo a sus gustos, y nos apostamos detrás de una roca desde donde podíamos ver las canoas sin ser vistos por sus tripulantes. Al principio hicimos algún comentario suelto sobre su aspecto, pero cuando penetraron en el lago y se acercaron a la costa, dejamos de hablar para observar con intenso interés la escena que se desarrollaba a nuestra vista.

Entonces advertimos que la canoa que iba a la cabeza venía perseguida por la otra, y que iban en ella unas cuantas mujeres, niños y nombres también, tal vez unas cuarenta almas en total mientras que la canoa perseguidora no contenía más que hombres, en número aproximadamente igual, pero mejor armados y con todo el aspecto de una partida guerrera. Las dos tripulaciones remaban con todas sus fuerzas, y parecía que los perseguidores se esforzaban por alcanzar a los fugitivos antes de que desembarcasen. Pero en esto fracasaron. La canoa perseguida se dirigía velozmente a las rocas de al pie del sitio donde estábamos escondidos. Los cortos remos se movían como meteoros y levantaban gran cantidad de espuma. Los ojos de los remeros relucían en sus negros semblantes al poner en tensión todos los músculos de sus desnudos cuerpos, y no cejaron en sus esfuerzos hasta que la canoa chocó violentamente con la playa. Entonces, lanzando un gesto de reto todos los que la tripulaban, saltaron a tierra con enérgica rapidez. Tres mujeres, dos de las cuales llevaban niños en brazos, corrieron al bosque, mientras que los hombres se apostaban en la playa, a orillas del agua, con piedras, lanzas y cachiporras, dispuestos a impedir el desembarco de sus enemigos. La distancia entre ambas canoas había sido como de media milla, distancia que fue salvada rápidamente por la velocidad que llevaban. Los perseguidores se acercaban a la costa sin dar la menor muestra de temor ni de indecisión. Cayó sobre ellos un diluvio de piedras, pero no por eso se acobardaron. La canoa llegó a la playa, y con un aullido que parecía salir de la garganta de demonios encarnados, saltaron al agua, haciendo retroceder a los otros playa adentro inmediatamente.

La batalla que se libró fue espantosa. La mayoría de los hombres esgrimían cachiporras enormes de curiosa forma, con las que se rompían la cabeza mutuamente. Como iban casi por completo desnudos y tenían que saltar, agacharse y correr en un terrible encuentro cuerpo a cuerpo, más parecían demonios que seres humanos. Mi corazón se llenaba de inquietud al presenciar aquella sangrienta batalla, y de buena gana hubiera apartado la vista, pero una fascinación poderosa sujetaba mis ojos a los combatientes. Observé que los atacantes iban capitaneados por un ser de lo más

extraordinario, y por tu tamaño y peculiaridades, calculé que era el jefe. Llevaba tan rizado y esponjado el cabello que semejaba un gran turbante, y era de color amarillo claro, circunstancia que me sorprendió mucho, porque el cuerpo del salvaje era negro como el carbón, por lo cual supuse que lo llevaría teñido. Aparecía tatuado de pies a cabeza y el rostro, además, lo llevaba embadurnado con pintura roja, rayado en blanco. Con su cabello amarillo, su peinado como un turbante, sus hercúleas proporciones, sus relucientes ojos y sus blancos dientes, parecía el monstruo más temible que se puede imaginar. Era muy activo para la lucha y había matado ya a cuatro hombres.

Repentinamente, el jefe del pelo amarillo fue atacado por un hombre tan fuerte y grande como él, que blandía un pesado palo con una especie de pico de águila en la punta. Durante uno o dos segundos los dos gigantes se contemplaron con prudencia, dando vueltas uno alrededor del otro, como para aprovechar cualquier descuido del enemigo respectivo, pero viendo que no conseguían nada con esta precaución, y calculando que la pérdida de tiempo podía alterar los resultados de la lucha en pro de uno u otro bando, resolvieron aparentemente atacarse en el mismo instante, porque lanzando un grito salvaje y dando un salto simultáneamente, esgrimieron los pesados palos, haciéndolos chocar con estruendo. De pronto tropezó el salvaje de pelo amarillo, se adelantó su enemigo y alzó el temible palo, pero no llegó a descender sobre el enemigo, porque en el mismo instante rodó por el suelo el que lo esgrimía, derribado por una piedra lanzada por uno que observaba el peligro de su jefe. Este fue el punto decisivo de la batalla. Los salvajes que habían desembarcado primero volvieron la espalda y echaron a correr hacia el bosque al ver caído a su jefe. Pero no se escapó ni uno solo; todos fueron alcanzados y derribados. No obstante, advertí que no todos estaban muertos. Al parecer, sus enemigos, ganada ya la batalla, tenían empeño en cogerlos vivos, y consiguieron atrapar a quince, que fueron atados de pies y manos con cuerdas y depositados entre los arbustos del bosque, donde los dejaron, ignoro con qué propósito, para volver al teatro de la batalla, donde estaba el resto de la partida lavándose las heridas.

De los cuarenta negros que componían la partida atacante, sólo quedaban vivos veintiocho, dos de los cuales fueron enviados al bosque para atrapar a las mujeres y a los niños. De la otra partida no quedaban, como ya he dicho, más que quince, y éstos estaban atados e imposibilitados para hacer nada.

Jack, Peterkin y yo nos miramos mutuamente, y en voz baja nos comunicamos nuestros temores de que los salvajes subiesen a lo alto de las rocas en busca de agua dulce, descubriendo así nuestro escondrijo, pero nos interesaban tanto sus actos que acordamos permanecer donde nos encontrábamos, porque, además, no era fácil levantarse sin exponerse a llamar la atención y ser descubiertos. Otro salvaje se dirigió al bosque en seguida con un haz de leña, y nos quedamos no poco sorprendidos al verles encender fuego de la misma manera que lo sabía encender Jack; es decir, con el arco y la astilla giratoria. Encendida la lumbre, se fueron al

bosque dos de la partida, y trajeron a uno de los individuos atados. Yo experimenté una sensación de horror, porque pensé que iban a quemar a sus enemigos, y al ver que lo acercaban a la lumbre, no pude dominar mis impulsos y, empuñando la cachiporra, quise ponerme de pie; pero el vigoroso brazo de Jack me conservó clavado al suelo. Un momento después, uno de los salvajes alzó el garrote y rompió el cráneo del pobre hombre. Debió morir instantáneamente, y por extraño que parezca, me quedé más tranquilo después de la ejecución, pensando que el infortunado salvaje no iba a ser quemado vivo. Apenas habían cesado de estremecerse sus miembros, que aquellos monstruos le cortaron trozos de carne del cuerpo, y después de asados ligeramente, los devoraron.

De pronto, sonó un grito en el bosque, y a los pocos segundos aparecieron los dos salvajes arrastrando a las tres mujeres con los dos niños. Una de las mujeres era mucho más joven que sus compañeras, y nos llamó la atención la modestia de su porte y la dulce expresión de su rostro, el cual, aunque de nariz chata y labios gruesos como los de los indígenas, era de color castaño claro, por lo cual conjeturamos que debía de ser de raza diferente. Tanto ella como sus compañeras, llevaban una faldilla corta y una especie de pelerina o boa sobre los hombros. Su cabello negro, corto y ensortijado —aunque no lanoso—, recordaba al cabello de un muchachito. Mientras contemplábamos con interés y ansiedad a aquellas pobres criaturas, el gigantesco jefe se acercó a una de las mujeres más viejas y puso una mano sobre el niño; pero la mujer retrocedió, apretando a la criatura contra su pecho y lanzando un alarido de terror. Con risa salvaje, el jefe le arrancó de los brazos el niño y lo tiró al mar. De los labios de Jack se escapó un rugido sordo al presenciar aquel acto tan atroz y al oír el grito que lanzó la madre al caer desmayada sobre la arena. Las ondas arrojaron al niño a la playa como si se negasen a ser partícipes de tan vil crimen, y observamos que el niño vivía.

Después fue aproximada la joven al jefe, y éste le dirigió la palabra, pero aunque oíamos su voz y hasta percibíamos claramente sus palabras, no entendíamos lo que decía. La joven no contestó a sus feroces preguntas, y por el modo de señalar al fuego comprendimos que la amenazaba con la muerte.

—Peterkin —dijo Jack en voz baja y ronca—. ¿Traes la navaja?

—Sí —respondió el interrogado, cuyo semblante estaba mortalmente pálido.

—Pues basta con ella. Escuchadme y haced con viveza lo que os voy a decir. Toma el cuchillo, Ralph. Corred al bosque y cortad las cuerdas que sujetan a los prisioneros. ¡De prisa, no vaya a ser demasiado tarde!

Jack se puso de pie y empuñó la cachiporra corta, pero pesada. El vigoroso cuerpo de nuestro compañero temblaba de emoción y por su frente rodaban grandes gotas de sudor.

En aquel momento avanzaba hacia la joven el hombre que había matado al salvaje minutos antes. Llevaba el pesado garrote. Jack lanzó un aullido que repercutió en las rocas como un grito de muerte, se tiró de un salto al fondo del precipicio, que tendría

cinco metros de elevación, y antes de que los salvajes se hubiesen repuesto de su sorpresa, estaba entre ellos. Mientras tanto, Peterkin y yo corríamos a libertar a los prisioneros. De un solo golpe con la cachiporra, Jack derribó al salvaje del palo, y revolviéndose furioso se abalanzó al gigantesco jefe del pelo amarillo. Si el golpe que Jack dirigió a la cabeza del salvaje hubiese dado en el sitio, el jefe no hubiera necesitado más, pero era ligero como un gato y lo evitó, desviándose, al mismo tiempo que esgrimía su grueso garrote sobre la cabeza de su enemigo. Esta vez fue Jack quien tuvo que esquivar el golpe, y fue una suerte que le hubiese pasado el primer acceso de cólera, porque estaba ciego y hubiera sido fácil presa de su antagonista. Pero Jack estaba ya sereno. Descargaba los golpes rápidamente y bien, probando en el combate las sorprendentes seguridades de su ligera arma, porque mientras él podía evitar fácilmente los golpes del pesado garrote del jefe, éste no podía zafarse de los del palo ligero. Sin embargo, era tan vivo y esgrimía tan perfectamente su poderosa arma, que aun cuando Jack le alcanzaba casi siempre, tenía que pegar tan rápidamente, que los golpes carecían de fuerza para ser eficaces.

Fue una suerte para Jack que los demás salvajes no se decidiesen a intervenir, considerando seguro el triunfo de su jefe. Si lo hubiesen dudado hubieran puesto fin al lance seguramente, matando a nuestro compañero. Pero se contentaban con esperar el resultado del desafío.

La fuerza que el jefe gastaba manejando su palo, comenzó a surtir efecto. Sus movimientos se hicieron más lentos, respiraba fatigoso, con los dientes apretados, y los salvajes, sorprendidos, se iban acercando para prestarle ayuda. Jack observó este movimiento, comprendió que su situación era gravísima y resolvió jugarse el todo por el todo. El palo del jefe estaba a punto de caer sobre su cabeza. Podría haberlo esquivado fácilmente, pero en vez de hacerlo así, cogió más corto su palo y exponiéndose a recibir el golpe que el otro le asestaba, se abalanzó sobre su enemigo y le pegó con toda su fuerza entre los ojos, cayendo a tierra derribado por el cuerpo del jefe, que se desplomó sin sentido sobre Jack. Alzáronse en el aire una docena de palos dispuestos a caer sobre la cabeza de Jack, pero titubearon un momento, porque el macizo cuerpo del jefe cubría casi por completo a Jack. Este momento le salvó la vida. Antes de que los salvajes pudieran retirar el cuerpo del jefe, cayeron siete de ellos bajo los golpes que les asestaron los prisioneros libertados por Peterkin y yo, y otros dos cayeron bajo nuestras manos. Esto no hubiéramos podido efectuarlo si nuestros enemigos no hubiesen estado distraídos con la lucha entre su jefe y Jack; esto les había impedido darse cuenta de nuestra llegada hasta que estuvimos encima. Su número resultaba aún superior al nuestro en tres por lo menos, pero la sorpresa y la caída de su jefe les tenía anonadados. Además estaban atónitos y temerosos ante la furia de Jack, que parecía haberse vuelto loco, pues apenas se vio desembarazado del cuerpo del jefe, lanzóse contra los salvajes, y en tres golpes dejó equiparado el número de individuos de cada bando. Peterkin y yo atacamos también, secundados por los salvajes, y en menos de diez minutos, todos nuestros enemigos habían sido muertos o

yacían prisioneros, sólidamente atados y tendidos en la playa.

CAPÍTULO XX

Cuando terminó la contienda, los negros que habíamos salvado se apiñaron en torno nuestro mirándonos sorprendidos y dirigiéndonos un chaparrón de preguntas, a las que, naturalmente, por no entender, no podíamos contestar. Sin embargo, para poner fin a aquella escena, Jack estrechó con entusiasmo la mano al jefe (que ya se había repuesto de los efectos de la herida) y en cuanto vieron esto, los negros comprendieron que expresaba buena voluntad y nos estrecharon las manos todos.

Después de esta ceremonia, Jack se dirigió a la joven, que había permanecido en la roca donde la habían dejado y que seguía observando ansiosamente los sucesos, y le hizo señas de que le siguiera. Luego cogió de la mano al jefe para llevarlo a nuestra choza, pero se fijó en el niño que había sido arrojado por las aguas y que aparecía en la arena de la plata. Entonces soltó la mano del jefe y corrió hacia la criatura, viendo con alegría que estaba viva. La madre también comenzaba a volver en sí.

—¡Paso! —dijo Jack apartándonos de la madre, a la que estábamos procurando reanimar—. Veréis cómo vuelve en sí —y diciendo esto puso al niño sobre su pecho con la mejilla sobre la de la madre.

El efecto fue maravilloso. La mujer abrió los ojos, palpó a su hijo, lo miró, y profiriendo un grito de alegría lo estrechó entre sus brazos, tratando de levantarse, sin duda con el propósito de huir al bosque.

—Ya está esto arreglado —dijo Jack volviendo a coger la mano al jefe—. Vosotros, Ralph y Peterkin, haced que nos siga esta gente a la choza. Vamos a tratarles todo lo hospitalariamente posible.

A los pocos minutos estaban todos los salvajes sentados en el suelo, delante de la choza, comiendo con excelente apetito un cerdo asado, varios patos, pescados fríos y una porción de cocos, ñames, pan de árbol, taro y ciruelas, con todo lo cual se pusieron muy contentos y cariñosos.

Mientras tanto nosotros, que nos sentíamos muy cansados con el trabajo del día, tomamos un buen trago de limonada de coco, y nos echamos en nuestros lechos y nos quedamos profundamente dormidos. Los salvajes siguieron nuestro ejemplo, y a la media hora todo era reposo en el campamento.

No puedo decir cuánto tiempo estuvimos durmiendo; sólo sé que cuando nos acostamos se estaba poniendo el sol y que cuando nos levantamos estaba ya muy alto en el firmamento. Desperté a Jack, que se estremeció de sorpresa sin darse cuenta al principio de la situación.

—¡Vamos a ocuparnos del desayuno! —dijo incorporándose—. ¡Eh, tú! ¡Peterkin! ¡Perezoso! ¿Cuánto tiempo piensas seguir tumbado?

Peterkin bostezó con toda su boca.

—¡Anda! —exclamó, abriendo los ojos y despertándose con algún trabajo—. ¡Si ya es mañana! ¡Y yo que creía que era hoy! ¡Eh, señora Venus! ¿De dónde habéis venido? ¡Parece que estáis en vuestra casa! Pero ¡bah!, lo mismo da hablarle a ella

que al gato... Es decir, no da lo mismo, porque el gato me entiende y ella no.

Todas estas cosas se le ocurrieron al ver a una de las mujeres viejas sentadas en una roca ante la choza, con el niño a los pies y muy ocupada devorando las sobras de un cerdo asado.

Por entonces ya se hallaban en pie todos los indígenas, y el almuerzo se hallaba en avanzado estado de preparación, y mientras comíamos hicimos toda clase de tentativas para hablar con los indígenas por señas, pero sin obtener resultado, hasta que al fin acertamos con un sistema para averiguar su nombre. Jack se señaló a sí mismo poniéndose la mano en el pecho y pronunció con mucha claridad el nombre «Jack». Luego señaló a Peterkin y a mí repitiendo nuestro nombre; luego se volvió a señalar a sí mismo diciendo otra vez «Jack», y finalmente, poniendo un dedo en el pecho del jefe, lo contempló con expresión interrogante. El jefe lo entendió instantáneamente y dijo dos veces «Tataro» con mucha claridad. Jack lo repitió, y el jefe movió la cabeza con gesto de aprobación diciendo «Chuk». Al oír lo cual Peterkin soltó una carcajada, pero Jack se volvió hacia él muy serio, y le regañó diciendo:

—Tengo que mirarte con más indignación de la que siento, para dar satisfacción a esta gente, porque no le gusta que se rían de ella.

Luego, volviendo hacia la joven que estaba sentada en la puerta de la choza la indicó con el dedo, y el jefe dijo «Avatea», y señalando al sol alzó el dedo lentamente hacia el cénit, quedándose quieto, señalando durante un par de minutos.

—¿Qué querrá decir? —dijo Jack perplejo.

—Quizá quiera indicar —repuso Peterkin— que es un ángel que ha bajado a la tierra a pasar una temporada. ¡Si es así, me parece demasiado negra!

No nos quedamos satisfechos del todo con esta explicación, y Jack se dirigió a ella llamándola Avatea. La mujer se sonrió con tristeza y movió la cabeza afirmativamente, señalando al mismo tiempo al pecho y luego al sol, como había hecho el jefe. Teníamos verdadera curiosidad por saber lo que esto significaba, pero como no podíamos resolver la cuestión de ninguna manera, tuvimos que aguantarnos.

Jack hizo señas a los indígenas para que le siguieran, y cogiendo el hacha los llevó al lugar donde se había librado la batalla. Allí encontramos a los prisioneros, que habían pasado la noche en la playa, pues con tanto huésped y con el cansancio del día nos habíamos dormido sin pensar en ellos. Pero no se habían puesto malos por dormir al fresco, a juzgar por el excelente apetito con que devoraron el almuerzo que les preparamos. Luego Jack empezó a cavar un hoyo en la arena, y después de trabajar unos instantes señaló al hoyo y a los cadáveres que yacían alrededor. Los indígenas comprendieron en seguida lo que quería, y empuñando los remos de las canoas hicieron en media hora un hoyo sobrado capaz para los cadáveres. Acabada la obra, enterraron a sus enemigos con una indiferencia tal, que nos hizo comprender que no se hubieran molestado en hacerlo si no se lo hubiéramos indicado nosotros. El último cuerpo que echaron al hoyo fue el del jefe de pelo amarillo. Este individuo

podía haberse repuesto del golpe que le asestó Jack, tanto que, durante la lucha sangrienta, trató de levantarse, pero uno de sus enemigos que le vio moverse le pegó un palo que le mató en el acto.

Cuando íbamos a echar arena sobre la cabeza del jefe, se inclinó sobre él un salvaje, y con un cuchillo, aparentemente de piedra, le cortó un largo trozo de carne de un muslo. En seguida me di cuenta de que se lo iba a comer, y no pudimos reprimir un grito de horror y disgusto.

—¡Vamos, granuja! —exclamó Jack cogiéndole del brazo—. ¡Echa eso al hoyo! ¿Me entiendes?

Inútil es decir que el salvaje no entendió el mandato, pero comprendió perfectamente el gesto de enfado con que Jack le miró a la cara y la energía con que señaló al hoyo. Mas no por eso le obedeció. Entonces Jack se encaró con Tataro y le indicó por señas que obligase a obedecer a su súbdito. El jefe pareció comprender la indicación, porque avanzó enarbolando el garrote, y ya se disponía a machacar los sesos al desobediente, cuando Jack se acercó de un brinco y le detuvo el brazo.

—¡Quieto, necio! ¡No quiero que mates a ese hombre! —gritó volviendo a señalar el hoyo y la carne.

El jefe pronunció unas palabras que surtieron el deseado efecto, pues el negro tiró la carne cortada al hoyo y en seguida se rellenó éste con arena.

Este individuo era áspero de genio y rencoroso y durante todo el tiempo que permanecieron en la isla nos miró de mala manera, especialmente a Jack. Le llamaban Mahine.

Los tres o cuatro días siguientes los emplearon los salvajes en componer su canoa, que había sufrido grandes averías del violento choque con la costa. La canoa era de estructura muy curiosa. Tenía unos diez metros de largo y la popa muy alta. Las maderas que lo formaban en parte aparecían sujetas de un modo muy semejante al empleado por nosotros en la construcción de nuestro bote, pero la parte que nos pareció más curiosa fue una especie de pescante o larga tabla fija al cuerpo de la canoa por medio de dos robustos travesaños. Estos travesaños conservaban la tabla paralela a la canoa, pero no en contacto con ella, pues flotaba en el agua dejando un espacio entre ella y la canoa, formando una especie de doble canoa. Este sistema tenía por objeto impedir que volcase la embarcación, pues era demasiado estrecha para conservar el equilibrio sin tal accesorio. Nosotros no tuvimos más remedio que admirar el ingenio y la rusticidad del sistema.

Cuando estuvo preparada la canoa, ayudamos a los indígenas a embarcar a los prisioneros y a cargarla de provisiones y fruta. Peterkin fue al ciruelo para realizar una matanza especial de cerdos, matando seis, que fueron asados y regalados a nuestros amigos el día de la partida. Aquel día Tataro nos hizo muchas y enérgicas señas que después de mucha consideración comprendimos que quería decirnos que nos fuésemos con él a su isla, mas como no teníamos ganas de aceptar la invitación, movíamos la cabeza negativamente, con gran resolución. Pero le consolamos dándole

el hacha oxidada, sin la cual podíamos pasarnos muy bien, teniendo como teníamos la que providencialmente fue arrojada a la costa con nosotros el día del naufragio. También le dimos un trozo de madera con nuestros nombres grabados y una cuerda para que lo colgase del cuello como ornamento.

Pocos minutos después estábamos reunidos todos en la playa, y como no podíamos entendernos verbalmente con los salvajes, recurriamos a la ceremonia de estrecharles la mano, esperando que se irían inmediatamente, pero antes de ausentarse, Tataro se acercó a Jack y se frotó la nariz con la de nuestro compañero, tras lo cual hizo lo propio con Peterkin y conmigo. Comprendiendo que éste era el modo de saludarse, decidimos atenemos a sus costumbres y nos frotamos las narices con toda la partida, mujeres y todo. La única parte desagradable de la ceremonia estuvo cuando nos tocó frotarnos las narices con Mahine. Peterkin afirmaba después que al ver tan cerca aquellos ojos de lobo que le miraban con ira, experimentó más ganas de darle un puñetazo en las narices que de frotárselas con las suyas. Avatea fue la última que se despidió de nosotros y nos produjo verdadera pena cuando se acercó, porque además de su aire modesto y de sus maneras agradables y cariñosas, era la única entre la partida que daba muestras de sentir tener que separarse de nosotros. Acercóse a Jack y expuso su chata nariz para que la frotase, y después recibimos el mismo cumplido Peterkin y yo.

Al cabo de una hora, la canoa se había perdido de vista y nosotros, con el corazón entristecido, nos sentamos silenciosos a la sombra de nuestra choza meditando sobre los extraordinarios sucesos de los últimos días.

CAPÍTULO XXI

La vida resulta una reunión de hechos extravagantes. Cuando más lo considero más despierta mi atención la extraña marcha del bien y del mal que existen, lo mismo en la tierra material, que en nuestra propia naturaleza. En nuestra Isla de Coral habíamos gozado de toda la variedad de bienes que el generoso Creador podía prodigarnos y, no obstante, la noche de la tempestad habíamos visto cómo en nuestro caso y también en el de otros menos dichosos, todo aquel bien podía perderse para siempre. Un día vimos los hermosos árboles frutales meciéndose a impulsos de la suave brisa y las tiernas hierbas prosperando bajo la benigna influencia del brillante sol, y al día siguiente hallamos aquellas plantas y aquellos árboles espléndidos, arrancados de raíz por el huracán, tronchados y derribados por la destructora devastación. Habíamos vivido por espacio de muchos meses en un ambiente tan bello, generalmente, que muchas veces nos había hecho pensar si podía haber sido más agradable el paraíso de Adán y Eva, y, de pronto, aquellas tranquilas soledades de nuestro edén habíanse visto turbadas por los feroces salvajes y las blancas arenas teñidas de sangre y sembradas de cadáveres. Y sin embargo, en aquellos caníbales habíamos advertido muchos síntomas de una índole bondadosa. Consideré detenidamente estas cosas, y pensando en ellas, acudieron a mi memoria las palabras que había leído en la Biblia: las obras de Dios son maravillosas y sus modos inescrutables.

Después de haberse ausentado los pobres salvajes, solíamos hablar de ellos muchas veces, y en estas conversaciones noté que Peterkin estaba muy cambiado. No dejaba de gastar bromas como antes, pero las hacía con menos frecuencia, y a veces había tan profunda seriedad en sus maneras, ya que no en sus palabras que, tanto a Jack como a mí, nos pareció que había envejecido dos años en pocos días. Pero realmente no me sorprendí cuando reflexioné en las espantosas realidades que habíamos presenciado últimamente. Durante varias semanas no pudimos sacudir cierta tendencia a la pena, pero a medida que pasaba el tiempo recobramos nuestro buen humor y comenzamos a recordar la visita de los salvajes como quien recuerda una terrible pesadilla.

Cierto día nos hallábamos recreándonos en el jardín acuático, para hacer después una excursión de pesca, pues como Peterkin nos proporcionaba constantemente carne de cerdo, estábamos ya un poco hartos y deseábamos alguna variación. Peterkin estaba tomando el sol en el saledizo de la roca, mientras que nosotros andábamos por el fondo del agua, y al alzar la cabeza casualmente vi a nuestro compañero gesticulando violentamente para que subiéramos a la superficie, por lo cual di un empujón a Jack y nos elevamos en el acto.

—¡Una vela! ¡Una vela! ¡Mira, Ralph! ¡Fíjate, Jack, en el horizonte por la parte de la entrada del lago! —Exclamaba Peterkin mientras nos encaramábamos en las rocas.

—¡Es verdad! ¡Es verdad! ¡Y que es una goleta! —dijo Jack vistiéndose precipitadamente.

El descubrimiento hacía latir violentamente nuestros corazones, porque si el barco tocaba en la isla, era indudable que el capitán se complacería en tomarnos a bordo para llevamos a alguna isla civilizada, donde podríamos encontrar un barco que nos llevase a Inglaterra o a cualquier punto de Europa. Mi patria y mi hogar con todas sus asociaciones acudieron a mi corazón como un torrente, y aun cuando quería mucho a la Isla de Coral y a la choza que durante tanto tiempo había sido nuestra residencia, comprendí que las dejaría en aquel momento sin lanzar un suspiro. Con risueñas esperanzas nos apresuramos a subir al punto más alto de la roca próxima a nuestra morada y aguardamos la llegada del barco, porque ya veíamos que venía derecho a la isla empujado por una fuerte brisa.

En menos de una hora estuvo junto al arrecife, lo rodeó y puso en facha las jarcias para reconocer la costa. Al advertir esto y temiendo pasar inadvertidos, comenzamos a tremolar en el aire trozos de tela de coco, no tardando en tener la satisfacción de ver que empezaba a arriar un bote y que había movimiento en el puente, como si se propusiesen desembarcar. De repente izaron una bandera, se alzó una nube de humo blanco en el costado de la goleta, y antes de que pudiéramos imaginarnos sus intenciones, llegó una bala de cañón tronchando arbustos y derribando varios cocoteros a su paso, y reventó al dar en el acantilado, pocos metros por debajo del lugar donde estábamos nosotros.

Con el terror que es de imaginar, nos fijamos en que la bandera que tenía izada en el palo era negra con una calavera y dos tibias cruzadas. Al mirarnos uno a otro con asombro profundo, se escapó simultáneamente de nuestros labios la palabra «pirata».

—¿Qué hacemos? —exclamó Peterkin al ver que el bote que habían echado al agua se dirigía a la entrada del arrecife—. Si nos sacan de la isla será para arrojarnos por la borda para divertirse o nos harán ser piratas.

Yo no contesté; no hice más que mirar a Jack, que era nuestro único recurso en este caso. Estaba con los brazos cruzados y los ojos fijos en el suelo con seria expresión de ansiedad.

—Sólo tenemos una esperanza —dijo volviéndose con triste semblante hacia Peterkin—; pero tal vez no tengamos que recurrir a ella. Si estos villanos quieren atraparnos no tardarán en recorrer toda la isla. Pero venid conmigo.

Dejando bruscamente de hablar, Jack echó a correr hacia el bosque y nos llevó dando un rodeo al Acantilado de los Chorros. Allí se detuvo, y avanzando cautelosamente por las rocas, se asomó al borde. Nosotros no tardamos en reunirnos con él y vimos el bote, atestado de hombres armados, que tocaban la orilla. En un instante desembarcó la tripulación, se formó en línea y corrió a nuestra choza. A los pocos momentos los vimos volver corriendo al bote. Uno de ellos traía al pobre gato cogido por el rabo, y al llegar al borde del agua lo arrojó al mar violentamente, reuniéndose en seguida con sus compañeros, que al parecer celebraban un precipitado

consejo.

—Ya veis lo que podemos esperar de ellos —dijo Jack con amargura—. El hombre que se divierte matando por gusto a un pobre animalito no reparará en asesinar a una persona. No nos queda más que un recurso chicos: la Caverna de Diamante.

—¡La Caverna de Diamante! —exclamó Peterkin—. Entonces ese recurso es de muy poco valor para mí, porque no soy capaz de bucear, aunque vengan sobre mí todos los piratas del Pacífico.

—Te entraremos en ella, si tienes confianza en nosotros —dije.

Mientras hablaba, observé que los piratas se esparcían por la playa e irradiaban como de un centro hacia los bosques que había a lo largo de la costa.

—Decídate, querido Peterkin —dijo Jack con tono solemne—, decídate a bucear o nos decidiremos nosotros a morir en tu compañía.

—¡No, Jack! —exclamó Peterkin, poniéndose pálido—. ¡Dejadme! No creo que me maten. Vete tú con Ralph.

—De ningún modo —repuso Jack con calma, cogiendo un grueso palo que había en el suelo—. Ralph, preparémonos para hacer frente a esos sujetos. Su lema es «Sin cuartel». Si podemos derribar a los que vienen en esta dirección lograremos escapar a los bosques.

—Vienen cinco —declaré—. No hay probabilidades de vencerlos.

—¡Vamos! —exclamó Peterkin levantándose y cogiendo convulsivamente un brazo a Jack—. Buceemos. Os acompañaré.

Los que no están acostumbrados a andar en el agua saben perfectamente el horror que se apodera de ellos sólo ante la idea de ser retenidos bajo la superficie unos segundos. Esa repulsión espasmódica e involuntaria a la inmersión obligada, no tiene nada que ver con la cobardía, pero los que se hallan en el caso expuesto comprenderán la cantidad de resolución que precisó Peterkin para dejarse arrastrar a una profundidad de tres metros largos y ser pasado por el angosto túnel y una caverna casi a oscuras. Pero no había alternativa. Los piratas nos habían visto ya y estaban a poca distancia de las rocas.

Jack y yo cogimos por los brazos a Peterkin.

—Ahora estáte quieto y no trates de desasirte, pues de lo contrario estamos perdidos —dijo Jack.

Peterkin no respondió nada, pero la seca gravedad de sus marmóreas facciones y la tensión de sus músculos nos convencieron de que estaba completamente resuelto a sufrir la prueba. En el momento en que los piratas llegaban al pie de las rocas, las cuales nos ocultaban un momento de su vista, nos echamos de cabeza al agua. Peterkin se portó como un héroe. Flotó pasivamente entre nosotros cual si fuera un leño, pasamos el túnel y a los pocos segundos nos hallábamos sin novedad en el borde de las rocas. Jack buscó la yesca y la antorcha que teníamos siempre preparadas en la caverna, las encontró en seguida y encendió luz, revelando a la

atónita mirada de Peterkin las maravillas del lugar. Pero estábamos demasiado mojados para perder tiempo en contemplaciones, y nuestra primera preocupación fue quitarnos la ropa y escurrirla lo mejor posible. Después procedimos al examen de nuestra despensa, porque como dijo muy acertadamente Jack, no sabíamos cuánto tiempo podían permanecer los piratas en la isla.

—¡A ver si se les antoja establecerse aquí y tenemos que permanecer enterrados vivos! —comentó Peterkin.

—¿No te parece que es la cosa más parecida a ahogarse vivo, Peterkin? —dijo Jack, sonriendo—. Pero yo no lo temo. Los piratas no permanecen mucho tiempo en tierra. Su elemento es el mar, así que puedes estar seguro de que no permanecerán aquí más de un par de días todo lo mas.

Luego hicimos los preparativos necesarios para pasar la noche en la caverna. En varias ocasiones, Jack y yo habíamos llevado cocos, frutas y rollos de tela de coco a esta caverna submarina, tanto por gusto, como en previsión de tener que guarecernos allí algún día para librarnos de los salvajes. ¡Nunca nos podíamos imaginar que los primeros salvajes que nos obligarían a encerrarnos allí serían blancos, quizá compatriotas nuestros! Hallamos los cocos en buen estado, así como los ñames cocidos, pero los frutos del pan se habían echado a perder. También encontramos la tela donde la habíamos dejado, y al desdoblarla vimos que había suficiente para hacer una cama, cosa importante porque la roca aparecía muy húmeda. Así, pues, extendimos en el suelo todos los trozos de tela, pusimos la antorcha en el centro y cenamos. El comedor no podía ser más fantástico con el frío y siniestro aspecto de sus paredes, la negra agua a nuestro lado, la espesa oscuridad del fondo, el tétrico sonido de las gotas que caían en largos intervalos desde el techo de la caverna a la tranquila superficie del agua y el notable contraste de todo esto con nuestra cama y nuestra cena, la cual se alumbraba, como nuestros semblantes, con la llama de color rojo intenso de la antorcha.

La cena duró mucho rato, y durante ella hablamos largo y tendido, pero en voz baja, porque no nos gustaban los lúgubres ecos que resonaban en la bóveda cuando hablábamos fuerte. Al fin se apagó la débil claridad que entraba por la abertura, advirtiéndonos que era de noche ya y que había que dormir, y en seguida apagamos la antorcha y nos echamos.

Al despertar, tardamos un poco en reunir nuestras facultades para recordar dónde estábamos. Ignorábamos si era temprano o tarde; pensamos que era de día por la débil claridad de que ya he hablado, pero no pudiendo calcular la hora, Jack propuso salir a ver el sol.

—No, Jack —dije yo—; tú estate aquí. Bastante has trabajado estos días. Descansa y cuida de Peterkin, mientras yo voy a ver qué hacen los piratas. Tendré cuidado para que no me ocurra nada, y volveré pronto a contaros lo que haya visto.

—Bueno, Ralph —admitió Jack—, hazlo como quieras, pero no tardes, y si quieres seguir mi consejo, sal vestido, porque me gustaría que trajeras unos cocos

frescos, y trepar desnudo a los árboles es muy molesto.

—Los piratas estarán seguramente al acecho. Conque ten mucho cuidado — agregó Peterkin.

—No temáis nada —repuse—. ¡Adiós!

—¡Adiós! —Contestaron mis compañeros.

Y sonando aún las palabras en mis oídos me zambullí, y a los pocos segundos me hallaba al aire libre. Al subir a la superficie procuré hacerlo suavemente y respiré con cuidado para no dar resoplidos, conservándome pegado a las rocas; pero como no se descubría a nadie, me arrastré lentamente y salí al acantilado para ver la costa. No se divisaba a los piratas; hasta el bote había desaparecido; mas como era posible que estuviesen escondidos, no me aventuré a adelantarme demasiado. Entonces dirigí la mirada al mar, y con gran sorpresa vi a la goleta navegando muy lejos. Esto me arrancó un grito jubiloso. Mi primer impulso fue volver a la caverna a comunicar a mis amigos la grata noticia, pero me contuve y corrí a lo alto del acantilado para quedar seguro de que el barco que veía era efectivamente la goleta pirata.

La contemplé larga y ansiosamente, y dejando escapar un profundo suspiro de satisfacción, exclamé en voz alta:

—¡Si, es ella! ¡Se marcha! ¡Esta vez se les ha escapado la presa a esos villanos!

—¡Te equivocaste, amigo! —dijo una voz gruesa a mi lado.

Y al mismo tiempo que oía estas palabras, una pesada mano me sujetó el hombro como con unas tenazas.

CAPÍTULO XXII

El sonido de aquellas palabras me hizo dar un vuelco al corazón. Cuando me volví, me encontré con un hombre de inmensa estatura y feroz aspecto, que me contemplaba con desdén. Se trataba de un blanco, es decir, era hombre de sangre europea, aunque su semblante aparecía intensamente bronceado por los elementos. Su traje era el que comúnmente usa la gente de mar, sin otra diferencia que un gorro griego y una ancha faja de rica seda a la cintura. En ella lucía dos pares de pistolas y un pesado cuchillo. Lucía una barba y bigote, que, como el cabello, eran cortos y rizosos y con algunas canas.

—¿Conque se les escapó la presa a esos villanos, joven? —dijo con sardónica sonrisa, oprimiéndome más el hombro—. Ya lo veremos. Mira allí, mocito.

Al terminar de decir esto lanzó un penetrante silbido, que fue contestado por otro a los dos segundos, y un bote pirata asomó por detrás de la punta del jardín acuático, dirigiéndose rápidamente hacia nosotros.

—Ahora enciende fuego en aquella punta, y ten en cuenta que si tratas de huir enviaré para darte alcance un mensajero rápido y seguro —y señaló significativamente a las pistolas.

Obedecí en silencio, y como tenía la lente en el bolsillo encendí en seguida una hoguera de la que se alzaba una gruesa columna de humo. A los dos minutos sonó el estampido de un cañonazo, y al alzar la cabeza vi que la goleta se dirigía nuevamente a la isla.

No cabía duda: había sido un ardid de los piratas el alejar el buque para hacernos creer que se habían marchado. Pero ya era inútil lamentarse. Estaba por completo bajo su poder, y no tuve más remedio que permanecer al lado del pirata viendo desembarcar la gente del bote en la playa. Un instante pensé tirarme desde el acantilado a la playa para meterme en el mar; pero vi que no podía realizarlo, porque ya había gente entre el agua y el sitio que yo ocupaba.

Los piratas gastaban bastantes bromas por el éxito de su estratagema al subir por las rocas, dirigiéndose hacia el que me había capturado, al cual daban el tratamiento de capitán. Se trataba de una cuadrilla de hombres feroces, con hirsutas barbas y muy mal ceño. Todos iban bien armados de cuchillos y pistolas, y sus trajes eran, con ligeras variantes, iguales al del capitán. Los fui mirando uno por uno y observé que nunca desarrugaban el ceño, aunque se riesen, y la baja y canallesca expresión de sus semblantes me convencían de que mi vida estaba pendiente de un hilo.

—¿Pero dónde están los otros cachorros? —preguntó uno de aquellos individuos, lanzando un juramento que me estremeció—. Juraría que eran tres, por lo menos.

—¿Oyes lo que dicen, cachorro? —dijo el capitán—. ¿Dónde están los otros perros?

—Si os referís a mis compañeros —declaré en voz baja—, no quiero decíroslo. La tripulación lanzó una estrepitosa carcajada al oír esta respuesta.

El capitán pirata me miró sorprendido. Luego sacó una pistola, montó el gatillo y dijo:

—Escucha, mocoso. Yo no puedo perder tiempo aquí. O me dices todo lo que sabes o te levanto la tapa de los sesos. ¿Dónde están tus compañeros?

Titubeé unos instantes, sin saber qué hacer en trance tan extremo; pero de repente se me ocurrió una idea.

—¡Villano! —Dije, esgrimiendo el puño cerrado ante su cara—. Levantarme la tapa de los sesos sería poca cosa, porque acabaría en seguida. La muerte, ahogado en el agua es más cierta y la agonía más prolongada, y sin embargo, os digo cara a cara que, aunque me tiraseis al mar desde aquel acantilado no os diría donde están mis compañeros. ¡Si dudáis, haced la prueba!

El capitán se puso lívido de ira al escuchar mis palabras.

—¿Dices eso? —exclamó lanzado un feroz juramento—. Aquí, muchachos. Cogédmele por las piernas y alzáadlo, ¡vivo!

Los piratas, a quienes tenía mudos de sorpresa mi audacia, me cogieron y me llevaron hacia el acantilado. Yo me congratulaba del éxito de mi estratagema, porque sabía que una vez en el agua estaba seguro y podía reunirme con Jack y Peterkin en la caverna.

Pero mis esperanzas quedaron derrocadas bruscamente al gritar el capitán:

—¡Teneos, muchachos, teneos! Vamos a hacerle probar las cuerdas de los dedos antes de arrojarlo a los tiburones. Llévadle al bote. ¡Pronto! La brisa está refrescando.

Instantáneamente, los hombres me subieron a hombros, y corriendo rocas abajo llegaron al bote y me tiraron en él, dejándome atontado con la violencia del golpe.

Cuando me hube repuesto lo suficiente para incorporarme, advertí que estábamos ya fuera del arrecife de coral, al costado de la goleta, que era de pequeñas dimensiones y de forma de clíper. Apenas había tenido tiempo de observar esto, cuando uno de los hombres me dio una fuerte patada en el costado, ordenándome con tremenda voz que saltase a bordo. Levantéme precipitadamente y trepé por el costado del barco. A los pocos minutos izaban el bote y el barco se alejó lentamente de la Isla de Coral con mar contraria.

Inmediatamente después de haber subido a bordo, la tripulación se ocupó de la maniobra y de amarrar el bote, de suerte que no se preocupó de mí, dejándome tranquilo apoyado en los baluartes, junto al pasamanos, contemplando sus operaciones. Por mi parte estaba sorprendido al ver que no había sobre cubierta ningún cañón, y que el barco tenía más tipo de barco mercante rápido que de navio pirata. Era sorprendente la limpieza que reinaba a bordo. Los postes metálicos de la bitácora del timón, así como el cobre de las cabillas, tenían tan reluciente pulimento como si acabasen de salir de la fundición. La madera de los puentes estaba blanquísima y tersa. Los mástiles estaban raspados y barnizados, excepto en las crucetas y gavia, que estaban pintadas de negro. En una palabra, no había nada inútil ni feo a bordo, acaso más que un bote que yacía en el puente con la quilla al sol, entre

el palo mayor y el trinquete. Parecía sumamente grande para la goleta, pero cuando vi que la tripulación ascendía a treinta o cuarenta hombres, deduje que aquel bote lo llevaban de reserva para el caso de que la tripulación tuviera que abandonar la goleta por cualquier accidente.

Como he dicho antes, el traje de los tripulantes era semejante al del capitán, pero en el cubrecabezas no sólo se diferenciaban de él, sino también unos de otros, pues mientras unos empleaban el sombrero de paja ordinario en el servicio mercante, otros usaban gorras de paño o gorras rojas de punto. Observé que habían guardado todos sus armas. Sólo el capitán conservaba su cuchillo y una pistola en la faja. Aunque el capitán era el hombre más alto y más fornido de todos los de a bordo, no sobrepujaba gran cosa a su gente en este respecto; la única diferencia que podía haber notado un observador ordinario era cierto fondo de franco candor, cierta rectitud intrépida en la feroz expresión de su semblante, que le hacía menos repulsivo que sus ceñudos subordinados, pero que en modo alguno inducía a tomarle por un héroe. Este rasgo era, sin embargo, el indicio del espíritu que le daba la preeminencia entre la tripulación de canallas valentones que le llamaban capitán. Era un villano como un león, totalmente desprovisto de miedo personal, y por completo indiferente a las consecuencias, pero que infundía terror para sus hombres, que, individualmente, le odiaban, pero que unidos comprendían que era una ventaja tenerle por cabeza.

Pero mis pensamientos se volvieron en seguida hacia los queridos compañeros que había dejado en tierra, y dirigiendo la vista a la Isla de Coral, que estaba ya bastante lejos a sotavento, lancé un profundo suspiro y por mis mejillas rodaron lentamente las lágrimas al pensar que no volvería a verlos jamás.

—¿Estás haciendo puchereros ahora, mozo terco? —preguntó la gruesa voz del capitán, que se acercó y me pegó una Bofetada que por poco me tira al suelo—. No permito esas debilidades a bordo de este buque. Si no te pones un tapón en los ojos, te daré algo para que no llores.

Enrojecí de indignación ante aquel tratamiento bestial y cruel; pero dándome cuenta de que si daba rienda suelta a mi ira, sólo conseguiría empeorar las cosas, saqué el pañuelo y me sequé los ojos sin contestar nada.

—Creí que eras de mejor material —continuó diciendo airadamente el capitán—. Prefería tener a bordo un perro de presa rabioso, que un perrillo llorón. Pero yo te curaré o te daré a los tiburones dentro de poco. Ahora, vete abajo, y estate allí hasta que te llame.

Al echar a andar para obedecer la orden, toparon mis ojos con una barrica pequeña que había al pie del palo mayor, en la que se leía, escrita con lápiz, esta palabra: «Pólvora», e inmediatamente se me ocurrió que, yendo como íbamos contra el viento, cualquier cosa que flotase en el mar sería arrastrada hasta el arrecife que bordeaba la Isla de Coral. También recordé, porque la imaginación es más rápida que el rayo, que mis compañeros tenían una pistola, y sin titubear un instante levanté en alto la barrica y la arrojé al mar. El capitán y algunos hombres que presenciaron mi

acto lanzaron un grito de sorpresa.

Él capitán se acercó a mí en dos zancadas, lanzando espantosas imprecaciones y con la mano levantada para pegarme.

—¿Qué has hecho, muchacho? —gritó.

—Si bajáis la mano —repliqué con voz fuerte, sintiendo agolpárseme la sangre en las sienes—, os lo diré. Mientras tanto permaneceré mudo.

El capitán retrocedió y me miró con asombro.

—He arrojado la barrica al mar —continué— para que el viento y las olas se la lleven a mis amigos de la Isla de Coral, que tienen una pistola, pero carecen de pólvora. Espero que les llegará pronto, y lo único que siento es que la barrica no sea más grande. Además, señor pirata, acabáis de decir que creíais que era yo de mejor material... Eso es una cosa que jamás me he detenido a pensar; pero estoy seguro de que soy de un material que nunca se dejaría dominar por vos, por mucho que hagáis.

Con gran sorpresa mía, en vez de montar en cólera el capitán se sonrió, y metiendo la mano en la voluminosa faja que rodeaba su cintura dio media vuelta y se dirigió a popa, mientras yo bajaba a la cámara de marinería.

Allí, en vez de ser tratado con rudeza, como esperaba, los marineros me recibieron riéndose con gran algazara, y uno de ellos, dándome palmadas en la espalda, me dijo:

—¡Muy bien, muchacho! Eres un valiente y llegarás a ser algo. Bill el Sanguinario, aquél que ves allí, era como tú, y es ahora el mejor cortacabezas de todos nosotros.

—Bébetes un jarro de cerveza, chico —dijo otro—, y humedécete el gaznate después del discurso que has echado al capitán. Si alguno de nosotros llega a hacer lo que tú has hecho, no tendría a estas horas gaznate que remojar.

—Cierra la espita, John —vociferó un tercero—. Dale al chico un trozo de carne; ¿no ves que se va a desmayar?

—No es extraño —dijo el que había hablado primeramente, lanzando un juramento—; no es extraño después del trastazo que le diste en el bote. Si te lo dan a ti, te desnucas.

Realmente me sentía algo mareado, sin duda por los continuados esfuerzos, el mal trato y el hambre, porque se recordará que aquella mañana había salido de la caverna antes de almorzar, y ya era cerca de mediodía. Por eso acepté gustoso un plato de cerdo cocido y un ñame que me fueron ofrecidos por uno de los individuos que estaban sentados conmigo. Pero debo agregar que el gusto con que ingerí la comida lo mermaron mucho los juramentos y el terrible lenguaje que brotaba de los labios de aquellos hombres descreídos, aun en medio de la hilaridad y del buen humor. El individuo aludido por el nombre de Bill en Sanguinario estaba sentado cerca de mí, y no pudo menos de chocarme el malhumorado silencio que conservaba entre sus camaradas. Respondía a sus preguntas como si no le interesasen y no decía nada espontáneamente. La única diferencia entre él y los otros era su taciturnidad y su

tamaño, pues era casi tan grandón, si no igual, como el capitán.

El resto de la tarde me dejaron entregado a mis reflexiones, que no tenían nada de agradables, porque no podía apartar de mi imaginación la amenaza del tormento de las cuerdas en los dedos, de cuya naturaleza y uso tenía un vago pero temible concepto. Estaba todavía meditando acerca de mi triste sino, cuando, al acabar de anochecer, llamó por la escotilla uno de los que estaban de cuarto en el puente.

—¡A ver, uno que encienda la lámpara de la cámara, y que lleve a ese chico a popa a ver al capitán!

—¿Has oído, muchacho? El capitán te necesita. Anda ligero —dijo Bill el Sanguinario, levantando su enorme cuerpo del banco donde había estado durmiendo lo menos dos horas.

Dirigióse a la escalera, y yo le seguí para encaminarme a popa, donde uno de los marineros me pasó a la cámara y se retiró, cerrando la puerta.

Una pequeña lámpara de plata, que colgaba de una viga, proyectaba una luz suave en la cámara, que era pequeña y estaba cómoda, pero escasamente amueblada. Sentado en una silla plegable, ante una mesa, y muy entretenido examinando una carta del Pacífico, estaba el capitán, el cual alzó la vista al sentirme entrar, y con voz tranquila me mandó sentarme.

En seguida dejó el lápiz y fue a tenderse en un diván del otro extremo de la cámara.

—¿Cómo te llamas, muchacho? —me preguntó, mirándome cara a cara.

—Ralph Rover —contesté.

—¿De dónde eres y cómo llegaste a esa isla? ¿Cuántos compañeros tenías? Contéstame, y ten mucho cuidado de no decir mentiras.

—Yo no miento jamás —dije con firmeza.

El capitán acogió esta respuesta con fría y sarcástica sonrisa, y me mandó responderle a sus preguntas.

Entonces le conté mi historia y la de mis compañeros desde que nos hicimos a la vela hasta el día de su visita a las islas, teniendo cuidado de callarme lo relativo a la Caverna de Diamante.

Cuando hube concluido se quedó silencioso unos minutos, y al fin alzó la cabeza y dijo:

—Te creo, muchacho.

Sus palabras me sorprendieron porque no podía imaginarme que no me creyese. Sin embargo, no dije nada.

—¿Conque crees que este barco es pirata —continuó el capitán—. ¿Por qué lo crees?

—La bandera negra me indicó con quiénes tenía que habérmelas —repuse—, y si me faltase alguna prueba, tengo la de vuestros brutales tratos.

El capitán arrugó el ceño al oírme, pero dominándose al final, contesto:

—Eres demasiado atrevido, muchacho. Reconozco que te hemos tratado mal;

pero ha sido porque nos obligabas a perder tiempo y nos perjudicabas. En cuanto a la bandera negra no es más que una broma que suele gastar mi tripulación algunas veces para asustar a la gente. Es una broma inocente, y no hace daño a nadie. Yo no soy pirata, amigo; no soy sino un honrado capitán mercante, algo rudo, lo reconozco, pero no puede evitarse en estos mares donde hay tantos piratas en el agua y tantos asesinos en la tierra. Trafico en madera de sándalo con las islas Fiyi, y si quieres portarte bien y ser un buen muchacho, te llevaré conmigo y te daré una buena participación de las ganancias. Necesito un chico honrado como tú para que cuide de la cámara y de la barquilla de la corredera y vigile algunas veces la carga y descarga en la costa. ¿Qué dices, Ralph? ¿Te gustaría ser comerciante de sándalo?

Me quedé muy sorprendido por esta explicación y bastante satisfecho de saber que el barco no era pirata; pero en vez de contestar a su pregunta, le repliqué:

—Si es como decís, ¿por qué me sacasteis de mi isla y, en último caso, por qué no me lleváis de nuevo a ella?

El capitán replicó sonriendo:

—Te cogí con la rabia del momento, y me duele. Sería capaz de volver a dejarte en ella; pero ya estamos demasiado lejos. Mira, está aquí —agregó, poniendo un dedo en la carta—, y nosotros nos hallamos ahora aquí, a cincuenta millas lo menos. No sería justo hacer volver a la tripulación porque está interesada en el flete.

Como no podía oponer nada a esto, después de haber hablado un poco más, consentí en pertenecer a la tripulación, siquiera hasta que llegásemos a alguna isla civilizada donde pudiera desembarcar. El capitán aceptó la proposición, y luego de darle las gracias por su promesa, salí de la cámara al puente en un estado que hubiese debido ser más alegre, y que sin saber por qué continuaba siendo de inquietud y pesar.

CAPÍTULO XXIII

Me hallaba en el alcázar de la goleta contemplando cómo jugaban una bandada de puercos marinos que iban nadando alrededor nuestro. Habían pasado tres semanas desde la conversación narrada en el capítulo precedente.

Había calma chicha. Era uno de esos días serenos, cálidos, sofocantes, tan comunes en el Pacífico, en que se diría que la Naturaleza se ha dormido y la única cosa en el aire o en el agua que prueba que está viva es la larga y continuada ondulación de la marea. Ni una sola nube flotaba en el espacio azul intenso; ni una onda rompía el azul reflejado abajo. El sol lucía, ardoroso, en el firmamento, y en el regazo del agua lucía otra bola de fuego de potencia casi igual. Tan intensamente sereno estaba el mar, tan transparente la superficie de las profundidades, que si no hubiera sido por la ondulación antes mencionada, hubiéramos podido decir que el universo que nos rodeaba era una enorme bola líquida azul, y nuestro buque, el único punto material, solitario, de toda la creación, flotando en ella.

A nuestros oídos no llegaba ningún ruido más que el suave resoplido de algún puerco marino, el lento crujido de los mástiles al balancearse suavemente, a impulsos del agua y, de vez en cuando, los golpes de las colgantes velas. La proa y la popa estaban cubiertas por un toldo, bajo el cual descansaban, con somnolienta indolencia, arrumados por el excesivo calor, los hombres de guardia. Bill el Sanguinario, como amigablemente le llamaban todos, estaba en el timón, mas en aquellos momentos era nula su ocupación y mataba el tiempo mirando alternativamente, con soñadora abstracción, la brújula de la bitácora y dándose paseos hasta la borda para escupir en el mar. En uno de esos paseos llegó cerca de mí, e inclinándose sobre la borda, contempló larga y seriamente la inmensidad azul.

Aunque este hombre se encontrase siempre taciturno y muchas veces de mal humor, era el único ser humano a bordo con quien sentía yo algún deseo de tratarme. Los demás hombres, al ver que no deseaba su compañía, y sabiendo que era un protegido del capitán, me trataban con igual indiferencia. Cierto es que Bill el Sanguinario hacía lo mismo, pero era su conducta con todos, y por lo tanto no constituía yo una excepción. Una o dos veces traté de trabar conversación, pero siempre me dejó con la palabra en la boca, tras de unos pocos monosílabos.

Al apoyarse en la borda, junto a mí, le dije:

—¿Por qué andáis siempre tan taciturno? ¿A qué se debe el que no habléis con nadie?

Bill se sonrió ligeramente al contestar.

—Será porque no tengo nada que decir.

—Es extraño —murmuré—; parecéis hombre que piensa, y los que piensan suelen hablar.

—Claro que sí —repuso Bill algo secamente—, y yo también hablaría si se me antojase; pero ¿de qué sirve hablar aquí? Esta gente no abre la boca más que para

jurar o maldecir, y parece que es lo que les gusta; pero a mí no me gusta, y por eso callo.

—Es verdad, Bill, y por mi parte prefiero no oíros hablar si habéis de hablar como los demás. Pero yo no blasfemo, Bill, y creo por eso que podríais charlar conmigo algunas veces.

Bill me miró con sorpresa y me pareció observar una expresión triste en su atezado semblante.

—¿Dónde te has acostumbrado a las conversaciones amistosas? —dijo Bill, volviendo a clavar la vista en el mar—. En la Isla de Coral no habrá sido, ¿verdad?

—Sí, allí ha sido —dije con energía—. He pasado muchos de los más felices meses de mi vida en esa Isla de Coral.

Y sin esperar que me interrogase, me engolfé en un vivo relato de lo bien que habíamos vivido, Jack, Peterkin y yo, relatando hasta la circunstancia más mínima de nuestra estancia en la isla.

—¡Ay, muchacho, muchacho! ¡Este no es sitio para ti! —dijo Bill con una voz tan profunda que me sorprendió.

—Tenéis razón —repuse—. Soy de poca utilidad a bordo y no me gustan mis compañeros, pero no puedo remediarlo; sólo puedo esperar verme libre pronto.

—¿Libre? —dijo Bill, mirándome con sorpresa.

—Sí, libre —repuse—. El capitán me ha dicho que me dejaría en tierra cuando rindamos este viaje.

¡Este viaje! Oye, muchacho —dijo Bill, bajando la voz—, ¿qué te dijo el capitán el día en que llegaste a bordo?

—Dijo que no era pirata, que traficaba en madera de sándalo y que si me unía con él en este viaje, me daría una participación en las ganancias o me dejaría en alguna isla civilizada, si lo prefería.

Bill contrajo salvajemente el entrecejo al murmurar:

—Dijo la verdad cuando dijo que traficaba en sándalo, pero mintió cuando...

—¡Vela a la vista! —gritó el vigía del tope del mástil.

—¿Por dónde? —voceó Bill, saltando al timón, mientras que los hombres, sorprendidos, se levantaban y miraban al horizonte.

—¡A estribor! —respondió el vigía.

En aquel momento salió al puente el capitán, y subiéndose al aparejo, miró la vela con la lente. Después recorrió con la vista el horizonte, clavándola en un punto determinado.

—¡Aferra las gavias! —grito el capitán, descendiendo al puente por el estay mayor de popa.

—¡Aferra las gavias! —rugió el primer oficial.

—¡Va, va! —Respondieron los hombres, saltando al aparejo y trepando por él como gatos.

Al momento, fue todo actividad a bordo de la tranquila goleta. Las gavias fueron

aferradas y replegadas, los hombres permanecieron en guardia con los escotines y las drizas, y el capitán observó con ansiedad la brisa que corría hacia nosotros como una sábana de color azul oscuro. En pocos segundos nos alcanzó. La goleta tembló como sorprendida por el brusco choque, y cabeceó; después, inclinándose graciosamente al viento, como si reconociese que estaba sujeta a él, cortó las olas con la aguda proa como un delfín, en tanto Bill dirigía su derrotero hacia la vela extraña.

En media hora nos acercamos lo suficiente para distinguir que era una goleta, y por el tosco aspecto de sus mástiles y velas, calculamos que era mercante. Evidentemente, no le gustó nuestro aspecto porque en cuanto la alcanzó la brisa, desplegó las velas y nos volvió la popa. Como la brisa se había moderado, volvieron a desplegarse las gavias y pronto se vio que, a pesar del proverbio que dice «Una caza por popa es una caza larga», doblamos en velocidad al buque perseguido, y muy pronto le alcanzaríamos. Cuando estuvimos a una milla izamos el pabellón inglés, pero como no recibiésemos contestación, el capitán ordenó que se hiciera fuego. En un momento, y con gran sorpresa mía, fue quitada una gran parte de la cubierta del centro del buque, y allí quedó al descubierto un inmenso cañón de bronce, que estaba montado sobre una plataforma giratoria que se elevaba a máquina. La pieza fue cargada y disparada rápidamente. El pesado proyectil choco en la superficie del agua pocos metros más allá de la proa del buque perseguido, y rebotando, fue a hundirse en el mar, a una milla más lejos. Esto produjo el deseado efecto. El barco recogió las velas y se detuvo a un centenar de metros de nosotros.

—¡Arriar el bote! —gritó el capitán.

En un segundo, el bote fue echado al agua y ocupado por parte de la tripulación, armados todos con cuchillos y pistolas. Al pasar el capitán por mi lado para trasbordar, me dijo:

—Salta a los bancos de popa, que te necesito, Ralph.

Obedecí, y a los diez minutos estábamos en el puente del buque desconocido, quedándonos muy sorprendidos de lo que vieron nuestros ojos. En vez de una tripulación de marineros de los que estábamos acostumbrados a ver, no encontramos más que quince negros en el alcázar, mirándonos con visible alarma. Estaban totalmente desarmados y la mayoría, desnudos; sólo uno o dos llevaban algunas prendas europeas. Uno llevaba unos pantalones que le estaban muy grandes y le daban un aspecto muy cómico, y otro, además del escaso paño indígena alrededor de las caderas, llevaba un sombrero de castor negro. Pero el más estrafalario personaje de todos era uno que parecía el jefe, alto, de edad regular y de expresión dulce, que vestía camisa blanca, frac y sombrero de paja, pero las piernas, negras y musculosas, estaban desnudas desde las rodillas para abajo.

—¿Dónde está el comandante de este barco? —preguntó nuestro capitán, dirigiéndose a este individuo.

—Yo soy el capitán —respondió, quitándose el sombrero de paja y haciendo una profunda reverencia.

—¿Vos? —replicó nuestro capitán, sorprendido—. ¿De dónde venís y adónde pensáis dirigiros? ¿Qué cargamento lleváis a bordo?

—Venimos de Aitutaki y vamos a Raratonga —respondió el del frac—. Es un buque misionero indígena, llamado el *Rama de olivo*, y nuestro cargamento son dos toneladas de cocos, sesenta cerdos, veinte gatos y la Biblia.

Esta declaración fue acogida por nuestra tripulación con una risotada, interrumpida enérgicamente por el capitán, cuya expresión se tornó bruscamente de severa en urbana al avanzar hacia el misionero y estrecharle efusivamente la mano.

—Me alegro de ver que sois mercantes; os deseo grandes éxitos en vuestra labor de misionero. Tened la bondad de llevarme a vuestro camarote, porque quiero hablaros privadamente.

El misionero le cogió inmediatamente de la mano, y, al retirarse con él, le oí decir:

—Me alegro de ver que sois mercantes; os habíamos tomado por piratas. Teníais toda la facha de ello hasta el tope de los mástiles.

No oí ni supe jamás lo que hablaron los dos capitanes; sólo puedo decir que salieron al cabo de un cuarto de hora, que se despidieron cordialmente, y que regresamos a la goleta, la cual fue puesta al viento y en pocos minutos dejamos muy atrás al *Rama de Olivo*.

Aquella tarde, estando cenando bajo cubierta, oí a los marineros hablar de este curioso barco.

—No me explico por qué se ha mostrado el capitán tan amable con ese tío de frac de cola de golondrina, que lleva un cargamento de cerdos y biblias —dijo uno—. Si hubiese sido un mercante ordinario, le habría requisado cuantos cerdos le hubiese dado la gana, y después hubiera enviado al fondo del mar el barco con todo lo que en él quedase.

—Bien se ve que eres nuevo en estos mares cuando dices eso —replicó otro—. El capitán se ocupa de las Biblias tanto como tú, que no te ocupas nada, pero sabe, como lo sabe todo el mundo, que los únicos sitios de estas islas del Sur donde puede atracar un buque y proporcionarse lo que necesita es donde se ha predicado el Evangelio. Hay centenares de islas en este bendito momento donde puedes desembarcar lo mismo que si te metieses en la boca de un tiburón, como no te acompañen treinta camaradas armados hasta los clientes para guardarte las espaldas.

—Sí —dijo otro individuo con una profunda cicatriz en la ceja derecha—. Charlie es nuevo en este trabajo, pero si el capitán nos lleva por un cargamento de madera de sándalo a las Fiyi, probará lo que es esta gente en su condición indígena. Por mi parte, no sé ni me importa lo que hace el Evangelio; sólo sé que cuando lo tienen en una isla, se puede comerciar y todo va como una seda, pero si no lo tienen, ni el propio Belcebú los quiere por compañía.

—En eso debes de ser buen juez —exclamó otro, riéndose—, porque toda tu vida has estado en la peor compañía posible.

—¡Ralph Rover! —gritó una voz por la escotilla—. El capitán te llama a popa.

Brincando por la escalera, me dirigí a la cámara, pensando en el extraño testimonio de aquellos hombres sobre los efectos del Evangelio en las naturalezas salvajes, testimonio que no ofrecía dudas sobre su autenticidad, por ser en absoluto desinteresado.

Al volver al puente, después de haber hecho lo que el capitán me mandó, encontré a Bill el Sanguinario en el timón y, como estábamos solos, traté de entablar conversación, y después de repetir lo que había hablado la marinería en el castillo de proa acerca de los misioneros, dije:

—Decidme, Bill, ¿se dedica realmente esta goleta al tráfico de madera de sándalo?

—Sí, Ralph, a eso se dedica, mas no por eso deja de ser pirata. La bandera negra que viste izada no era una broma.

—Pues entonces, ¿cómo afirmáis que es goleta mercante?

—Porque trafica cuando no puede robar, pero roba siempre que puede, con preferencia —y añadió, bajando la voz—: si hubieras visto las sangrientas hazañas que he presenciado yo en estos puentes, no tendrías necesidad de preguntarme si somos piratas. Pero no tardarás en verlo. En cuanto a los misioneros, el capitán los favorece porque le son útiles. Los isleños del mar del Sur son verdaderos demonios con figura humana y, por lo tanto, conviene que los domen los misioneros, que son los únicos que pueden hacerlo.

Nuestro derrotero conducía por entre grupos de islitas, en cuyas inmediaciones nos veíamos algunas veces parados por la calma chicha, y entonces la vigilancia en el puente y en el palo mayor era más escrupulosa que de ordinario, porque no sólo corríamos peligro de ser atacados por los indígenas, que según deduje de varias cosas que dijo el capitán, eran extraordinariamente sanguinarios y astutos en aquel archipiélago, sino también por el riesgo que ofrecía la multitud de arrecifes de coral que se alzaban en los canales que separaban las islas. En algunos puntos, tales arrecifes llegaban hasta la superficie, y en otros quedaban a pocos palmos bajo ella. Las precauciones contra los salvajes eran necesarias, como tuve ocasión de ver.

Un día que estábamos detenidos por la calma entre un grupo de islas, que en su mayoría parecían desiertas, necesitamos agua dulce, y el capitán envió un bote a tierra para traer un par de barriles. Pero nos habíamos engañado al suponer que no había indígenas, pues apenas nos acercamos a la orilla, salió del bosque una banda de negros desnudos y se reunió en la playa blandiendo garrotes y lanzas del modo más amenazador. Nuestros hombres iban bien armados, pero se abstuvieron de dar muestras de hostilidad y se acercaron más con ánimo de conversar con los indígenas. Entonces vi que más de uno de los tripulantes sabían hablar, aunque imperfectamente, los dialectos del lenguaje peculiar de los isleños del mar del Sur. Cuando estuvimos a cuarenta metros de la costa dejamos de remar, y el primer contraamaestre se levantó para dirigir la palabra a la multitud, pero los negros, en vez de contestarnos, nos

arrojaron una lluvia de piedras, hiriendo gravemente a varios marineros. Instantáneamente amartillamos los mosquetes, y ya íbamos a hacer una descarga cuando el capitán nos llamó con voz potente desde la goleta, que estaba a quinientos o setecientos metros de distancia.

—¡No hagáis fuego! —gritó airadamente—. Dirigios hacia aquella punta de tierra.

Los marineros se quedaron sorprendidos de la orden y empezaron a soltar maldiciones, aunque disponiéndose a obedecer, porque estaban furiosos y querían vengarse de los salvajes, tanto, que tres o cuatro marineros titubearon, como dispuestos a amotinarse.

—No os enfadéis, muchachos —dijo el contraemaestre—. Obedeced la orden. El capitán no es hombre capaz de aguantar insultos. Si no habla el amigo *Tom el Largo*, me entrego a los tiburones.

Los hombres se rieron significativamente al apartarse de la costa, que estaba ocupada por una densa masa de salvajes en número de quinientos o seiscientos. No nos habíamos apartado doscientos metros de la orilla cuando retumbó un estampido en el mar y el cañón de bronce envió un chaparrón de metralla al centro de la viviente masa, en la cual abrió ancha brecha, mientras que los únicos sobrevivientes huían al bosque lanzando unos alaridos como no los he oído jamás. Entre los montones de muertos que aparecían en la arena, veíanse formas mutiladas retorciéndose en las ansias de la agonía, y de vez en cuando se alzaban entre la masa algún negro convulso y trataba de huir, pero caía a los pocos pasos.

Se me heló la sangre al presenciar esta espantosa carnicería, pero tuve tiempo para pensar, porque sonó otra vez el vozarrón del capitán, gritando:

—Remad hacia la orilla, muchachos, y llenad los barriles.

Los hombres obedecían en silencio, como si hasta sus crueles corazones se resintiesen de la bárbara matanza. Al llegar a la boca del riachuelo donde pensábamos tomar el agua, lo encontramos lleno de sangre, porque muchos de los asesinados se hallaban a orillas de la comente, un poco más arriba de su desembocadura, y habían caído al agua. Preso entre dos rocas vimos un cadáver que había sido arrastrado por la corriente y que parecía mirarnos con sus abiertos ojos desde la ensangrentada corriente. Nadie se atrevió ya a impedirnos el desembarco, y llevamos los barriles a un menudo lago situado más arriba del punto donde se había realizado la matanza, regresando luego a bordo. Por fortuna, no tardó en levantarse una brisa que nos alejó del lugar de espanto, si bien no podía apartar de mi memoria lo que había visto.

Mientras miraba con horror el capitán que, con plácido gesto de indiferencia se apoyaba en la borda, fumando un cigarro y contemplando las verdes y fértiles islitas que pasaban como un paisaje precioso ante nuestros ojos, pensé: este es el hombre que favorece a los misioneros porque le son útiles y saben civilizar a los indígenas mejor que nadie.

Y pensé también si le sería posible a un misionero civilizar al capitán.

CAPÍTULO XXIV

No recuperé mi normal espíritu hasta muchos días después de ocurridos los sucesos que acabo de narrar. Por mucho tiempo no pude apartar de mí la sensación de que todo aquello era sólo una pesadilla espantosa. La presencia del capitán me horrorizaba de tal manera, que trataba de permanecer alejado de él todo lo que me permitían mis obligaciones en la cámara. Afortunadamente, me hacía tan poco caso que no observó mi cambio de sentimientos hacia él, pues seguramente, en ese caso, me hubiera ido peor.

Estaba resuelto a escaparme en la primera isla que desembarcásemos y ofrecerme a la hospitalidad de los indígenas antes que permanecer una hora más de lo que pudiese a bordo del barco pirata. Medité mucho el asunto, y al fin resolví comunicar mis intenciones a Bill, pues en el curso de diversas conversaciones que habíamos tenido últimamente, me convencí de que también él deseaba escaparse cuando fuera posible.

Al enterarse de mi propósito, movió la cabeza y dijo:

—No, no, Ralph, no debes pensar en escaparte aquí. Tal vez en alguno de los grupos de islas pudieras hallar la seguridad y la tranquilidad, pero escaparse en esta región sería meterse en la boca del lobo.

—¿No me recibirían los indígenas? —pregunté.

—¡Ya lo creo que te recibirían! ¡Y te comerían también!

—¿Comerme? —exclamé sorprendido—. Yo creía que los isleños del mar del Sur no se comían más que a sus enemigos.

—¡Bah! —exclamó Bill—. Esa idea te la han inculcado tus bondadosos amigos de Inglaterra. Siempre hay gente de corazón tierno que no quieren enterarse de cosas desagradables, porque hieren sus sentimientos, porque les horrorizan, como ellos dicen, y en cuanto se les cuenta algo espantoso, se tapan los oídos, diciendo: «¡Oh, eso es horrible! ¡No puedo creerlo!». Y dicen la verdad. No pueden creerlo porque no desean creerlo. Hay millares de personas en Europa tan aficionadas a no creer, que se figuran que los negros de por acá lo más que hacen es zamparse un enemigo de vez en cuando, pero tengo la certeza, como la tienen muchos capitanes ingleses y americanos, de que los isleños de Fiyi no solamente se comen a sus enemigos, sino unos a otros, y no lo hacen por odio ni mala voluntad, sino por gusto. Es un hecho que prefieren la carne humana a las demás. Pero no les gusta la carne de blanco tanto como la de negro. Dicen que les sienta mal.

—Pues entonces, Bill, ¿cómo afirmáis que me comerían si me atrapasen?

—Lo he dicho y creo que lo harían. Solamente les he oído decir que no les gusta la carne de blanco tanto como la de negro, pero si tienen hambre no le hacen ascos. De todas suertes, tengo la seguridad de que te matarían. Ten en cuenta, Ralph, que he visto muchas cosas aquí, y que he visitado no pocos grupos de islas, muchas veces como traficante. ¡Y buenos son los traficantes! ¡Tan malos como los piratas, te lo

aseguro! Un capitán mercante que tuve no era una chispa mejor que el que tenemos ahora. Un día estaba comerciando con un jefe amigo que había venido a bordo a nado con los géneros encima de la cabeza, porque esta gente nada como las nutrias. El jefe no deseaba dar ciertas cosas que traía, porque no le convenía el precio o por lo que fuese, el caso es que al fin cerró el trato, se dieron la mano y el jefe se tiró al agua para regresar a nado a la costa; pero apenas había nadado cuarenta varas, el capitán se echó a la cara el mosquete y lo mató de un tiro. En seguida levó ancla y zarpamos, y según íbamos costeando, tumbó a seis negros con su arma, diciendo que quería estropear los negocios a los traficantes que vinieran después. Pero, como iba diciendo, conozco muy bien las costumbres de estos salvajes. Una de las leyes del país es que todo náufrago que sea arrojado a la costa, muerto o vivo, hay que comérselo asado. Una goleta mercante pequeña naufragó en una de estas islas, estando nosotros refugiados en ella durante una tempestad. De su tripulación sólo se salvaron tres hombres que pudieron llegar a nado a tierra, y en cuanto lo hicieron los capturaron los indígenas y se los llevaron a los bosques. Nosotros sabíamos muy bien cuál había de ser su suerte, pero no podíamos evitarlo, porque nuestra tripulación no era muy numerosa, y si hubiésemos saltado a tierra nos habrían matado. No volvimos a ver aquellos tres hombres, pero oímos gritos espantosos y ruido de baile y jaleo durante toda la noche, y uno de los indígenas que vino a bordo al día siguiente para conversar con nosotros, nos dijo que los *cerdos largos*, como ellos llaman a los hombres, habían sido asados y comidos, y con sus huesos iban a hacer agujas para coser velas. También nos dijo que los blancos no sabían bien y que se habían puesto malos casi todos los que los habían comido.

Me llenó de repugnancia y gran desaliento el terrible relato y ¡pregunté a Bill qué me aconsejaba que hiciera. Entonces recorrió el puente con la vista para convencerse de que no había nadie que pudiera oírle y, bajando la voz, dijo:

—Hay dos o tres maneras de escaparnos, Ralph. Si el capitán fondease en alguna de las islas próximas a Tahití, podríamos escapar bien, porque todos los indígenas son cristianos, y es sabido que cuando los indígenas abrazan el cristianismo abandonan sus costumbres caníbales y se puede uno fiar de ellos. Yo jamás me he preocupado del cristianismo —continuó en voz de soliloquio—, y no sé bien qué significa, pero por ciego que se esté, no hay más remedio que ver lo que hacen de esas criaturas negras. El capitán anda siempre con ojo avizor cuando vamos a esas islas, porque medio sospecha que hay aquí uno o dos individuos cansados de su compañía. También podemos echar al agua el bote una noche serena, cuando estemos de guardia en el puente y ponemos en franquía antes de que noten nuestra ausencia. Pero nos arriesgamos a ser atrapados por los negros. Por eso no me gusta este plan. Pero ya pensaré el asunto y veré qué puede hacerse. En fin, ya es hora de que me releven, y me voy abajo.

Bill me dio las buenas noches y le relevó, ocupando su puesto en el timón, otro compañero; pero como yo no tenía ganas de entablar conversación con él, me marché

a popa y, asomado a la borda, me puse a contemplar las ondas fosforescentes que se agitaban alrededor del timón y que formaban como una llama de luz azul en la estela del barco.

Mis pensamientos eran muy tristes, y apenas podía contener el llanto, comparando mi situación presente con el tiempo pacífico y dichoso que había pasado en la Isla de Coral, al lado de mis queridos compañeros. Al acordarme de Jack y de Peterkin, cruzaban por mi imaginación angustiosos pensamientos y me preguntaba a mí mismo la pena y el desaliento con que habrían registrado hasta el último rincón de la isla, tratando en vano de encontrar mi cadáver, porque estaba seguro de que al no ver rastro del bote ni de la goleta pirata al salir de la gruta para buscarme, podían haberse imaginado el secuestro. También me daba que pensar cómo se las había arreglado Jack para sacar de la gruta a Peterkin sin mi ayuda, y temblaba al pensar si le habrían faltado los ánimos y habría empezado a patear cuando estuvieran en el túnel. Estos pensamientos fueron interrumpidos y dispersados bruscamente por un alegre resplandor rojo que iluminó el horizonte por la parte del Sur y tiñó de carmín la superficie del mar. Esta aparición vino acompañada de un sordo rumor como el del trueno lejano, y al mismo tiempo el firmamento, por encima de nosotros, se puso negro y empezó a soplar un viento cálido en ráfagas bruscas.

La tripulación se reunió en seguida en el puente, creyendo casi todos que se avecinaba un espantoso huracán, pero el capitán, que también salió al puente, les explicó el fenómeno, diciendo:

—No es sino un volcán. Sabía que había uno por aquí, pero creía que estaba extinguido. Subid a recoger las veías altas, porque probablemente tendremos brisa y hay que estar preparados.

Mientras hablaba comenzó a llover, pero vimos en seguida que no se trataba de agua, sino de cenizas muy frías. Como estábamos a muchas millas del volcán, debía de traerlas el viento, y como había predicho el capitán, llegó la brisa poco después, y gracias a ella nos alejamos rápidamente del volcán, pero durante gran parte de la noche no dejamos de ver al cárdeno resplandor, escuchando al propio tiempo el lejano trueno. La lluvia de cenizas persistió varias horas, tanto, que recorrimos bajo ella lo menos cuarenta millas. Cuando salimos de la nube, los puentes y todo el aparejo estaban cubiertos por una gruesa capa de ceniza. Esto me interesó mucho y recordé que Jack me había dicho que muchas islas del Pacífico eran volcanes activos o extinguidos, que toda la región era más o menos volcánica, y que algunos hombres de ciencia afirmaban que las islas del Pacífico no eran sino cumbres de montañas de un enorme continente que se hundió en el mar, bajo la influencia de la acción volcánica.

Al cabo de tres días de haber hallado el volcán, nos vimos a pocas millas a barlovento de una isla de considerable tamaño y lujurante aspecto. Se componía de dos montañas cuya altura podía calcularse en más de mil metros, separadas por un ancho valle cuyo nutrido arbolado ascendía a considerable distancia por las

vertientes. En la base de las montañas había espléndidas praderas, excepto en un sitio inmediatamente enfrente del gran valle, donde un río parecía arrastrar consigo los árboles hasta la blanca arena de la playa. Contra lo que sucedía en nuestra Isla de Coral, en ésta, las cumbres de las montañas eran agudas, de forma de aguja, y desnudas, y sus vertientes, más escabrosas y más imponentes de contorno que todas las que había visto en aquellos mares. Bill el Sanguinario estaba a mi lado cuando dimos vista a la isla.

—¡Ah! —exclamó—. Conozco muy bien esta isla. La llaman Emo.

—¿Habéis estado ya en ella? —pregunté.

—¡Ya lo creo que he estado, y muy a menudo! ¡Y también ha estado esta goleta! Es famosa por sus maderas de sándalo. Hemos tomado muchos cargamentos y los hemos pagado, porque los salvajes eran tan numerosos que no nos atrevíamos a quitárselos por fuerza. Pero nuestro capitán ha engañado tanto a los indígenas que empiezan a desconfiar. Además, la tripulación se portó malísimamente la última vez que estuvimos aquí, y no sé cómo el capitán se atreve a acercarse. Pero es un hombre que no teme a nada en el mundo.

En breve espacio, nos metimos dentro de la barrera formada por el arrecife de coral y echamos el ancla con seis brazas de agua ante la boca de una pequeña caleta cuyas orillas estaban densamente pobladas de mangles y altos y copudos árboles. La aldea principal de los indígenas estaba a media milla de este punto. Arriado el bote por orden del capitán, traspordó a él y me mandó seguirle. Los quince hombres que nos acompañaban iban bien armados, y el contramaestre quedó con orden de tener preparado a *Tom el Largo*, por si acaso.

—¡Bogad avante, muchachos! —ordenó el capitán.

Instantáneamente cayeron los remos al agua, y el bote se separó velozmente del costado de la goleta, llegando en pocos minutos a la costa. Allí, contra lo que esperábamos, fuimos recibidos con gran cordialidad por Romata, jefe principal de la isla, que nos llevó a su casa y nos ofreció esterillas para sentarnos. Al pasar, observé que los indígenas, que ascendían a dos o tres mil, estaban completamente desarmados. Después de una breve conferencia preliminar, nos sirvieron un banquete de cerdos asados y raíces, que comimos frugalmente, y en seguida nos ocupamos del negocio. El capitán hizo saber el objeto de su visita a la isla, deplorando que hubiera habido una pequeña desavenencia en la visita anterior y esperando que no se conservaría rencor por ello, realizando un negocio satisfactorio para ambas partes.

Romata afirmó que ya no se acordaba de que hubieran existido diferencias entre ellos e hizo protestas de alegría al ver de nuevo a sus amigos, asegurándoles que tendrían toda la ayuda que necesitasen para cortar y embarcar la madera. Las condiciones del negocio quedaron convenidas y nos levantamos para retirarnos. Toda esta conversación me la explicó después Bill, que entendía bastante bien aquel lenguaje.

Romata nos acompañó a bordo y dijo que había ido a visitarle otro jefe de otra

isla, al que iba a agasajar ceremoniosamente al otro día. Luego pidió que se le permitiera presentárnoslo, y, obtenido el permiso, envió su canoa a traerlo. Al mismo tiempo dio orden de traer a bordo sus dos animales predilectos, un gallo y un papagayo. Mientras la canoa fue a cumplir la orden, tuve tiempo de examinar atentamente al jefe. Era un hombre de gran estatura, miembros recios y muy bien modelados, así como el rostro. Sólo llevaba descubierto el ancho pecho y los musculosos brazos, pues aunque las vestiduras corrientes de aquella gente se reduce a la tira de tela anudada a las caderas, el jefe, en las grandes ocasiones, envolvía su persona en los voluminosos pliegues de una especie de tejido indígena hecho con la corteza de morera papirífera china. La barba y el bigote de Romata eran negros y espléndidos, y su cabeza estaba rizada en tal extensión que parecía llevaba un gran turbante, en el que se prendía un largo alfilerón de madera. Después supe que este alfilerón le servía para rascarse la cabeza, pues los dedos eran demasiado cortos para este menester, so pena de estropearse el peinado, y no era éste el peor inconveniente que la cabellera de Romata ofrecía para su propietario, porque luego tuvimos ocasión de ver que dormía con la cabeza apoyada en una almohada de madera con un hueco para poner el cuello, a fin de no despeinarse.

Al cabo de diez minutos regresó la canoa, trayendo al otro jefe, que realmente tenía un aspecto extraordinario con el rostro pintado la mitad de rojo y la mitad de amarillo, y encima varios dibujos en negro. Por lo demás, se parecía mucho a Romata, aunque no era tan vigoroso. Como este jefe no había visto nunca ningún buque como no fuera alguno de los pequeños que visitan muy de tarde en tarde aquellas remotas islas, le sorprendió mucho la limpieza y belleza de todos los accesorios de la goleta. Sobre todo, le llamó la atención un mosquete que le enseñaron, y preguntó dónde encontraban los blancos hachas bastante fuertes para cortar el árbol de que estaba hecho el cañón. Mientras se distraía con estas cosas, el otro jefe permanecía de pie hablando con el capitán y acariciando a un soberbio gallo y a su pequeño papagayo de cabeza azul, que eran los favoritos de que he hablado antes. Observé que todos los demás indígenas andaban agachados mientras se hallaban en presencia de Romata. Antes de que se retirasen nuestros huéspedes, el capitán mandó sacar el cañón de bronce y lo disparó para complacerles, aunque tengo motivos para creer que lo hizo con el propósito de demostrar la superioridad de nuestra fuerza en caso de que los indígenas abrigasen propósitos hostiles contra nosotros. Romata no había visto este cañón en las visitas anteriores, y el asombro que demostró fue realmente cómico. Deseoso de conocer bien su poder, pidió al capitán que lo disparase, y se le cargó con una granada, indicándoles a los jefes que mirasen una roca que había en el mar a dos millas de distancia. Disparóse la pieza, y en un segundo rodó en fragmentos la cúspide de la roca.

A Romata le entusiasmó tanto el éxito de este disparo, que rogó al capitán, señalando a un hombre que iba por la costa, que hiciese fuego contra él, suponiendo evidentemente que su permiso era suficiente para justificar semejante acto en el

capitán, por lo cual se quedó muy sorprendido y un poco disgustado al ver que el marino se negó a disparar contra el indígena y ordenó que se guardase el cañón.

Pero lo que más entretuvo a estos salvajes y lo que más complació al visitante de Romata, fue la bomba del barco. No se cansaba de mirarla por todos lados y sacar agua. Tanto le interesó, que no quiso regresar a tierra y mandó por su banqueta predilecta para sentarse y pasarse todo el resto del día sacando el agua del fondo del buque.

Al día siguiente fue a tierra la tripulación a cortar madera de sándalo, mientras que el capitán, con otros dos hombres, se quedó a bordo para tener preparado, por si era necesario, el cañón de bronce, el cual se colocó lo más alto posible, para que se viese bien, con la boca apuntando a la casa del jefe. Los hombres aparecían armados de todas armas, como de costumbre, y el capitán me mandó ir con ellos para ayudar al trabajo, lo cual me agrado, porque me libraba de la compañía de aquel hombre a quien no podía soportar, y me permitía ver a los indígenas. Según marchábamos en fila de a uno a través de los ricos y fragantes bosques de cocoteros, árboles del pan y otros, observé que había muchos ciruelos e higueras de los banianos, que tanto conocía por haberlos también en la Isla de Coral. Vi también grandes cantidades de raíces de taro, ñames y patatas, cultivados en cercados. Al llegar a un claro del bosque, encontramos un grupo de casas indígenas. Eran de bambú principalmente, con el tejado de grandes y gruesas hojas de pandano, pero muchas de ellas no resultaban mas que una especie de garita, con un tejadillo y tres paredes nada más, es decir, el refugio más sencillo que se puede imaginar. En estas viviendas y alrededor de ellas había grupos de indígenas, hombres, mujeres y niños que se levantaban para vemos pasar seguidos del destacamento de indígenas que el jefe había mandado para que nos escoltase.

Cosa de un kilómetro tierra adentro, encontramos el bosque de sándalo, y mientras los hombres trabajaban, subí a un monte próximo a reconocer el país.

Al mediodía llegó el jefe con varios negros, entre los cuales llevaban un cerdo asado en una fuente de madera, y ñames y patatas sobre hojas de plátanos que regaló a los hombres. Estos se sentaron a comer a la sombra de un árbol. El jefe se sentó como si fuera a comer también, pero vi con sorpresa que en vez de comer él, comía una de sus mujeres.

Pregunté la razón de esto a Bill, que se sentaba a mi lado, y me contestó:

—Creo que considera indigno de él el comer, pero me parece que no es muy exacto en este punto más que en las grandes ocasiones. Hay entre esta gente una extraña costumbre que llaman *tabú* y que llevan a punto de lanza. Si un hombre escoge un árbol particular como dios suyo, el fruto de este árbol es *tabú* para él; si lo come, tiene por seguro que lo matarán sus paisanos y se lo comerán, porque aquí, el matar a un hombre significa comérselo. ¿Ves el peinado del jefe? Pues hay una porción de barberos dedicados a cuidárselo, y es ley que todo el que toca la cabeza de un jefe vivo o el cadáver de un difunto, tiene las manos *tabú*; por eso las manos de los

barberos son *tabú*, y no osan emplearlas en nada, porque en ello les va la vida, y hay que darles de comer como si fueran niños, y, realmente, lo son.

—Es extraño, Bill. Pero fijaos —dije, señalando a un hombre cuya piel era mucho más clara que la de los indígenas en general—. He visto entre los fiyianos algunos de tez clara. Parecen de distinta raza.

—Y lo son —repuso Bill—. Estos individuos proceden de las islas de Tonga, que se hallan a bastante distancia al Este. Vienen aquí a construir sus grandes canoas de guerra, y como tardan dos y hasta cuatro años en construirlas, hay siempre alguno entre estos indígenas que parecen serpientes negras.

—A propósito, Bill —dije—, ahora que habláis de serpientes, debo deciros que me choca no haber visto ningún reptil en esta parte del mundo.

—No hay más reptiles que los negros —repuso Bill—. Si acaso se encuentra algún bicho de esos, no pasa de ser algún lagarto inofensivo. Pero si en tierra no hay animales peligrosos, en cambio, en el agua los hay de sobra. Ahora recuerdo un animal muy interesante que hay aquí. Ven y te lo enseñaré.

Diciendo esto, Bill se levantó y dejando a sus compañeros muy atareados zampando cerdo asado, me llevó al bosque. A no mucha distancia encontramos una laguna pequeña de agua estancada. Nos acompañaba un chico indígena al que Bill había hecho señas de que nos siguiera. Bill le dijo unas palabras que no entendí, y el muchacho se aproximó al borde de la laguna y dio un silbido especial. Inmediatamente el agua se agitó y asomó sobre la superficie la cabeza de una enorme anguila que se dejó tocar por el chico. El animal medía cuatro metros de largo y era grueso como el muslo de un hombre.

—¿Qué te parece ese bicho como dios? —dijo Bill, haciendo una muestra de desprecio—. Pues éste es uno de los dioses de esta gente, y se ha comido ya varias docenas de niños. Lo que no te puedo decir es cuántos se comerá todavía.

—¿Niños? —Dije con curiosidad.

—Sí, niños —replicó Bill—. La gente sensible de tu país diría: «¡Oh, imposible!», y se quedaría tan satisfecha como si con esas exclamaciones la realidad se convirtiese en mentira. Pero te aseguro, Ralph, que es un hecho cierto. Lo vi con mis propios ojos la última vez que estuve aquí, y quizá lo veas tú también si permaneces algún tiempo en este maldito lugar y tienes cuidado. No es que alimenten a este bicho ordinariamente con niños vivos, pero se los dan de vez en cuando como una golosina. ¡Largo de ahí, maldito! —exclamó Bill asqueado, dando una patada con su gruesa bota en el lomo de la anguila, haciéndola zambullirse en la sucia laguna.

Creo que fue una suerte para Bill y para todos el que el chico indígena estuviera de espaldas en aquel momento, pues de seguro que si los salvajes se hubieran enterado de lo mal que habíamos tratado a su dios, hubiéramos tenido un serio disgusto. Al retirarnos de aquel sitio dirigí nuevas preguntas a mi compañero acerca del asunto.

—¿Cómo permiten las madres semejante barbaridad?

—¿Permitirlo? ¡Si lo hacen las propias madres! Yo creo que para esta gente no hay nada demasiado cruel ni diabólico. En algunas islas existe una institución llamada el *Areoi*, cuyos adeptos están dispuestos siempre a cometer todas las maldades que pueda imaginar el nombre. No reparan en nada, y una de sus costumbres es asesinar a los niños en el momento que nacen. Las madres están conformes, y los padres lo hacen. Los sistemas suaves de asesinarlos consisten en clavarles en el cuerpo agudas astillas de bambú, estrangularlos o enterrarlos vivos y matarlos pisoteando la tierra que los cubre.

Mi corazón padecía al oír contar tales horrores.

—Pero es un hecho curioso —agregó Bill después de una pausa durante la cual anduvimos en silencio hacia el lugar donde habíamos dejado a nuestros compañeros —, es un hecho curioso el de que todas estas cosas desaparecen en cuanto llegan los misioneros. En seguida se ve a los salvajes haciendo bien a sus semejantes y cantando salmos como unos benditos.

—¡Dios bendiga a los misioneros! —exclamé, sintiendo llenarse de entusiasmo mi corazón y sin poder hablar de tan emocionado que me sentía—. ¡Que Dios los bendiga y los proteja para que lleguen a establecerse en todas las islas!

—Si supiese cómo decirlo, yo diría amén a esa oración, Ralph —exclamo Bill con profunda y triste voz—, pero sería una burla que un hombre que no se atreve a pedir la bendición para sí, la pidiese para los demás. Aún no te he contado —prosiguió—, ni la mitad de las abominaciones que he visto durante mi vida en estos mares. Si continuamos juntos, ya te contaré más cosas, y si las circunstancias no han variado mucho desde la última vez que estuve aquí, creo que tendrás ocasión de contemplar algo con tus propios ojos.

CAPÍTULO XXV

Cuando al otro día la tripulación volvió a tierra para cortar madera, yo la acompañé también. Durante la hora de la comida pude errar solo por los bosques. Aquel día no tenía ganas de comer. No había andado mucho cuando me hallé inesperadamente en la costa, luego de haber cruzado una estrecha lengua de tierra que separaba el pueblo indígena de una gran bahía. Allí descubrí a unos isleños muy atareados en la construcción de una de sus canoas guerreras, que ya estaba casi a punto de ser botada al agua. Permanecí largo rato contemplando con interés a aquellos hombres, y vi que sujetaban las maderas y las tablas de modo muy semejante al empleado por Jack para hacer nuestro bote. Pero lo que me sorprendió más fue la enorme longitud de la embarcación. La medí cuidadosamente, y resultó que tenía treinta metros y medio de largo, por lo cual era capaz para trescientos hombres. Poseía el flotador que había visto en las canoas que visitaron la Isla de Coral, y tenía igualmente alta la parte de popa. Al ver unos chicos jugando a poca distancia en la playa, resolví acercarme a ellos, sin sospechar el terrible suceso que aguardaba a la terminación de aquella canoa de guerra en la que trabajaban alegremente los indígenas.

Me dirigí hacia los chiquillos, que eran tan numerosos, que empecé a creer que aquél era el campo de juego de la población, y me senté en el césped a la sombra de un plátano, para observarlos. Jamás he visto una multitud de chicos más ruidosa y más alegre. Había lo menos doscientos entre chicos y chicas, todos ellos sin más vestido que el maro y el paño alrededor de las caderas los varones, y las chicas, una faldilla muy corta. No jugaban todos al mismo juego, sino que se entretenían en diferentes grupos.

Un grupo se recreaba con un juego muy parecido a nuestra gallina ciega; otros andaban en zancos de un metro de alto, y eran muy diestros en su manejo, pues rara vez se caían.

En otro lugar vi unas cuantas niñas muy juntas y que al parecer se divertían mucho, por lo que fui a ver qué hacían, encontrándome con que el recreo consistía en abrirse los párpados con los dedos hasta poner los ojos de gran tamaño, y entonces se colocaban un trozo de paja entre ambos párpados por delante del globo del ojo y los conservaban en dicha posición. El recreo lo tuve por tan estúpido como peligroso. Sin embargo, las chicas se divertían mucho viéndose la cara tan horrible. Medité bastante sobre este asunto y pensé que si las niñas supiesen lo estúpidas que parecen a los mayores cuando hacen gestos, no serían tan aficionadas a hacerlos.

Más allá había unos muchachos haciendo cometas, y no pude menos de asombrarme al ver lo parecidos que eran a los nuestros algunos juegos de aquellos salvajes, aunque jamás los había visto jugar. Pero las cometas eran muy distintas de las nuestras en muchos aspectos, y sus formas ofrecían gran variedad. Eran de tela fina y los chicos las remontaban a gran altura por medio de un bramante de fibra de

coco. En otros juegos que vi, se advertía la depravación natural del corazón de aquellos pobres salvajes, y deseé fervientemente que llegasen los misioneros. Sin embargo, la diversión que más partidarios tenía en ambos sexos era el nadar y bucear en el mar. Su destreza era maravillosa. Al parecer, los dos juegos acuáticos principales eran, el uno ir buceando hasta una especie de tablado erigido cerca de un sitio profundo del mar y arrojarse unos a otros el agua. Algunos llegaban a extraordinaria profundidad, otros nadaban por la superficie o se revolcaban como puercos marinos o buceaban para sorprender a los compañeros tirándolos bruscamente de una pierna o de un brazo. Parecía que no les cansaba este juego, y como el agua está muy caliente en aquellos mares, podían permanecer en ella todo el día sin sentir frío. Muchos de aquellos niños eran tan pequeñitos que apenas sabían nadar y, sin embargo, se acercaban torpemente a la orilla y arrojaban su rollizo y negro cuerpecillo al agua profunda, sin miedo ninguno, con tanta confianza como patitos pequeños. El otro juego que he citado, consistía en montar en las olas; pero como ésta es una diversión en la que tomaban parte desde los niños hasta los ancianos, y como tuve ocasión de presenciara perfectamente al siguiente día, la describiré más minuciosamente.

Supongo que este concurso de natación fue organizado en honor de su huésped, porque Romata fue a decírselo al capitán y le rogó que fuera a verlo.

—¿Qué clase de diversión es esa de montar en las olas? —pregunté a Bill, al dirigirnos a la parte de la costa donde estaban reunidos varios miles de indígenas.

—Es la diversión predilecta de esta gente tan extraordinaria —dijo Bill, dando una vuelta en la boca al trozo de tabaco de mascar que invariablemente abultaba su carrillo izquierdo—. Hay que tener en cuenta que aprenden a nadar al mismo tiempo que a andar, y mucho tiempo antes de poder hacer nada de provecho, de suerte que lo mismo les importa estar en el agua que en la tierra. Yo supongo que resultándoles poco excitante el andar muchos kilómetros y sumergirse muchas brazas, inventaron este juego de montar en las olas. Cada individuo, hombre o muchacho, va provisto de una tablilla con la cual se interna a nado en el mar una milla o más, y allí, al formarse una ola grande, se ponen encima la tablilla, se echan sobre ella y llegan así a la costa, en la cresta de la ola, gritando como demonios. Es una maravilla que no se estrellen en el arrecife de coral, pues seguramente si lo hiciésemos tú o yo, no daríamos por nuestra vida ni una lengüeta de ancla, al romperse la ola. ¡Mira, ya van!

Varios centenares de indígenas, entre los cuales estábamos, lanzaron un estrepitoso grito, corrieron a la playa y se lanzaron a la resaca, que se les llevó entre la espuma de la ola, al retirarse. En el lugar donde nos hallábamos, se juntaba con la costa el arrecife de coral, de suerte que las magníficas olas que una reciente brisa habían hecho más grandes que de ordinario, caían con estrépito a los pies de la multitud que bordeaba la playa. Durante algún tiempo, los nadadores siguieron internándose en el mar pasando sobre las olas como centenares de focas negras; después se volvieron todos, esperando una ola muy grande, y se encaramaron en la

blanca cresta, echados boca abajo sobre la tabla. Así llegaron hasta la costa corriendo sobre la enorme ola y gritando y aullando de alegría ellos y los espectadores. En el momento en que la ola monstruo se encorvó con solemne majestad para descargar su enorme peso contra la costa, la mayoría de los nadadores se dejaron escurrir hacia atrás, mientras que otros tomaban su tabla y volvían a internarse en el mar para repetir la diversión. Pero algunos, los que me parecían más temerarios, siguieron su carrera hasta que fueron arrojados a la playa cubiertos de espuma. Uno de estos últimos llegó varonilmente en la cresta de la ola y tomó tierra de un violento salto casi en el sitio donde estábamos Bill y yo. Advertí por su peculiar tocado que era el jefe que estaba de huésped en la tribu. El agua del mar le había quitado casi toda la pintura que embadurnaba su rostro, y al levantarse sofocado, a mis pies, reconocí, con gran sorpresa, los rasgos de Tataro, mi antiguo amigo de la Isla de Coral.

También me recordó él, y avanzando vivamente me echó los brazos al cuello y nos frotamos las narices, con lo cual se transfirió no poca pintura de su nariz a la mía. Luego, recordando que no era éste el modo de saludar de los blancos, me cogió la mano y me la estrechó violentamente.

—¡Anda! —exclamó Bill, sorprendido—. ¡O has sido simpático a este mozo o sois antiguos amigos!

—Sí, es un antiguo amigo —repuse, y le expliqué en pocas palabras lo que habíamos hecho Jack, Peterkin y yo para salvarle.

Tataro dejó la tabla de montar olas y emprendió una animada conversación con Bill, en el curso de la cual me señalaba con gran frecuencia, de lo cual deduje que el jefe estaba relatando la memorable batalla y la parte que habíamos tomado en ella. Cuando se calló le dije a Bill que le preguntase por la joven Avatea, esperando que hubiese venido acompañando a Tataro.

—Preguntadle —añadí—, quién es esa mujer, porque me parece de distinta raza que los Fiyi.

Al mencionar el nombre, el jefe se puso ceñudo y, al parecer, hablaba con mucha rabia.

—Tienes razón, Ralph —me dijo Bill cuando el jefe hubo acabado de hablar—; no es de Fiyi, sino de Samoa. El jefe no especifica con claridad cómo llegó a este lugar, pero dice que fue tomada en guerra y que la tiene desde hace tres años como hija, lo cual ha sido una suerte para ella, pues de lo contrario se la hubiese comido asada como a los demás.

—¿Por qué se ha puesto Tataro tan malhumorado? —pregunté.

—Porque la muchacha es algo testaruda, como todas las mujeres, y no quiere casarse con el hombre que le destina. Según parece, cierto jefe que fue de visita a su isla se enamoró de ella, pero ella no quiere casarse porque está enamorada y ha prometido casarse con un jefe joven a quien detesta Tataro. El desdeñado se marchó en su canoa a una expedición de guerra diciendo que volvería dentro de seis meses, esperando que en este tiempo lo pensaría mejor y no le rechazaría. Esto sucedió hace

una semana, y Tataro dice que si no está dispuesta a irse de novia con el jefe cuando éste regrese, se le enviará como un *cerdo largo*.

—¡Como un *cerdo largo*! —exclamé con sorpresa—. ¿Qué quiere decir eso?

—Significa algo muy desagradable —repuso Bill muy serio—. Estos granujas comen hombres y mujeres como quien come cerdo, y como los cerdos asados tienen igual aspecto que los hombres asados, llaman a éstos, *cerdos largos*. Si a Avatea la convierten en *cerdo largo*, creo inútil decirte que se acabó.

—¿Está en esta isla? —pregunté con interés.

—No, está en la isla de Tataro.

—¿Y dónde está esa isla?

—A unas cincuenta o sesenta millas al Sur —respondió Bill—, pero yo...

En aquel momento fuimos sorprendidos por el grito de:

—¡*Mao!* ¡*Mao!* (¡Un tiburón! ¡Un tiburón!).

Al que siguió inmediatamente un alarido que sonó claro y espantoso entre el tumulto de voces que lanzaban los salvajes en el agua y en tierra. Nos volvimos apresuradamente en la dirección de donde procedía el grito, a tiempo para ver los ojos de espanto de un indígena que levantaba los brazos en alto. Un instante después era arrastrado bajo las aguas. Inmediatamente se echó una canoa al agua y se logró coger la mano del indígena, pero sólo pudo extraerse la mitad del cuerpo de las fauces del monstruo, el cual siguió a la canoa hasta que la poca profundidad del agua le impidió nadar. La cresta de la ola inmediata venía tinta en sangre, al rodar hacia la costa.

En la mayoría de los países este suceso habría causado profunda impresión entre los espectadores, pero el único efecto que hizo en estos isleños, fue obligarlos a salirse del mar precipitadamente, temerosos de correr igual suerte, pero tan despreocupados en lo tocante a la vida humana que acababa de perderse, que ni por un momento interrumpieron su regocijo. Es verdad que el deporte de los montadores de olas terminó bruscamente, pero en seguida se dedicaron a otros juegos. Bill me dijo que los tiburones no suelen atacar a los montadores de olas, porque les asusta el inmenso número de hombres y chicos que hay en el agua y los gritos y los golpes que dan.

—Mas lo que acabas de ver —añadió—, no espanta a esta gente, y mañana o pasado volverás a verlos en el agua, como si no hubiera un tiburón en todos estos mares.

Después celebraron los indígenas un concurso de boxeo y de lucha, y como eran hombres corpulentos y forzudos, se hacían bastante daño, especialmente en el boxeo. En esta diversión tomaron parte no sólo los de la clase baja, sino también los jefes y los sacerdotes. Los encuentros se concluían rápidamente, porque no pretendían poseer un conocimiento científico del arte y no perdían tiempo en tanteos. Se iban derechos a la cabeza del contrario y descargaban los golpes con toda su fuerza. Frecuentemente caía de un solo golpe uno de los combatientes, y un gigantesco luchador pegó de tal forma a su adversario que le arrancó toda la piel de la frente.

Esta hazaña fue celebrada por los espectadores con grandes aplausos.

Durante estas exhibiciones, que para mí eran muy dolorosas, aunque debo confesar que no podía sustraerme a ellas, me llamó la atención la belleza de muchas de las figuras tatuadas en el cuerpo de los jefes y personajes principales. Una figura que me pareció muy elegante representaba una palmera y estaba tatuada en la pierna de un nombre, como si las raíces saliesen de debajo del talón y el tronco subiese por el tendón del tobillo y la graciosa copa se extendiese en la pantorrilla. Después supe que el procedimiento para tatuar era muy doloroso y largo, pues comenzaba a los diez años de edad y se continuaba a intervalos hasta los treinta. Lo hacen por medio de un instrumento de hueso con unos dientes agudos que pinchan la piel. En estos pinchazos se frota con una preparación hecha de la pulpa de la nuez-bujía mezclada con aceite de coco, y la marca queda indeleble. La operación la realizan unos hombres que se dedican a esta profesión, y el tatuaje dura todo el tiempo que el paciente puede soportarlo, que no es mucho, porque produce inflamación y dolores muy grandes y a veces la muerte. Algunos jefes estaban tatuados con unas líneas ornamentales a lo largo de las piernas, de tal manera que parecía que llevaban pantalones ajustados. Otros lucían marcas alrededor de los tobillos y en el empeine, semejando botas elegantes y estrechas. También tenían tatuados el rostro, y el pecho se lo adornaban profundamente con toda clase de dibujos imaginables: mosquetes, perros, aves, cerdos, garrotes y canoas entremezclados con losanges, cuadrados, círculos y otras figuras arbitrarias.

Las mujeres no estaban tan tatuadas como los hombres; sólo llevaban unas cuantas señales en los pies y en los brazos. Y debo añadir que por discutible que sea esta extraña práctica, no carece de buen efecto, pues quitan al individuo mucho de su aspecto de desnudez.

Al día siguiente, al volver de los bosques a la goleta, vimos a Romata corriendo alrededor de su casa, aparentemente muy encolerizado.

—¡Ah! —me dijo Bill—. Ya está con sus malas mañas de costumbre. Siempre que se emborracha se pone así. Los indígenas fabrican una especie de bebida que le sienta bastante mal, pero cuando toma coñac se pone como un tigre. Por lo visto, el capitán le ha regalado como de costumbre una botella, para tenerle de buen humor. Después de haber bebido suele dormirse y la gente que le conoce se guarda muy bien de acercarse por miedo a que se despierte. Hasta retiran a los niños, porque al despertarse se levanta frenético, como lo estás viendo, y pega o pincha a la primera persona que encuentra.

Sin embargo, en esta ocasión se conoce que no había encontrado ninguna arma a mano, porque el enfurecido jefe rabiaba completamente desarmado, pero de repente divisó a un desgraciado que trataba de esconderse detrás de un árbol, y yéndose a él le descargó tan terrible puñetazo que le saltó un ojo. Romata se dislocó un dedo. El pobre indígena no opuso resistencia, ni siquiera trató de evitar el golpe. Realmente, por lo que Bill decía, podía considerarse afortunado escapando con vida, pues

seguramente la hubiese perdido si el jefe hubiera llevado un garrote.

—¿Y no hay entre estas mismas criaturas leyes que restrinjan tales maldades? — pregunté.

—No existe ninguna —me contestó Bill—. La palabra del jefe es ley. Puede matar y comerse una docena de súbditos al día, sólo por gusto, sin que nadie lo comente.

El feroz acto fue cometido a la vista de nuestra gente que iba camino de la playa, pero no pude observar en el semblante de ninguno de los marineros otra expresión que la de una total indiferencia o desdén. Resultaba espantoso que los hombres pudiesen llegar a tal endurecimiento de corazón y a tal insensibilidad ante la violencia y el derramamiento de sangre. Lo peor, sin embargo, fue que empecé a descubrir que la constante exposición a escenas de sangre estaba ejercitando un ligero efecto sobre mí. Me hizo estremecer pensar que yo también me estaba haciendo insensible.

Cuando aquella noche me paseaba por el puente, en las horas de guardia, saqué la conclusión de que si yo, que aborrecía, detestaba y odiaba actos como los que había visto, comenzaba a ser insensible, no tenía nada de extraño que aquellos desdichados e ignorantes salvajes, que habían nacido y se habían criado familiarizados con ellos, no les concediesen importancia y tuvieran en tan poca cosa la vida humana.

CAPÍTULO XXVI

Mi despertar a la mañana siguiente fue febril y de profunda depresión; cuanto más pensaba en mi infortunada suerte, más mísero y desgraciado me sentía.

Me hallaba entre seres humanos de la índole más temible, para quienes el derramamiento de sangre era un simple pasatiempo. En tierra, los indígenas, cuyas horribles prácticas no podía evocar sin estremecerme, y a bordo, piratas de la peor especie y que si no eran caníbales, eran viles asesinos, mucho más culpables que los salvajes, puesto que tenían conciencia de lo que hacían. Hasta el propio Bill, con quien merced a las extrañas circunstancias de mi sino había llegado a tener una especie de intimidad, era de índole tan feroz que le había valido el adjetivo de Sanguinario entre sus compinches. Me sentía tanto más abatido, cuando más consideraba el asunto y la imposibilidad de la liberación, al menos durante largo tiempo.

Finalmente, en mi desamparo recé con fervor el Altísimo pidiéndole que me sacase de mi triste situación, y así sentí cierto alivio.

Cuando el capitán salió al puente antes de la hora en que, por lo común, se iba la tripulación a los bosques, le rogué que me permitiera quedarme a bordo aquel día, porque no me sentía muy bien; pero el capitán me dirigió una mirada terrible y me ordenó con agrio tono que fuera a tierra como siempre. No sé por qué, el capitán se mostraba desde hacía algún tiempo de muy mal humor. Entre Romata y él había algunas desavenencias; había sostenido alguna discusión acalorada, durante la cual el jefe le había amenazado con enviar una flota de canoas de guerra con mil hombres para destrozarse y quemar la goleta, ante cuya amenaza el capitán se había sonreído sardónicamente, y acercándose al jefe y mirándole enérgicamente, le había dicho:

—Sólo tengo que alzar un dedo para que mi cañón destroce tu aldea en cinco minutos.

A pesar de que el jefe era hombre valeroso, se amilanó ante la amenaza y las miradas del pirata, y no contestó; pero existía ya una mala voluntad y se resucitaron antiguos resentimientos.

Así, pues, no tuve más remedio que ir aquel día a tierra con los madereros. Pero antes de marcharme, el capitán me llamó a su camarote y me dijo:

—Tengo que darte un encargo, Ralph. Ese granuja de Romata está de malas, y nada le ablandará tanto como un obsequio. Llégate a su casa y entrégale estos clientes de ballena, con mis saludos. Que te acompañe uno que sepa hablar el idioma de aquí.

Miré el regalo con cierta sorpresa, porque consistía en seis dientes blancos de ballena y dos teñidos de rojo vivo, y me pareció muy poca cosa. No obstante, no me atreví a titubear, ni a formular preguntas, y, cogiendo el regalo, salí del camarote, y poco después iba camino de la casa del jefe, acompañado de Bill. Al expresarle mi extrañeza por la insignificancia del regalo, me dijo:

—Es insignificante para ti y para mí; pero se consideran de gran valor entre esta

gente. Son entre ellos una especie de dinero. Los rojos son los que valen más. Cada uno vale por veinte de los blancos. Supongo que la razón de su valor estriba en que escasean y en que son difíciles de adquirir.

Al llegar a la casa encontramos a Romata sentado en una esterilla, entre gran número de balas de tejido indígena y otros artículos de lo que le traían de regalo, de vez en cuando, los jefes inferiores. Nos recibió con cierta altanería; pero al hacerle saber Bill el objeto de nuestra visita, se tornó más amable y sus ojos se encandilaron de satisfacción al recibir los dientes de ballena, aunque los dejó a un lado fingiendo una regia indiferencia.

—Ve a decir a tu capitán que puede cortar madera hoy; pero mañana, no —dijo moviendo la mano—. Dile que venga a tierra, porque deseo tener una conferencia con él.

Al salir de la casa, para dirigirnos al bosque, Bill movió la cabeza.

—Me parece que se está cociendo algo malo en la cabezota de este bribón. Le conozco de antiguo. Pero ¿qué viene allí?

Mientras hablaba oímos gritos y risas en el bosque, y salió de él una banda de salvajes, en medio de los cuales iban unos hombres cargados. Al principio creímos que la carga eran palos envueltos en algo. El extremo de cada palo descansaba en el hombro de un hombre. Pero, al aproximarnos, vimos que eran seres humanos, atados de pies y manos, que no podían moverse.

Al pasar conté hasta veinte.

—¡Más asesinatos! —dijo Bill con una voz que sonaba entre risa áspera y lamento.

—¿Los van a asesinar? —pregunté, mirando con ansiedad, a Bill.

—No lo sé, Ralph —me contestó—; pero seguramente no irán a hacerles nada bueno, cuando los llevan así.

Continuamos nuestra marcha hacia el lugar donde se hallaban los madereros; pero noté que Bill volvía con frecuencia la cabeza en la dirección por donde había desaparecido la procesión, y al fin se detuvo y, volviéndose bruscamente, dijo:

—Quiero saber qué es eso. Sigamos a los negros, a ver qué hacen.

Quiero hacer constar que no tenía ningún deseo de presenciar más ejemplos de sus terribles prácticas; pero como Bill parecía interesado en el asunto, le seguí.

Atravesamos rápidamente el bosque, siguiendo la dirección indicada por los gritos de los salvajes, y de repente se hizo un silencio profundo, que duró algún tiempo, mientras que Bill y yo apresurábamos involuntariamente el paso hasta emprender una verdadera carrera a través de la estrecha raja de tierra ya mencionada anteriormente. Al llegar al borde del bosque vimos a los salvajes alrededor de una gran canoa de guerra, que al parecer iban a botar al agua. De repente, la multitud empujó a una la canoa; pero apenas hubo comenzado a moverse la embarcación, sonó el alarido más espantoso que he oído en mi vida, sobresaliendo entre los gritos de los salvajes. Apenas se había apagado el primer alarido, sonó otro y otro, desgarrándome

los oídos. Entonces vi que aquellos monstruos inhumanos hacían resbalar la canoa por encima de los cuerpos vivos de sus víctimas. Porque en el pecho de aquellos hombres no existía la compasión. Seguían en su operación con profunda indiferencia, lanzando gritos a medida que avanzaba, mientras que entre sus voces se alzaban, agudos, los alaridos de agonía de aquellos infelices seres al irles oprimiendo la pesada canoa, que al pasar por encima les saltaba los ojos y les hacía echar por la boca sangre, y con ella la vida. Cuando se hubo terminado la horrible operación me dejé caer en la hierba, lanzando un profundo lamento; pero Bill me cogió de un brazo y levantándome como si fuera un chiquillo, exclamo:

—¡Vamos, muchacho! ¡Vámonos! —Y tambaleando y tropezando con la enredada vegetación escapamos del sitio fatal.

El resto del día lo pasé como en un sueño horrible. Apenas sabía lo que me decían, y más de una vez me afearon los marineros mi holgazanería, creyendo que perdía el tiempo por gusto.

Al fin, llegó la hora de regresar a bordo, y por primera vez sentí alivio al poner los pies en la cubierta de la goleta.

Por la noche pude escuchar una conversación que sostenían el capitán y el contraamaestre y que me sorprendió no poco.

Se hallaban abajo, en la cámara, y conversaban en tono bajo; pero el tragaluz estaba abierto y se percibía todo lo que decían.

—No me gusta —decía el contraamaestre—; me parece que sólo vamos a conseguir tener que batirnos, sin sacar nada en limpio.

—¿Qué no? —repuso el capitán con ira—. ¿Llamas no sacar nada en limpio tener un cargamento excelente, sin pagar nada por él?

—Es cierto —admitió el contraamaestre—; pero el cargamento ya está a bordo. ¿Por qué, pues, no cortar las amarras y despedirnos a la francesa? ¿Para que meternos con los indígenas, cuando no vamos a sacar nada bueno?

—Hablas como un marinero de agua dulce —dijo el capitán en voz baja—. Sólo puedo atribuir tu timidez a una extraña equivocación, porque seguramente —su voz adquirió un ligero tono burlón al decir esto— no se te habrá enternecido el corazón. Además, estás equivocado en lo de creer que el cargamento está a bordo. Todavía queda en el bosque una cuarta parte larga, y el granuja del jefe lo sabe y no quiere permitir que lo embarquemos. Ayer nos desafió, diciéndome que podríamos hacer lo que quisiéramos.

—¿Que nos desafió? ¿Ese? —exclamó el contraamaestre con amarga sonrisa—. ¡Pobrecillo! ¡Valiente personaje! ¡Un ser despreciable!

—Pues no será tan despreciable cuando sientes miedo a atacarle.

—¿Qué has dicho? ¿Que yo tengo miedo? —gruñó el otro—. Estoy tan dispuesto como el primero de a bordo. Pero, capitán, ¿qué es lo que piensas hacer?

—Pues llevar la goleta a la cabeza de aquella ensenada, desde cuyo punto dominaremos con el cañón la pila de madera de sándalo; después, desembarcaré yo

con todos los hombres, menos los que cuidarán de la goleta y estarán preparados con el bote para recogernos. Nosotros iremos por el bosque, hasta la entrada de la aldea, donde los caníbales están siempre danzando alrededor de sus cenas de carne humana, y si los mosquetes de la gente están bien cargados con postas grandes, podremos tumbar cuarenta o cincuenta de la primera descarga. Después, la cosa será muy fácil. Los salvajes huirán a las montañas como un solo hombre, nosotros cogemos lo que nos falta, levaremos ancla y ¡avante!

El contraмаestre acabó por aceptar el plan. Al salir de la cámara oí que le decía el capitán:

—Dale a la gente un gran vaso de grog y no olvides las postas.

El lector puede concebir el horror con que escuché esta criminal conversación.

Inmediatamente se la repetí a Bill, el cual se quedó muy perplejo y al fin dijo:

—Verás lo que voy a hacer, Ralph. En cuanto oscurezca, me iré a nado a la costa y ataré un mosquete a un árbol no lejos del sitio donde hemos de desembarcar y ataré una cuerda larga al disparador, para que al tropezar con ella la gente se dispare el arma y ponga en guardia al poblado a tiempo para impedir el ataque, pero no con tiempo para impedirnos volver al bote. ¡Ay, capitán! Vas a fracasar, por lo menos una vez en la vida, gracias a Bill el Sanguinario —exclamó mi compañero con una sonrisa que por primera vez me pareció mezclada con una alegría sana.

En cuanto oscureció, Bill llevó a la práctica su proyecto: se deslizó por un costado de la goleta con un mosquete en la mano izquierda, y nadando con la derecha saltó a tierra y llegó al bosque, colocó el mosquete tal como había dicho y regresó a bordo sin ser visto, porque yo era el único que estaba en el puente.

Al acercarse la medianoche se reunieron los marineros en el puente, se cortó el cable y se sacaron los remos de galera, que eran de gran tamaño y necesitaban dos hombres para el manejo de cada uno. En pocos instantes entramos en la boca de la caleta, que era la desembocadura de un riachuelo, y tardamos cerca de media hora, porque aun cuando el sitio donde pensábamos desembarcar no distaba de la boca más de seiscientos metros, había una ligera corriente contraria, y los mangles que estrechaban la caleta estorbaban en algunos sitios a los remeros. Al llegar al sitio que quedaba tan oscurecido por los árboles de las orillas, que apenas se veía nada, se echó una ancla pequeña atada a una cuerda delgada.

—Ahora, muchachos, no os precipitéis; apuntad bajo y no desperdiciéis los primeros disparos —dijo en voz baja el capitán pasando por delante de la fila de marineros, armados hasta los dientes.

Luego señaló el bote, que los hombres ocuparon en silencio. No había espacio para remar, pero no era necesario, pues un ligero empuje contra el costado de la goleta le hizo deslizarse hasta la orilla.

—No es preciso que se queden dos en el bote —murmuró el contraмаestre al saltar a tierra la tripulación—. Hacen falta todos. Que se quede solo Ralph.

El capitán asintió, y me mandó estar preparado con el bichero para acercarle a la

orilla en cuanto sintiese que volvían o lo dejara si por casualidad se acercaba algún salvaje. En seguida colocó el arma debajo del brazo y desapareció entre los árboles seguido de su gente. Yo guardaba el resultado de nuestro plan con el corazón palpitante. Sabía el sitio exacto donde estaba colocado el mosquete, porque Bill me lo había detallado, y conservaba los ojos fijos en el lugar. Pero no sonó nada, y empecé a temer que se hubiesen ido en otra dirección o que Bill no hubiese puesto bien la cuerda. De pronto oí un débil golpe metálico y vi saltar una o dos chispas. Esto me dejó descorazonado, pues me indicaba que el gatillo había funcionado, pero no había prendido el cebo. El plan había fallado. Una sensación de miedo comenzó a apoderarse de mí; tal como estaba, solo en el bote, a oscuras, en un lugar silencioso, aguardando el resultado de una expedición asesina, me estremecí al ver deslizarse el agua como un negro reptil. Volví la cabeza para ver la goleta, pero el casco apenas se distinguía, y los altos mástiles se perdían entre los árboles, cuya altura sobrepujaban. Las velas bajas estaban desplegadas, pero la oscuridad era tan intensa, que no se distinguían.

De pronto oí un disparo, y en un momento resonaron mil voces en la aldea. Repitiéronse los gritos en el silencio de la noche seguidos de otros que parecían de esparcidos grupos de hombres que corrían por el bosque. Luego oí una fuerte voz muy cerca. Era el capitán que maldecía al individuo que había disparado prematuramente. Luego sonó la orden «Adelante» seguida de los salvajes hurras de nuestros tripulantes al cargar contra los negros. Ahora se oían disparos en rápida sucesión, y, finalmente, retumbó una estrepitosa descarga, tras la que hubo alaridos ahogados inmediatamente por otro ¡hurra! de los marineros.

La distancia del ruido probaba que estaban echando a sus enemigos hacia el mar.

Mientras escuchaba intensamente, sentí ruidos en el follaje, no lejos del sitio donde me encontraba. Al principio creí que era una banda de salvajes que había visto la goleta, pero en seguida me desengañé mientras observaba un cuerpo indígena, aparentemente de varios centenares, pues no podía calcularlo bien por la falta de luz, que iba por el bosque hacia el teatro de la batalla. Estos salvajes se habían desbordado por el flanco de nuestra gente y la iban a atacar ahora por la espalda. Y así fue: al poco rato se recrudecieron los gritos, y entre ellos creí oír alaridos de agonía y voces familiares.

Al fin cesó el tumulto de la batalla, y de los gritos de triunfo que se alzaron entre los salvajes, deduje que nuestra gente había sido vencida, lo cual me produjo gran pánico. ¿Qué iba a hacer ahora? Era horrible la idea solamente de ser atrapado por los salvajes; huir a la montaña era una cosa inútil, porque me encontrarían en seguida, y sacar la goleta a la ensenada sin ayuda de nadie, era imposible.

Resolví, sin embargo, hacer la tentativa, puesto que constituía mi única esperanza; y ya estaba a punto de empujar el bote, cuando detuvo mi mano y heló mi sangre un horroroso grito de espanto, en el que reconocí la voz de uno de los tripulantes. A este alarido siguió un griterío de los salvajes. Se alzó, después otro

grito de angustia, y luego otro, hasta el punto de hacerme creer que estaban asesinando a sangre fría a la tripulación pirata. Con el corazón a punto de estallar y con el cerebro como un torbellino, empuñé el bichero para apartar el bote de la orilla, cuando apareció un hombre entre los árboles.

—¡Aguarda, Ralph, aguarda!... ¡Anda! —exclamó, cayendo de un salto en el bote con tal violencia que por poco no lo hace zozobrar.

¡Era la voz de Bill!

Un momento después, estábamos a bordo, amarrábamos el bote, cortábamos la cuerda del ancla y empuñamos los enormes remos. Del primer impulso del gigantesco brazo de Bill casi fue a parar a tierra, porque en su precipitación se había olvidado de que yo apenas podía mover el pesado remo. Entonces fue en dos saltos a popa y ató el timón en tal posición que, en tanto él me ayudaba, yo obraba contra él, haciendo la fuerza de nuestros golpes casi igual. La goleta no tardó en deslizarse vivamente caleta abajo; pero antes de que llegásemos a la boca, un aullido de mil voces en la orilla nos indicó que habíamos sido descubiertos. Inmediatamente se echaron al agua varios salvajes para nadar hacia nosotros; pero íbamos ya tan de prisa que no podían alcanzarnos. No obstante, uno de los salvajes, un hombre inmensamente vigoroso, consiguió agarrarse al extremo de la cuerda del ancla que habíamos cortado y que pendía a popa, y trepó con rapidez hasta el puente. Bill le vio en el momento de asomar la cabeza por el coronamiento, pero no dejó de remar ni se dio por enterado de la presencia del salvaje hasta que no estuvo a un metro de distancia; entonces soltó el remo y dio tal puñetazo al salvaje entre los ojos, que lo derribó. En seguida lo levantó en alto, lo tiró al agua y volvió a empuñar el remo. Pero ahora nos esperaba un gran peligro. Los salvajes nos habían tomado ventaja corriendo por la orilla, e iban a echarse al agua a proa. Si lo lograban, nuestro fin era seguro. Bill permaneció indeciso un instante, y en seguida sacó una pistola de la faja, se fue al cañón, puso la cazoleta de la pistola, junto al oído del arma y apretó el gatillo. Al disparo de la pistola siguió el silbido del cebo del cañón prendido con las chispas desprendidas de la cazoleta de la pistola, y con un terrible estampido que retumbó como si desgarrasen las montañas, la pieza se disparó.

Esto fue bastante. El momento de sorpresa e indecisión causado por el ensordecedor cañonazo nos dio tiempo para pasar el punto peligroso; una suave brisa que el follaje nos había impedido sentir hasta entonces hinchó las velas; la goleta cabeceó y los gritos de los chasqueados salvajes se fueron perdiendo poco a poco en la lejanía a medida que el barco se internaba lentamente en el mar.

CAPÍTULO XXVII

Realmente es maravillosa la resistencia de las fuerzas físicas y mentales de los seres humanos. Tales facultades resultan excepcionalmente adaptadas y exactamente proporcionadas a las circunstancias en que los individuos pueden verse colocados; son un poder que en muchos casos basta para llevar a un hombre a través de cuantos obstáculos que encuentra a su paso en el curso de la vida, por alta y escarpada que sea la montaña. Sin embargo, esa misma y extraordinaria fuerza le abandona en el momento de haber pasado el punto difícil, dejándolo postrado, sin energías, flojos los nervios y con una sensación de incapacidad en todo el organismo que transforma casi a lo imposible cualquier esfuerzo por pequeño que éste sea.

Durante gran parte de aquel día había estado sometido a una excitación mental y física tan excepcional que me dejó quebrantado en cuanto me vi libre de sostenerla en el curso de la tarde. Pero al proyectarse la expedición, cuyo fracaso acabo de narrar, mis ansiedades y energías se despertaron con tal fuerza que seguí y tomé parte en las escenas de la terrible noche sin experimentar ninguna fatiga. Tanto mi cerebro como mi cuerpo se sentían activos y llenos de energía. Pero en cuanto se hubo desvanecido el último temor, volvieron a relajarse mis facultades.

Al sentir acariciada mi frente ardorosa por la fresca brisa del Pacífico; al oír las libres olas rozando la proa del barco; al dejar atrás la detestable isla, me abandonaron los sentidos y caí desmayado en el puente.

De este estado me sacó prontamente Bill, sacudiéndome un brazo y diciendo:

—¡Vamos, Ralph, muchacho! ¡Despierta, que ya estamos salvados! ¡Pobrecillo! ¡Parece que se ha desmayado! —Y cogiéndome en brazos me puso sobre los dobleces de la vela cangreja de gavia que estaba en el puente, cerca del timón—. ¡Toma un trago de esto, que te sentará bien, muchacho! —agregó con una voz de ternura que no le había oído nunca, y acercándome un frasco de coñac a los labios.

Alcé los ojos, agradecido, y bebí; un momento después se me caía pesadamente la cabeza sobre un brazo, y me quedé profundamente dormido. Dormí mucho, porque al despertarme vi el sol bastante alto en el horizonte. Al abrir los ojos no me moví, porque mi vista quedó subyugada y hechizada por el vistoso esplendor del inmenso océano que se esparcía en torno nuestro.

Reinaba calma chicha; el mar parecía una hoja de ondulante cristal salpicada y rayada por los matices azafranados del sol naciente. Y en la grandiosa bóveda azul del firmamento reinaba también una calma interrumpida por los usuales vuelos de las aves marinas. No sé cuánto tiempo hubiera permanecido contemplando la plácida escena si mi imaginación no me hubiese recordado repentinamente el doloroso pasado y el presente al ver a Bill que estaba sentado en el puente, a mis pies, con la cabeza reclinada, como durmiendo, sobre su brazo derecho, apoyado en el timón. Como parecía que estaba descansando tranquilamente, pensé no despertarle, pero el ligero ruido que hice al incorporarme sobre un codo, bastó para despabilarlo y hacerle

mirar en torno suyo.

—¿Te has despertado ya, Ralph? Has dormido mucho y bien —me dijo, volviéndose hacia mí.

Al mirarle a la cara me levanté de un salto, lleno de ansiedad. Estaba intensamente pálido, con el cabello que le caía en revueltos rizos sobre su rostro, empapado en sangre. También tenía sangre en las delgadas mejillas, así como en la pechera de la camisa, la cual, como casi todo su vestido, estaba rota y llena de barro.

—¡Ay, Bill! —exclamé inquieto—, ¿qué os ocurre? No os encontráis bien. Con seguridad que habéis sido herido.

—Algo de eso hay, muchacho —dijo con voz profunda, mientras tendía su corpulento cuerpo en la cama que yo acababa de dejar—. Me parece que me han hecho una herida mala. He estado esperando a que despertases para que me trajeras un trago de coñac y un poco de pan de la cocina. Dormías tan a gusto, Ralph, que no quise despertarte, y me alegre.

No aguardé a que acabase de hablar; bajé a escape y volví a los pocos segundos con una botella de coñac y unas galletas rotas. Bill se reanimó bastante después de haber comido unos bocados de galleta y bebido un trago de agua con un poco de licor. Inmediatamente después se quedó dormido, y yo le velé con inquietud hasta que despertó, porque ansiaba saber la naturaleza y extensión de la herida.

—¡Ah! —exclamó, despertando bruscamente, después de una hora de sueño—. ¡Qué bien me ha sentado el sueño, Ralph! ¡Ya valgo doble que antes! —Y trató de levantarse, pero se dejó caer inmediatamente, dando un profundo quejido.

—No os mováis, Bill; permaneced quieto mientras examino la herida. Voy a haceros una cómoda cama aquí, en el puente, y luego os prepararé algo para almorzar. Después me referiréis cómo fue la cosa. ¡Animaos, Bill! —añadí, viendo que volvía la cabeza al otro lado—. Dentro de poco os encontraréis bien, y aunque no soy médico, seré un excelente enfermero.

En seguida me fui a la cocina y encendí lumbre. Mientras se encendía, me metí en la despensa y busqué lo necesario para un buen almuerzo, con el cual volví al lado de mi compañero antes de haber pasado media hora. Bill parecía estar mucho mejor, y me sonreía bondadosamente al ponerle delante una taza de café y una bandeja con huevos y pan.

—Ea, comeos eso, Bill —dije, risueño, sentándome a su lado en el puente—. Yo también tengo apetito de veras... Mas se me había olvidado la herida —añadí, levantándome—. Dejadme verla.

La herida estaba en el pecho y era de un disparo de pistola. No sangraba mucho, y como la tenía en el lado derecho, confié en que no sería muy grave.

Pero Bill, por lo visto, no lo creía así. Agitó la cabeza tristemente; mas, sobreponiéndose, dijo:

—Siéntate, Ralph, y te contaré cómo fue. Al saltar a tierra fuimos al bosque en línea recta, como yo esperaba, hacia el sitio donde había puesto el mosquete; mas por

una infortunada casualidad falló el disparo. Vi la cuerda rota por los hombres al pasar, y oí el ruido del gatillo, por lo cual calculé que se había mojado el cebo y no había prendido. El caso era difícil, porque en mi precipitación no se me ocurría ningún motivo justificado para disparar mi mosquete. Pero dicen que la necesidad es madre de los inventos, y es verdad. Cuando daba por perdido mi trabajo y apretaba los dientes esperando lo peor, se me ocurrió una cosa repentina. Me adelanté como si tuviera impaciencia por vérmelas con los salvajes, tropecé adrede en un árbol caído, caí de cabeza en unas matas y, naturalmente, se me disparó el arma. Entonces se armó en el campo un jaleo como no lo he visto en mi vida. Me levanté a escape y eché a correr con mis compañeros, pero el capitán mandó hacer alto.



»—¡Eso lo has hecho a propósito, granuja! —me dijo, lanzando un tremendo juramento.

»Y sacando una pistola de la faja, me pegó un tiro en el pecho. Caí al suelo en el

acto, y no recuerdo más sino que me despabiló el alarido más espantoso que he oído en toda mi vida... a excepción de aquellos gritos aquellos pobres negros cuando los aplastaban con la canoa. Poniéndome de pie, miré alrededor y vi entre los árboles una gran hoguera, a cuyo resplandor distinguí al capitán y a los marineros atados cada cual de pies y manos a un poste y los salvajes bailando en torno suyo como demonios. Apenas miré unos segundos, cuando vi que uno de los negros se iba hacia el capitán blandiendo un cuchillo, que le hundió en el pecho en un abrir y cerrar de ojos, al mismo tiempo que llegaba a mis oídos un grito como el que me había despertado. No quise esperar más, eché a correr por el bosque haciendo crujir ramas y arbustos. Los negros me vieron, pero no con tiempo para impedirme saltar al bote, como viste.

Bill se quedó muy extenuado después de este relato, y mientras duró se estremeció frecuentemente; así que yo me abstuve de seguir hablando del asunto por entonces, y traté de llevar su pensamiento a otras cosas.

—Ahora, Bill —dije—, lo que tenemos que hacer es pensar en el porvenir y ver qué derrotero hemos de seguir.

—Me importa poco el rumbo que sigamos, Ralph —repuso mi compañero—. Me parece que me queda poco que vivir. Vamos adonde tú quieras, que yo estaré contento.

—Entonces lo mejor será que nos dirijamos a la Isla de Coral para ver qué ha sido de mis compañeros Jack y Peterkin. Creo que la isla no tiene nombre; pero el capitán me la señaló una vez en la carta, y yo la marqué después; de modo que como sabemos bastante bien cuál es nuestra posición actual, creo que debemos enfilear rumbo hacia dicha isla. En cuanto a la maniobra del barco, es cierto que yo solo no puedo izar las velas, mas por fortuna hay ya bastante trapo desplegado, y si se levanta viento fuerte, podré por lo menos amar las penas de la vela mayor y del trinquete y recogerlas parcialmente sin ayuda de nadie hasta que amaine la fuerza del viento. Y si continuamos teniendo brisas ligeras, aparejaré una complicación de garruchas y las fijaré en las drizas para poder izarlas sin ayuda. Verdad es que tardaré medio día en izarlas, pero no importa. Luego haré una especie de sombrajo en el puente para libraros del sol, y sólo con que podáis estar junto al timón y gobernar dos horas diarias, para que yo eche un sueño, me comprometo a dejaros libre de obligaciones el resto de las veinticuatro horas. Y si no os sentís capaz de gobernar, ataré el timón mientras preparo la comida. Arreglados así, llegaremos pronto a la Isla de Coral.

Bill se sonrió débilmente al oírme hablar con tanta decisión.

—¿Y qué haremos si hay tempestad? —dijo.

Esta pregunta me dejó suspenso, y me puse a considerar lo que haríamos en semejante caso, hasta que al fin le puse una mano en el brazo, diciendo:

—Bill, cuando un hombre ha hecho todo lo que puede, debe dejar el resto a Dios.

—¡Ay, Ralph! —dijo mi compañero con apagada voz y mirándome con ansiedad—. En estos momentos quisiera creer en Dios como tú dices. Estoy muriéndome,

Ralph; yo, que he desafiado a la muerte cien veces, tengo miedo de morir. Temo entrar en el otro mundo. Hallo algo dentro de mí que me dice que me pedirán cuentas cuando vaya allí. Pero todo se ha acabado para mí, Ralph; no hay probabilidad de que me salve.

—No digáis eso, Bill. Estoy completamente seguro de que hay esperanza aún para vos; pero no recuerdo las palabras de la Biblia que me hacen pensar así. ¿No hay ninguna Biblia a bordo?

—No; la última que hubo perteneció a un pobre muchacho que fue traído a bordo contra su voluntad. El pobre murió de malos tratos y de miedo; cuando se hubo muerto, el capitán topó con la Biblia y la tiró al mar.

Entonces reflexioné con pena y reproche cómo había descuidado mi Biblia, y pasó por mi mente la idea de que a la vista de Dios era un pecador mucho más culpable que aquel pirata manchado de sangre, porque no había leído nunca la Biblia, ni le habían enseñado a tener cuidado de ella, mientras que mi madre me enseñó cuidadosamente a leerla y la leí todos los días mientras la tuve en mi poder, con tan escasa atención que ahora no podía recordar ni un solo texto que conviniese al caso de este pobre hombre y le proporcionase el consuelo que tanto necesitaba. Esto me disgustó y me hizo dar vueltas a la imaginación hasta que recordé un texto que después de recordarlo me causaba extrañeza no haberlo recordado antes.

—Bill —le dije en voz baja—, «cree en Nuestro Señor Jesucristo, y serás salvado».

—¡Hum! Eso se lo he oído decir muchas veces a los misioneros; pero ¿de qué puede servirme? Eso no es para mí ni para los que son como yo.

Yo no sabía qué decirle, pues aun cuando me sentía seguro de que aquellas palabras le convenían a él tanto como a mí, no podía recordar otras que se lo probasen.

Después de una corta pausa, Bill clavó su mirada en la mía, y dijo:

—Ralph, he hecho una vida terrible. Soy marinero desde muchacho, y he ido de mal en peor desde que abandoné el hogar paterno. Hace tres años que soy pirata. Es verdad que no elegí yo la profesión, sino que me vi metido en este barco y me conservaron en él a la fuerza, hasta que perdí la vergüenza y me uní a ellos. Desde entonces mi mano se ha llenado de sangre muchas veces. Tu corazón de joven se quedaría helado si te contase... Pero ¿a qué seguir? Es inútil, amigo; mi sentencia está firmada.

—Bill —le dije—, aunque vuestros pecados sean rojos como el carmín, se tornarán blancos como la nieve. Basta creer.

—¡Que basta creer! —exclamó Bill, incorporándose en la almohada—. He oído a los hombres hablar de creer como si fuera una cosa fácil. ¡Ay! A un hombre le es muy fácil señalar una cuerda y decir: «Creo que resistirá mi peso», pero es muy distinto agarrarse a esa cuerda y balancearse con ella al borde del abismo.

La energía con que fue dicho esto y la acción que le acompañó fueron demasiado

para Bill, y se dejó caer lanzando un sordo quejido. Como si los propios elementos sintiesen compasión de los sufrimientos de aquel nombre, llegó por el mar un quedo lamento.

—¿Oyes, Ralph? —dijo Bill, abriendo los ojos—. El viento se levanta. Anda vivo, muchacho; arría el trinquete. Baja la pena de la vela mayor. Estos vientos se presentan rápidamente a veces.

Yo me había puesto ya de pie, y vi que venía hacia nosotros un viento fuerte. No me había fijado antes por lo entretenido que estaba en la conversación. Inmediatamente hice lo que Bill deseaba, porque la goleta seguía inmóvil en el terso mar. Advertí con satisfacción que el viento venía por el costado de babor, de modo que cogería el barco en posición en que podía resistir mejor el choque. Después de hacer lo posible por acortar la vela, volví a popa y ocupé el puesto del timonel.

—Ahora cíñete al viento —dijo Bill con voz débil.

Pocos segundos después añadió:

—Ralph... Háblame otra vez de esas cosas...

Se las repetí.

—¿Estás seguro de haberlo visto en la Biblia?

—Completamente seguro —afirmé.

Aún no había acabado de decir estas palabras cuando me alcanzó el viento y la rociada del oleaje barrió los puentes. Durante un rato, la goleta soportó bravamente, saltando contra el mar como un caballo de batalla. Entre tanto, las nubes oscurecían el firmamento y empezaban a alzarse enormes olas. La goleta tenía todavía mucho velamen, y como el viento arreciaba, temía que rompiese los mástiles o se los llevase, porque las ráfagas silbaban y crujían en el tirante aparejo. De repente, el viento saltó un punto, y al darnos la mar de costado, la goleta se acostó casi sobre los extremos de los baos, así que apenas pude sostenerme de pie. En tal instante, Bill perdió el asidero de la gavilla con que se sostenía, y se escurrió, yendo a chocar violentamente contra el tragaluz. Como estaba casi a mi lado, pude ver que se había quedado insensible, pero yo no me atrevía a soltar un instante el timón, porque el manejo de la goleta en aquellos instantes requería todas mis facultades físicas y mentales. Durante una hora el viento nos siguió arrastrando. La goleta era de proa muy fina, y esto, unido a la disposición del velamen, la hacía cortar las olas en lugar de saltarlas, por lo cual el agua barría los puentes de proa a popa. Cuando, por fin, pasó el chubasco, nos quedamos balanceándonos en el agitado mar.

El primer cuidado que tuve en cuanto pude dejar el timón fue levantar a Bill y colocarle en la cama. Luego corrí a la despensa por una botella de coñac, y le friccioné con él manos y cara y le eché unas gotas en la boca. Pero mis esfuerzos, aunque constantes, no dieron resultado.

Entonces solté una de sus manos y cayó pesadamente sobre el puente. Le palpé el corazón, escuché algún tiempo, inmóvil, y noté que no latía...

¡El pirata estaba muerto!

CAPÍTULO XXVIII

Permanecí sentado en la claraboya de la cámara.

Allí, con un respeto en el que se mezclaba el miedo, estuve contemplando las rígidas facciones de mi difunto compañero, mientras que mi imaginación evocaba su pasada historia para luego pasar con ansiedad a mi situación presente.

¡Estaba solo! Solo en medio del inmenso Pacífico, con un conocimiento imperfecto de la navegación y a bordo de una goleta cuya maniobra exigía ocho hombres, lo menos. Pero no he de poner a prueba la paciencia del lector detallando minuciosamente lo que sentí y lo que hice durante los primeros días siguientes al de la muerte de mi compañero. Sólo contaré que le até una bala de cañón a los pies y lo lancé, con profunda pena, a las profundidades del mar.

Durante una semana larga sopló brisa firme del Este, y como mi rumbo era Oeste cuarto al Norte, avancé con rapidez hacia mi destino. No podía hacer observaciones por falta de cuadrante, pero desde el día que zarpamos de la isla de los salvajes, había observado la dirección, y como sabía cuánto se desviaba a sotavento la goleta, esperaba dar con la Isla de Coral sin gran dificultad, y confiaba tanto más en esto cuanto que sabía la situación de la isla por la carta, que era buena.

Como el tiempo era bueno y parecía firme, y como estaba en el área de los monzones, hice los preparativos necesarios para izar la gavia. La tarea era ardua y mis primeras tentativas fueron un fracaso completo, debido a mi reprehensible ignorancia de las piezas mecánicas. El primer error que cometí fue el de aplicar mi aparato de garruchas y poleas a una cuerda demasiado delgada, y en cuanto tiré de ella se partió y salí tambaleándome hasta la escotilla de popa, donde me caí, tropezando con el botalón y rodando por la escalera hasta la cámara. El inesperado accidente me dejó atontado y magullado, porque podía haberme estrellado. Para que no se repitiera el caso en la segunda tentativa, desmonté el aparejo y lo monté de nuevo con garruchas y cuerdas más gruesas; pero aun cuando resultaba correcto el principio a que me atenía, resultaba tan pesado el mecanismo que solamente la fricción y la rigidez de las gruesas cuerdas me impedían moverlo en absoluto. Luego conseguí hacer las cosas más proporcionadas; pero mientras las perfeccionaba, no podía menos de pensar que hubiera sido mucho mejor saber todas aquellas cosas por la observación y por el estudio, que aguardar a verme obligado a adquirir el conocimiento con las tediosas y dolorosas lecciones de la experiencia.

Preparado el aparejo y en buen estado de funcionamiento, empleé gran parte del día en izar la gavia mayor y trabajar al mismo tiempo de tal forma que con un poco de vigilancia no perdiera el rumbo de la goleta. Merced a esto pude andar por el puente y bajar a la cámara por las cosas que me nacían falta y guisar y comer. Pero no me atrevía a fiarme del sistema en las tres horas que dedicaba al descanso por la noche, temiendo que saltase el viento y me apartase del derrotero mientras dormía. Por tal razón tenía que dejar quieto el barco, poniendo el timón y el velamen en tal

posición que, obrando uno contra otro, conservasen estacionaria la goleta. Así, después del descanso nocturno no tenía más que corregir la desviación y continuar mi derrota.

Es en vano decir que estaba algo inquieto por si se presentaba algún chubasco; pero tomé las mejores precauciones que podía tomar en tales circunstancias, y concluí por soltar los brazos de barlovento de las gavias y las drizas al mismo tiempo, para dejarlas casi impotentes. Además, procuré observar con frecuencia el barómetro de la cámara para ver si descendía bruscamente, y en tal caso poner en juego mis múltiples sistemas para reducir el velamen y evitar que el cambio de tiempo me cogiese desprevenido. Así navegué prósperamente durante un par de semanas con buen viento, y calcule que debía de estar ya muy cerca de la Isla de Coral, ante cuya idea mi corazón palpitaba de alegre esperanza.

El único libro que encontré a bordo, después de mucho buscar, fue un tomo de los viajes del capitán Cook. Supongo que el capitán pirata lo llevaría para orientarse y sacar datos relativos a las islas de aquellos mares. El libro me pareció delicioso, y no sólo aprendí en él muchas cosas interesantes acerca del mar que estaba surcando, sino que corroboré con él muchas opiniones mías derivadas de la experiencia, y otras pude corregirlas. Aparte de la lectura de este libro encantador y de la diaria rutina de las ocupaciones, no me ocurrió nada de particular durante el viaje, excepto una noche en que al levantarme, después de mis tres horas de sueño, cuando aún no había salido el sol, me encontré flotando en lo que parecía un mar de fuego azul. Había contemplado muchas veces la belleza de la luz fosforescente, pero ésta excedía mucho a todo lo que había visto. El mar parecía de leche y estaba notablemente brumoso.

Apresuradamente eché un balde al mar para coger agua y bajé a la cámara a examinarla. Apenas me hube acercado a la luz, desapareció la extraña fosforescencia, pero al apagar la lámpara reapareció. El fenómeno me interesó grandemente y, cogiendo un poco de agua en el hueco de la mano, la dejé escurrir y la mano quedó luminosa, pero en cuanto la puse a la luz desapareció la luminosidad, y apareció al volver a la oscuridad. Entonces cogí la lente grande del catalejo del barco y examiné detenidamente mi mano, observando que había en ella una o dos manchas pequeñas de una sustancia transparente como gelatina, pero tan tenue, que era casi invisible a simple vista. Así llegué a saber que la luz fosforescente que tantas veces había admirado era causada por animalitos indudablemente de la misma clase que la medusa y otros que se ven en todas las partes del mundo.

El día decimocuarto de mi viaje, me quedé dormido, siendo despertado por un estrepitoso graznido que me estremeció, y al mirar en tomo mío quedé gratamente sorprendido al ver un gran albatros cerniéndose majestuosamente sobre la goleta. Inmediatamente se me metió en la cabeza que aquél era el albatros que había visto en la Isla de los Pingüinos. Claro está que no tenía ningún fundamento para suponerlo, pero se me ocurrió la idea no sé cómo, y la acaricié, mirando al ave con tanto afecto como si fuera un antiguo amigo. El albatros me acompañó todo el resto del día, y me

dejó al anochecer.

Al día siguiente, al comenzar a amanecer, me hallaba al pie del timón con los ojos cargados, porque había dormido mal, esperando con ansia la luz del día y escudriñando el horizonte, donde veíase algo semejante a una nube negra sobre el oscuro firmamento. Como estaba siempre alerta por si sobrevenía algún chubasco, corrí a popa. Desde luego, de eso se trataba, de un chubasco, y me puse a escuchar, porque me parecía notar el mido del viento que se acercaba.

Inmediatamente me puse a trabajar con rapidez en mi engorroso y pesado aparejo de recoger velas, y en el espacio de hora y media quedaron reducidas la mayoría. Mientras me dedicaba a esta operación, la aurora fue surgiendo. De vez en cuando dirigía una furtiva mirada al mar. Las cosas parecían empeorar; corrí a asomarme a la borda. Oíase claramente el mido de las olas al romperse contra una costa; y en cuanto lució sobre el océano el primer rayo del sol naciente, clavé los ojos y vi...

¿Estaba soñando?... ¡Aquellas magníficas rompientes con un incesante rumor!... ¡la cumbre de la montaña que veía!...

¡Sí!... ¡Ante mis ojos estaba la Isla de Coral!

CAPÍTULO XXIX

No podría decir qué fue lo que me impidió rodar por el puente bajo el tumulto de encontradas emociones que llenaron mi corazón al descubrir a mi bella isla. Aún distaba muchas millas, pero no se hallaba lo suficientemente lejos para impedirme ver claramente el contorno de las dos montañas que aparecían bien distintas.

Mi primer impulso fue proferir una exclamación de gratitud por haber sido devuelto sano y salvo a mi pasada residencia; mi segunda idea fue brincar, palmotear, gritar y correr de un extremo a otro por el puente, sin más objeto que dar salida a mis excitadas sensaciones.

Finalmente, bajé a por el catalejo, y perdí mis buenos diez minutos rabiando, lleno de impaciencia, tratando de enfocar el instrumento y frotándome los ojos hasta levantarme el pellejo, sin darme cuenta de que no tenía la lente grande porque se la había quitado para examinar el agua fosforescente.

Luego dirigí impacientemente la mirada a las velas, deplorando haberlas arriado apresuradamente, y en un instante pensé volver a izar la gavia mayor; pero recordando que esto me llevaría medio día largo y que con la velocidad con que marchaba la goleta, en dos horas llegaría a la isla, deseché inmediatamente la idea.

El resto del tiempo lo pasé haciendo febriles preparativos para cuando llegase y pudiera ver a mis compañeros. Recordé que no tenían costumbre de levantarse antes de las seis, y como no eran más que las tres, calculé que llegaría antes de que se despertasen. Además, hice los preparativos precisos para echar el ancla, calculando que podía anclar en el lago ante la choza, porque sabía perfectamente la profundidad del paso del arrecife y la del lago. Afortunadamente, el ancla pendía del cabestrante pequeño, pues cíe otro modo no hubiera podido echarla, mientras que así no tenía que hacer más que cortar el aparejo para que cayera por su propio peso. Entre las banderas encontré la negra, y la icé en el tope del mástil. Mientras hacía esto, se me ocurrió una idea. Fui al polvorín, tomé un cartucho de pólvora y cargué el cañón, que, como se recordará, estaba descubierto al huir de la isla de los salvajes, y como no tenía medios de cerrarlo, había ido al descubierto todo el viaje. Engrasé bien la boca, y antes de retirarme de proa, metí en la lumbré el punzón de hierro. Todo estaba ya dispuesto. Soplabá una firme brisa de cinco nudos, de modo que ya no distaba más que un cuarto de milla del arrecife. Al llegar a la entrada, la goleta se deslizó por ella rápidamente, y miré con afecto a la enorme ola que se estrellaba, como si hubiera sido la misma que vi cuando me despedí de la isla, creyendo que sería para siempre. Al llegar frente al jardín acuático cerré el timón. El barco viró, describiendo una rápida y graciosa curva frente a la choza. En seguida corrí a proa, solté el ancla, fui por el hurgón de la cocina, que estaba al rojo, lo apliqué al oído del cañón, y saludé a las montañas con un estampido que despertó los dormidos ecos.



La detonación fue eficaz. Al momento salió Peterkin de la choza dando saltos, a medio vestir y con los ojos saltándosele de las órbitas de sorpresa y terror. Dirigió una mirada al barco, lanzó un chillido y huyó al bosque como un gato montés. Un instante después hacía lo propio Jack, con la diferencia de que sus movimientos eran menos cómicos, pero sí tan vigorosos y rápidos como los de Peterkin.

—¡Eh —grité medio loco de alegría—. ¡Eh! ¡Peterkin! ¡Jack! ¡Eh! ¡Soy yo!

Mis voces los detuvieron a tiempo. Se pararon, se volvieron, y en cuanto repetí la voz acudieron corriendo a la playa. Yo no pude contenerme. Tiré la chaqueta y salté por la borda, al mismo tiempo que Jack se tiraba al agua. Un momento después, nos encontramos y nos zambullimos hasta el fondo como la cosa más natural del mundo. Como estábamos medio asfixiados, volvimos a escape a la superficie, donde Peterkin sobrenadaba trabajosamente como un pato herido, riéndose, gritando y atragantándose con el agua salada.

Es imposible que una descripción pueda dar al lector idea adecuada de la escena

que se desarrolló cuando estuvimos en tierra. Chorreando como estábamos, nos abrazábamos, gritábamos y decíamos cosas incoherentes. La escena es más fácil de imaginar que de referir; de manera que echaré el telón sobre esta parte de mi historia y haré saltar al lector un intervalo de tres días.

Durante la mayor parte de este período, Peterkin no hizo nada más que asar cerdos, taro y pan de árbol, y abrumarme obsequiándome con plátanos, ciruelas, patatas y cocos, mientras que yo relataba las terribles y maravillosas aventuras que había corrido desde que nos separamos. Cuando hube terminado, me hicieron repetir el relato, y no satisfechos todavía, tuve que volver a contarlo, mientras que lo comentaban detalle por detalle. Les afectó mucho lo que les dije acerca del probable fin de Avatea. Peterkin no podía soportar la idea de que la pobre muchacha quedase convertida en un *cerdo largo*. Jack, por su parte, apretaba los dientes y esgrimía el puño hacia el mar, diciendo al mismo tiempo que sentía no haberle roto la cabeza a Tataro, y que esperaba que algún día podría plantar sus nudillos en el puente de la nariz del jefe. Cuando me hubieron dejado seco, como decía Peterkin, extrayéndome todos los recuerdos con la bomba de las preguntas, les dije que me contasen lo que les había sucedido a ellos durante mi ausencia, y especialmente como habían salido de la Caverna de Diamante.

—Pues verás —comenzó Jack—: después de haberte salido de la gruta el día que te raptaron, te esperamos pacientemente media hora, porque no esperábamos que volvieras antes. Después nos pusimos a murmurar contra ti por hacernos aguardar tanto, sabiendo que estaríamos inquietos, y cuando transcurrió una hora nos alarmamos, y resolví salir a toda costa a ver qué había sido de ti, aun sintiéndolo mucho por el pobre Peterkin, que decía: «Si tú no vuelves, me quedaré encerrado aquí toda la vida». Yo le prometí no cometer ninguna temeridad, y me dejó marchar, cosa que consideré de verdadero valor en él.

—Siempre he creído tenerlo —interrumpió Peterkin, mirando a Jack por encima de la monstruosa patata que estaba devorando.

—Pues bien —continuó Jack—; figúrate mi consternación al ver que no respondías a mis llamadas. De pronto, creí que te habrían matado los piratas, dejando tu cadáver en el bosque o tirándolo al mar; pero luego pensé que no les reportaba ningún beneficio, y saqué la conclusión de que te habían llevado con ellos. Al ocurrírseme esta idea, vi la goleta pirata al Norte, con el casco casi escondido en el horizonte, y me senté en las rocas para ver cómo se iba hundiendo y desapareciendo de mi vista lentamente. Te aseguro, Ralph, que en aquella ocasión derramé más lágrimas por tu pérdida que en toda mi vida entera...

—Perdóname si te interrumpo, Jack —exclamó Peterkin—; me parece que estás equivocado en eso. Muchas veces me has dicho que de niño te pasabas el tiempo rabiando y llorando desde por la mañana hasta por...

—¡Haz el favor de callarte, Peterkin! —exclamó Jack—. Cuando hubo desaparecido la goleta, volví a la caverna, con gran satisfacción de Peterkin, y le

conté lo que había visto. Hablamos largo tiempo del asunto, y acordamos hacer un registro de los bosques por si te habían matado. Y luego tropezamos con la dificultad de salir de la caverna sin tu ayuda. Peterkin se puso muy nervioso al pensar en ello y debo confesar que yo también sentí cierta alarma, porque solo no podía sacarlo tan rápidamente como había entrado contigo y conmigo. El mismo me dijo que si entonces le hubiéramos tenido un instante más bajo el agua, no hubiera tenido más remedio que abrir la boca.

»Sin embargo, como no había otro remedio, procuré apaciguar su temor lo mejor que pude, añadiendo:

»—Aquí no puedes quedarte a vivir, Peterkin.

»—Claro que no, Jack; aquí sólo puedo morir, y como es cosa que no deseo, propónme algo —me respondió.

»Yo le propuse que aspirase una buena cantidad de aire y confiase en mí.

»—¿No sería mejor hacer un saco de tela de coco, metérmelo en la cabeza y atármelo al cuello? —preguntó con sonrisa triste—. Tal vez así podría respirar bajo el agua.

»—Es inútil —repuse—; se llenaría de agua en seguida y te sofocaría. No hay remedio. Si realmente no puedes contener la respiración tanto tiempo, déjame que te dé un golpe que te deje insensible, y así podré transportarte.

»Mas a Peterkin no le agradó esta idea. Al parecer, temía que no midiese bien la fuerza exacta del golpe y que le diese tan flojo que fuera necesario repetirlo dos o tres veces, lo cual no tenía nada de agradable; o, por el contrario, que se lo diera tan fuerte que le desfigurase la cabeza o acaso lo dejase muerto. Por último, le persuadí para que probase contener la respiración y se dejase llevar por mí, a lo cual accedió, y nos zambullimos.

»Pero aún no estábamos a mitad del camino, cuando empezó a revolverse y a patear como un loco; se desasíó de mí y se pegó contra la roca del túnel, por lo cual me vi obligado a empujarle violentamente hacia la caverna, adonde llegó casi ahogado. En una palabra, había perdido la presencia de ánimo.

—Nada de eso —exclamó Peterkin, indignado—; lo que había perdido era el aire. Si no hubiera tenido presencia de ánimo para patear como lo hice, hubiera estallado en tus brazos.

—Bueno, como tú quieras —continuó nuestro jefe, sonriéndose—; pero el resultado fue que celebramos otra conferencia, y que si no se me ocurre una idea feliz estaríamos todavía discutiendo en la caverna.

—¡Ojalá! —interrumpió de nuevo Peterkin, suspirando—. Ten la seguridad, Ralph, que si sabía que ibas a volver, te hubiera aguardado allí meses enteros, mejor que sufrir la angustia mental que experimenté... Pero sigue.

—La idea que me había ocurrido —continuó Jack— era atarle manos y pies, y luego a un palo fuerte, de dos metros de largo, para reducirle a la impotencia y conservarle rígido. ¡Si hubieras visto, Ralph, la cara de horror que puso cuando se lo

indiqué! Pero comprendió que no había otro remedio, y me dijo que lo pusiera en práctica lo antes posible, diciendo:

»—No es broma, Jack, cuanto más pronto sea, mejor.

»En seguida salí de la caverna, busqué cuerdas y un palo adecuado, y regresé a su lado y lo até, dejándolo tieso y rígido como una momia egipcia. Y, a decir verdad, no era una mala representación de lo que podría ser una momia, si las hubiera, porque estaba más pálido que un difunto.

»—Vamos ya —me dijo Peterkin con voz trémula—; pero nada conmigo lo más cerca que puedas del borde del túnel, antes de sumergirte. Entonces déjame aspirar mucho aire, y como no podré hablar cuando lo haya aspirado, mírame a la cara, y cuando veas que guiño los ojos, bucea. Pero ¡por Dios, date prisa!

»Le prometí prestar la mayor atención a sus deseos, y nadé con él hasta el punto más conveniente.

»Allí le dije:

»—Aprovisiónate de aire.

Peterkin aspiró tanto, que no pude menos de acordarme de la rana de la fábula, que quería hincharse hasta alcanzar el tamaño de un buey. Mientras tanto, le miraba atentamente.

»Finalmente, Peterkin guiñó el ojo izquierdo, yo me hundí de cabeza, atravesamos el túnel como una flecha, y salimos a la superficie del mar abierto antes que pudieras haber contado veinte.

»Peterkin había tomado tan tremenda carga de aire, que al dejar escapar el sobrante lanzó un aullido capaz de oírse a un par de kilómetros y su cambio de sensaciones fue tan brusco y tan grande, que, sin aguardar a que lo sacase a tierra y lo desatase, se puso a cantar y a gritar de alegría. Pero en medio de aquella risa, que hubiera envidiado una hiena, se me escurrió accidentalmente, y se le acabó en un instante la alegría.

»Tras este episodio, terminado felizmente, nos pusimos en el acto a buscar tu cadáver, y no tienes idea de la pena que sentimos al salir, día tras día, a recorrer valles y montañas con el mayor detenimiento. En tres semanas recorrimos toda la isla, y nos quedamos, al menos, con la satisfacción de saber que no te habían matado. Pero luego pensamos que podían haberte tirado al mar, y examinamos las arenas y el lago, y después todo el contorno del arrecife.

»Un día, estando en el arrecife, vio Peterkin un objeto pequeño y oscuro entre las rocas, que parecía distinto de las piedras que le rodeaban, y al acercarnos vimos que era un barril pequeño, encontrándonos con que estaba lleno de pólvora cuando lo destapamos.

—Yo fui quien os lo envió —dije, sonriendo.

—¡Alto! —exclamó Peterkin enérgicamente, poniéndose de pie y tendiendo la abierta mano a Jack—. ¡venga mi dinero en el acto, o te encerraré en una cárcel de deudores en cuanto lleguemos a Inglaterra!

—Te daré un pagaré mientras tanto —repuso el otro, riéndose—. Siéntate, y estéte callado. Lo ocurrido es, Ralph que al encontrar el barril de pólvora, Peterkin apostó mil libras esterlinas a que tú tenías algo que ver con el hallazgo, y que yo acepté la apuesta, opinando que tú no tenías relación alguna con dicho hallazgo.

—Pues ha ganado Peterkin —dije y, a continuación, expliqué cómo había ocurrido la cosa.

—Nos ha sido muy útil —continuó Jack—. Parte de ella se había mojado, pero con el resto pusimos en servicio activo la pistola, con la que Peterkin se ha hecho un gran tirador. Pero continúo. No encontramos ningún vestigio tuyo en al arrecife, y finalmente perdimos la esperanza de volver a verte. Desde entonces empezamos a encontrar triste la isla, y comenzamos a desear que se presentase algún buque y nos sacase de ella. Pero ahora que has vuelto nos parece tan risueña y alegre como siempre, y la queremos tanto como antes. Tengo grandes deseos de visitar otras islas de estos mares —agregó—, y nadie podrá impedirnoslo ahora que poseemos una goleta de primera.

—Eso es precisamente lo que iba a proponer —exclamó Peterkin—. Voto por la salida inmediata.

—Yo creo —dijo Jack—, que lo primero que debemos hacer es dirigirnos a la isla donde vive Avatea y tratar de persuadir a Tataro para que la deje casarse con el negro a quien ama, en vez de convertirla en un *cerdo largo*. Si ese reyezuelo nos conserva un átomo de gratitud, nos complacerá. Además, habiendo sido adalides de esa joven, nos corresponde, como verdaderos caballeros, no reposar hasta que la hayamos libertado. Por lo menos, todos los héroes de todas las historias que he leído consideraban como una gran desgracia dejar sin terminar semejantes empresas.

—A mí no me importa lo que hicieron los caballeros de tus historias —dijo Peterkin—, pero creo que será muy divertida la empresa; de manera que estoy a vuestra disposición para lo que haga falta.

El plan de Jack era muy propio de su naturaleza romántica e impulsiva, y una vez resuelto a salvar a la joven negra, no podía descansar hasta dar comienzo a la aventura.

—El intento ofrece muchos peligros —dijo, después de una larga discusión del asunto—; pero ¿me acompañaréis, a pesar de todo?

—Vamos contigo —dijimos a un tiempo.

—¿Eres capaz de dudarlo? —Pregunte yo.

—Ni por un momento —añadió Peterkin.

Creo inútil decir que, estando decididos a emprender el viaje, no perdimos tiempo en hacer los preparativos necesarios, y como la goleta estaba provista de todo lo necesario para una larga travesía, tuvimos poco que hacer, aparte de añadir a nuestra repleta despensa cocos, pan de árbol, taros, ñames, ciruelas y patatas, más que por nada, por llevar con nosotros el mayor tiempo posible la fragancia de nuestra querida isla.

Cuando todo estuvo preparado, hicimos una visita de despedida a los diversos lugares familiares donde habíamos pasado el tiempo. Subimos a la cumbre de la montaña para contemplar por última vez el espléndido y verde follaje de los valles, las blancas arenas de la playa, el plácido lago y la barrera de arrecife de coral con sus encrespadas olas. Luego descendimos al Acantilado de los Chorros, para mirar el monstruo verde pálido que en días pretéritos habíamos tratado de alcanzar en vano. Después corrimos al jardín acuático, y dimos la última zambullida en sus claras aguas y las últimas piruetas en los bosques coralinos. En seguida, adelantándome a mis compañeros, me vestí rápidamente para poder examinar largamente mi acuario, el cual había sido cuidado por Peterkin con toda la ternura de su corazón como vivo recuerdo mío, más que por amor a la Historia Natural. Se hallaba en excelente estado; el agua estaba clara y transparente como el cristal; las tres algas rojas y verdes, más brillantes que nunca; las anémonas rojas, purpúreas, amarillas, verdes y rayadas, abiertas por completo y extendiendo sus brazos como para abrazar y dar la bienvenida a su dueño; la estrella de mar, los zoófitos y los innumerables animales marinos, feos y bellos, y los cangrejos, tan despiertos, impertinentes, rampantes y tercos como siempre, según frase de Peterkin. Estaba realmente tan bonito y tan interesante aquel acuario, que me producía pena tener que dejarlo.

Finalmente, volvimos a la choza, recogimos los pocos artículos que poseíamos, tales como el hacha y el lapicero, el catalejo roto, el cortaplumas, el anzuelo hecho con la sortija de bronce y la aguja de coser velas, cosas todas ellas llevadas por nosotros, y también las botas altas, la pistola y varias curiosas prendas de vestir que habíamos confeccionado en distintas ocasiones.

Todo esto fue llevado a bordo en unión del botecito. Después grabamos, como se indica, nuestros nombres en un tarugo de palo de hierro:

Jack Martín
Ralph Rover
Peterkin Gay

Hecho esto, el tarugo fue llevado dentro de la choza.

Finalmente, izamos el bote a bordo y levamos el ancla, operación que nos costó bastante trabajo y tiempo, porque era tan pesada, que no podíamos moverla sin ayuda de mi compleja maquinaria de garruchas y poleas. Cuando fue desplegada la vela, poco antes de anoecer, soplaba brisa firme de tierra, merced a la cual pudimos pasar el arrecife y salir al mar libre. Las cimas de la isla se esfumaron con rapidez al extenderse las sombras de la tarde, mientras que nuestra goleta saltaba ligera sobre las olas. Con lentitud se hundió en el horizonte la cumbre de la montaña, hasta terminar reducida a un punto.

Un momento después, conjuntamente, el sol y la Isla de Coral parecieron hundirse en el inmenso seno del Pacífico.

CAPÍTULO XXX

Aquel viaje nuestro duró dos semanas; durante las mismas, resultó tan interesante como próspero. La brisa continuaba siendo buena generalmente, y nos permitía seguir nuestro rumbo; porque, como ya he dicho, el barco tenía forma de clíper, y como podía ceñirse mucho al viento, se desviaba poco a sotavento. El manejo de las velas no ofrecía ahora dificultades, porque Jack era corpulento y forzado, y Peterkin, ágil como un gato. No obstante, constituíamos una tripulación insuficiente para semejante barco; tanto, que si nos hubieran propuesto hacer más viajes en aquellas condiciones, nos hubiéramos separado con lástima del individuo que nos hiciera semejante proposición, considerándole loco. Medité bastante sobre esto, y saque la conclusión de que los hombres ignoran lo que son capaces de hacer, hasta que prueban, y, por consiguiente, no debemos abandonar desesperados ninguna empresa, por difícil que parezca, siempre suponiendo que nuestra causa es buena y que podemos pedir la divina bendición para ella.

Por lo expuesto, aun cuando lográbamos manejar el velamen fácilmente, mis poleas nos fueron útiles para otras cosas, por mucho que Peterkin se riese de la tosca combinación de cuerdas y poleas, que a los ojos de un marino no tenía nada de bonita. Pero no quiero entretener al lector con los detalles de este viaje. Basta decir que después de una agradable navegación de tres semanas llegamos a la Isla de Mango, que conocí en seguida por la descripción que me había hecho de ella el pirata Bill en nuestras conversaciones.

En cuanto estuvimos a la vista de ella, detuvimos la marcha y celebramos consejo de guerra.

—Antes de seguir adelante en este asunto debemos pesar los pros y los contras —dijo Jack, sentado en la claraboya de la cámara, con nosotros al lado—, porque aun cuando habéis consentido generosamente en acompañarme, sería innoble no daros a entender el peligro de la empresa.

—¡Déjate de peligros! —exclamó Peterkin—. Me extraña oírte hablar de peligros, Jack. Cuando un individuo empieza a hablar de ellos, no tarda en exagerarlos en tal grado, que se queda incapacitado de afrontarlos si se presentan.

—No, Peterkin; esto no se puede tomar a broma —repuso Jack, muy serio—. Estoy de acuerdo contigo en que una vez resueltos a obrar, o decidido lo que se ha de hacer, no se debe volver a pensar más en el peligro. Pero antes de tomar una resolución me conviene mirar cara a cara el asunto, examinarlo por dentro y exteriormente, porque si nos fiamos de lo que vemos desde lejos, nos exponemos a tener que correr cuando el peligro está cerca. De lo que ha contado Ralph, se deduce que la isla está poblada de caníbales a todo trapo, cuya ley principal es la de que la fuerza impera sobre el derecho y que el mas débil es el que paga los vidrios rotos. ¿No es así?

—Sí —repuse—; eso me dio a entender Bill; pero también me dijo que en la parte

sur de la isla, los misioneros habían logrado poner el pie en una tribu insignificante. Fue enviado allí un misionero indígena, el cual consiguió convencer al jefe de aquella gente para que abrazase el cristianismo. Pero en vez de una ventaja para nosotros, es todo lo contrario, porque el jefe Tataro es un resuelto idólatra pagano, y persigue a los cristianos, los cuales son demasiado escasos para ofrecerle resistencia, y mira con disgusto a los blancos, como propagadores de la nueva fe.

—Es una lástima que sea tan pequeña la tribu cristiana —dijo Jack—, porque me temo que no estemos seguros bajo su protección. Si se le mete en la cabeza a Tataro apoderarse de nuestro barco o matarnos, lo hará. ¿Dices que sabe inglés el misionero indígena?

—Creo que sí.

—En ese caso, propongo lo siguiente: dar un rodeo para buscar el lado sur de la isla y fondear en el pueblo indígena. Estamos demasiado apartados para que puedan habernos visto los salvajes; de suerte que podemos llegar allí y arreglar nuestros planes antes de que las tribus paganas se enteren de nuestra presencia. Pero al hacer esto corremos el riesgo de ser capturados por las tribus hostiles y que nos maltraten o... nos...

—O nos asen vivos y nos coman —exclamó Peterkin—. Pues vamos allí, Jack. Tú mismo acabas de decirnos que el peligro hay que mirarlo cara a cara.

—Eso es lo mejor de todo. ¿Estás dispuesto, pues, a correr el albur?

—Estoy preparado y lo tengo resuelto desde hace tiempo —exclamó Peterkin, paseándose por el puente con las manos metidas en los bolsillos del pantalón—. Realmente, lo que creo es que Tataro no ha de ser tan desagradecido que se nos zampe, sino que, por el contrario, se complacerá en darnos lo que le pidamos. Así, pues, cuanto antes lleguemos y ganemos la partida, mejor.

Pero Peterkin se equivocaba en el cálculo de la gratitud salvaje, como se verá después.

Hechas las maniobras necesarias y después de un largo recorrido hacia el Sur, llegamos a aquella parte de la isla antes de la puesta de sol, y nos mantuvimos a la capa ante el arrecife de coral. Allí aguardamos la llegada de una canoa, que se dirigió a nosotros en cuanto nos vio aparecer. En cuanto atraco al costado de la goleta, subió a bordo un indígena de aspecto apacible y como de unos cuarenta años de edad, y quitándose el sombrero de paja que llevaba, nos hizo una profunda reverencia.

Vestía un terno europeo bastante decentito, y las primeras palabras que pronunció al acercarse a Jack y estrecharle la mano fueron:

—Buenas tardes, señores; celebro mucho verles aquí, y les doy mi más cordial bienvenida.

Devuelto debidamente el saludo, Jack exclamó:

—Vos debéis de ser el misionero indígena de quien nos han hablado, ¿verdad?

—Yo soy, sí, señor; y tengo la satisfacción de servir a Nuestro Señor Jesucristo en esta isla.

—Pues sois precisamente la persona a quien queríamos ver —repuso mi amigo—. Es una suerte. Bajad a la cámara, amigo, y tomaréis un vaso de vino. Tengo que hablar con vos particularmente. Mis hombres —señalando a Peterkin y a sí— se cuidarán de las personas que vienen con vos.

—Muchas gracias —dijo el misionero, siguiendo a Jack a la cámara—. Yo no bebo vino, ni ninguna bebida fuerte.

—Pues beberéis agua y tomaréis una galleta.

—¡Qué fino! —dijo Peterkin—. ¡Los hombres! ¡Claro que lo somos! Y como somos hombres, podemos hombreárnoslas con estos negritos. ¡Eh! ¡Venid aquí! —gritó, llamando a media docena de indígenas que estaban en el puente contemplándolo todo con asombro.

—Esto es para vosotros —y les entregó una bandeja con galletas rotas y un jarro de agua. Luego se metió las manos en los bolsillos del pantalón y se puso a pasearse por el puente con aire fanfarrón, silbando estrepitosamente.

Al cabo de media hora volvieron al puente Jack y el misionero, y éste, después de despedirse afectuosamente, se metió en su canoa y se alejó.

Entonces se acercó Peterkin a Jack, y llevándose la mano a la gorra, le dijo:

—Mi capitán, ¿tenéis algo que comunicar a vuestros hombres?

—Sí, que te espabiles, cuides del timón y calles la boca, mientras meto la goleta por el paso del arrecife. El misionero, que parece una excelente persona, dice que hay bastante fondo y buen sitio para fondear dentro del lago, junto a la costa.

Mientras el barco se deslizaba lentamente hacia el fondeadero, impulsado por una ligera brisa, Jack nos explicó que Avatea seguía en la isla, entre los gentiles; que había expresado su deseo de unirse a los cristianos, y que Tataro no se lo permitía y la tenía constantemente presa.

—Además —agregó Jack—, he sabido que pertenece a una de las islas de Samoa, donde el cristianismo había sido introducido mucho antes de ser capturada por los paganos de una isla vecina. El mismo día que fue cogida iba a ser recibida en una iglesia establecida allí por la sociedad misionera de Londres. El misionero me ha dicho también que la pobre muchacha está enamorada de un jefe cristiano que vive en una isla a cincuenta millas próximamente al sur de ésta, y que anda buscando el medio de escaparse a la desesperada. Como veis, hemos llegado oportunamente. Me figuro que ese individuo es el jefe de quien oíste hablar en la isla de Emo. Además de lo dicho, los salvajes paganos están en guerra, y pasado mañana se va a dar una batalla, en la que Tataro es uno de los jefes principales; de suerte que no podremos comenzar nuestras negociaciones con ese granuja hasta el siguiente día.

El pueblecito en cuyas aguas habíamos anclado tenía una bonita situación en la cabeza de una pequeña bahía, desde cuyo margen se extendía un espeso arbolado tropical hasta la cúspide de una pequeña cordillera, que era la línea de demarcación entre los cristianos y los paganos.

El terreno del poblado era una extensa área de tierra llana que se extendía desde el

mar hasta la montaña. Las casas se alzaban protegidas contra el reflejo del mar por el espléndido follaje de los árboles que bordeaban las orillas. El pueblo tendría un par de kilómetros de largo, en perfecta línea recta, con un ancho camino en el centro bordeado de árboles, cuyas delicadas y bellas flores pendían bajo sus crestas de pluma, añadiendo riqueza a la escena. Las casas de los indígenas estaban construidas bajo estos árboles, y todas se hallaban muy bien cuidadas, con su jardincito delante, dispuesto y plantado con gusto. El pavimento de las calles y sendas era de guijarros blancos y negros.

Todas las casas mostraban puertas y ventanas venecianas, pintadas parcialmente con negro de humo, hecho con la nuez-bujía, y en parte, de ocre oscuro, que contrastaba poderosamente con la deslumbradora cal de coral que cubría las paredes. En sitio prominente se alzaba la hermosa iglesia, que era una curiosidad a su modo. Medía treinta metros de largo por quince de ancho, y tenían cabida en su interior más de dos mil personas. Tenía seis grandes puertas de dos hojas y doce ventanas de celosía, y aunque era un edificio grande y sólido, lo habían construido en dos meses nada más, según nos dijo el misionero. En su construcción no había entrado ni un solo clavo de hierro, y como herramientas habían usado principalmente hachas y otros instrumentos de piedra y hueso, pues no tenían sino dos herramientas europeas. En todo aquel bello lugar se respiraba paz y abundancia, y al echar el ancla, a un tiro de piedra del solido desembarcadero de coral, no pude menos de compararlo con el desdichado pueblo de Emo, donde tan horribles escenas había presenciado.

Cuando, después, me dijo el misionero que no hacía más que un año que se había convertido al cristianismo la gente de su tribu, y que anteriormente había vivido en la práctica del más cruel sistema de idolatría, se me escapó esta exclamación:

—¡Qué prueba más convincente de que el cristianismo es de Dios!

Al desembarcar de nuestro bote pequeño fuimos recibidos cordialmente por el misionero y su mujer, que también era indígena y llevaba un sencillo vestido europeo y un sombrero de paja. En la costa había centenares de indígenas, más o menos vestidos con tela fabricada por ellos. Algunos hombres lucían una especie de poncho de este tejido, y las piernas al aire. Otros llevaban toscos pantalones, sin más prendas en la parte superior del cuerpo que un sombrero de paja o de tela. Muchos de los vestidos, tanto masculinos como femeninos, eran sumamente grotescos, porque imitaban malamente a los vestidos europeos; pero todos iban vestidos de algún modo. Parecía que les alegraría nuestra presencia, y nos rodearon cuando el misionero nos llevó a su vivienda para obsequiarnos suntuosamente con cerdo asado y gran variedad de frutas y vegetales de los que se criaban en la isla. Lo que nos molestaba eran las ratas, que corrían por la casa como animales domésticos. Estando en la mesa, se asomo una por el borde del mantel junto al codo de Peterkin, el cual la tiró al suelo dándole un golpe en el hocico y exclamando al mismo tiempo:

—¿Por qué no ponéis ratoneras para estos bichos, señor misionero? Seguramente no os gustará tenerlos.

—No —repuso el misionero, sonriéndose—; de buena gana las exterminaríamos, si pudiésemos; pero si fuéramos a cazar todas las ratas que hay en la isla, no podríamos dedicarnos a otra cosa.

—¿Tan numerosas son? —preguntó Jack.

—Son una plaga. Los pobres idólatras del otro lado de la isla se las comen, y dicen que están muy buenas. También las comían aquí; pero ya no comen tantas porque el misionero que estuvo aquí antes que yo les mostró el disgusto que le causaba vérselas comer. Los infelices indígenas le preguntaron si era malo el comer ratas, y él les dijo que no, pero que los ingleses se disgustarían mucho si les diesen a comer dichos roedores.

Aún no hacía media hora que estábamos en casa de aquel bondadoso individuo, cuando ya nos sentíamos completamente convencidos de la verdad de lo que había dicho acerca del número de ratas. Corrían por el suelo a docenas, y mientras comíamos tuvieron que permanecer dos hombres al lado de la mesa, sin más misión que espantarlas.

—Es una lástima que no tengáis gatos —dijo Peterkin, descargando un golpe contra una intrusa temeraria, pero sin alcanzarla.

—Nos gustaría tenerlos —repuso el misionero—, pero son difíciles de obtener. Los cerdos matan muchas, pero no reducen su número. He oído decir que los cerdos son mejores que los gatos.

Al decir esto se animó el bondadoso y negro semblante del misionero con una sonrisa, y al notar que me había fijado en él, dijo:

—Me reía recordando lo que ocurrió al primer gato que llevaron a Raratonga, que es una de las estaciones de la Sociedad misionera de Londres. Dicha isla se encuentra, como ésta, infestada de ratas, y al fin, consiguieron llevar un gato. Era negro y grande, y al soltarlo, en vez de permanecer contento entre los hombres, se escapó a las montañas y vivió en estado silvestre, haciendo por la noche algunas visitas a las casas de los indígenas. Como algunos vivían lejos de la colonia y no estaban enterados de lo del gato, se llevaron unos sustos espantosos; lo llamaban monstruo de los Infiernos, y huían aterrados. Cierta noche, el animal, supongo que deseoso de compañía, se dirigió a la casa de un jefe que se había convertido recientemente al cristianismo y que empezaba a saber leer y a rezar. La esposa del jefe, que estaba a su lado despierta, mientras el jefe dormía, vio, con horror, dos luces verdosas en la puerta, y oyó, con sorpresa, una voz misteriosa. Casi petrificada de terror, despertó a su marido y se puso a vituperarlo por haber olvidado su antigua religión y por haber quemado a su dios, que, según ella, venía ahora a vengarse.

»—¡Levántate y reza! ¡Levántate y reza! —le gritó.

»El jefe se levantó, y al abrir los ojos y ver aquellas dos luces fulgurantes, y al oír aquel sonido siniestro, juzgó que el caso era urgente y con toda la vehemencia posible se puso a vociferar el alfabeto como si fuera una oración, para que Dios le librase de la venganza de Satanás. Al oír el gato los gritos, se alarmó tanto como el matrimonio,

y huyó precipitadamente, dejando al jefe y a su mujer congratulándose de la eficacia de su rezo.

Nos reímos mucho con esta anécdota, que el misionero relató en tan buen inglés, que no se hubiera dicho que era un indígena si no hubiera sido por el color de su piel y por el acento extranjero.

Al día siguiente salimos con él, y nos distrajo e instruyó mucho su conversación, mientras caminábamos por los frescos y sombríos bosques de bananeros, limoneros y otros árboles, o recorríamos las casas de los indígenas, viéndolos trabajar con diligencia en sus plantaciones de taro o fabricando tapa, cierta tela indígena. Jack interrogó a algunos de ellos por mediación del misionero, y sus respuestas nos sorprendieron por la extensión de su conocimiento.

Peterkin dijo, no sin razón, que al parecer, sabían mucho más que el propio Jack.

Entre otros datos interesantes obtuvimos los siguientes acerca de las formaciones de coral:

—Las islas del Pacífico —dijo nuestro amigo—, son de tres especies o clases diferentes. Unas hay que son volcánicas, montañosas y silvestres; algunas llevan sus escarpados picos hasta las nubes, a tres mil y cuatro mil metros de altura. Otras son de piedra caliza cristalizada, y su altura varía de trescientos a mil quinientos metros. Las montañas de estas islas no son tan agrestes ni escarpadas como las de las anteriores que he mencionado, sino que están revestidas de vegetación y son muy bellas. No me cabe duda de que la Isla de Coral, donde naufragaron ustedes, pertenece a la segunda clase. Supónese que han sido elevadas del fondo del mar por las fuerzas volcánicas. Finalmente, existe una última especie, que son las islas bajas, coralinas, que generalmente tienen lagos en el centro. Éstas son muy numerosas.

»En cuanto al modo de formarse las islas y arrecifes de coral, hay varias opiniones. Voy a hablaros de esa especie tercera, que es la que me parece más probable teoría, y puedo añadir que defienden algunos de los misioneros mejores y más científicos. Sábese que en el agua salada hay mucha cal, y también se sabe que el coral se compone de cal. Supónese que los pólipos o zoófitos de coral tienen la facultad de atraer esta cal a su cuerpo, y con este material construyen la celdilla que les sirve de habitación. Los pólipos eligen la cumbre de un volcán o de una montaña submarina, como cimiento para sus construcciones, porque se ha descubierto que nunca trabajan a grandes profundidades. Los que trabajan sobre las cumbres de las montañas son los primeros que llegan a la superficie, y después los que trabajan en los bordes exteriores, formando así el arrecife de coral que rodea el lago y a la isla central. Entonces dejan de trabajar los insectos del lago. Al llegar a la superficie mueren estos maravillosos seres por miríadas, y entonces las aves visitan el lugar, las semillas se distribuyen, arraigan, germinan y florecen. Así se están levantando esas islitas coralinas que tanto abundan en estos mares. Los arrecifes que rodean la isla grande se han formado de la misma manera. Cuando consideramos —añadió el misionero— la pequeñez de los arquitectos empleados por nuestro Padre celestial

para dar forma a estas preciosas y admirables islas, sentimos lo mismo que indujo al antiguo rey a exclamar: “¡Cuán diversas son tus obras, oh, Dios! ¡Con cuánta sabiduría has hecho todo!”.

Nos sentíamos de perfecto acuerdo con el misionero, y nos agradó no poco ver corroboradas en tanta extensión las opiniones que Jack y yo habíamos deducido de nuestras observaciones personales en la Isla de Coral.

El misionero nos contó también cómo había sido introducido el cristianismo en aquellas islas.

—Los primeros misioneros llegaron aquí hace tres años en un barco pequeño, y el jefe, que ya ha muerto, prometió tratar bien a los misioneros indígenas que se quedaran con sus mujeres en la isla. Pero apenas se hubo retirado el barco, el bote que nos había desembarcado, los indígenas comenzaron a maltratar a sus huéspedes, arrebatándoles cuanto poseían e infligiéndoles otras violencias: de suerte que cuando fue enviado el bote a toda prisa a recogerlos, hombres y mujeres estaban medio desnudos, porque les habían arrancado la ropa a tirones.

»Dos años después volvió el buque, y yo, que venía a bordo, me ofrecí a desembarcar solo, sin nada y sin nadie, pidiendo solamente que me trajesen a mi esposa al año siguiente, es decir, este año, y ya ven ustedes que está conmigo. Pero el oleaje era tan terrible, que el bote no podía traerme a tierra; y así, sin nada más que los pantalones y la camisa, y unos paquetes, con un Catecismo, una Biblia y unos trozos de las Escrituras traducidos al lenguaje mango, me arrojé al mar, llegué a la orilla en la cresta de una ola grande, e instantáneamente me pescaron los indígenas, quienes al oír que no traía nada de valor, me dejaron solo. Entonces hice señas a mis amigos del buque para que se marchasen, y así lo hicieron. Al principio los indígenas me escuchaban en silencio, pero se reían de lo que yo decía predicándoles el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo.

»Después me maltrataron algunas veces; pero yo perseveré y continué viviendo entre ellos, discutiendo y exhortándoles a abandonar su pecaminoso sistema de vida, a quemar los ídolos y a unirse a Jesús.

»Al mes de haber desembarcado me enteré de que había muerto el jefe. Era el padre del actual, que es uno de los más fieles miembros de la Iglesia. Es costumbre aquí estrangular y enterrar con el rey difunto a sus mujeres, y sabiendo esto, fui a escape a su casa para impedir, si era posible, tal crueldad. Cuando llegué me encontré con que ya habían matado a dos mujeres y a la otra estaban estrangulándola. Imploré mucho por ella, pero fue en vano porque ya estaba muerta. Entonces supliqué al hijo que no matase a la cuarta mujer, y después de mucha indecisión mi ruego fue concedido, pero a la media hora la pobre mujer se arrepintió de ser infiel, como ella decía, a su esposo, e insistió en que la estrangulasen, lo cual fue hecho de acuerdo con sus deseos.

»Mientras tanto, el hijo del jefe estaba paseándose por delante de la casa de su padre con un ceño terrible. Al penetrar en ella con él, vi con sorpresa que su padre no

estaba muerto. El anciano estaba sentado sobre una esterilla en un rincón con plácida expresión de resignación en el semblante.

»—¡Cómo! —exclamé—. ¿Has estrangulado a las esposas de tu padre antes de su muerte?

»A lo que el hijo me respondió:

»—Está muerto. Ya no es mi padre. Es como si estuviera muerto. Va a ser enterrado vivo.

»Entonces recordé que entre los isleños de Fiyi existe una cruel costumbre. Cuando el jefe reinante envejece o enferma, el heredero de la jefatura tenía derecho a desposeer a su padre, en cuyo caso se le tiene por muerto y se le enterra vivo. El jefe joven iba a seguir la costumbre, y a pesar de mis vehementes súplicas, el jefe anciano fue enterrado vivo, ante mis ojos, ¡en la misma sepultura que sus cuatro esposas estranguladas! Mi corazón se angustió al ver aquello, y pedí fervientemente a Dios que abriese el corazón a aquellas criaturas como había abierto el mío, y vertiese en ellos la luz y el amor de la Doctrina de Jesús. Mi oración tardó poco en ser atendida. Una semana después, el hijo, que es ahora el jefe de la tribu, vino a mí cargado con un dios cuyo enorme peso le agobiaba, y lo tiró a mis pies, diciendo que lo quemase.

»Fácil es imaginar la alegría que esto me causó. Me abalancé al jefe y le abracé con lágrimas de regocijo. En seguida encendimos una hoguera y redujimos a cenizas el dios entre una gran concurrencia de gente, que parecía aterrorizada de lo que hacíamos y que temblaba aguardando alguna muestra de la venganza que iba a caer sobre nosotros; pero viendo que no sucedía nada, cambiaron de opinión, y pensaron que nuestro Dios debía ser el verdadero. Desde entonces la misión prosperó constantemente, y hoy no hay un solo hombre en la tribu que no haya quemado sus dioses caseros. No quiero hablaros más de nuestros progresos; pero mirad —dijo, moviendo la mano en tomo suyo—: este pueblo y esta iglesia no existían hace un año.

Nos interesó de veras el relato, y yo no pude menos de pedir a Dios mentalmente por la prosperidad de esas sociedades misioneras que envían tan inestimables bendiciones a esas islas de negros y sangrientos idólatras. El misionero añadió que las otras tribus estaban muy indignadas con la suya por haber quemado los dioses, y amenazaban con destruirla, pero no lo habían hecho todavía.

—¿Y si lo intentasen —dijo el misionero—, cómo hemos de tener miedo estando el Señor a nuestro lado?

—¿Tienen muchos establecimientos los misioneros en estos mares? —preguntó Jack.

—¡Oh, ya lo creo! La sociedad misionera de Londres tiene muchos en el grupo de Tahití y en otras islas de ese lado. Los wesleyanos o metodistas tienen todas las islas de Fiyi, y los norteamericanos cuentan también muchos en otros grupos. Pero aún quedan centenares de islas cuyos indígenas no han oído hablar de Jesús ni la palabra divina de Dios, ni del Espíritu Santo, y hay muchos millones que viven y mueren en

la practica de esos horribles pecados y de esos horrendos crímenes de que han oído ustedes hablar. Yo confío, amigos míos —añadió, mirándonos con vehemencia—, yo confío en que al regresar a Inglaterra contaréis a vuestros amigos cristianos que son ciertos los horrores que se dicen de estas islas, y decidles que, aun sabiendo lo peor, no saben ni la mitad, porque todavía se permiten cosas más horrendas, de las que no puede hablarse. También podéis decirles el bien que han hecho aquí los misioneros —concluyo, sonriendo, al mismo tiempo que rodaban por sus negras mejillas unas lágrimas de gratitud.

Aseguramos a nuestro amigo no olvidar su encargo, y al volver hacia el pueblo, al mediodía, hicimos un comentario sobre la hermosa blancura de las casas.

—Eso se debe a la cal con que están blanqueadas —dijo el misionero—. Después de convertir a los indígenas los puse a construir casas para ellos y la hermosa iglesia que podéis ver, y cuando estuvieron terminadas les hice traer coral del mar, y trajeron grandes cantidades. Entonces les mandé traer leña, y, agitando encima el coral, encendí la hoguera.

»—¡Mirad! ¡Mirad! —Gritaba la pobre gente llena de asombro—. ¡Qué gente tan maravillosa son los cristianos! ¡Están tostando piedras! ¡Ya no necesitamos taros ni pan de árbol! ¡Podemos comer piedras!

»Pero su sorpresa fue aún más grande cuando el coral quedó reducido a polvo blanco y fino. Entonces lanzaron grandes gritos, y yo, mezclando la cal con agua, les embadurné el cuerpo y la cara de blanco, y echaron a correr vociferando de alegría. También les sorprendió mucho otra cosa que me vieron hacer. Deseando fabricar unos pocos muebles caseros, construí un torno para ayudarme. Lo primero que torneé con él fue una pata de sofá, y apenas la hube torneado, la cogió el jefe con asombro y alegría y corrió al pueblo a enseñarla a la gente, que la examinó con gran admiración. El jefe entonces la ató con una cuerda y se la colgó al cuello como ornamento. Después me dijo que si la hubiera visto antes de ser cristiano, la hubiera hecho dios suyo.

Al concluir el misionero esta anécdota, llegamos a la puerta de su casa, y diciendo que tenía que atender a varios asuntos, nos dejó solos para que nos distrayésemos como mejor pudiéramos.

—Ahora, muchachos —nos dijo Jack, volviéndose bruscamente y abrochándose la chaqueta—, voy a ver la batalla. No me gusta el derramamiento de sangre; pero quiero averiguar la índole de estos sujetos y observar sus costumbres con mis propios ojos para poder hablar de ellos con autoridad, si es preciso. Sólo debemos andar diez kilómetros y el único riesgo que corremos es recibir una pedrada o un flechazo. ¿Queréis venir?

—Por supuesto que queremos —dijo Peterkin.

—Si por casualidad nos descubren, echaremos a correr —añadió Jack.

—¡Anda! ¿Correr tú? —exclamó Peterkin.

—Yo creía que tenías por indigno huir corriendo de nada.

—No correría si mi deber me mandase combatir —repuso Jack, fríamente—; pero como no quiero luchar, ni pienso hacerlo, si nos atacan correré como el cobardón más grande que jamás se haya visto, Peterkin. ¡Vamos allá!

CAPÍTULO XXXI

Por el misionero sabíamos hacia qué sitio se iba a dar la batalla, al que llegamos después de dos horas de marcha. El lugar elegido era la cima de un pelado monte, porque así como otros isleños gustan de la guerra en el bosque, los de Mango tienen costumbre de luchar en campo abierto. Llegamos antes de que los dos bandos hubiesen comenzado la mortífera lucha, y aproximándonos a gatas avanzamos todo lo posible entre las rocas, y aguardamos.

Ambos bandos estaban uno frente a otro, en líneas de cuatro en fondo. Los guerreros de la primera línea llevaban largas lanzas; los de la segunda, garrotes para defender a los lanceros; la tercera línea la componían jóvenes con hondas, y finalmente formaban la cuarta mujeres con cestas llenas de piedras, para los honderos, y garrotes y lanzas de repuesto para los guerreros de las primeras líneas.

Poco después de llegar nosotros dio comienzo la lucha con gran furia. En el combate no se observaba ciencia ninguna. Los dos bandos de salvajes cayeron uno sobre otro, formando una revuelta masa de hombres. Lucían grotescos gorros de guerra hechos de varias sustancias y decorados con plumas. El cuerpo y la cara los tenían pintados para parecer lo más espantosos posible, y al blandir sus pesados garrotes, saltaban, gritaban, aullaban y se empujaban. Jamas había visto yo hombres tan parecidos a los demonios.

Nos sorprendió mucho el comportamiento de las mujeres, que parecían verdaderas furias y no se apartaban de sus esposos para defenderlos. Vimos una vigorosa joven cuyo marido se encontró acorralado y a punto de ser vencido; pero ella arrojó una gran piedra al enemigo, y del golpe que le dio en la cabeza, le derribó. La batalla no duró mucho. El bando más distante de nosotros flaqueó y retrocedió, dejando dieciocho muertos en el campo. Los vencedores, luego de sacarles los sesos allí mismo, que pusieron en unas hojas, se fueron con ellos, según supimos después, a sus templos a presentárselos a sus dioses, como una muestra de las víctimas humanas que habían de ser llevadas allí después.

Nosotros nos volvimos a toda prisa al poblado cristiano con profunda pena por el sangriento conflicto que acabábamos de presenciar.

Al día siguiente, después de almorzar, nuestro amigo misionero hizo los preparativos necesarios para la realización de nuestro plan.

Al principio trató de disuadirnos, diciendo a Jack:

—No sabéis el peligro que vais a correr al aventuraros entre esos feroces salvajes. Me da mucha lástima la pobre Avatea; pero no es probable que podáis salvarla, y en cambio puede costaros la vida el intento.

—A mí no me importa morir por una buena causa —dijo Jack tranquilamente.

El misionero se sonrió, aprobando lo que decía, y después de hablar un rato sobre el asunto, se ofreció a acompañarnos como intérprete, diciendo que aun cuando Tataro no le quería, siempre le había tratado con respeto.

En seguida nos embarcamos en la goleta, pues habíamos resuelto costear la isla para anclar ante el poblado de idólatras. Tomamos varios indígenas como tripulantes, y calculamos amilanar a los salvajes con el cañón.

A poco llegó a bordo el misionero, y nos hicimos a la mar. Dos horas después hacíamos retumbar en los acantilados el estampido del cañón, que disparamos por vía de saludo, al mismo tiempo que enarbolamos el pabellón inglés en el palo mayor y echamos el ancla. La conmoción que se produjo en la costa nos demostró que habíamos sembrado el pánico entre los indígenas; pero al ver que no hacíamos intención de molestarles, echaron al agua una canoa y se acercaron cautelosamente. El profesor se asomó y les explicó que éramos amigos, y queríamos hablar con el jefe, por lo cual les suplicábamos le dijese que viniera a bordo.

Esperamos la contestación largo tiempo y con mucha impaciencia, y mientras tanto el misionero indígena conversó con nosotros y nos dijo muchas cosas convenientes al éxito del Evangelio en aquellas islas.

Los indígenas que componían nuestra tripulación, y que en aquellos instantes no tenían nada que hacer, se sentaron en el puente y sacaron los libros que contenían los trozos traducidos del Nuevo Testamento, con himnos y reglas de pronunciación, y se entretuvieron vociferando el alfabeto, aprendiéndose de memoria las oraciones o cantando himnos, sin hacer caso de nuestra presencia. El misionero se unió a ellos, y poco después todos rezaban una plegaria que nos fue traducida, y que resultó ser una imploración para salir triunfantes de nuestra empresa y para la conversión de los idólatras.

Mientras tanto llegó una canoa y subieron al puente varios salvajes, uno de los cuales se acercó al profesor y le dijo que Tataro no podía venir aquel día porque andaba muy ocupado con unas ceremonias religiosas que no podían ser aplazadas, y también le tenía entretenido un jefe amigo que se iba a ausentar de la isla, por lo cual rogaba al profesor y a sus amigos que desembarcasen y fueran a visitarle. El misionero contestó que iríamos inmediatamente.

—Yo no llevo armas, y os recomiendo que no las llevéis vosotros tampoco —dijo Jack cuando íbamos a saltar al bote—. Estamos en poder de estos salvajes, y lo más que podríamos hacer si nos atacasen sería matar a unos cuantos antes de que nos redujesen a la impotencia. Creo que nuestra única probabilidad de éxito está en las medidas suaves. ¿No os parece así?

Todos asentimos de buen grado, y Peterkin lo demostró soltando un enorme trabuco y dos pistolones que había cogido para imponer respeto a los indígenas. En seguida saltamos al bote y remando, nos dinamos a tierra.

Al llegar a la playa fuimos recibidos por una multitud de salvajes desnudos que nos dieron una ruda bienvenida a gritos y nos condujeron a una casa o cobertizo, donde estaba preparado para nosotros un cerdo asado y una gran variedad de vegetales. Después de haber comido, el profesor pidió que nos llevasen a la presencia del jefe, pero los indígenas se mostraron inciertos, y después de consultarse unos a

otros, se acercó uno de ellos y habló al misionero.

—¿Qué dice? —preguntó Jack cuando hubo concluido el salvaje.

—Dice que el jefe acaba de ir al templo de sus dioses y no puede vernos todavía, de modo que hay que tener paciencia, amigo.

—Bueno —exclamó Jack, levantándose—; si él no viene a verme, iré a verle yo. Además tengo grandes deseos de presenciar las ceremonias de uno de sus templos. ¿Queréis venir conmigo?

—No puedo —dijo el misionero moviendo la cabeza—; no debo entrar en los templos de los idólatras ni presenciar sus inhumanos ritos como no sea con el propósito de condenar su perversidad y locura.

—Bueno —repuso Jack—, iré yo solo, porque no puedo condenar sus actos mientras no los haya visto.

Jack se puso de pie, y nosotros le seguimos por los bosques de bananeros hasta una eminencia del terreno, inmediatamente detrás del poblado donde se alzaba el *buré* o templo bajo la sombra de un grupo de árboles de palo de hierro.

Al cruzar el poblado advertí el contraste de las toscas chozas y de los primitivos cobertizos y sus habitantes de aspecto salvaje y casi desnudos, con los indígenas del poblado cristiano.

Al dar media vuelta para tomar un ancho camino que conducía al monte, fuimos detenidos por los gritos de una multitud que se acercaba por retaguardia. Apartándonos del camino y retirándonos entre las matas, aguardamos su llegada, y al aproximarse vimos que era una procesión de indígenas, muchos de ellos gesticulando y danzando como locos. Tenían un aspecto horrible con las pinturas negras, rojas y amarillas que los embadurnaban. En el centro venía una banda de hombres con tres o cuatro tablas, en las que iban sentados en fila más de una docena de individuos.

Yo me estremecí violentamente al recordar el sacrificio de víctimas humanas en la isla de Emo, y dirigí una mirada de temor a Jack, diciendo:

—¡Por Dios, Jack! Mucho me temo que vayan a realizar alguna de sus crueles prácticas con estos míseros. Más vale que nos vayamos al templo. Nos horrorizaremos sin poder hacer ningún bien, porque me figuro que van a matarlos.

El semblante de mi amigo expresaba profunda compasión al decirme en voz baja:

—No temas, Ralph; hace ya tiempo que cesaron los sufrimientos de esos pobres.

Me volví sorprendido al escuchar estas palabras, y al mirar a los individuos que iban encima de las tablas vi que estaban muertos. Iban atados como si estuvieran sentados, e inclinaban sus ojos sin vista y sus bocas distensionadas sobre la danzarina multitud como si se riesen con trágica burla de la incapacidad de sus enemigos para hacerles daño ahora.

Estos individuos, según supimos después, eran los hombres muertos en la batalla del día anterior, y los llevaban a presentárselos a los dioses para comérselos después. Detrás marchaban dos hombres llevando entre ellos un tercero con las manos atadas a la espalda. Éste andaba con paso firme y con expresión de perfecta indiferencia, por

lo que calculamos que sería algún criminal que iba a recibir un ligero castigo por sus faltas. Cerraba la procesión una multitud de mujeres y chicos, que marchaban chillando y alborotando. Nosotros nos mezclamos con ellos y les seguimos al templo.

El templo era una construcción alta y circular, abierta por un lado. En torno había montones de huesos y cráneos humanos. Ante una mesa que había en el interior estaba sentado el sacerdote, un hombre viejo, de larga y blanca barba. Ocupaba una banqueta, y tenía ante sí varios cuchillos de madera y huesos y astillas de caña de bambú, con los cuales realizaba su oficio de disecar los cadáveres. Más allá había una variedad de artículos dedicados al dios, entre ellos muchas lanzas y garrotes. Entre estos últimos había algunos dientes humanos clavados, indudablemente por haber pegado con ellos en la boca a las víctimas.

Los cadáveres, que habían sido pintados con bermellón y negro de humo, fueron puestos, sentados, ante el templo, y un hombre llamado el *dan-vosa* (orador), avanzó hacia ellos, y poniéndoles las manos en la cabeza, empezó a regañarlos aparentemente en tono bajo y zumbón. Lo que decía no lo sabíamos, pero a medida que hablaba se fue sulfurando, y al fin les gritó a voz en cuello, concluyendo por derribar los cuerpos de una patada y salir corriendo ante los gritos y risas de la multitud, que avanzó entonces, y cogiendo los cadáveres por una pierna, por un brazo o por el pelo, los arrastraron por el suelo, tropezando con las piedras y los tocones, hasta que se cansaron. Entonces llevaron los cadáveres al templo para que los viera el sacerdote; después de lo cual los sacaron.

Junto al templo había una gran hoguera, en la que se calentaban piedras que esparcían por el suelo, echando hojas sobre ellas para aminorar su calor. Sobre este *lovo* u horno se colocaron los cadáveres y los cubrieron para que se asasen.

Entonces la multitud echó a correr lanzando aullidos terribles hacia un cerro sobre el cual se descubría la armazón de una casa en construcción. Enfermos de horror, pero fascinados por la curiosidad, marchamos maquinalmente, con paso incierto, detrás de ellos, sin saber apenas adonde íbamos ni lo que hacíamos, y con una especie de impresión de que cuando veíamos era sólo una espantosa pesadilla.

Al llegar al sitio indicado, la multitud se apiñó alrededor de cierto lugar y apresuramos el paso para ver qué estaban haciendo. En el suelo había una gran viga o poste de madera; junto a los otros postes de la armazón de la casa, y junto al extremo de dicha viga, había un hoyo de más de dos metros y pico de hondo y más de dos pies de ancho. Mientras estábamos mirando, trajeron al centro del círculo al hombre que ya viéramos antes con las manos atadas atrás. Ahora las tenía sueltas, pero en cambio tenía las piernas bien atadas. Entonces colocaron el poste en el hoyo y metieron al hombre junto a él. La cabeza quedaba muy debajo de la superficie, y los brazos se los ataron alrededor del poste. En seguida fueron echando tierra hasta cubrirlo, y la apisonaron. Según nos dijeron después, ésta era una ceremonia que se celebraba generalmente para dedicar a un templo nuevo o para erigir la casa de un jefe.

—¡Vámonos! ¡Vámonos! —exclamó Jack al ver la horrible tragedia—. ¡Ya

hemos visto bastante, más que bastante! ¡Vámonos!

Jack tenía el semblante pálido como un cadáver cuando echamos a correr para reunimos con el misionero, y no me cabe duda que sentía una horrible ansiedad al considerar el número y la ferocidad de los caníbales y la debilidad de las pocas armas que podíamos emplear, y que, seguramente, serían impotentes para librar a Avatea de aquellos hombres crueles y endemoniados.

CAPÍTULO XXXII

Al regresar a la costa, relatamos al misionero cuanto había pasado.

Esto le disgustó mucho y le hizo lamentarse: pero aún no habíamos hablado casi, cuando fuimos interrumpidos por la llegada de Tataro a quien acompañaba un séquito de salvajes con cestos de fruta y vegetales a la cabeza.

Nos adelantamos para saludarle, y por medio de nuestro intérprete nos hizo saber la satisfacción que experimentaba viéndonos.

—¿Qué es lo que mis amigos desean decirme? —preguntó.

El profesor le explicó que íbamos a ver si podíamos salvar a Avatea del castigo que la amenazaba.

—Hacedle saber —manifestó Jack— que me considero con derecho a pedirselo, no sólo por haber salvado la vida de esa muchacha, sino además por haber salvado a su gente, y decidle también que la deje seguir sus inclinaciones y abrazar el cristianismo.

Mientras le traducía mis palabras, el jefe se fue poniendo ceñudo, y comprendimos que nuestras pretensiones no tenían favorable acogida, porque contestó con energía y extensamente.

—¿Qué dice? —preguntó Jack.

—Siento haceros saber que no acepta la proposición. Dice que ha empeñado su palabra con un amigo, prometiéndole enviarle la muchacha, y precisamente está ahora en la isla una diputación esperando el cumplimiento de la promesa.

Jack se mordió el labio con rabia reprimida, y con los ojos centelleantes, exclamó:

—Informad a Tataro que si no accede a mi demanda le costará caro. Notificadle que tengo un gran cañón a bordo de mi goleta, y que volaré su poblado si no me entrega esa joven.

—No, amigo, no le diré eso —repuso el misionero apaciblemente—. Hay que vencer el mal con el bien.

—¿Qué está hablando ese amigo mío? —preguntó el jefe, que parecía algo picado por las retadoras miradas de Jack.

—Está disgustado —contestó el misionero.

Tataro dio media vuelta con una sonrisa desdeñosa, y se dirigió a los hombres de los cestos de vegetales, que ya los habían amontonado en la playa.

—¿Qué están haciendo? —pregunté.

—Me parece que preparan un obsequio que piensan regalar a alguien —dijo el misionero.

En aquel momento se presentó una pareja de hombres con una joven, y la colocaron en lo alto del montón de vegetales. Nosotros nos estremecimos de sorpresa y de temor, porque en la muchacha que teníamos ante nuestros ojos reconocimos a la joven samoana Avatea.

Nos quedamos como petrificados.

—¡Ay, queridos amigos! —murmuró el misionero con profunda emoción, cogiendo del brazo a Jack—. Me parece que la van a sacrificar ya.

—¿A ella? —exclamó Jack, gritando con vehemencia.

Y apartando al misionero, empujó a dos indígenas que se atravesaban en su camino, subió al montón de vegetales y cogió a Avatea de un brazo. En un instante la arrastró al suelo, la colocó de espaldas a un gran árbol y arrancó un garrote de guerra a un indígena que parecía petrificado de sorpresa; lo esgrimió sobre su cabeza, y aulló, más que gritó, con el semblante encendido de furia:

—¡Que se acerque toda esa nación y haga lo que se crea capaz!

Parecía como si el reto hubiera sido aceptado literalmente, porque todos los salvajes presentes se precipitaron sobre Jack con garrotes y lanzas, e indudablemente le hubieran hecho derramar su generosa sangre si el misionero no se hubiese colocado entre ellos y, alzando la voz todo lo posible, no les hubiera gritado:

—¡Estaos quietos, guerreros! No es vuestro papel juzgar este asunto; Tataro, vuestro jefe, es a quien corresponde decidir si el joven debe morir o vivir.

Los indígenas se detuvieron. No sé si sería una muestra de gratitud por el reconocimiento de la superioridad que el misionero expresó con aquellas palabras, o por algún dormido sentimiento de gratitud a Jack por la ayuda que en otro tiempo le prestara; lo cierto es que Tataro se adelantó moviendo una mano, y dijo a sus súbditos:

—¡Apartaos! La vida del joven es mía.

Y volviéndose hacia Jack, le dijo:

—Me has entregado tu vida y tu libertad. Sométete, porque somos más numerosos que las arenas de la playa, y tú no eres más que uno. ¿Por qué, pues, has de morir?

—¡Villano! —exclamó Jack apasionadamente—. Yo moriré, pero seguramente no moriré solo. Y no me someteré hasta que me prometas no hacer daño a esa mujer.

—Eres muy intrépido —repuso el jefe con altanería—, pero muy loco. Sin embargo, te diré que Avatea no será enviada fuera hasta dentro de tres días, por lo menos.

—Más vale que aceptéis esas condiciones —le dijo, suplicante, el misionero—. De persistir en esta loca provocación, os asesinarán, y Avatea se perderá. Tres días valen mucho.

Jack titubeó un momento, mas a la postre bajó el garrote, lo tiró de mal humor al suelo, se cruzó de brazos e inclinó la cabeza en silencio.

Tataro avanzó, y cogiendo de la mano a la joven, se la llevó sin resistencia, mientras que Jack, Peterkin y yo regresábamos a bordo con el misionero.

Al llegar al puente bajamos a la cámara, donde Jack se echó en un estado de gran aplanamiento; pero el misionero se sentó a su lado, y poniéndole una mano en el hombro, le dijo:

—No os dejéis llevar por la ira, amigo mío. Dios nos ha dado tres días, y debemos

poner en juego los medios que estén a nuestro alcance para sacar a esa joven de la esclavitud. Pero no debemos permanecer en un estado de ociosa desesperación; debemos obrar...

—¡Obrar! —exclamó mi amigo, levantándose y echándose hacia atrás el cabello con rabioso movimiento—. Es una burla hablar de obrar cuando se está atado de pies y manos. ¿Cómo voy a obrar? Yo no puedo luchar solo contra un pueblo de salvajes. Es decir —añadió con amargura—, sí puedo luchar con ellos, pero no puedo vencerles ni salvar a Avatea.

—Paciencia, amigo mío; vuestro espíritu no es ahora el de una persona buena. No podéis alcanzar ese bien ansiado sino mostrándoos más sumiso. Yo os haré saber mis planes, si me escucháis.

—¡Escucharos! —exclamó Jack con ansiedad—. Claro que os escucharé, mi buen amigo; no sabía que tuvieseis trazado ningún plan. Decídmelo. Sólo deseo que me demostréis cómo puedo traer a esa joven a bordo de la goleta y llevar anclas. ¡Hablad! ¡Comunicadme vuestros planes!

El profesor se sonrió tristemente.

—¡Ay, amigo mío! ¡Si un solo eslabón de la cadena del ancla chirriase al levantarla, caerían mil guerreros sobre el puente! No, eso no puede hacerse. Aun ahora os quitarían el barco si Tataro no os conservase gratitud. Pero conozco muy bien a Tataro. Es un hombre falso, como todos los indígenas no convertidos. El jefe a quien ha prometido la muchacha es muy poderoso, y Tataro no tiene más remedio que cumplir su promesa. Le ha dicho a usted que no haría nada a la joven en el espacio de tres días, pero es porque la partida que ha de llevársela no estará preparada para ello hasta ese plazo. Tataro podía haberos mantenido prisionero durante esos tres días, y como no lo ha hecho, digo que Dios nos ha dado tres días.

—Bien; pero ¿qué os proponéis hacer? —preguntó Jack con impaciencia.

—Mi plan ofrece mucho peligro, pero no veo otro, y creo que poseéis valor para afrontarlo. Es lo siguiente. A cincuenta millas del Sur de ésta hay una isla cuyos indígenas son cristianos desde hace más de dos años, y el jefe principal es el que ama a Avatea. Una vez allí, Avatea estará a salvo. Mas mi propuesta representa que tenéis que abandonar vuestra goleta. ¿Podéis hacer tan gran sacrificio?

—Amigo mío —repuso Jack—, cuando he resuelto realizar una cosa importante no reparo en sacrificios.

El misionero sonrió.

—Pues bien: como los salvajes no pueden concebir que por una joven perdáis un barco tan hermoso, mientras la goleta permanece a la vista creerán que os tienen seguros. Por eso propongo que llevemos víveres a un escondite de la costa, que busquéis una canoa pequeña, embarquéis a Avatea y que os vayáis remando a la isla cristiana.

—¡Bravo! —exclamó Peterkin, poniéndose de pie de un brinco y estrechando la mano del misionero—. Sois muy listo, señor. No me figuré que guardabais tantas

cosas dentro.

—Yo —continuó el predicador— permaneceré a bordo hasta que descubran que os habéis marchado. Entonces, aunque me preguntaran por vosotros tres, me negaré a decir nada.

—¿Qué resultará de eso? —preguntó Jack.

—No lo sé; acaso me maten, pero a mí tampoco me importa morir por una causa justa —concluyo, mirando a su interlocutor con su sonrisa característica.

—Pero ¿cómo vamos a apoderarnos de Avatea? —preguntó luego Jack.

—He convenido con ella en que nos reuniremos en un sitio determinado, al que os llevaré esta noche, y allí arreglaremos los últimos detalles. A ella le será fácil burlar a sus guardianes, que no son muy cuidadosos en la vigilancia, porque creen imposible que se escape de la isla. Tengo la seguridad de que ni siquiera se les ha ocurrido semejante idea. Pero, como ya he dicho, corréis un grave riesgo. Cincuenta millas por el mar abierto, en una canoa pequeña, es un viaje peligroso. Además, podéis pasar sin ver la isla, en cuyo caso no encontraréis otra en esa dirección hasta lo menos cien millas, y de perder el rumbo caéis en manos de otros salvajes paganos, ya sabéis la ley de Fiyi: el náufrago que gana la costa está condenado a morir. Recapacitad lo que puede costaros la empresa, amigos.

—Ya lo he considerado —repuso Jack—. Si Avatea consiente en correr el riesgo, lo correré, y mis compañeros también.

En seguida nos fuimos a preparar lo necesario para el viaje, y sacamos provisiones suficientes para varias semanas, proponiéndonos cargar la canoa todo lo que pudiera soportar sin entorpecer su velocidad ni poner en peligro su seguridad. Todo ello lo cubrimos con una lona, pensando llevarlo a la canoa pocas horas antes de zarpar. Cuando la noche tendió su negro velo sobre la escena nos preparamos para ir a tierra, pero antes nos arrodillamos con el misionero y los indígenas, y éste imploró una bendición para nuestra empresa. Después remamos silenciosamente hasta la orilla y seguimos a nuestro negro guía, que nos llevó, dando un largo rodeo para evitar el poblado, al lugar de la cita.

No llevaríamos más de cinco minutos bajo la intensa sombra del tupido follaje, cuando se deslizó hacia nosotros una figura oscura.

—¡Oh! ¡Ya está aquí! —dijo Jack cuando se acercó Avatea—. Comunicadle a lo que venimos, y que no pierda tiempo.

—Entiendo un poco el inglés —dijo Avatea en voz baja.

—¿Dónde lo has aprendido? —exclamó Jack con sorpresa—. La última vez que te vi estabas muda como una piedra.

—Todo lo que sabe se lo he enseñado yo desde que está en la isla —explicó el misionero.

Explicamos detenidamente nuestros planes a Avatea, sin ocultarle ningún peligro, para que se diese cuenta del riesgo que corría, y, tal como esperábamos, se mostró demasiado contenta de poder verse libre de sus perseguidores, para reparar en

riesgos.

—¿Y bien? ¿Estás decidida a venir con nosotros? —dijo Jack.

—Sí.

—¿No temes viajar por mar hasta tan lejos?

—No me da miedo. Estoy segura con los cristianos.

Después de hablar un rato, el misionero indicó que era tiempo de regresar, y nos despedimos de Avatea, quedando de acuerdo en que nos reuniríamos en el acantilado donde estaba la canoa, a la noche siguiente, a primera hora. En seguida regresamos a bordo, y Avatea se dirigió a la choza que utilizaban como prisión los salvajes de Mango.

CAPÍTULO XXXIII

A medida que se aproximaba la hora de nuestra premeditada fuga aumentaba, naturalmente, nuestro temor de que lo que proyectábamos fuese descubierto, y pasamos todo el día en un estado de nerviosa ansiedad.

Decidimos ir a tierra y pasearnos por el pueblo, como observando las costumbres y contemplando las casas del pueblo suponiendo que un aire de afectada indiferencia hacia los sucesos del día anterior sería lo más adecuado para evitar sospechas. Mientras hacíamos esto, el misionero se quedó a bordo con los indígenas, cuyas potentes voces al entonar himnos llegaban de vez en cuando a nuestros oídos.

Por fin, concluyó el largo y tedioso día; el sol se hundió en el mar, y el breve crepúsculo de estas regiones, del que ya he hablado, se trocó bruscamente en noche oscura. Echando rápidamente unas cuantas mantas en nuestro botecitos nos embarcamos, nos despedimos de los indígenas de a bordo y remando quedamente por el lago, tratamos de conservarnos lo más cerca posible de la orilla. Lo hacíamos con el mayor silencio y con los remos sordos, así que cualquiera que nos hubiese visto a pocos metros de distancia nos hubiera tomado por un bote fantasma o por una sombra proyectada sobre el agua. No soplaba nada de aire; pero, afortunadamente, el suave murmullo del mar en la orilla, mezclado con el sordo rumor de las olas en el distante arrecife, apagaba eficazmente el inevitable ruido de los remos al hundirse en el agua.

En un cuarto de hora llegamos al saledizo acantilado, bajo cuya negra sombra estaba nuestra canoa con la proa en el agua, dispuesta para ser botada y con casi todo el cargamento embarcado. Al rozar la arena la quilla del botecillo posóse una mano en la popa, y vimos una confusa silueta.

—¿Eres tú, Avatea? —preguntó Peterkin en voz baja, saltando a la playa.

—Yo soy —fue la respuesta.

—Perfectamente. Ayúdame a echar la canoa al agua —dijo Jack a Peterkin—; pasa esas mantas a bordo, porque podemos necesitarlas antes de mucho. Avatea, siéntate en el centro... Así.

—¿Está todo preparado?

—Todavía no —dijo Peterkin—. Toma este par de remos, Ralph, y ponlos por ahí. Me gustan más que las paletas indígenas. Cuando estemos en punto seguro, veré de poner unos toletes para ellos.

Nos separamos como una flecha de la costa por las tranquilas aguas del lago, y remamos todo lo de prisa que pueden remar unos brazos vigorosos, animados por la mejor voluntad, saliendo al mar abierto.

Toda aquella noche y todo el día siguiente remamos casi en total silencio y sin detenemos más que dos veces, para reparar las perdidas energías con un bocado de alimento y un trago de agua. Jack había tomado a bordo con mucho detalle la posición de la isla, y con una pequeña brújula de bolsillo ante él conservaba el rumbo de la canoa recto al Sur, porque el encuentro de la isla dependía mucho de la fidelidad

de nuestro timonel, el cual debía conservar nuestra pequeña embarcación exacta y constantemente en su línea de derrota. Peterkin y yo remábamos en la proa, y Avatea trabajaba incansablemente en el centro.

Cuando el sol comenzó a hundirse en el dorado borde del mar, Jack dejó de trabajar, soltó el remo y mandó hacer alto.

—Ya hemos puesto bastante agua entre nosotros y esos pícaros negros —exclamó lanzando un profundo suspiro—. Vamos, pues, a cenar bien y a dormir.

—¡Muy bien, muy bien hablado! —exclamó Peterkin—. Dame una gota de agua, Ralph. ¿Qué te pasa, muchacha? Pareces una lechoncilla negra guiñando los ojos a sol.

Avatea se sonrió.

—Me duermo —dijo.

Y como para demostrar la verdad de lo que decía, apoyó la cabeza en la borda y se quedó dormida.

—¡Hombre, que bien! —exclamó Peterkin riéndose—. ¿No os parece que debemos despertarla para que coma algo antes de dormirse? O quizá será mejor —añadió con gesto grave y meditabundo— ponerle algún alimento en la boca, que tan elegantemente tiene abierta en este momento, para ver si se lo traga mientras duerme. Si es así, Ralph, puedes venirte aquí y darle de comer tranquilamente, mientras Jack y yo nos la entendemos con las vituallas. Economizaríamos mucho tiempo.

No pude menos de sonreírme ante la idea de Peterkin, que, bien pensado, parecía notablemente buena en teoría. Sin embargo, rehusé ponerla en práctica, temiendo que el abastecimiento pasase por un garguero equivocado.

Pero al decírselo a Peterkin, exclamó:

—¿Por un garguero equivocado? ¡Pero, hombre, si hasta un ciego vería que lo que fuese por el garguero de Avatea no iba por un garguero equivocado!... A menos que de repente te hayas vuelto tan excesivamente egoistón, que veas que todos los gargueros del mundo son equivocados, excepto el tuyo. Pero no perdamos el tiempo hablando demasiado. Dame una pata de cerdo, antes de que Jack acabe con él. Me creo con derecho a una tajadita, por lo menos.

—¡Eres un villano! —dijo Jack tranquilamente, arrojándole una pata trasera de cerdo, con la cola y todo—, y siento en el alma que, por circunstancias inevitables, estés unido conmigo y me vea precisado a cultivar tu amistad. Si fueses capaz de andar por el agua, mandaría que te arrojaran de la canoa.

—¿Ves? Has despertado a Avatea, con tanto hablar —replicó Peterkin, arrugando el ceño al advertir que la joven lanzaba un profundo suspiro—. No —continuó—; no ha sido más que un ronquido. Tal vez esté soñando con su negro Apolo. Oye, Ralph, a ver si me dejas una loncha de ese ñame. Entre tú y Jack, me veo en peligro de quedarme a media ración, si no... ¡au... o!

El final de la frase de Peterkin fue un bostezo tan enérgico, que Jack le recomendó que aplazase la conclusión de la comida hasta el día siguiente, consejo

que siguió prontamente:

Probablemente, ya se habrá notado que soy muy dado a la meditación, por lo cual no os sorprenderá saber que me sumí en un profundo ensueño acerca del sueño, que me duró sin interrupción toda la noche y se prolongó sin interrupción durante la mañana siguiente. Pero no estoy cierto si dormí en todo ese tiempo, aunque puedo asegurar que no estuve despierto.

Así permanecimos como una sombra en el sereno regazo del océano, en medio de la calma, la oscuridad y el silencio.

Un penetrante grito de alarma de Peterkin nos despertó por la mañana, cuando el alba comenzaba a iluminar el horizonte.

—¿Qué sucede? —exclamó Jack, irguiéndose.

Peterkin contestó señalando el horizonte con expresión de terror. Una mirada nos bastó para convencernos de que venía hacia nosotros una canoa de guerra de las más grandes.

Con una exclamación de desesperación y alarma, Jack empuñó su remo, miró la brújula, y con voz apagada nos mandó remar. Pero no necesitamos que nos metiera prisa: nuestros cuatro remos se sepultaban ya en el agua, y la canoa saltaba sobre el terso mar como un delfín, al mismo tiempo que un grito de nuestros perseguidores nos indicaba que habían observado nuestros movimientos.

—A proa se ve algo que parece tierra —dijo Jack con tono esperanzado—. Me parece imposible que estemos tan cerca de la isla; pero si es así, debemos de llegar a ella antes de que nos alcancen esos sujetos, porque nuestra canoa es ligera y tenemos los músculos descansados.

Nadie respondió, porque, a decir verdad, comprendíamos que en una caza larga no teníamos probabilidad de dejar atrás a una canoa que llevaba cerca de cien guerreros. Sin embargo, resolvimos hacer lo posible por huir, y remamos con un vigor que nos situaba bien a la cabeza de nuestros perseguidores. La canoa de guerra estaba tan lejos, que parecía un punto en el mar, y los gritos que de vez en cuando lanzaba su tripulación llegaban débilmente a nuestros oídos con la brisa de la mañana. Por esta razón esperábamos conservar la delantera una hora o dos y llegar tal vez a la tierra que teníamos en frente. Pero esta esperanza quedó desvanecida bruscamente, pues la supuesta tierra se alzó poco después hacia el cielo, demostrándonos que era un banco de niebla.

Una amarga sensación de chasco llenó nuestros corazones y lo expresamos en el semblante, al ver destruidas nuestras esperanzas. Mas nos faltaba tiempo para pensar en nuestros pesares. El peligro era demasiado grande e inminente para permitir que flaqueásemos un momento en nuestro ejercicio. Ya no nos animaba la esperanza; pero, por extraño que parezca, el sentimiento de la desesperación nos daba fuerzas para el trabajo y dotaba nuestros brazos de tal energía, que pasaron varias horas antes de que los salvajes nos alcanzasen. Cuando vimos que no había posibilidad de escape y que el remar sólo servía para agotar nuestras fuerzas, sin conseguir nada bueno,

volvimos el costado de la canoa hacia el enemigo que se acercaba, y soltamos los remos.

Silenciosamente, con un ademán de amarga resolución, Jack alzó uno de los remos del bote que traíamos a bordo, y, echándoselo al hombro, permaneció en actitud de intrépido desafío. Peterkin cogió otro remo, y también se puso de pie; pero en su semblante no había signo de rabia. Cuando no estaba de broma tenía una expresión dulce y triste, que aumentaba en la ocasión presente al mirar a Avatea, que permanecía sentada, con la cara apoyada en las manos y los codos sobre las rodillas. Sin saber bien lo que pensaba hacer, también yo me levanté empuñando un remo con ambas manos.

La canoa enemiga llegó como un caballo de batalla de las profundidades, levantando espuma con su aguda proa. Las puntas de las lanzas que los salvajes llevaban relucían bajo los rayos del sol naciente. En ambos bandos se guardaba silencio, y se oía el roce estridente del agua, y se veían los siniestros ojos de los guerreros que se aproximaban veloces. Cuando estuvieron a veinte metros de distancia, se levantaron cinco o seis salvajes a proa, y, dejando los remos, tomaron las lanzas. Jack y Peterkin alzaron los remos, y yo, con una especie de sensación de locura girando en mi cerebro, así mi remo y me preparé para el encuentro. Pero antes de que hubiésemos logrado descargar un solo golpe nos alcanzó por el costado la aguda proa de la canoa de guerra, y nos lanzó al mar.

Lo que ocurrió después de esto lo ignoro, porque me quedé casi ahogado; pero cuando volví del estado de insensibilidad en que había quedado, me encontré tendido boca arriba y atado de pies y manos, entre Jack y Peterkin, en el fondo de la canoa salvaje.

En esta situación permanecimos todo el día, en cuyo tiempo los negros no descansaron más que una hora. Por la noche descansaron otra hora y, al parecer, durmieron sentados. Pero ni nos desataron ni nos dejaron hablar durante todo el viaje, ni nos dieron de comer ni de beber. El alimento nos importaba poco; pero hubiésemos dado cualquier cosa por una gota de agua para refrescar nuestros secos labios, y también nos hubiese gustado que nos aflojaran las ligaduras, porque estaban tan apretadas, que nos causaban grandes dolores. El aire estaba muy caldeado, señal de cercana tempestad, y aumentaba nuestros sufrimientos. Pero, al fin, nos vimos aliviados al llegar a la isla de donde habíamos huido.

Al llevarnos a tierra vimos a Avatea sentada a popa. No iba maniatada. Nuestros aprehensores nos llevaron a la casa de Tataro, a quien encontramos sentado, con un gesto que no presagiaba nada bueno.

Nuestro amigo el misionero le acompañaba, y en sus apacibles facciones se retrataba la ansiedad.

—¿Cómo es que estos jóvenes han abusado de nuestra hospitalidad? —preguntó Tataro, encarándose con el misionero.

—Decidle —replicó Jack— que no hemos abusado de su hospitalidad, porque su

hospitalidad no ha llegado a nosotros. Yo venía a esta isla a libertar a Avatea, y lo que siento es haber fracasado. Si se me presenta ocasión, repetiré la tentativa.

El misionero movió la cabeza.

—No, amigo mío; no comencéis diciéndole eso, porque se irritaría.

—Me tiene sin cuidado —declaró mi amigo—. Si no le decís eso, no le respondáis nada, porque no tengo otra cosa que decirle más suave.

Al oír el descaro de Jack, Tataro frunció el ceño y sus ojos relampaguearon de ira.

—Quítate de mi vista, joven presuntuoso. Mi deuda contigo está concluida. Tú y tus compañeros moriréis.

Mientras hablaba se puso de pie e hizo señas a varios de sus secuaces, los cuales nos tomaron violentamente a los tres por el cuello y nos sacaron a rastras de la choza del jefe, conduciéndonos por el bosque a las afueras del poblado. Allí nos metieron en una especie de cueva natural del acantilado, y atrancaron la entrada, dejándonos completamente a oscuras.

Luego de andar a tientas, porque nos habían desatado las piernas; pero no los brazos, encontramos un saledizo bajo las rocas, y nos sentamos, permaneciendo largo tiempo en silencio, hasta que, no pudiendo reprimir más mis sentimientos, dije:

—¡Mis buenos Jack y Peterkin! ¿Qué va a ser de nosotros? Me parece que estamos condenados a muerte.

—No lo sé —repuso Jack con trémula voz—; no lo sé. Ralph, deploro profundamente la precipitación de mi genio violento, que debo confesar que ha sido la causa principal de la triste situación en que nos vemos. Tal vez pueda hacer algo por nosotros el misionero. Pero tengo muy pocas esperanzas.

—¡Ay! No —dijo Peterkin suspirando profundamente—. Estoy seguro de que no puede ayudarnos. A Tataro le merece tanta consideración como uno de sus perros.

—Es cierto —dije yo—. Me parece que no hay probabilidad de salvación, como el Altísimo no nos tienda el brazo. Sin embargo, debo decirles que abrigo grandes esperanzas, porque no hemos venido a parar a esta oscura mazmorra por ningún delito, como no sea delito tratar de socorrer a una mujer abatida y en peligro.

Mis observaciones fueron interrumpidas por el ruido que hicieron abriendo la entrada de la caverna. Inmediatamente después entraron tres hombres, y cogiéndonos por el cuello de la chaqueta, nos llevaron a través del bosque. Según íbamos avanzando oímos muchos gritos y ruido de tambores indígenas, y al punto vimos que nuestros guardianes nos llevaban a la choza de Tataro. Pero estábamos equivocados. El ruido de los tambores aumentó gradualmente, y al poco rato vimos que venía hacia nosotros una procesión de indígenas. Luego nos colocaron a la cabeza de esta procesión, y nos dirigimos al templo donde se sacrificaban las víctimas humanas.

Un estremecimiento de horror corrió por todo mi ser al recordar las espantosas escenas que habíamos presenciado en aquel temible lugar. Pero la liberación vino bruscamente de donde no la esperábamos. Durante todo aquel día había estado la atmósfera extraordinariamente caldeada, y el firmamento adquirió el amenazador

aspecto que precede a la tempestad. Precisamente cuando nos acercábamos al horrible templo estalló un trueno y empezaron a caer gruesas gotas de lluvia.

Los que no hayan visto huracanes y tempestades en las regiones tropicales no pueden imaginarse más que ligeramente el espantoso huracán que se desencadenó sobre la isla de Mango en aquella ocasión. Antes de llegar al templo, la tormenta estalló sobre nuestras cabezas con estruendo ensordecedor, y los indígenas, que sabían muy bien la devastación que traía consigo, huyeron a derecha e izquierda por el bosque, para salvar sus bienes, dejándonos solos bajo la aulladora tempestad.

Los árboles que nos rodeaban se inclinaban como débiles sauces a impulso del viento, y ya nos disponíamos a echar a correr, buscando refugio, cuando el misionero llegó a nuestro lado con una navaja en la mano.

—¡Gracias a Dios! —dijo, cortándonos las ligaduras—. ¡He llegado a tiempo! Vamos a refugiarnos en la roca más cercana.

Esto lo hicimos sin titubear un momento porque el viento silbaba de un modo espantoso, y de vez en cuando arrancaba de raíz los árboles y los derribaba con violencia. La lluvia caía como una cortina de agua, y los rayos formaban múltiples culebrinas en el aire, y sobre todo ello dominando el silbido de la tempestad, el trueno retumbaba y rodaba con imponente majestad.

El poblado era teatro de una espantosa escena. Los tejados salían volando, y a veces las mismas casas se venían al suelo, y en medio de todo esto, los indígenas corrían de un lado a otro, unas veces por salvar sus bienes, y otras, buscando donde ponerse a cubierto de la destrucción que se desencadenaba en torno suyo. Pero si terrorífica era la tempestad en tierra, aún era más tremenda en el océano.

Las olas se encrepaban, y con sus crestas envueltas en la niebla que ellas mismas ocasionaban, se estrellaban en la costa con una violencia que estremecía toda la tierra. Y no terminaba aquí aquel horror. Cada ola era más alta que la anterior, hasta azotar las airadas aguas los árboles y los arbustos, y, finalmente, una sábana de revuelta espuma barrió todo el poblado y lo arrasó llevándose filas enteras de casas indígenas.

Aquella noche y durante el día siguiente, mientras la tempestad seguía descargando con furia, nos mantuvimos refugiados en una cueva; pero a la noche siguiente amainó algo, y por la mañana fuimos al poblado en busca de comida, pues nos sentíamos tan hambrientos que olvidamos toda idea de salvación, con tal de satisfacer las imperiosas necesidades de la naturaleza. Pero apenas si habíamos logrado el alimento, cuando empezamos a comprender que nos hubiese valido más huir a las montañas.

Eso lo intentamos poco después; mas ya los indígenas podían ocuparse de nosotros, y al ver que procurábamos pasar inadvertidos y tomar el camino de las montañas, se nos echaron encima tres guerreros, nos volvieron a atar y nos metieron en nuestra primitiva cárcel.

Verdad es que Jack opuso vigorosa resistencia y derribó al primer salvaje que le cogió con un buen puñetazo en el rostro; pero los demás nos vencieron, y quedamos

nuevamente prisioneros y aguardando la tortura y la muerte violenta.

CAPÍTULO XXXIV

Estuvimos en nuestra espantosa cárcel todo un mes, que se nos hizo muy largo. Durante ese tiempo, no vimos más semblantes humanos que el del silencioso salvaje que nos traía la comida diariamente.

En mi vida ha habido un par de épocas en las que me ha parecido que las negruras de la pena y la desdicha que agobiaban mi corazón no iban a desvanecerse jamás, hasta que la muerte se encargase de ellas, y la que refiero es una de esas épocas.

Durante la primera parte de nuestro encierro sentíamos un escalofrío en el alma cada vez que oíamos pasos cerca de la cueva, temiendo que fuesen los de nuestros verdugos; pero a medida que el tiempo transcurría lentamente, comenzamos a sentir un ansia tan honda y tan irreprimible de libertad que rabiábamos en nuestro encierro como tigres. Luego se apoderó de nosotros un sentimiento de desesperación y deseamos realmente que los salvajes nos llevasen a la muerte. Pero estos cambios se operaron gradualmente, y a veces iban mezclados con pensamientos menos siniestros, tanto que en algunas ocasiones nos sentábamos en el saledizo rocoso de la oscura caverna y conversábamos casi agradablemente acerca del pasado, hasta olvidar el espantoso presente. Pero rara vez nos aventurábamos a tocar el futuro.

Unas pocas hojas secas formaban nuestro lecho y una escasa ración de ñame y taro, servida una vez al día, constituía nuestro alimento.

—¿Qué tal has dormido, Ralph? —me preguntó una mañana Jack, con tono despreocupado, al levantarnos de nuestra infausta cama—. ¿Te ha molestado mucho el viento?

—No —repuse—; he pasado toda la noche soñando con mi casa. Me parecía que mi madre me sonreía y me hacía señas para que me fuera a su lado; pero no podía porque estaba encadenado.

—Yo también he soñado —dijo Peterkin—; pero ha sido con nuestra casita tan dichosa de la isla de Coral. Me parecía que estábamos nadando en el jardín acuático; luego oí un grito de los salvajes y me encontré en la caverna del Acantilado de los Chorros, la cual se trocó en una tétrica caverna, y cuando me desperté vi que era verdad.

El tono de Peterkin estaba tan alterado por la depresiva influencia de su prolongado encadenamiento que si no hubiera sabido que era él quien hablaba, apenas le hubiera conocido: tan triste era y tan distinto de la voz que estaba acostumbrado a oír. Pensé mucho sobre esto y me di cuenta de la terrible decadencia que en la felicidad pueden experimentar los seres humanos en breve tiempo. ¡Cuán brillante resulta la luz del sol en el espacio unas veces, y en poco tiempo qué nube tan grande puede oscurecerla! No me cabía duda que la Biblia me hubiera proporcionado mucho bien y mucho consuelo en este asunto, si hubiese tenido una, y una vez más tuve ocasión de deplorar profundamente el no haber almacenado en mi memoria sus consoladoras verdades.

Mientras meditaba de esta suerte, Peterkin volvió a romper el silencio de la cueva, diciendo con tono melancólico:

—¿Volveremos a ver algún día nuestra amada isla?

Su voz era trémula, y bajando la cabeza y cubriéndosela con las manos, lloró. Era espectáculo desusado para mí ver llorar a mi antes risueño compañero, y sentí un ardiente deseo de consolarle; pero ¡ay!, ¿qué podía decirle? ¿Qué esperanza podría darle? Dos veces traté de hablar, y otras tantas se negaron a salir de mis labios las palabras. Durante esta perplejidad mía, Jack se sentó junto a él y le dijo unas palabras al oído. Peterkin se inclinó sobre el pecho de su amigo y reclinó la cabeza en su hombro.

Así permanecimos largo tiempo en profundo silencio. Al poco rato, oímos pasos en la boca de la cueva, e inmediatamente entró nuestro carcelero. Estábamos tan acostumbrados a sus visitas que no le prestamos atención, creyendo que nos dejaría la escasa ración y se retiraría como de costumbre. Pero, con gran sorpresa nuestra, acercóse, cuchillo en mano, a Jack y le corto las ligaduras que le sujetaban las manos. Luego hizo lo propio con Peterkin y conmigo. Cinco minutos largos permanecimos en mudo asombro con los brazos colgando. Lo primero que se me ocurrió fue que había llegado el momento de matarnos, y aunque, como dije antes, casi deseábamos la muerte, en nuestra desesperación, ahora que la teníamos realmente próxima, sentí revivir en mi corazón el apego natural a la vida, mezclado con un escalofrío de horror por la brusquedad de su llamada.

Pero estaba equivocado. Después de cortarnos las ligaduras, el salvaje señaló la boca de la cueva, y salimos casi maquinalmente al aire libre. Allí recibimos una nueva sorpresa.

El misionero estaba a la sombra de un árbol, con las manos juntas y llorando. Al ver a Jack, que fue el primero que salió, vino corriendo hacia él y le estrechó contra sus brazos, exclamando:

—¡Oh, mi querido amigo! ¡La inmensa bondad de Dios os deja libres!

—¿Libres? —exclamó Jack.

—¡Sí, libres! —repitió el misionero, estrechándonos efusivamente las manos repetidas veces—. Estáis en libertad para ir y venir adonde os plazca. El Señor ha quitado las ligaduras a los cautivos y ha puesto en libertad a los prisioneros. ¡Nos han enviado como misioneros, y Tataro ha abrazado la religión cristiana! ¡Los indígenas están quemando sus dioses de madera! Venid, mis queridos amigos, y veréis la gloriosa escena.

Apenas conseguíamos dar crédito a nuestros sentidos. Llevábamos tanto tiempo en la cueva soñando con la libertad que nos imaginamos un momento que éste era otro sueño. Teníamos la imaginación y los ojos deslumbrados por el brillo del sol, y estábamos casi cegados por el resplandor, después de haber pasado tanto tiempo a oscuras. Además, nos mareaba la variedad de encontradas emociones que llenaban nuestros anhelantes pechos; pero al seguir los pasos a nuestro negro amigo y ver el

magnífico follaje de los árboles, oír los chillidos de los papagayos y respirar el rico aroma de las flores, penetró con fuerza en nuestra alma la abrumadora verdad: nos sentíamos realmente libres de la cárcel y de la muerte, y los tres nos echamos a llorar, lanzando al propio tiempo un largo grito de alegría.

Nuestro grito fue contestado por otros de unos indígenas que por casualidad estaban cerca y que vinieron corriendo a estrecharnos la mano, demostrándonos plenamente sus bondadosos sentimientos. Después se situaron detrás de nosotros y, formando una especie de procesión, nos llevaron a la residencia de Tataro.

No olvidaré jamás la escena que se ofreció a nuestros ojos. El jefe estaba sentado en un tosco banco, ante su casa. A la izquierda había un indígena, que por sus vestidos parecía un misionero, y a su derecha, un caballero inglés, que, desde luego, creíamos acertadamente que era también misionero. Era un hombre alto, delgado, de unos cuarenta años, al parecer; de frente calva y pelo escaso y canoso. La expresión de su semblante era de lo más simpático que he conocido en mi vida, y en sus ojos grises y claros se veía la franqueza, la intrepidez, el amor y la sinceridad.

Delante del jefe, en un espacio descubierto, en cuyo centro se amontonaba una fila de ídolos de madera, dispuestos para quemarlos, se veían millares de indígenas que habían venido a tomar parte en la extraordinaria escena o a presenciirla. Una alegre sonrisa animaba el rostro del misionero al avanzar con viveza hacia nosotros y estrechamos efusivamente la mano.

—Celebro mucho conoceros, queridos amigos —nos dijo—. Mi amigo y su amigo, misionero de estas islas, me ha contado vuestra historia, y doy gracias a nuestro Padre celestial de todo corazón por haberme guiado a esta isla, haciéndome instrumento suyo para salvaros.

Dimos las gracias al misionero con verdadera efusión y le preguntamos cómo había logrado que Tataro cambiase de propósito en lo que a nosotros se refería.

—Ya os lo contaré en momento más oportuno —respondió—. Ahora no debemos olvidar el respeto debido al jefe. Desea recibiros.

En la conversación que siguió inmediatamente entre Tataro y nosotros, nos dijo éste que había sido enviada a la isla la luz del Evangelio, y que a ella debíamos nuestra libertad. Nos dijo también que éramos dueños de marcharnos a nuestra goleta cuando quisiéramos, y que nos proporcionaría cuantos víveres necesitásemos. Concluyó estrechándonos la mano y realizando la ceremonia del frotamiento de las narices.

Las noticias no podían ser mejores, y apenas encontramos palabras con que expresar nuestra gratitud al jefe y al misionero.

—¿Y qué ha sido de Avatea? —preguntó Jack.

El misionero le contestó señalando un grupo de indígenas, entre los cuales se hallaba la joven. Junto a ella había un indígena alto y fornido, de noble porte y aire de superioridad, que revelaban en él al jefe de importancia.

—Ese joven es su prometido. Llegó esta mañana en su canoa de guerra a tratar

con Tataro acerca de Avatea. Se casarán dentro de unos días y se la llevará a su isla.

—¡Soberbio! —afirmó Jack, acercándose al salvaje y estrechándole la mano—. Que seas feliz, muchacho..., y tú también, Avatea.

Al hablar Jack, le cogió de la mano el prometido de Avatea y lo llevó al sitio donde estaba Tataro y el misionero rodeado de la mayoría de los jefes de tribu. La muchacha los siguió y se colocó a la izquierda de su novio, el cual ordenó silencio, y pronunció el siguiente discurso, que nos fue traducido por el misionero:

—Joven amigo, has visto pocos años, pero tu cabeza es vieja. Avatea y yo te somos deudores y queremos reconocer nuestra deuda ante esta asamblea y afirmar que es una de esas deudas que nunca pueden pagarse. Has arriesgado tu vida por una mujer a quien no conocías más que de unos días. Pero era una mujer en la desgracia, y eso fue suficiente para que el hombre cristiano la auxiliase. Nosotros, los que vivimos en esta isla del mar, sabemos que los cristianos obran siempre así. Su religión es amor y bondad. Demos gracias a Dios por habernos enviado tantos cristianos y aguardemos que vengan muchos más. Cuando estéis lejos, recordad que Avatea y yo pensamos en ti, y rezaremos por ti y por tus bravos compañeros.

Jack contestó a esta especie de discurso brevemente, a estilo de marinero, diciendo que solo había hecho por Avatea lo que hubiera hecho por cualquiera otra mujer del mundo. Pero el fuerte de Jack no era, precisamente, la oratoria, y terminó algo bruscamente, estrechando la mano del jefe violentamente y retirándose después con precipitación.

—Me parece, compañero —dijo cuando nos marchamos con la multitud—, que cumplido ya satisfactoriamente el objeto de nuestra venida a esta isla, no nos queda que hacer sino preparamos para navegar lo más pronto que podamos, y ¡hurra por la vieja Inglaterra!

—Tal es también mi idea —repuso Peterkin, tratando de hacer guiños, pero había llorado tan hondamente el pobre, que le costaba trabajo—. Mas no quiero irme de aquí hasta que veamos cómo quema esta gente sus ídolos.

Nuestro amigo vio realizado su deseo, porque minutos después se prendió fuego a la pila, se alzaron las llamas crepitantes y, entre el griterío y aclamaciones de millares de indígenas, quedaron reducidos a cenizas los falsos dioses que hasta entonces se adoraban en Mango.

CONCLUSIÓN

Separarse y partir, es el sino de la humanidad. Escenario de cambios constantes es el mundo, y las manos que nos estrechan cordialmente hoy es posible que estén destinadas a unirse por última vez cuando los labios pronuncian la palabra: *Adiós*.

¡De cuántas personas nos hemos separado en este mundo con un ligero «adiós» y no las hemos vuelto a ver!

En mis meditaciones sobre este asunto, pienso muchas veces que si comprendiésemos la brevedad del superficial trato que tenemos en este mundo con muchos de nuestros prójimos, procuraríamos más seriamente beneficiarles y les dirigiríamos una amistosa sonrisa al pasar (porque por largo que sea nuestro trato en la tierra, representa apenas algo más que una palabra o una mirada pasajera) y les demostraríamos nuestra simpatía en la breve lucha de la existencia con palabras, miradas y actos llenos de bondad.

Acercábase el momento de alejarnos de la isla del mar del Sur, y, por extraño que parezca, nos dolía tener que separarnos de los indígenas de la isla de Mango, porque desde que habían abrazado el cristianismo, trataban de compensarnos con sus bondades los malos ratos que nos habían hecho pasar, y cada vez queríamos más a los maestros de religión indígenas, al misionero y, especialmente, a Avatea y a su esposo.

Antes de alejarnos para siempre, tuvimos largas e interesantes conversaciones con el misionero, en una de las cuales nos dijo que se dirigía a la isla de Raratonga cuando su embarcación indígena fue desviada de su rumbo por una terrible tempestad que le había arrojado a la isla de Mango.

Al principio, se negaron los indígenas a escuchar lo que les decía, pero al cabo de unas semanas de residencia entre ellos, Tataro acudió a él, diciéndole que quería ser cristiano y quemar sus ídolos. Y fue sincero, porque, como hemos visto, persuadió a todos sus súbditos para que hicieran lo mismo. He empleado deliberadamente el verbo «persuadir» porque aquél, como todos los jefes fiyianos, era una déspota que podía haber ordenado la obediencia de sus deseos; pero se penetró tan pronto en el espíritu de la nueva fe, que comprendió que no era propio hacerla reinar por la fuerza. Él dio el ejemplo, y fue seguido por casi todos los individuos de su tribu.

Durante el corto espacio que permanecemos en la isla reparando nuestra goleta para hacernos a la mar, los indígenas dieron comienzo a la construcción de un templo grande y cómodo bajo la dirección del misionero, y se trazaron varias calles de viviendas nuevas, de suerte que el lugar estaba llamado a ser en pocos meses una aldea tan prospera y bonita como la del otro lado de la isla.

Luego de haberse casado, Avatea y su esposo se marcharon cargados de regalos de índole comestible en su mayoría. Con ellos se rae uno de los misioneros indígenas a fin de visitar islas más lejanas y extender, si era posible, la luz del glorioso Evangelio.

Como el misionero se proponía permanecer varias semanas más, para animar y

confirmar a sus nuevos conversos, Jack, Peterkin y yo celebramos un consejo en la cámara de la goleta, la cual estaba tal y como la habíamos dejado, pues habían devuelto todo lo que robaran, y resolvimos no demorar más tiempo nuestra partida. El deseo de volver a ver nuestra patria era muy grande, y no podíamos aguardar más.

Tres indígenas se ofrecieron a venir con nosotros a Tahití, donde esperábamos encontrar marineros suficientes para la maniobra de la goleta, y aceptamos, reconocidos, su ofrecimiento.

Abandonamos la costa de Mango una mañana despejada y hermosa. Desplegamos las blancas velas de la goleta pirata y nos hicimos a la mar.

El misionero y millares de indígenas acudieron a despedirnos y a vemos zarpar.

Como hacía viento bueno, nos deslizamos rápidamente por el lago, bajo una nube de lona. Al pasar por el canal del arrecife, los indígenas nos vitorearon estrepitosamente, y mientras el misionero agitaba su sombrero desde lo alto de una roca de coral, con sus canosos cabellos flotando al viento, éste nos trajo débilmente por el mar esta palabra:

—¡Adiós!

Aquella noche, sentados o de brazos en la borda contemplando el ancho mar y el estrellado firmamento, pasó por nuestro corazón un estremecimiento de alegría al que se mezclaba la amargura de la pena...

Al fin hacíamos rumbo a nuestra patria, pero dejábamos gradualmente atrás, muy atrás, la bella, luminosa y verde Isla de Coral en el océano Pacífico, que tantas y bellas horas nos hiciera vivir.

FIN



ROBERT MICHAEL BALLANTYNE (24 de abril de 1825, Edimburgo, Escocia - 8 de febrero de 1894, Roma, Italia) fue un autor de literatura infantil y juvenil. Nació dentro de una famosa familia de impresores y editores, R. M. Ballantyne se trasladó a los 16 años a Canadá y trabajó seis años al servicio de la Compañía de la Bahía de Hudson. Volvió a Escocia en 1847, y publicó su primer libro al año siguiente, titulado *La Bahía de Hudson o Vida en las zonas salvajes de Norteamérica*. Durante un tiempo trabajó para la familia Constable, editores, pero en 1856 se dedicó íntegramente a la literatura, comenzando una larga serie de libros de aventuras para jóvenes.

R. M. Ballantyne escribió más de cien novelas, ambientadas en lugares conocidos por el autor siempre que era posible. En éstas destaca *La Isla de Coral*, precursora de *El señor de las moscas* de William Golding.

Sus historias se caracterizan por poseer un tono sano y una considerable fuerza gráfica, pues el propio Ballantyne dibujaba las acuarelas que ilustraban sus relatos. Algunas de sus obras artísticas fueron expuestas en la Royal Scottish Academy de Edimburgo.